pasado y presente

Jean Paul Sartre: LUMUMBA Y EL NEOCOLONIA-LISMO; Arthur Giannotti: MARXISMO, TECNICA Y ALIENACION; Enrique L. Revol: FAUSTO Y HAMLET, PROTOTIPOS DE LA CONCIENCIA MO-DERNA; José M. Aricó: PROBLEMAS DE LA PLA-NIFICACION ECONOMICA EN CUBA; Charles Bettelheim - Ernesto Guevara: POLEMICA SOBRE LA ECONOMIA CUBANA; F. Delich: "GOLISMO" FRANCES Y ARGENTINO; Héctor N. Schmucler: HACIA UNA NUEVA ESTETICA; J. C. Portantiero: UN ANALISIS "MARXISTA" DE LA ARGENTINA: Emilio de Ipola: ADAM SCHAFF; Emilio Terzaga: "VALORACION DE LA FENOMENOLOGIA DEL ESPIRITU; Néstor Braunstein: LA REFLEXOLOGIA VUELVE A PAVLOV; F. Jorge: LA PRIMERA IN-TERNACIONAL EN LA ARGENTINA; P. Togliatti: TESTAMENTO.

(Sumario completo al dorso)

5-6

córdoba - año 2 abril - setiem, 1964

PASADO Y PRESENTE

REVISTA TRIMESTRAL DE IDEOLOGIA Y CULTURA

Año 2 - Nº 5-6 Abril - Setiembre de 1964

•	T T	M		-	•	^
		D/1		•	•	
	•	144	4.4	-	•	•

Jean Paul Sartre: LUMUMBA Y EL NEOCOLONIALISMO	1 27
Enrique L. Revol: FAUSTO Y HAMLET, PROTOTIPOS DE LA CONCIENCIA MODERNA	35
MUNDO CONTEMPORANEO	
José M. Aricó: PROBLEMAS DE LA PLANIFICACION ECONOMICA EN CUBA Charles Bettelheim: FORMAS Y METODOS DE LA PLANIFICACION SOCIALIS-	49
TA Y NIVEL DE DESARROLLO DE LAS FUERZAS PRODUCTIVAS Ernesto Guevara: LA PLANIFICACION SOCIALISTA. SU SIGNIFICADO	54 70
NOTAS	
F. Delich: "GAULLISME FRANÇAIS" Y "GOLISMO" ARGENTINO	77
CRITICA	
J. C. Portantiero: UN ANALISIS "MARXISTA" DE LA ARGENTINA	82
Emilio Terzaga: VALORACION DE LA FENOMENOLOGIA DEL ESPIRITU	. 87
Héctor N. Schmucler: HACIA UNA NUEVA ESTETICA	89
DESPUES	95
Néstor Braunstein: LA REFLEXOLOGIA VUELVE A PAVLOV	100
DOCUMENTOS	
P. I. ASOSIACION INTERNACIONAL DE TRABALADORES EN LA	
F. Jorge: LA ASOSIACION INTERNACIONAL DE TRABAJADORES EN LA ARGENTINA	108
P. Togliatti: MEMORANDUM SOBRE EL MOVIMIENTO OBRERO INTERNA-	
CIONAL Y SU UNIDAD	112

PASADO Y PRESENTE - Revista trimestral

CONSEJO DE REDACCION:

Oscar del Barco, José M. Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torre, Héctor N. Schmucler, Aníbal Arcondo, César U. Guiñazú, Carlos Assadourian, Francisco Delich

SECRETARIO DE REDACCION: Héctor N. Schmucler

ADMINISTRADOR: Osvaldo Tamain

Dirección Postal: Casilla de Correo 80 - Córdoba - República Argentina Registro de la Propiedad Intelectual Nº 806.926

Precio por ejemplar: \$ 120.- moneda nacional. En el exterior: 1 dólar

TARIFA DE SUSCRIPCION:

Un año (cuatro números)	\$	400.—
Suscripción Solidaria	,,	1.000.—
En el extranjero	100	4 dólares

PASADO Y PRESENTE

Año II - Nº 5

CORDOBA

ABRIL-SETIEMBRE DE 1964

LUMUMBA y el neocolonialismo

I

La empresa

Lumumba, Fanon: dos grandes muertos que representan el Africa. No sólo sus respectivas naciones: todo el continente. Al leer sus escritos, al descifrar sus vidas, se los podría tomar por dos rivales encarnizados. Fanon, martiniqués, biznieto de esclavos, abandona un país que en esa época aún no ha tomado conciencia de la personalidad antillesa y sus exigencias. Adhiere a la rebelión argelina y combate, negro, entre musulmanes blancos: arrastrado junto a ellos a una guerra atroz y necesaria, adopta el radicalismo de sus Hermanos, deviene el teórico de la violencia revolucionaria y subraya en sus libros la vocación socialista del Africa: sin reforma agraria y sin nacionalización de empresas coloniales, la independencia es una palabra vana. Lumumba, víctima del paternalismo belga -ninguna élite, ningún fastidio-, no posee, a pesar de su vasta inteligencia, la cultura de Fanon; mas parece, en cambio, tener sobre éste la ventaja de trabajar sobre su propio suelo en la emancipación de sus hermanos de color y de su país natal. Mil veces ha dicho que el movimiento por él organizado, y cuyo jefe incontestado llegará a ser, tendría el carácter de no violento y, a despecho de las provocaciones o de algunas iniciativas locales que siempre desaprobó, fue por la no violencia que el M. N. C. se

impuso. En cuanto a los problemas de estructura, Lumumba definió claramente su posición en ocasión de sus conferencias para Presencia Africana: "Nosotros no tenemos opción económica". Quería significar que las políticas —independientes, centralismo— tenían la prioridad, que era necesario lograr la descolonización política para crear los instrumentos de la descolonización económica y social.

Ahora bien, estos dos hombres, lejos de combatirse, se conocía y se amaban. Fanon me ha hablado a menudo de Lumumba y, tan prontamente en guardia cuando un partido africano se mostraba vago o reticente sobre los cambios de estructura, jamás reprochó a su amigo congolés trocarse, incluso involuntariamente, en el hombre de paja del Neo-colonialismo. Por el contrario, veía en Lumumba el adversario intransigente de todas las restauraciones de un imperialismo embozado. Sólo le reprochaba -y se adivina con cuánta ternura- esa inalterable confianza en el hombre que fue su pérdida y su grandeza. "Se le daban, me ha dicho Fanon, pruebas de que uno de sus ministros lo traicionaba. Iba a buscarlo, le mostraba los documentos, los informes y le preguntaba: "¿Eres un traidor? Mírame en los ojos y responde". Si el otro negaba sin bajar la vista, Lumumba concluía: "Está bien, te creo". Pero esta inmensa bondad que los europeos llamaban ingenuidad, Fanon la consideraba nofasta en la oca-

sión: considerándola en sí misma, Fanon estaba orgulloso de ella, veía allí un rasgo fundamental del hombre africano. Muchas veces me ha dicho este teórico de la violencia: "Los negros somos bondadosos; tenemos horror a la crueldad. Mucho tiempo he creído que los africanos no combatirían entre sí. ¡Y bien!, la sangre negra corre, los negros la hacen correr, manará aún mucho tiempo: los blancos se van pero sus cómplices, armados por ellos, están entre nosotros; la última batalla de los colonizados contra el colono será a menudo la batalla de los colonizados entre sí". Lo sé: el doctrinario veía en la violencia el destino ineluctable de un mundo que se libera; pero el hombre, en profundidad, la odiaba. Las divergencias y la amistad indican, a un tiempo, las contradicciones que asuelan el Africa y la necesidad común de superarlas en la unidad panafricana. Y cada uno de ellos reencuentra en sí mismo estos problemas desgarrantes y la voluntad de resolverlos.

Sobre Fanon, todo está por decirse. Lumumba, más conocido, guarda, a pesar de todo, diversos secretos. Nadie ha intentado de verdad descubrir las causas de su fracaso 1 ni por qué el gran capital y la banca se han encarnizado contra un gobierno que nunca dejó de repetir que no tocaría los capitales invertidos, que nunca dejó de solicitar nuevas inversiones. Para eso servirán los discursos que siguen 2: permitirán comprender por qué, a pesar de la moderación de su programa económico, el líder del M. N. C. era considerado un compañero de armas por el revolucionario Fanon y un enemigo mortal por la Société Générale.

Se le ha reprochado hacer doble, triple juego. Ante un público exclusivamente congolés, se desencadenaba; sabía calmarse si descubría blancos en el auditorio, hábilmente alternaba el calor y el frío; en Bruselas, ante auditorios belgas, se tornaba prudente, encantador, y su primer cuidado era asegurar, tranquilizar. Nada de esto es falso, pero puede decirse otro tanto de todos los grandes oradores: juzgan rápidamente a su público y saben hasta dónde pueden llegar. El lector, por otra parte, verá que si de un discurso a otro la forma cambia, el fondo no. Sin duda, Lumumba evolucionó: el pensamiento político del joven autor de Le Congo, terre d'avenir, est-il menacé? -escrito en 1956-, no es el del hombre joven y maduro que funda el M. N. C. Pudo soñar un momento -ya diremos por qué- con una comunidad belgo-congolesa; a partir del 10 de octubre de 1958, su opinión está formada y declarada, y ya no cambiará; la independencia se convierte en su único objetivo.

Lo que más varia -en función del público- es su apreciación de la colonización belga. A menudo insiste en sus aspectos positivos -con tanta complacencia, a veces, que se creería escuchar a un colono-: valorización del suelo y del subsuelo, obra educacional de las misiones, asistencia médica, higiene, etc. ¿No llega incluso, una vez, a agradecer a los soldados de Leopoldo II haber librado al Congo de los "salvajes árabes" que practicaban la trata de negros? En esos casos se desliza por encima de la sobreexplotación, el trabajo forzado, las expropiaciones de la propiedad de la tierra, los cultivos obligatorios, el analfabetismo deliberadamente mantenido, las represiones sangrientas, el racismo de los colonos: se contenta con deplorar los abusos de ciertos administradores. Otras veces el tono cambia, como en el discurso grabado el 28 de octubre de 1959 y, sobre todo, el 30 de junio de 1960, la famosa respuesta al Rey Baudoin: "Nuestras heridas son demasiado frescas y demasiado dolorosas aún para que podamos expulsar de nuestra memoria lo que fue nuestra suerte durante ochenta años de régimen colonialista", etc. ¿Habla el mismo hombre? Por cierto. ¿Miente? Seguramente no. Pero de esas dos concepciones opuestas de la obra "civilizadora" de Bélgica, hay que decir que si nos descubre ora una, ora la otra, es porque ambas coexisten en él y traducen la contradicción profunda de lo que es necesario denominar: su clase. La explotación colonial, a pesar suyo, ha dotado

¹ Señalo sin embargo la muy notable obra de Michel Merlier, Le Congo, editada por Maspero.

² Este trabajo fue publicado por primera vez con el título de "Lumumba et le néo-colonialisme", como prefacio a los Discours de Lumumba, ed. Présence Africaine; ha sido recogido por su autor en el libro Situations, V con el título de "La pensée politique de Patrice Lumumba". (Nota del T.)

al Congo de estructuras nuevas. Para usar palabras admitidas, se cuenta, en la década del 50, un 78 % de "consuetudinarios", paisanos sometidos a las jefaturas y a las luchas tribales, contra un 22 % de extra-consuctudinarios, cuya mayoría habita en las ciudades. La administración puede ya poner todo su celo en mantener a la población en la ignorancia, que lo mismo es imposible impedir el éxodo rural, la proliferación urbana, la proletarización y, en el seno de los extraconsuetudinarios, una cierta diferenciación nacida de las necesidades de la economía colonial: una pequeña burguesía congoleña de empleados, funcionarios y comerciantes está en vías de formación. Esta magra "élite" -ciento cincuenta mil personas sobre catorce millones- se opone a los campesinos obstinados en sus rivalidades y tradiciones, dirigidos por "jefes" vendidos a la administración, v también a los obreros, a veces violentos pero que, careciendo de verdadera organización revolucionaria, no tienen aún sino una conciencia de clase muy embrionaria. La posición de la "pequeña burguesía" negra es altamente ambigua, desde un comienzo, porque cree extraer provecho de la colonización y este mismo provecho la pone en condiciones de medir la iniquidad del sistema. En verdad sus miembros -la mayoría muy joven, puesto que es un producto reciente de la evolución colonial- son reclutados por las grandes sociedades o por la administración; no existen aún personas de treinta años que sean pequeño burguesas de nacimiento. El padre de Lumumba fue un campesino católico; a los seis años lo llevó a los campos, y fueron los misioneros pasionistas quienes decidieron que el niño iría a la escuela; más tarde, a los trece años, serán los misioneros protestantes quienes se harán cargo de él. En todo esto el papel del padre y del niño parece nulo. Emile Lumumba desaprobó a su hijo cuando, a los trece años, éste se pasó a la misión sueca, más ¿qué podía hacer? Todo ha sido decidido al margen de ellos; los padres católicos querían hacer del niño un catequista, los suecos, más prácticos, quieren darle un oficio que le permita cambiar su condición de campesino por la de asalariado y vivir en su propio país, en una de

las aglomeraciones urbanas que los blancos han creado, como auxiliar de los colonos. La infancia de Patricio ha sido rural: es conocida la abominable miseria del campesino negro; sin las organizaciones religiosas que lo tomaron a su cargo, esa miseria sería su lote, su único horizonte. ¿Comprendió en seguida que las misiones son los agentes reclutadores del colonato? No, sin duda. ¿Vio que la condición de vida rural es, directa o indirectamente, el producto de la explotación colonial? Tampoco: hacia la época de su nacimiento, la administración ha medido las desventajas de la coacción demasiado descubierta y del trabajo forzado. Intenta interesar al campesino en la producción, estimula la propiedad individual. Patricio toma la miserable independencia de su padre en la soledad del paisaje congolés por un estado natural: lejos de ser sus responsables, los blancos aparecen como los buenos señores que lo arrancarán de ese estado. Debió recibir Patricio, en esa época, extrañas luces sobre su situación: la fe cristiana es el tributo que los jóvenes congoleses pagan a las Iglesias que les enseñan a leer. Los sacerdotes le dieron una feroz ambición de conocer su miseria por sus causas y, simultáneamente, el deseo de resignarse a ella. En un poema ha expresado, más tarde, esa contradicción: "Pour te faire oublier que tu étais un homme / On t'apprit á chanter les louanges de Dieu / Et ces divers cantiques, en rythmant ton calvaire / Te donnaient l'espoir en un monde meilleur / Mais en ton coeur de créature humaine, tu ne demandais guère / Que ton droit a la vie et ta part de bonheur" 3

La religión prosterna al tiempo que emancipa. Y luego ofrece la salvación: el mundo mejor no es nada más que una coartada, pero al menos se está obligado a enseñar que se entrará en él por el mérito y no en función del color de la piel. Sea el que fuere el esfuerzo de numerosos sacerdotes por enmascararlo, el igualitarismo del Evangelio conserva en las colonias su valor disolvente. No

^{3 &}quot;Para hacerte olvidar que eras un hombre / Te enseñaron a cantar las loas de Dios / Y esos cánticos diversos, al ritmar tu calvario / Te comunicaban la esperanza en un mundo mejor / Pero en tu corazón de criatura humana reclamabas apenas / Tu derecho a la vida y tu parte de dicha."

sólo obra sobre los catecúmenos sino, a veces, sobre el misionero mismo: sea que hayan deseado prevenir un Congreso del Partido Socialista de la metrópoli, sea por convicción, sea por ambas razones a la vez, los misioneros de Scheut aprobaron en 1956 el manifiesto de Ileo, un "evolucionado" de treinta y siete años que reclamaba la independencia -a largo plazo- del Congo. Cuando Patricio, a los dieciocho años, deja las malezas por la localidad de Kindu, como empleado de la compañía Symaf, se trata al mismo tiempo de un caso muy general del éxodo rural y de la etapa capital de una "toma de conciencia". El joven campesino que ha leído a Rousseau y a Víctor Hugo descubre súbitamente la ciudad; su nivel de vida se transforma radicalmente; iba a la escuela con rudimentarios atavíos indígenas, un simple taparrabos, ahora va al trabajo con traje europeo; vivía en una choza, un tugurio, ahora vive en una casa y gana suficiente dinero como para traer a su novia Paulina, que luego será su mujer. Trabaja frenéticamente. Los blancos fingen sorprenderse de su celo: los congoleses, dicen de ordinario, son perezosos. Estos colonos obtusos no comprenden que la famosa "pereza indígena", mito cultivado en todas las colonias, es un forma de resistencia pasiva, el sabotaje de un jornalero sobreexplotado. El frenesí de Patricio, por el contrario, lo coloca por un tiempo en la categoría de los que más tarde serían llamados "colaboracionistas". Este hijo de campesino es, ahora, un "evolucionado"; pretende una "tarjeta de matriculación" y la obtiene difícilmente -sólo hay ciento cincuenta matriculados en todo el territorio- gracias a la intervención de los blancos: esto quiere decir que apuesta por ellos; ha tomado conciencia de su propia importancia y de la importancia de la joven "élite" que se forma en todas partes. Los "evolucionados" forman una capa social que engorda lentamente y que es auxiliar indispensable de las grandes compañías y de la Administración. Negro, Patricio Lumumba extrae su potente orgullo de sus funciones, de la instrucción recibida, de los libros leídos, de la desconfianza vagamente teñida de deferencia con la que los blancos lo rodean. En esta extraordinaria y común metamorfosis piensa cuando

expone, más tarde, los beneficios de la colonización.

Pero su toma de conciencia es doble y contradictoria: al mismo tiempo que goza de su ascenso, de la benevolente estima de sus jefes, sabe que ya, desde los veinte años, ha alcanzado su cenit. Por encima de todos los negros, permanecerá para siempre por debajo de todos los blancos. Puede, seguramente, ganar más, llegar a ser, después de un aprendizaje, empleado de correos de tercera clase. en Stanleyville. ¿Pero qué? Con el mismo valor y por el mismo trabajo, un empleado belga ganará el doble; además Lumumba sabe, después de sus vertiginosa partida, que la liebre se ha convertido súbitamente en tortuga: necesitará ochenta años para alcanzar la primera clase, en la cual permanecerá hasta la jubilación. Ahora bien, este rango subalterno es ocupado normalmente por el europeo, que puede esperar elevarse a los más altos empleos. En la fuerza pública ocurre lo mismo: el grado más alto que puede alcanzar un negro es el de sargento. También ocurre lo mismo en el sector privado. Los blancos lo han elevado hasta el punto que desearon y luego lo mantienen allí: su destino está en manos ajenas. Experimenta su condición en el orgullo y en la alienación. Vislumbra, más allá de su situación personal, la lucha de clases desnuda; escribirá a los 31 años: "existe un verdadero duelo entre los empleadores y los empleados respecto a los salarios". Pero el asalariado de los "evolucionados" no es el proletariado: las reivindicaciones de Lumumba se fundan en la conciencia de su valor profesional -como las de los anarco-sindicalistas europeos del fin de siglo- y no sobre la necesidad, que funda en todas partes las exigencias de los proletarios y del subproletariado. En la misma época, descubre -sobre todo en Leopoldville- que ha sido mistificado: su "matriculación", tan penosamente obtenida, lo separa de los negros sin asimilarlo a los blancos. El matriculado, exactamente como los "no evolucionados", no tiene derecho a entrar en la ciudad europea, a menos que trabaje en ella; tampoco escapa al toque de queda; reencuentra a los "no evolucionados" cuando hace sus compras en la ventanilla especial reservada a los negros; es

igualmente víctima, en toda ocasión, en todo lugar, de las prácticas segregacionistas. Ahora bien, cabe destacarlo, el racismo y la segregación son para Patricio una experiencia nueva: hizo en la jungla la de la desdicha y la subalimentación, pudo adivinar que la verdad de las colonias es la sobreexplotación; pero el racismo no apareció demasiado, por falta de contacto entre negros y blancos: el paternalismo dulzón de los misioneros pudo ilusionarlo; descubrió las prácticas de discriminación en la ciudad, allí son ellas las que constituyen la vida cotidiana del colonizado. Entendámonos: el proletariado abrumado, subpagado, sufre mucho más la sobreexplotación que la discriminación racista, pura consecuencia. Lumumba habla en nombre de todos cuando denuncia, el 30 de junio de 1960: "el trabajo abrumador exigido por salarios que no nos permitían comer según nuestro hambre ni vestirnos o alojarnos decentemente ni educar a nuestros hijos..." Pero es la clase de los evolucionados la que se expresa por su voz cuando añade: "Supimos que había en las ciudades magníficas mansiones para los blancos y tugurios semiderruidos para los negros; que un negro jamás era admitido en los cines, restaurantes y negocios europeos; que un negro viajaba en las cubiertas de las pinazas, a los pies del blanco metido en su cabina de lujo". Y cuando escribe, en 1956, que "la matriculación debería ser considerada como la última etapa de integración", defiende los intereses de un puñado de hombres y contribuye, precisamente por ello, a separarlos de la masa. De hecho, los intereses de esta "élite" creada por los belgas en todas sus piezas exigen una asimilación cada día más completa: igualdad de los blancos y los negros en el mercado del trabajo, acceso de los africanos a todos los puestos en la medida en que posean las capacidades requeridas. No es, como puede verse, la africanización de los cuadros lo que Patricio reinvindica, sino su semiafricanización. ¿No hay que temer, en este caso, que los negros admitidos en los puestos superiores sean cómplices de la opresión colonial o por lo menos sus rehenes? Lumumba no es todavía conciente del problema. De hecho, el mismo año en que Ileo exige en su manifiesto la independencia a plazo fijo, Patricio está trazando el esbozo de una "comunidad belgo-congolesa". Reclama la igualdad de los ciudadanos en el interior de esa comunidad. Pero tal igualdad, durante mucho tiempo sólo favorecerá a los evolucionados: "Creemos que sería posible acordar en un futuro relativamente próximo, derechos políticos a las élites congolesas y a los belgas del Congo, siguiendo ciertos criterios que serían establecidos por el gobierno".

Sin embargo, ya desde esta época Lumumba es lo contrario de aquellos a quienes se llamará más tardes "colaboracionistas". Ocurre que experimenta hasta el fondo la contradicción de su clase: creada en todas sus piezas por las necesidades de la colonización, él sabe que las empresas del capitalismo belga la han separado de las masas y que su clase no tiene porvenir sino en el sistema colonial; pero en el mismo momento su experiencia urbana le muestra que este porvenir le está definitivamente rehusado por los colonos y la Administración. En el preciso instante en que propone la "comunidad belgo-congolesa", ya no cree en ella: ha descubierto al fin la rigidez del sistema que la suscita; ninguna reforma es concebible por la simple razón de que el colonialismo se mantiene por la violencia y desaparece cuando hace concesiones. La única solución será revolucionaria: la ruptura, la independencia.

Ileo, ya lo vimos, la había reclamado antes que él. Y Kasavubu, jefe de la poderosa Abako. Lumumba no ha "inventado" la independencia; fueron otros quienes le descubrieron esa necesidad. Si él fue, no obstante, su promotor y su mártir, es porque la deseaba completa y plena, sin que los acontecimientos le dieran la posibilidad de realizarla. La mayor parte de las organizaciones nacionalistas se forman necesariamente en un cuadro regional; el P.S.A. se establece en Kwango Kwilu, el C.E.R.E.A. en Kivu: logran dificilmente conciliar las razas, pero por esa misma razón les cuesta extenderse fuera de las provincias. El nacionalismo de estas organizaciones, cuando existe, es en los hechos un federalismo: sueñan con un poder central muy limitado cuya función principal sería unir provincias autónomas. En Leopoldville, las cosas van más lejos aún: la superioridad nu-

mérica de los Bakongos permite al Abako ser a la vez un partido regional y étnico. Para considerar sólo este último caso, vemos clara una doble consecuencia: el Abako es un movimiento potente pero arcaico; sociedad secreta y partido de masas, todo junto, sus principales jefes son "evolucionados": pero no están separados del pueblo porque han recogido su reivindicación fundamental: independencia inmediata para el Bajo Congo. Kasavubu, el primero entre ellos, es un personaje ambiguo, secreto, del cual podría decirse que ha sabido, aunque reclutado por la Administración, permanecer en contacto directo con su base étnica y que jamás ha tenido ni los medios ni la ocasión ni la voluntad de elevarse hasta la conciencia clara de su propia clase. Seminarista sin fe y después maestro, está unido a los bakongos por un lazo oscuro, mesiánico; es su jefe religioso, su rey, la prueba viviente de que son el pueblo elegido. Una vez elegido presidente del Congo independiente, vivirá de pronto en la contradicción más completa: su oficio le exige preservar la unidad nacional -en particular contra la secesión katanguesa que arriesga arruinar al Congo- y su pueblo reclama de él que sea secesionista y restaure -retomando al Congo francés algunos territorios- el antiguo reinado Kongo. Incapaz de dominar la situación, oscilará desde un federalismo anárquico a un centralismo dictatorial que se apoya en la fuerza militar. Y, sobre todo, hará el juego del imperialismo, inconcientemente al principio y después muy concientemente: no se trata aquí de psicología sino de determinación objetiva: separatista en su esencia, después de la independencia el Abako debía arruinar la obra de los nacionalistas en provecho de las potencias extranjeras. Por el contrario, en el momento en que Lumumba despierta a la conciencia nacional, antes de la independencia, este movimiento confuso a la vez oscurantista y revolucionario, ha hecho más que ningún partido por la liberación del Congo. Desde 1956, respondía al manifiesto de Ileo y a las reflexiones de Lumumba sobre la "comunidad", reclamando la independencia inmediata y la nacionalización de las grandes empresas. Se hubiera podido creer que tenía un programa revolucionario y socialista o, por lo menos,

que las reivindicaciones de la base llegaban a la cumbre: pero no, el desarrollo de los acontecimientos lo ha probado sobradamente. Se trataba de una puja sobre otra puja, como en las subastas: era necesario que el Abako fuese el más radical de los partidos; lo era, en verdad: en el sentido de que los bakongos representaban el 50 % de la población negra en Leopoldville, y que proveían a la ciudad de mano de obra no calificada. Disciplinados, podía movilizárselos a cada instante con voces de orden clandestinas: son ellos quienes hacen las huelgas, las campañas de desobediencia; si sus jefes prohiben votar, ninguno se aproxima a las urnas. Son ellos también -¿bajo órdenes precisas o a pesar de prohibiciones rigurosas?: la pregunta queda sin respuestaquienes realizan los motines de enero de 1959. Los "evolucionados" no tenían ningún poder sobre las masas, salvo en el Bajo Congo, y su número y modo de vida los volvían incapaces de pasar a la acción directa. Es necesario reconocer que tuvieron poco peso en los acontecimientos de enero de 1959. En verdad, es la crisis económica, esa recesión colonial que golpea duramente a la Metrópoli, es la agitación de las masas proletarizadas cuyo nivel de vida se deteriora sensiblemente, es esto unido a las torpezas de la Administración lo que decidió al gobierno metropolitano a otorgar bruscamente al Congo su independencia; es decir, a reemplazar, con la aprobación de las grandes compañías, el régimen colonial por un neo-colonialismo.

Lumumba no ha hecho la revolución congolesa; su situación de "evolucionado" separado del proletariado urbano y aún más de los campesinos le impedían recurrir a la violencia: su resolución de ser un "no violento", que mantuvo hasta la muerte, más que un principio o que un rasgo de carácter, tiene por origen un lúcido reconocimiento de sus poderes. Desde 1956 es en Stanleyville el ídolo de las multitudes. Pero un ídolo no es un líder a la manera de ese N'Krumah que admira y menos todavía un brujo como ese Kasabuvu que lo inquieta. Sabe que puede convencer a un auditorio con su don de hablar en cualquier parte y a cualquiera y con esa cultura que ha recibido de los belgas y que vuelve contra ellos; pero hacen falta

otros dones además de la palabra para tener el poder de lanzar a hombres con las manos desnudas contra las ametralladoras. Sin embargo, es él quien captará la revolución al paso, la marcará con su sello, la orientará. ¿Por qué? Porque su condición de asimilado y la naturaleza de su trabajo le permiten elevarse a la universalidad. Ha conocido la jungla, las pequeñas aglomeraciones urbanas, las grandes ciudades de provincia y la capital: desde los 18 años, escapó al provincianismo. Sus lecturas y la instrucción cristiana le dieron una imagen del hombre todavía abstracta pero libre de racismo: es notable cómo en sus discursos explica la situación del Congo con referencias constantes a la Revolución Francesa y a la lucha de los Países Bajos contra los españoles. Y, por supuesto, hay en estas alusiones algo así como un argumento ad hominen: ¿Cómo podrían ustedes, blancos, impedir que los negros hagamos lo que ustedes han hecho? Pero más allá de estas intenciones polémicas se refiere a un humanismo de principio que no puede dejar de ser la ideología de los "evolucionados": es en nombre del homo faber, en efecto, que éstos reclaman la igualdad de los belgas y de los congoleses en el mercado del trabajo. Desde un comienzo este concepto universal coloca a Lumumba por encima de las diferencias étnicas y del tribalismo: permite a este errático aprovechar sus viajes y descifrar los problemas locales en función de lo universal. Es desde este ángulo que aprehende, más allá de las diversidades de costumbres, de las rivalidades y discordias, la unidad de las necesidades, de los intereses y los sufrimientos. La Administración lo ha elevado por encima del nivel común: esto es aislarlo, sin ninguna duda, pero también es permitirle comprender la condición del congolés en su generalidad. Desde ese momento en adelante, no cesa de afirmar, sea cual fuere su auditorio, la unidad de la Patria: lo que divide a los hombres son los vestigios de un pasado precolonial, cuidadosamente alimentados por la Administración; lo que los une -hoy negativamente- es una cierta desdicha común, más profunda que las tradiciones y las costumbres puesto que los ataca en las fuentes mismas de la vida con el trabajo excesivo y la subalimentación; en

pocas palabras, es la colonización belga la que da nacimiento a la nación congolesa mediante su agresión perpetua y omnipresente.

Es verdad y es falso. La colonización unifica pero divide al menos en igual medida: no solo por cálculo y maquiavelismo, eso no sería nada, sino por la división del trabajo que introduce y las capas sociales que crea y estratifica. Los lazos socio-profesionales tienden a primar, en las ciudades, sobre los lazos tribales, pero las divisiones según el empleo, el nivel de vida y la instrucción se sobreañaden a las divisiones étnicas en el interior de los barrios negros. A lo cual hay que sumar los conflictos que oponen a los que se han urbanizado primero con los últimos que lo han hecho. El proletariado rural no es el urbano y, sobre todo, los "consuetudinarios" rurales dirigidos por una jefatura conservadora y por lo común vendida a los europeos no entran en las perspectivas de los citadinos "evolucionados". Pero la pequeña burguesía que nace debe cometer necesariamente el error de la burguesía francesa en la época de la Revolución: frente a un proletariado desorganizado y con reivindicaciones confusas, frente a un campesinado del cual ha surgido y cuyas aspiraciones cree conocer, la pequeña burguesía se concibe como la clase universal; la única diferenciación de la que quiere caer en cuenta no brota de la economía: los evolucionados se autedefinen, según los más caros votos de la Administración, por su grado de instrucción; la cultura que han recibido es su orgullo y su substancia más íntima: los mejores piensan que les impone el riguroso deber de conducir a sus hermanos analfabetos de los campos y de la jungla hacia la autonomía o la independencia. Digo que esta ilusión es inevitable: ¿cómo Lumumba -que iba a la escuela de los misioneros en taparrabos y que hasta la muerte conservará sus raíces campesinas- podría realmente considerarse el representante de una clase nueva? Si vio la realidad con más claridad, fue por su mérito, simplemente. La palabra abyecta y muy hábilmente escogida de evolucionado enmascara la verdad: una pequeña capa de privilegiados se toma por el ala de vanguardia de los colonizados. Todo conspira para engañar a Lumumba: en agosto

de 1956 las reivindicaciones de los "evolucionados" fueron sostenidas, en ocasión de la Asamblea General de la S.P.I.C.,4 por la unanimidad de los delegados. En este acuerdo de las masas y de la élite ve un signo de la unidad profunda de los congoleses. A la luz de los acontecimientos comprendemos hoy que se trataba de un entendimiento abstracto: las masas indígenas están orgullosas de sus "evolucionados", que prueban para todos que un negro, con tal de que se le ofrezca la ocasión, puede igualar o superar a un blanco; apoyan las exigencias de la élite privilegiada -sobre todo con palabras y aplausos- porque en ellas ven una toma de posición radical del explotado frente al empleador: es un ejemplo y un símbolo; a partir de allí, los delegados pueden encarar una radicalización de las reivindicaciones obreras. Pero tal radicalización, cuando las circunstancias la produzcan, tendrá por efecto quebrar netamente la alianza de las masas y de la pequeña burguesía.

Lumumba se equivocó al respecto, pero este error inevitable tuvo consecuencias positivas; para decirlo todo, tuvo razón, históricamente, al cometerlo. Este error le permitió afirmar con mucha fuerza que sólo la unidad permitiría al Congo obtener la independencia. Esta fórmula tan a menudo repetida es por otra parte perfectamente justa con la condición de añadir que el movimiento unitario debe brotar de la base y como una marea inundar el país. Para desdicha del Congo, las divisiones sociales, la timidez de las reivindicaciones, la ausencia de un aparato revolucionario surgido de las masas y controlado por ellas, han vuelto y vuelven todavía esta invasión imposible: será la historia del próximo decenio. Lumumba, escuchado en todas partes con entusiasmo, podía creer que las masas seguirían a los "evolucionados" hasta el fin. Esta unidad que él consideraba, a la vez, como ya realizada y todavía por hacer, a medias un medio, fin supremo a medias, era a sus ojos la Nación misma. La Nación: el Congo unificándose mediante la lucha que libraría por su independencia. Pero el futuro primer ministro no lleva la ingenuidad hasta el punto

de creer que tal agrupamiento se realizaría espontáneamente. Plantea simplemente este principio negativo: la Administración divide para reinar, el único medio de hacerle perder su poder es suprimir en todas partes las divisiones que ella ha creado. Es necesario acabar con el tribalismo, el provincianismo, los conflictos artificiales y los compartimentos estancos que ella mantiene. La democracia, sí. Pero que no se vaya a confundirla, como Ileo, con un federalismo. Sea cual fuere la intención, por mínima que sea la autonomía regional que un partido reclame, es el gusano en el fruto y lo estropeará todo: el imperialismo la explotará inmediatamente. Lumumba comprende que el Abako será durante cierto tiempo un notable instrumento para derribar el colonialismo, pero que podrá más tarde convertirse en el mejor instrumento para restaurarlo. Empleado de correos, su trabajo lo integra a la Administración colonial y le permite descubrir su principal carácter: la centralización. Este descubrimiento le es tanto más fátil cuanto que el azar ha hecho de él un engranaje del sistema centralizado de comunicaciones. El correo extiende su red a todas las provincias, a la jungla misma; por él, las órdenes del gobernador son trasmitidas a las gendarmerías locales, a la Fuerza Pública. La Nación congolesa, si debe un día existir, deberá su cohesión a un centralismo semejante: Patricio sueña con un poder sintético de agrupamiento que obre en todas partes, imponga en todas la concordia, la comunidad de acción, que reciba las informaciones de las poblaciones más lejanas, las concentre, que base sobre ellas la orientación de su política y reenvíe por el mismo camino, hasta las aldeas, las informaciones y las órdenes a sus representantes. El gobierno atomiza a los colonizados y los unifica desde el exterior, en tanto que súbditos del rey. La independencia sólo será una palabra, si no se sustituye esa cohesión desde el exterior por una totalización desde el interior. La Administración belga no puede ser reemplazada sino por un partido de masas, omnipresente como ella, democrático -esto quiere decir: surgido del pueblo y controlado por él-. Pero mucho más autoritario, al menos tanto tiempo como el Congo libre emplee en darse sus institucio-

⁴ A.P.I.C.: Asociación del Personal Indígena de la Colonia.

nes, pues sólo él tendrá la carga de defender la Nación contra los efectos aún virulentos de una atomización practicada durante ochenta años. Lumumba es tan conciente de estos peligros que desea reemplazar la multiplicidad inútil de los movimientos nacionales por un partido único. Sobre este proyecto tenemos poca información. Sabemos sin embargo que se trataba de un partido a la africana: no, como el P.C. de la U.R.S.S., un órgano restringido que selecciona a sus nuevos miembros, sino la población entera, hombres y mujeres, llegando a ser cada uno al mismo tiempo ciudadano y militante. Temía que la oposición, si debía quedar exterior al partido, condujese a algún separatismo, luego a la muerte del Congo. En el interior, no sería rehusada. A menudo repitió que las discusiones serían francas y libres. Lo que no dijo pero va de suyo, como en todos los casos de extrema urgencia, es que las minorías estarían obligadas a adoptar el punto de vista de las mayorías y que la oposición, cada vez disuelta para renacer en otra parte, a propósito de otros problemas, no representaría, en suma, sino el libre ejercicio del juicio de cada uno en la circunstancia presente, y estaría privada de los medios de fabricarse una memoria, es decir, de estructurarse como un partido dentro del partido.

Adjudicaba menos importancia -en todo caso en los primeros tiempos de la independencia- a la elaboración de un programa económico y social que a esta función primordial del partido: puño que estreche el Congo en lugar de la vieja garra colonial e impida a cualquier precio el desmoronamiento del país. Pero incluso esta preocupación tenía motivos económicos: no ignoraba nada de las maniobras de la Conakat y no tenía ninguna duda de lo que resultaría de la secesión katanguesa. Así este jacobinismo político se inspiraba en el fondo en un conocimiento práctico de las realidades congolesas. Sus discursos prueban que preveía todo lo que sucedió después: su único error fue creer que podía conjurar el desastre por la creación de un gran partido moderno que reemplazase en el momento deseado la fuerza coercitiva del ocupante. Se sabe que la Metrópoli sirvió, a pesar suyo, de lugar de encuentro de congoleses

étnicamente diferentes. Fue en ocasión de la Exposición Universal de Bruselas. La unidad de sus opresores blancos hizo descubrir negativamente a esos negros aislados en la ciudad europea su unidad de oprimidos, más fuerte, creían ellos, que sus divisiones. De hecho, en Bélgica, los congoleses sólo tienen conciencia de lo que los une. De regreso, conservan la abstracta esperanza de soldar a los colonizados, vengan de donde vinieren, en un partido supra-étnico. Sólo Lumumba estaba calificado para fundar ese partido. Será el M.N.C. Pero la composición del movimiento pronto revela su naturaleza: es universalista, por encima de los grupos étnicos y las fronteras, porque sus militantes son gentes universalizadas: en una palabra, es el movimiento de los "evolucionados"; hallará militantes un poco en todas partes y sin mayor trabajo -al menos en las ciudades- porque la Administración y las grandes compañías han repartido un poco en todas partes los funcionarios y empleados que forjaron. Pero se hunde el sueño de crear un partido de masas: es, cuanto más, un partido de cuadros y de agitadores. Nadie tiene la culpa: no podía ser de otro modo; el M.N.C. es la pequeña burguesía congolesa en momentos de descubrir su ideología de clase.

Lumumba es el más radical: lúcido y ciego, todo, junto, si no ve el condicionamiento social y la imposibilidad presente de su unitarismo, comprende muy bien por el contrario que los problemas del Congo son los del Africa entera; aún más; su país no encontrará la fuerza de sobrevivir a la independencia sino en el marco de un Africa libre. Como representante del M.N.C. asiste a la conferencia de Accra. Toma la palabra y comenta la necesidad unitaria que nace en todo el continente, y cuyo efecto directo es la reunión de Acra, en estos términos: "Esta conferencia... nos revela una cosa: a pesar de las fronteras que nos separan, a pesar de nuestras diferencias étnicas, tenemos la misma conciencia, la misma alma ocupada día y noche por la angustia, las mismas preocupaciones de hacer de este continente africano un continente libre, feliz, desembarazado de la inquietud, del miedo y de toda dominación colonialista." Reemplazad Africa por Congo, continente por

nación, y reencontraréis las frases que repite todos los días en todas las provincias de su país: el Congo le parece una sintesis de todas las diferencias que perpetúan los separatismos africanos: en él se encuentran fronteras provinciales, conflictos étnicos y religiosos, diferenciaciones económicas verticales (estratos sociales) y horizontales (distribución geográfica de los recursos). No hay pues a sus ojos más que una sola tarea: luchar por la independencia es luchar por la unidad nacional. Pero al mismo tiempo por el Africa libre; inversamente -más tarde lo precisará- todo lo que apresura la integración de los múltiples estados en una federación única hace avanzar la hora en que los últimos colonizados se desembarazarán de sus últimos colonos. El desarrollo de los acontecimientos muestra quo tenia sobre este punto una idea práctica y clara: los Estados llegados a la independencia deben ayudar por todos los medios a los países todavía en servidumbre a rechazar todas las tutelas. Sabemos que pedirá, dos años y medio más tarde, al sentir que la frágil república congolesa está a punto de desmigajarse, el apoyo de las tropas de Chana. Si él hubiese ganado la partida, no hay duda de que el Congo hubiese ayudado a Angola y a todos los países vecinos: el panafricanismo declarado de Lumumba le ha valido a algunos de sus más temibles adversarios, los blancos de Rhodesía, de Africa del Sur y, más astutamente, los conservadores ingleses. El Congo panafricano hubiese sido primero un ejemplo, un fermento en todos los corazones aún sometidos a servidumbre. Pero sobre todo, este gran país hubiese provisto de cien maneras los sostenes más eficaces a las organizaciones revolucionarias de los países vecinos. No solo por fraternidad sino también porque era la única política africana que se imponía: liberado, el Congo permanecía rodeado de enemigos mortales; era necesario que los negros rompiesen sus cadenas en Rhodesia, en Angola, que derribasen el gobierno neo-colonialista de Youlou -o bien que hiciesen recaer al Congo en la esclavitud-. Lo que Lumumba deja apenas entender, pero nosotros sabemos que lo comprendió de inmediato, es que la independencia congolesa no es el final sino el comienzo de

una lucha a muerte para conquistar la soberanía nacional. Puede obtenerse la partida de los belgas por una organización interfor; cuando hayan partido, el peligro sólo será conjurado por una política exterior; la joven nación, que habrá perdido sus amos sin haber hallado los medios de ejercer su libertad, se verá constreñida a apoyarse sobre los Estados menos jóvenes y que ya han arribado a la soberanía, y será necesario que apoye los movímientos nacionales en las colonias que la rodean. Por esta razón, Lumumba, en su intervención de Accra, subrava el condicionamiento reciproco de los dos objetivos que la conferencia ha finalmente decidido y que, a justo título, no son sino uno en su espíritu: "La lucha contra los factores internos y externos que constituyen un obstáculo a la emancipación de nuestros países respectivos y a la unificación del Africa." El está sin embargo demasiado comprometido en la lucha política de liberación para insistir en el napecto fundamental del panafricanismo: que Africa no puede realizarse sin producir por sí misma un mercado africano. La organización de un mercado común a la medida del continente negro implica otros problemas y otras luchas: no es tiempo aún, para el M.N.C., de encararlas. Tampoco es el tiempo de descubrir y desatar la mistificación que recubre en muchos países -por ejemplo el Congo francés- la prestigiosa palabra independencia: tanto menos cuanto que De Gaulle al anunciarla en Brazzaville, el mismo año, suscitó en la colonia belga un verdadero entusiasmo y puso de su parte a los que dudaban frente a la reivindicación maximalista. No importa: lo que falta a Lumumba es un conocimiento profundo de las nuevas naciones y sus infraestructuras: debido a lo cual aprenderá demasiado tarde que ciertos Estados negros son por constitución enemigos jurados de la independencia congolesa. Sobre todo, formado por la opresión más dura y la segregación más abyecta, no ha podido concebir otro adversario que el viejo colontalismo, antigua máquina tan rígida que es necesario que arrase con todo o que se quiebre. Es contra ese viejo colonialismo que se dispone a combatir: está allí representado por el pequeño colonato, por la Administración. Pero

el lider negro no sospecha que ese ogro, todavía tan vivo y malvado, en realidad está ya muerto; que los gobiernos imperialistas y las grandes compañías han decidido, frente a la crisis colonial, liquidar las formas clásicas de la opresión y las estructuras ositicadas, entorpecedoras, que se establecieron en el curso del siglo precedente. No sabe que las antiguas metrópolis quieren confiar el poder nominal a "indígenas" que, más o menos concientemente, gobernarán en función de los intereses coloniales; no sabe que los cómplicos o los hombres de paja son designados de antemano en Europa, que pertenecen todos a la clase reclutada y formada por la Administración, a la pequeña burguesía de empleados y de funcionarios, a su propia clase. Esta ignorancia va a perderlo. Pertenece a la élite. luego está separado de las masas que se supone que representa: sus militantes son todos pequeños burgneses; con ellos, si triunta, formará el primer gobierno. Pero su inteligen cia y su devoción profunda a la causa africana hacen de él un Robespierre negro. Su empresa es a la vez limitada -política, el resto vendrá a su tiempo- y universal. Los misioneros católicos lo arrancaron del mundo consuctudinario de los no "evolucionados"; incluso se ha convertido, al partir, ebrio de su joven saber, en el portavoz de la élite, y ha reclamado para ésta la integración completa. Pero el universalismo ha concluido por tener primacía en él. Sin duda es éste un principio ideológico de su clase. Y, ya lo hemos visto, una ilusión óptica. Pero este humanismo que en los demás enmascara la particularidad de sus intereses de clase, es su pasión personal; se entrega a ella todo entero, quiere devolver a los subhombres de la sobreexplotación colonialista su humanidad natal. Por cicrto que esto no se logra sin un reacomodo de todas las estructuras, sin reforma agraria y sin nacionalización: su formación de demócrata burgués le impide discernir la necesidad de esa reestructuración fundamental. No es tan grave: ¿cómo hubiera podido descubrirla en ausencia de organizaciones proletarias que canalicen y clarifiquen las reivindicaciones políticas? Si hubiese conservado por más tiempo el poder, los hombres y las circunstancias lo hubiesen puesto entre la espada y la pared: neo colonialismo o socialismo africano. No tengamos dudas sobre la elección que Imbiera hecho. Desgraciadamente, al fundar el M.N.C., al tomar contacto con los líderes de los otros partidos -es decir, con otros "evolucionados", establecía, sin la menor sospecha, los elementos más activos de su propia clase, es decir, a hombres cuyos intereses comunes y particulares los instaban desde hacia mucho tiempo a traicionarlo, y quienes, desde los primeros días de julio de 1960, consideraron que él los había traicionado. De hecho, el conflicto que lo opuso a sus ministros, a la minoría del parlamento, no tuvo otro origen: esos pequeños burgueses querian convertir a la pequeña burguesía en clase dirigente, lo que objetivamente significaba aproximarse a las potencias imperialistas; el se concebía como guía, no creia pertenecer a ninguna clase, rehusaba, en su celo centralizador, tomar en serio las diferenciaciones de origen económico ni más ni menos que las divisiones tribales: el partido único haría saltar esas barreras y las otras y conciliaria todos los intereses. Es posible por otra parte que, más o menos claramente, hava tenido el proyecto de reorganizar la econumia por etapas y que, por prudencia, haya mantenido secretas esas intenciones. Se sospechaha eso en todo caso: no es sólo por la cuestión de los aviones rusos que se lo considera, bruscamente, comunista. Los parlamentarios y ministros más avispados temían, por cierto, que su jacobinismo acabase en socialismo en virtud de su hamanismo unitario. Lo que importa, en todo caso, es que colocó a su clase en el poder y que se disponía a gobernar contra ella. ¿Podía ocurrir de otro modo? No: el proletariado, durante los últimos años de la colonización, no había realizado un solo acto que pudiese hacerlo aparecer ante los ojos de la pequeña burguesía como un interlocutor valedero.

II

LAS RAZONES DEL FRACASO

A su retorno de Accra el líder del futuro partido único llega a ser en los hechos el hombre de la conciliación: bajo su influencia el M.N.C. intentó aliarse con los principales movimientos nacionalistas. El frente común creado por él ganará las elecciones de 1900. Pero la victoria legalista de ese "cartel" no debe ocultarnos su fragilidad: mientras se trató de una simple propaganda común, do un acuerdo limitado a esta sola voz de orden, la independencia, se dejaron de lado, por un instante, los particularismos; pero si los venecdores gobiernan -¿y quiénes si no?-- el Frente estallará por las dos razones ya señaladas: la base real de los partidos aliados es en cada caso provincial -incluso el M.N.C.-Lumumba está sostenido por los extraconsuctudinarios de Stanleyville-, y el universalismo cultural esconde mal el desco de los líderes de constituir con sus tropas la nueva clase dirigente. A partir de esc momento, Lumumba estaba condenado por su propia pureza e integridad: la Historia no se hacía por él, sino contra él. Líder indiscutido del centralismo, sus enemigos se desembozan apenas ha mostrado su poder de orador y su capacidad de negociador. Primero, será Chombe y los miembros de la Conakat; estos katangueses pretenden que su provincia sola alimenta a todos los congoleses; si se cortasen los lazos que la unen con regiones ingratas y necesitadas, gozaria sola de su riqueza. Tendrá lugar la inevitable escisión del partido centralizador: Kalonji fundará el "M.N.C.-Kalonji" que se implantará en Sud-Kasai; aquí, al revés de lo que pasa en los otros grupos, serán las rivalidades políticas las que determinen el separatismo étnico. El Abako, en fin, permanece irreductible: Lumumba multiplica los adelantos a un Kasavubu que no responde: Cuando la independencia ha sido obtenida y hay que constituir un gobierno, dos grandes fuerzas se encuentran frente a frente: el Abako, siempre intransigente, y el bloque nacionalista (M.N.C. y partidos aliados), flexible y decidido a encontrar un compromiso duradero. La Conakat, que se considera federalista, acepta antes que nadie participar, bajo condiciones, de un gobierno central: es sólo una maniobra, cuyo sentido no dejará de ser comprendido. Entre los dos movimientos, el ministro belga Cranshof hesita: Lumumba ha contribuido, en ocasión de los recientes motines, a mantener el orden público. Sus declaraciones son moderadas, carece de programa económico, cien veces ha repetido que garantizaba las propiedades de los colonos. Y luego -consideración de detalle- su grupo ha obtenido en las elecciones la mayoría de los votos. Pero su centralismo espanta. Los colonos están contra él. Kasabuvu es quizá más peligroso, es el hombre de la violencia: pero es tamhién el hombre de la discordia; su federalismo recubre el separatismo apasionado de su grupo étnico. El ministro empieza por encargar a Lumumha una "misión de información en vista a la constitución de un gohierno congolés". La longitud y la pesadez de esta frase traicionan bastante el embarazo de su autor. Lumumba da prueba de un perfecto realismo simplificándola como sigue: "Estoy encargado de constituir el gobierno." Pero el 17, Cambof declara que le retira su misión de informador para confiársela a Kasavubu. Nuevas consultas, vanas. El 21, la Cámara designa su buró: la mayoría pertenece al bloque nacionalista. Inmediatamente, el pobre Canshof retira a Kasavubu su misión y vuelve a designar a Lumumba. Las negociaciones se reanudan pero Kasavubu no ha cedido nada en intransigencia: el 22 de junio, el Abako todavía reclama "la constitución de una provincia Bakongo autónoma, soberana en una confederación de un Congo unido". Conocemos el compromiso final: el Abako proveerá el jefe de Estado y ministros; el bloque nacionalista provee el Primer Ministro y el resto del equipo gubernamental, con excepción de los sitiales que se reservan a la Conakat. Este parto penoso ilumina dos hechos de gran importancia: el primero, que las negociaciones tuvieron lugar bajo la amenaza de una sublevación bakonga. La fuerza de Lumumba era parlamentaria, la de Kasavubu realmonte masiva. Mientras Bélgica estuviese presente en el Congo, Ganshof se veía obligado a tomar en consideración la mayoría elegida: lo menos que Bélgica podía hacer era instalar en su antigua colonia una caricatura de la democracia burguesa. Después de la partida de los belgas, los votos perdieron su importancia: Lumumba fue depuesto y arrestado sin haberse hallado jamás en minoria. En otros términos, la democracia fue, simplemnte, rechazada: se mantenía

su apariencia pero el poder descansaba en la fuerza. Nada muestra mejor que el trágico destino de Lumumba estaba resuelto de . antemano. Primer Ministro, debía establecerse en la capital del nuevo Estado. Pero, por extraño infortunio, la capital era separatista: en Leopoldville, las masas no tienen sino un jefe: Kasavubu. Arrinconado entre un Jefe de Estado que reina como amo y un pueblo que no tiene otro objetivo que la secesión, el papel que puede representar un Primer Ministro centralista es sólo uno: el de rehén. Tiene partidarios en todas las provincias, pero para comunicarse con ellos debe valerse de la administración belga -todavía allí- que le opone la fuerza de su inercia, o de los funcionarios negros, cuya mayoría está contra él. A partir del 1º de julio de 1960, el contralismo se convierte en el sueno abstracto de un prisionero de honor que ya ha perdido todo poder sobre el pais. Se lo advertirá en la segunda mitad de septiembre, cuando Lumumba, ya depuesto, recorra Leopoldville en un auto munido de altavoces: sus arengas no convencerán a nadie. Rostros duros, público indiferente u hostil; la población de Leopoldville se ríe del centralismo. Basta, por el contrario, una palabra cuchicheada por Kasavubu para lanzar sobre la ciudad millares de amotinados anti-lumumbistas: poco a poco los parlamentarios se inquietan y desertan de la Asamblea; el poder legislativo se inclina motu proprio delante de la ilegalidad: ocurre que también para los diputados la capital secesionista es una prisión. Hasta el punto de que, más tarde, reconociendo al fin que había perdido la partida en Leopoldville, Lumumba escapó y sc convirtió en secesionista a su vez, esforzándose por ganar Stanleyville, su fuerte, su feudo. Comprendo: se trataba de una secesión provisoria, negación de la negación; contaba con reagrupar sus fuerzas y emprender, a partir de Stanleyville, la reconquista pacifica o violenta del Congo y su reunificación. Pero, aunque hubicse reunido al grueso de sus partidarios, ¿puede creerse que hubiera retomado, sin combatir, la capital bakonga? ¿Con qué fuerzas? Lo más verosímil es que Lumumba se mantuviese on Stanleyville sin ganar ni perder y que Kasavubu adoptase la pose de

hautizar de "secesión provincial" ese retorno del centralismo a sus origenes; objetivamente, en efecto, la empresa, desprovista de los medios suficientes para llegar a su fin, hubiese aumentado la división de los congoleses y la parcelación de su suelo. Sin embargo, hay que reconocerlo. Lumumba tenía una sola alternativa: aceptar la federación y la autonomia del Bakongo o ganar Stanleyville para preparar la conquista; en los dos casos, el tederalismo ganaba la partida. Sucede, en verdad, que estaba ganada de antemano. En política, lo necesario no es siempre lo posible. La unidad, idea directriz del M.N.C., partido moderno y concebido a imagen de los movimientos curopeos, le era necesaria al Congo: sin ella, la independencia era letra muerta; pero en ese momento histórico, la fórmula europea se adecuaba mal a las necesidades de los congoleses; los lazos más rudos y súlidos los ataban al suclo natal, al grupo étnico. La centralización no representaba nada más que la conciencia de clase de los centralizados, es decir, de los evolucionados.

Estas consideraciones nos remiten al segundo carácter de la independencia congolesa: haber sido otorgada. Si los congoleses la hubieran conquistado, habría sido inconcebible que el belga Ganshof elija por su cuenta el congolés más apto para formar un ministerio. Lumumba lo sabía y sufría por ollo: varias veces, antes del 30 de junio, reclamó la partida del ministro metropolitano. En una conferencia de prensa, declara: "En ninguna parte del mundo se ha visto a la antigua potencia organizar y dirigir las elecciones que consagran la independencia de un país, y tampoco en Africa hay precedentes. Cuando en 1830 Bélgica conquistó su independencia, fueron los helgas mismos quienes constituyeron un gobierno provisorio...", etc.

"Conquistó": soy yo quien subraya, porque todo está abí. Es lo que explica el tono paternalista de la alocución del rey Baudouin, pronunciada el 30 de junio: os hemos regalado un hermoso chiche, no lo rompáis. Y explica también la apatía de Kasavubu, que al tener conocimiento de la alocución del rey, se limita a suprimir de su discurso una peroración demasiado servil. Por esto, Lumumba, indignado, se apodera súbitamente del micró-

fono. Es conocida la admirable "exposición de amargura" que desarrolla en respuesta a la suficiencia del joven rey. Pero lo esencial está en estas líneas: "Esta independencia proclamada hoy en entendimiento con Bélgica, país amigo al que tratamos de igual a igual, ningún congolés digno de ese nombre podrá olvidar que la hemos conquistado por la lucha, una lucha de todos los días. Idealista y ardiente, en la cual no hemos ahorrado ni nuestras fuerzas, ni nuestras privaciones, m nuestros sufrimientos."

A esa altura, la crónica del discurso de Lumumba anota: "aplausos", lo que prueba que el orador tocaba una fibra sensible. Ninguno de los congoleses que participaban en la ceremonia, cualquiera fuese su partido, queria un regalo: la libertad no se da, se toma. Invirtiendo los términos, se advierte que una independencia concedida no es sino camuflar la servidumbre. Los congoleses habían sufrido casi un siglo, se habían batido a menudo, las huelgas y los motines se habían multiplicado en los primeros tiempos, o pesar de la crueldad de las represiones. Recientemente, las jornadas de enero de 1959 habían sido, si no la causa, al menos la ocasión de la nueva política colonial del gobierno belga. No se podía discutir ni el coraje del proletariado o de los guerreros campesinos ni el profundo, invencible rechazo que cada colonizado, a veces a pesar suyo, oponía a la colonización. Sigue siendo cierto que las circunstancias no habían permitido ni solicitado la lucha organizada. En el Vietnam, en Angola, en Argelia, la organización es una organización ormada, se trata de la guerra popular: en Ghana, N'Krumah ha pretendido luchar por medios políticos; de hecho, las huelgas que ha organizado son violencias incruentas. De todas maneras, la lucha se organiza clandestinamente; la unión de los combattentes es el medio inmediato de cualquier acción antes de ser el fin remoto: las gentes so unon para tener éxito cuando se dan una mano y también para escapar al peligro de muerte: las represalias del colono sellan los pactos secretos: la violencia del opresor suscita una contra-violencia que al mismo tiempo se ejerce contra el enemigo y contra los particularismos que le hacen el juego; si la

organización es armada, hace saltar los cerrojos, las visagras, liquida los jeques, las "jefaturas" tribales, los privilegios feudales, y en todas partes reemplaza, durante el eurso de la lucha, con sus propios cuadros políticos a los que ha implantado la Administración; la guerra popular implica la unidad del ejército con el pueblo, luego la del pueblo mimo: o el tribalismo desaparece o la insurreeción será ahogada en sangre; la liquidación de esos vestigios se realiza por la persuasión, la educación política o, si es necesario, por el terror. Así la lucha misma, a medida que se extiende de un extremo al otro del país, persigne la unificación; y si ocurie que dos movimientos insurreccionales coexisten y no se fusionan, se puede tener por segura que ambos serán masacrados por el Ejército Colonial o que uno de ellos climinará al otro. Si vencen, los jefes son a la vez militares y políticos: han quebrado las antiguas estructuras, todo queda por hacer, mas no importa: creatán infraestructuras populares; sus instituciones no serán copia de las europeas: provisorias, intentarán frenar los peligros que amenazan al joven Estado reforzando la unidad a expensas de las libertades tradicionales. La fuerza del Poder Ejecutivo es irresistible: es el ejército que se ha forjado combattendo a los opresores. Desde esta perspectiva puede decirse que en el Vietnam, en Argelia -sean las que fueran las dificultades actuales- la unidad y la centralización han precedido a la independencia y la garantizan. Y en el Congo se produjo lo contrario. La recesión económica, la evolución del ex Congo francés, la guerra de Argelia cambiaron los espíritus y provocaron perturbaciones, pero éstas jamás fueron orquestadas: no tenían el mismo origen ni las mismas razones ni los mismos objetivos. Sirvieron de signos al gobierno belga, que está informado por algunos administradores lúcidos: hoy no es cuestión de actos de terrorismo; mañana si, si la Metrópoli no define claramente su política. Estos informes llegan en el momento en que el imperialismo extrae lecciones de las guerras coloniales en que se ha agotado Francia y de las experiencias británicas de falsa descolonización. Bélgica no quiere transformar el Congo en una Argelia negra, rehúsa gastar

allí millones y vidas humanas. El Congo, con sus cien mil blancos, no puede ser considerado una colonia de repoblamiento: la repatriación, si ocurre, no perturbará la economía metropolitana. En cuanto a las grandes compañías, están de acuerdo en hacer la prueba: protegidos por un gobernador blanco o por un "colaboracionista" negro, sus intereses no sufrirán; incluso parece, si se observa bien el desarrollo de los nuevos Estados africanos, que la independencia es la solución más rentable. Y le será otorgada al Congo.

Hoy se dice que el gobierno belga fue de un maquiavelismo criminal. Más bien creo que fue criminalmente imbécil. Les franceses no abandonan nada sin pelear primero. se agarran hasta que les cortan las manos: eso es, involuntariamente, forjar los cuadros del adversario; la guerra crea sus élites. Los ingleses planifican la descolonización trucada: forman cuadros de antemano, durante mucho tiempo; serán colaboracionistas, pero capaces. Bélgica, en cambio, no hizo nada: ni guerra colonial ni transición progresiva. A decir verdad, en 1959 era demasiado tarde para preparar la emancípación congolesa: los colonizados reclamaban la independencia inmediata. Pero el error del gobierno se encuentra mucho antes. Reside en el encarnizamiento con que mantuvo al país conquistado en la ignorancia y el analfabetismo; en su voluntad de conservar las divisiones feudales, las rivalidades, las "estructuras tradicionales", el derecho consuctudinario. Durante ochenta años Bélgica se ocupó en congolizar al Congo. Y después de haberlo atomizado decide súbitamente dejar que se arregle como pueda, segura de que la carencia de cuadros y el desmigajamiento de los poderes lo pondrán a su merced. Por esta razón, Lumumba se encuentra, al mismo tiempo, designado por las masas y puesto en el poder, en nombre del rey belga, por Ganshof. Situación asaz inconfortable, sobre todo si se piensa que Ho-Chi-Minh y Ben Bella tomaron el poder a pesar de la Metrópoli, encabalgados en un movimiento irresistible ,y que su soberanía -léase. porque de ello se trata, la soberanía nacional- precisamente de tal circunstancia proviene. En el Congo, la independencia -en vez de ser un momento en una praxis y servir

los actos pasados de trampolin a las empresas futuras (como en el Vietnam y Argelia)- es un punto mucrto, el grado cero de la historia congolesa, el momento en que los blancos ya no mandan pero continúan administrando y en el que los negros están en el poder pero no mandan todavia. Sea cual fuere su popularidad, en esc instante contradictorio, Lumumba no la obtiene en virtud de su gesta pasada sino gracias a una legalidad importada de Europa y que los congoleses, "evolucionados" aparte, no reconocen. Se admira ciertamente su coraje, se sabe que muchas veces ha sido arrestado, golpeado. arrojado al calobozo, eso no basta. Para ser soberano en un nucvo Estado, es necesario haberlo sido en el tiempo de la opresión como jefe incontestado del Ejército de liberación o poseer de larga data un poder carismático, religioso. Esta clase de poder, desgraciadamente. es Kasavubu el que lo detenta en Leopoldville. Hay que comprenderlo: el 1º de julio de 1960, Lumumba, líder de un "cartel" mayoritario y jefe del gobierno, está solo, sin poder, por todos trateionado y ya perdido.

Ya lo he dicho: cuando los pueblos se liheran por la fuerza, echan o masacran a los antiguos cuadros, que para ellos no son sino los opresores más conocidos Es necesario reemplazarlos de prisa; puesto que todo el mundo es incompetente, la elección se guía por el celo revolucionario y no con arreglo a las capacidades. De ello resulta una confusión espantosa, errores criminales, y sectores enteros de la economía se encuentran en peligro mortal. Pero todavía no ha ocurrido que una revolución víctoriosa se hunda por falta de élites. En la U.R.S.S., en China, en el Vietnam, en Cuba, pagando el precio de dolorosas convulsiones, unos recién venidos se colocaron en los puestos de mando, y dirigen, inspeccionan, deciden durante el dia y aprenden y leen durante la noche. Es así un hocho normal y positivo en el desarrollo de una revolución el reemplazo de competentes reacionarios por revolucionarios incompetentes. Si esta sustitución no se realiza por la fuerza, resulta necesaria a consecuencia de la emigración masiva de los especialistas.

Pero es necesario que tal salto a lo desennocido se haga en caliente, que se imponga

como un momento inevitable de la praxis. Si no es en medio de la tempestad revolucionaria, ¿quién osaría reemplazar sistemáticamente, en todos los niveles de la jerarquía social, el saber por la ignorancia? Lumumba era un revolucionario sin revolución. Su jacobinismo inflexible lo oponia radicalmente al hipócrita camuflage del colonialismo que el gobierno belga intentaba inhábilmente, pero esta oposición rigurosa no era sino un rechazo teórico puesto que, justamente, la guerra popular no había sido librada. No podia encarar los cuadros como lo hubiese hecho en plena acción. Evolucionado, formado por los blancos, habituado a reconocer la superioridad técnica de éstos, estaba inquieto a causa del pequeño número de evolucionados y la ignorancia de las masas. Sin duda alguna, era necesario africantzar los cuadros: siempre lo había querido, y tanto más lo quería entonces cuanto que ha menudo se sentía paralizado por la mala voluntad de la administración. El Congo no gozaría de una independencia plena mientras los puestos claves siguiesen en manos de los blancos. Pero, puesto que no existía una urgencia inmediata, podía encarar una transformación progresiva. Llama la atención el hecho de que en sus discursos haya hablado a menudo de la enseñanza superior, casi nunca de la enseñanza primaria. No veamos en esto una preocupación de clase. Simplemente, tiene una aguda conciencia del problema: el Congo enviará estudiantes a Europa apenas pueda hacerlo; volverán al país y cada uno ocupará el lugar de un belga; mientras más numerosos sean más pronto se completará la independencia técnica, administrativa y militar del país. Solución razonable, como puede verse, pero reformista, tal como puede concebirla en frio un hombre de Estado que pesa el pro y el contra y acepta riesgos calculados.

Al mismo tiempo, las masas daban conclusiones revolucionarias a la revolución que no había tenido lugar. Se encargaron de la africanización de los cuadros y echaron a los curopeos en un abrir y cerrar de ojos. Eso comenzó con la Fuerza Pública. Los oficiales y los ayudantes venían de Bélgica; los congoleses sólo podían alcanzar, al fin de la carrera, el grado de sargento. Hicieron saber, varios meses antes de la independencia, que exigían la supresión de ese privilegio de los blancos; después de la independencia, un negro podría, según su mérito, ascender a teniente o general. Lumumba no tomó la cosaen serio: sin duda la encaraba desde el punto de vista de la utilidad nacional; se formarían oficiales poco a poco. Pero se equivocó: no se trataba de una reivindicación general acerca de la condición de los soldados futuros; eran esos soldados quienes querían ser sargentos, esos sargentos los que ambicionaban el grado de capitán. La exigencia, en una palabra, era concreta e inmediata. Parece que un político la liubiese sattsfecho desde un primer momento y que hubiese retomado y captado el movimiento revolucionario realizando él mismo este esfuerzo: le limogeage de Janssens. Hubiese significado ganarse el Ejército, único instrumento del que disponía este P.E. sin poder. En los soldados de la Fuerza Pública, sobre todo, había un rasgo inquietante: durante el dominio belga, es decir hasta el 30 de junto, habían hecho reinar el orden colonial; esos congoleses luchaban exclusivamente contra congoleses; reprimían los motines, ocupaban las ciudades, vivían a expensas de los habitantes. Cómplices objetivamente de la casta colonial, muy influidos por sus oficiales, parecian por su propio estado verdaderos contrarrevolucionarios. Y, sin duda alguna, lo cran hasta el fondo de sí mismos, excepto en que se enfurecían al ser mantenidos en los grados inferiores, como los villanos en el Ejército francés antes de 1789. Esta reivindicación, sin que ellos lo supiesen, resumía las aspiraciones del Congo a la soberanía total puesto que no podia realizarse sino por una decisión soberana. Al mismo tiempo, el conflicto de clases se perfilaba detrás del conflicto de razas: los pobres ya estaban hartos del lujo de los ricos y querían colocarse en el lugar de éstos. Tomando la iniciativa, el gobierno hubiese convertido a las fuerzas del orden en cómplices de la revolución: las hubiese vuelto solidarias. Lumumba dudó: la presión del Ejército negro implicaba el riesgo de verse empujado demasiado pronto al radicalismo; o quizá tuvo, a despecho de sí mismo, un reflejo de clase. ¿Y quién, se preguntaba, sería capaz, hoy, de mandar en el Ejér-

cito congolés? Cometió el error de reclamar a Janssens una mejora tibia: todos los negros pasarían a grado inmediato superior, la segunda clase pasaría a la primera y todos los sargentos, a sargentos primeros. Janssens supo representar hasta el fin su papel de provocador; respondió a los soldados: "No obtendrán nada. Ni hoy ni nunca". Sabemos lo que siguió, el amotinamiento de los soldados, la expulsión de los oficiales, la fuga de Janssens, verde de pánico, a Brazzaville. Esta insurrección pudo ser positiva, pero en definitiva solamente tuvo consecuencias negativas. Los soldados se rebelaron a la vez contra Janssens y contra Lumumba, que había esperado la revuelta para destituir a aquél; es decir, se rebelaron a la vez contra el paternalismo belga y la joven democracia congolesa. Confusos, acostumbrados a imponer orden por la fuerza, rebelados sin embargo contra los privilegios militares de los belgas, en su mayor parte cayeron en una especie de bonapartismo para afirmar su nueva casta e indicar su desprecio por el régimen que los había traicionado.

La africanización de los cuadros administrativos comenzó con el brusco cambio de fortuna de los europeos. Los funcionarios se fueron, las empresas privadas cerraron sus puertas. Lumumba hizo lo que pudo para retenerlos. Pero al mismo tiempo llegaron al Congo tropas belgas aerotransportadas; se vio obligado a romper con Bélgica, y ello terminó de enloquecer a la población blanca. Las masas, entretanto, querían expulsar a los belgas y a la vez les reprochaban que partieran. Lumumba era impotente: se le reprocha no haberse puesto a la cabeza del movimiento. Los obreros reclamaban aumentos de salarios. Reivindicación justa, pero que el jacobino Lumumba juzgó inoportuna. Estallaron huelgas. No contra los helgas: contra él. Las hizo reprimir: era necesario salvar la economía congolesa, mantener el nivel de producción. Y, sobre todo, en las confusas y esporádicas agitaciones que llevaron a cabo, radical pero catastróficamente, la africanización de los cuadros, Lumumba no reconocia ni su praxis política, ni su revolución, ni su personal: esas gentes, pensaba, nada han hecho hasta ahora; y cuando hemos ganado,

reivindican ante nosotros lo que jamás habrian pedido a los belgas; ¿qué tienen de común con nosotros? Este no violento tomó partido contra la violencia, este evolucionado se desolidarizó de los no evolucionados y de todos los evolucionados cuyas miras no eran el solo interés común. Reprimió esos movimientos espontáneos, y perdió así la última posibilidad de apoyar su vacilante poder en esa salvaje revolución. Cabe reconocer, por lo demás, que esa posibilidad era mínima: sin organización, sin programa revolucionario, la brutal radicalización de la independencia no desembocaba cu nada. Persistieron las manifestaciones y, desde entonces en adelante, se realizaron contra el gobierno. Para identificarse con la unidad nacional, Lumumba había intentado desprenderse de su clase: se lo hizo reingresar en ella a la fuerza; los diputados acababan de atribuirse una dieta parlamentaria de 500.000 francos y, al mismo tiempo, Lumumba quería romper las huelgas reivindicativas: la masa extra-consuctudinaria descubrió a la vez los apetitos de los evolucionados y la represión gubernamental: durante la colonización la élite ganaba mucho más que los obreros pero seguía explotada, oprimida; por igual trabajo un funcionario blanco recibía el doble que un negro; esta desigualdad contribuía a pesar de todo a aproximar la pequeña burguesía congolesa y el pueblo: los negros estaban orgullosos, contra los belgas, de sus evolucionados. Mas apenas llegaron al poder se descubrieron como clase por las remuneraciones y honorarios que reclamaron. La masa creyó reconocer los nucvos amos. Vio en el Ejecutivo -como otras veces, a justo título, en la Administración colonial- un poder de represión. Todo era falso: la pequeña burguesía negra no podía establecer su autoridad sino entregando el Congo al imperialismo, que a su vez le dejaría la gerencia del país; por otra parte, lejos de representar los intereses de clase de los evolucionados, Lumumba veía disminuir cada día su poder porque se oponía a ellos. No lo hacía, es verdad, en nombre de los intereses de las masas: en nombre, en cambio, del universalismo jacobino. No importa: la contaminación se hizo rápidamente, se tuvo al Primer Ministro por un aprendiz de dictador

designado por los numerosos privilegiados, justamente cuando perdía la confianza de éstos. Kasavubu, el Abako, los provocadores belgas, supieron sacar partido, a partir de julio, de tal confusión: hicieron pasar a Lumumba por un tirano.

Nada estaba más lejos de su carácter: por lo demás, cuando se lo acusó de abuso de poder, ya ni siquiera tenia posibilidad de hacerse obedecer. Pero lo que sus enemigos sintieron desde el primer día, es que en un país dividido, la unidad nacional es una praxis de unificación permanente; las oposiciones fácilmente se vuelven traiciones, como decía Merleau-Ponty, cuando acrecientan la discordía y la parcelación: el gobierno contral debe reducirlas, por la fuerza si es necesario. Desde este punto de vista, las huelgas o los desórdenes urbanos, por justificadas que sean sus reivindicaciones, son tan peligrosos como los conflictos étnicos: éstos retardan la cultura: desmigajan el suelo congolés; aquéllos hacen descender la producción; es indispensable que el Congo libre, en los primeros años de su infancia, no caiga demasiado por debajo del Congo belga del cual ha nacido: por consiguiente, el centralismo lleva en sí una política de austeridad social. Sin embargo, el Incorruptible -llámese Robespierre o Lumumba- debe en el mismo momento atacar a la clase dirigente -a su propia clasepara mantenerla en el rango de clase universal, es decir, para impedir que se oponga a causa de sus exigencias, sus costumbres o un enriquecimiento demasiado rápido, al resto del país. Esto significa que se exige en nombre de la unidad que cada grupo social sacrifique sus intereses al interés común. Nada es mejor, siempre que el interés común exista. Castro, después de algunos meses tumultunsos que siguieron a la toma del poder, reclamó a los sindicatos obreros poner un término a las huelgas, recurrir al arbitraje para los conflictos sociales. Pero esto fue posible porque acababa de vencer al ejército de los señores feudales, acababa de expulsarlos y de entregar sus bienes a las clases desposeidas, por medio de la reforma agraria: al reclamar sacrificios a todos, invitaba a los trabajadores rurales y urbanos a comprobar su unidad real, su interés común, que era la libre explotación de la isla por todos en provecho de cada uno. Dicho de otro modo, el centralismo no puede identificar la unidad nacional con el interés común, a menos que la revolución de la cual ha surgido sea socialista. Entre los evolucionados que tomaron el poder en el Congo y los obreros o los trabajadores agrícolas, no hay todavia lucha de clases propiamente dicha, pero ya la pscudo-unidad congolesa esconde la divergencia de los intereses. Sin saberlo, el centralismo reclama ese minimum abstracto que es la unidad nacional para que una sociedad nueva encuentre el tiempo de darse sus estructuras y sus estados. Pero ni los explotados ni los futuros explotadores entienden por ello sacrificar sus exigencias concretas a ese porvenir todavía imprevisible, ya la existencia de los unos impide ceder a los otros. Los proletarios conocen las remuneraciones de los ministros; en cuanto a éstos (y el resto de los evolucionados), no harán concesiones a nadie: tienen una moral fundada en el mérito: no servirse los primeros, sería en el fondo sacrificarse a la masa de iletrados, esto es, a los no-militantes.

Así, por la falta de un movimiento de masas, do una lucha armada, de un programa socialista, el centralismo, como praxis unificadora, parece arbitrario a todos; la unidad que desea establecer es considerada por todos como un concepto sin contenido, cada grupo le opone su idea concreta de la unidad que es -en la situación presente- un factor de división. Lumumba tiene en contra a todo el mundo: los partidos provinciales y federalistas, la capital, el proletariado, la pequena burguesía que él representa y que debería sostenerle. Hay algo peor: los rurales se acomodan a la independencia bajo la condición de conservar sus "estructuras tradicionales". Pocos han comprendido que los caciques consuctudinarios eran los representantes indígenas de la administración belga. Ahora bien, los reyezuelos lo pierden todo a la partida de los belgas. Los belgas los compraban y mantenían en sus puestos: era centralizar dividiendo. La política del gobierno congolés será liquidar las divisiones: debe crear una administración negra, instruir los funcionarios en Leopoldville, enviarlos a todas partes como los únicos agentes calificados del poder. Estas

medidas que se imponen en todo nacionalismo doblan las campanas por los feudos: el poder cubrirá el país con una red de responsables que tomarán decisiones en función de las órdenes recibidas de la capital, y sustituirán con su autoridad la de los señores locales. Las grandes jefaturas se inquietan: algunos emisarios europeos se hicieron un deber de iluminarlos al respecto. Finalmente, muchos señores feudales -incluso entre aquellos que se aliaron al M.N.C. para reclamar la independencia- un buen día se despiertan antilumumbistas encarnizados. Sus tropas los siguen. En Katanga, el enemigo mortal de Lumumba, aquel que, quizá, lo asesinó con sus propias manos, Munonga, es hijo de rey. La secesión katanguesa que precipita el de sastre es el resultado de un acuerdo entre los feudos locales, el colonato de poblamiento y la Unión Minera.

Contra tantos enemigos, ¿qué hacer? Nada. Si el centralismo posee una base sólida, si cuenta con el apoyo de las fuerzas armadas, llegará más pronto o más tarde, según el grado de urgencia, a combatir el federalismo por medio del terror: así hizo Robespierre en el 93. No durante mucho tiempo: él también cayó, después de haber quebrantado los levantamientos populares, cuando se advirtió que ya no representaba a nadie. ¡Pero Lumumbal Menos de una semana después de la proclamación de la independencia, el motín de julio lo despojó del sostén de la Fuerza Pública. En Leopolville pronto se vería que solamente da policía -ella y la Asamblea- lo defendería contra los manifestantes del Abako. Y cuando envió el Ejército para restablecer el orden en las provincias separatistas, las tropas partieron, es verdad, pero no llegaron. Prefirieron pindonguear en ruta, es decir, pillar y masacrar paísanos. Sin embargo este hombre aislado de todos y que no ha tenido más que la apariencia de poder será acusado de haber ejercido una dictadura sangrienta.5 Pero no sin una sombra de razón, pues en los hechos, considerando las fuerzas presentes y los caracteres singulares de la situación, un líder unitario que hubiese poseído los medios adecuados se hubiera visto obligado a renegar de sus objetivos o a recurrir al terror.

La unidad del Congo reclamaba una dictadura. Y puesto que era imposible la del proletariado (mal esclarecido, mal instruido por sus representantes) se hacía necesario que un pequeño burgués se adueñase del poder contra todos.

Después del motin de julio tuvo lugar la separación katanguesa que suscitó en todas partes una corriente separatista más o menos fuerte. Lumumba el tirano estuvo admirable: volaba con Kasavubu, que silencioso como la muerte lo seguía a todas partes, a los sitios en que aparecía una perturbación, inquietud u hostilidades, aterrizaba y, apenas salido de la carlinga, realizaba un mitin. El calor de su voz, su sinceridad, su optimismo --ingenuo o místico, como se quiera- seducían a todos los auditorios y a menudo los persuadían. Una vez desarmadas las prevenciones, calmadas las dudas, refutadas las objeciones, explicados, sobre todo explicados, sus planes y sus razones en detalle, ganaba la partida por una tarde; por una tarde, en una ciudad de provincia, esta dictadura de la palabra -la única que él haya ejercido - realizaba la unidad jacobina de algunos centenares de hombres, los politizados. Aclamado, Patricio volvía al avión, despegaba, pensaba: partida ganada; a su lado, Kasavubu pensaba: partida perdida, la palabra no tiene este poder. En los hechos, lo tiene: con la condición de ser repetida mil veces, primero por los jefes, después por los activistas, después en cada ocasión, por los militantes. Lumumba estaba solo. Absolutamente solo. Cuando su avión levantaba vuelo, el silencio se restablecía en la pequeña ciudad provinciana que acababa de abandonar, cada cual retornaba a sus intereses inmediatos, a sus prejuicios, a su grupo tribal o socio-profesional, nada quedaba, ni siquiera una semilla en un corazón. Mientras tanto, el tirano volaba por el aire; cuando se posaba, los blancos se encargaban de insultarlo: había que aceptar la protección humillante -y poco eficaz, se recela- de los militares belgas, de esas tropas colonialistas cuya acción había denunciado en el Parlamento, cuya expulsión del Africa había reclamado a la ONU. Incluso intenta un aterrizaje en Katanga, y los oficiales belgas le hacen saber que lo arres-

⁵ Kasavuhu sabía que mentía cuando la responsabilizaba de las exacciones de la Fuerza Pública.

tarán no bien toque tierra. Lumumba no se amilana y entonces los belgas apagan las luces, bloquean los controles, es la noche: se lo desvía de un acto que no tendría más peso que un suicidio. Renuncia, el avión cobra altura; Lumumba vucla. El Congo libre vucla, prisionero de los aires, pasando por aquí, por allá, como un hurón: pues el Congo centralizado, unido en la independencia sólo se identifica con Lumumba. La suerte está echada: el recurso a las Naciones Unidas, el envio de los cascos azules, el golpe de Estado de Kasavubu, el pronunciamiento de Mobutu, ese "cana" a las órdenes de los belgas, que toma el mando de la Fuerza Pública -es decir de bandas armadas, sin sueldo, que asaltan a los transcúntes-, la abyecta parcialidad de Hammarskjöld, las intrigas de Youlou maniobrado por el gobierno francés: estos episodios tan conocidos no son sino las etapas de un calvario inevitable. Los belgas, los franceses, los ingleses, las grandes compañías y el señor II. hicieron asesinar a Lumumba con sus eshirros Kasavubu, Mobutu, Chombe, Munongo -y América del Norte, puritana, ha desviado los ojos para no ver la sangre. ¿Por qué tanto enoamizamiento? ¿Era realmente necesario que el neo-colonialismo se instalase en el Congo por este crimen retumbante? Esc gran negro, delgado y nervioso, trabajador infatigable, orador magnífico, había perdido sus poderes: la atomización del Congo, hecho real, indiscutible resultado de ochenta años de colonialismo "paternalista" y de seis meses de maquiavelismo, desmentía radicalmente el sueño jacobino del Primer Ministro: había perdido sus poderes, salvo quizá en Stanleyville, donde antes que partidarios poseía quizá una clientela. Si se hubiera acantonado alli, no habria hecho más que Gizenga, tracionado un poco más tarde, después de algunas victorias relámpago, por su propio jefe de Estado Mayor. el tío de Lumumba que prefitió al unitarismo de los políticos la unidad restaurada por el único poder eficaz, las fuerzas armadas. El imperialismo no se preocupa de las vidas humanas: pero puesto que tenía la victoria en la mano, ¿no podía evitarse un escándalo? Precisamente, no: es el secreto de tantas combinaciones sórdidas: Lumumba era el hombre

de la transmisión de los poderes; inmediatamente después, debía desaparecer.

La razón es que vivo representaba el rechazo riguroso de la solución neo-colonialista. Esta consiste, en el fondo, en comprar a los nuevos amos, los burgueses de los países nuevos, como el colonialismo elásico compraba los caciques, los emtres, los brujos. El imperialismo necesita una clase dirigente con bastante conciencia de su precaria situación como para ligar sus intereses de clase con los de las grandes sociedades occidentales. El Ejército nacional -símbolo, a los ojos ingenuos, de soberanía-, se convierte, en semefante perspectiva, en el instrumento de una doble explotación: la de las clases trabajadoras por la "élite" y, a través de ésta, la de los negros por el capitalismo de occidente. Inviértese, préstase: el gobierno de la Nación independiente cae en la completa dependencia de los europeos y los norteamericanos. Tal ocurrió a Cuba, en 1900, al salir de una guerra colonial que había ganado. El modelo es todavía bueno: nos valemos de él todos los días. El objetivo es reservar al continente negro el destino de América latina: debilidad del gobierno central, alianza de los burgueses (o de los señores feudales que havan quedado) con el Ejército, super-gobierno de los trusts. Hacen falta hombres para esta combinación: en el Congo el elegido será Kasavubu; sus ambiciones y su separatismo -incluso si acepta, al fin, una federación muy laxa- conservan las discordias antiguas alimentadas por la administración belga y, esta vez, sin que se sospeche que los blancos meten la mano. Ileo. Adoula, pueden secundar: su conciencia de clase está a la altura de sus apetitos: es posible contar con ellos, al abrigo de la Fuerza Pública, para dar término a la constitución y apresurar el desarrollo de la nueva burguesía. Hasta ahora, los evolucionados sólo eran asalariados, reclutados y formados por el imporialismo y convencidos por sus amos de que sus intereses coincidían con los del capital: pero ahora hay que remodelar la economía congolesa, transformar a ciertos asalariados en pequeños capitalistas, mantener los fendos rurales y dejar jugar, incluso en el campo, las fuerzas de concentración. Tal es el programa, tal es el Congo de 1963; sujeto de la

Historia desde 1960 a 1961, hoy sólo es el más pasivo de los objetos. La suerte de Katanga fue dictada entre belgas, ingleses, franceses, yanquis, rhodesianos, blancos de Africa del Sur. Los combates, las sublevaciones populares, la guerra, las decisiones bruscas y contradictorias de la ONU son los efectos y los signos de las transacciones que tuvieron lugar entre los trusts, entre los gobiernos. Si todo parece hoy en orden, si Katanga vuelve al Congo, es porque los EE. UU. y los belgas -contra Rhodesia y la Unión Sud Africana, contra las miras inglesas y francesas- se han puesto de acuerdo para explotar en común, por intermedio de sociedades mixtas, las riquezas congolesas.

· Para arribar a compromisos tan delicados era necesario comenzar por extirpar del Congo los debates, y eso significaba: suprimir a Lumumba. Solo y tratetonado, seguía siendo el símbolo abstracto de la unidad nacional; Lumumba fue el Congo en el momento histórico del traspaso de los poderes. Antes de él solamente había una colonia, un puzzle de imperios dislocados; y después de él solamente queda un país desgarrado que tardará más de un decenio en encontrar su unidad nacional. Primer Ministro, Lumumba había perdido uno tras otro sus sostenés y, por la fuerza de las cosas, se convertía a pesar suyo en el agente de un nuevo separatismo que se llamaba contralización. Cautivo pero con vida, de un día para otro podía convertirse en un principio, un punto de agrupamiento: era el testigo de una cierta política que se le había timpedido realizar pero que podía aparecer, a los primeros fracasos del nuevo gobierno, como la política de reemplazo, como la que no había exhibido pruebas de su valor porque no se le había dado tiempo; política que se revelaría, quizá, como la única postble. Los descontentos de la vispera se habían unido contra él; los descontentos del día siguiente -los mismos, sin duda- se reagruparían alrededor de él. Un prisionero otrora idolatrado por las multitudes es una posibilidad desnuda de praxis; su sola existencia transforma los lamentos en esperanza; sus principios, a los que se mantiene fiel, son para los nuevos opositores algo más que una representación y designio del espíritu; viven, son actuales,

están humanizados por aquel que los protege en su calabozo; se convierten para todos en un objeto de fascinada meditación. Se lo advertirá así en Thysville, al amotinarse los soldados que lo vigilan: si no se les paga, dicen, dejarán a Lumumba en libertad. Enloquecidos por esta amenaza los dirigentes de Leopoldville se ponen en contacto con los katangueses. Arreglo concluido: Chombe pagará a la tropa y, en cambio, se llevará a Lumumba. En pocas palabras, el Primer Ministro depuesto testimonia, incluso encarcelado, la necesidad del centralismo. Y tanto más cuanto que su caída coincide con el brusco estallido de motines y guerras locales.

Hay algo más: desde octubre se nota una

recrudecencia de las perturbaciones revolucionarias. Es la base esta vez, campesinos y obreros, la que se moviliza contra el mantenímiento de la economía colonial. Estos movimientos dispersos carecen de objetivos comunes, mas sería posible, no obstante, unirlos por encima de sus viejas divisiones si sus reivindicaciones particulares fuesen reunidas en un programa común. Semejante temor está justificado: Cizenga, más tarde, nuevo líder del centralismo, adopta en Stanleyville medidas radicules: los trusts serán africanizados, se asignará a los helgas un período de residencia y se los someterá a un impuesto excepcional; al término de seis meses el Estado se apropiará de los bienes abandonados. Tales decretos señalan el acercamiento que se esboza entre las reivindicaciones concretas de las masas (aunque sin verdadera perspectiva) y el jacobinismo abstracto del M.N.C. Y Cizenga no tiene la popularidad de Lumumba. Ni su inteligencia. ¿Qué no podría esperarse si el antiguo Premier hubiese comprendido por su cuenta que había que hundirse en la masa, romper con los evolucionados, dar un contenido social a su política unitaria, sublevar, en una palabra, al pueblo contra la mistificación neo-capitalista? He ahi, en verdad, todo el problema: el jacobinismo es pequeño burgués, subordina la economía a la integración política y choca sin cesar con las reivindicaciones do las masas, a las que acusa de sabotear la unidad. Ordinariamente este conflicto permite a los enemigos derrotar, uno tras otro, al movimiento unitario y al movimiento social.

Pero si sucede que los jacobinos sobreviven algún tiempo -lo que es raro-, sus propios sinsabores los esclarecen e instauran un nuevo punto de partida: la unidad no es ya el comienzo sino un momento intermedio, el único medio de soldar los intereses de las masas y sus exigencias, es también el objetivo final de una revolución económica, social y política que debe, so pena de fracaso, radicalizarse sin cesar. Yo he encontrado jóvenes de las ciudades, ex estudiantes surgidos de las capas medias, que formaban parte del gobierno de Castro: eran jacobinos contra Batista; integrados a los rebeldes, sin pena alguna olvidaron provisoriamente el ideal político que alimentaban para reencontrarlo en seguida a través del movimiento de la construcción socialista. Robespierre, Lumumba, murteron demasiado pronto para realizar la síntesis que les hubiera tornado invencibles. Y luego en la Francia de 1789 como en el Congo de 1961 las masas eran en su mayoría rurales; entre nosotros, franceses, el proletariado no había nacido o no estaba verdaderamente desarrollado; en el Congo, el paternalismo belga lo había paralizado de estupor. Los verdaderos explotados no tenían, en ninguno de estos casos, ni representantes ni aparato que pudiese solicitar de los políticos la búsqueda de la unidad en la lucha contra la explotación. No importa: en el Congo hay tres millones de negros proletarios; si Patricio hubiese vivido, quién sabe si no los hubiese lanzado contra su propia clase, que no podía sino decepcionarlo. La ficción que él nunca denunció, la idea burguesa y loca de "clase universal" podia, en ciertas circunstancias, facilitar la aproximación: permitía a Lumumba abordar sin complejos a los lideres revolucionarios locales: ni vergüenza ni superioridad. A partir de esta igualdad abstracta podía hacerse la luz y comprender Lumumba finalmente lo que se ha denominado "la vocación socialista de Africa" -y que puede para más claridad reducirse a este dilema: neo-colonialismo o socialización. Lumumba podía comprenderlo: empleo esta palabra no para evocar una posibilidad abstracta sino para definir el temor que, incluso encadenado, inspiraba a sus enemigos. El imperialismo es lúcido. Sabe que si deja ver su mano a los ex colonizados, sabe

que si pueden éstos adivinar su intención de ocultar detrás de una comedia política el mantenimiento de una economía de sobreexplotación, las masas se unirán contra los políticos cómplices. La confusión congolesa era extrema, pero los congoleses comprenderían rápidamente si alguien les explicaba que estaban sirviendo al enemigo: en poco tiempo Lumumba había aprendido que Bélgica traicionaba la palabra empeñada, que la Unión Minera fomentaba y sostenia las secesiones contra el gobierno, que los soldados de la ONU, enviadas para mantener el orden, habían protegido a Kasavubu el separatista y dejado al Premier centralista a merced de sus enemigos: incluso el pequeño burgués que se decía ignorante en materia económica no requería mucho tiempo para extraer conclusiones molestas. En pocas palabras, lo que las grandes compañías y los evolucionados temían era la radicalización de Lumumba por las masas y la unificación de las masas por Lumumba. Puede decirse que su asesinato selló la reciente alianza del imperialismo y la pequeña burguesía negra: desde ahora en adelante, hay un cadáver entre ellos.

Pero el prestigio del ministro congolés se extendía bastante más allá de las fronteras de su país. Manifestaba la necesidad de un Africa unida. No a la manera de los Estados conquistadores que dicen "unidad" pero piensan "hegemonía". Al contrario, la debilidad del régimen, el coraje inflexible y la impotencia fatal pero inmerecida imponían a todos los países negros el deber de socorrerlo. Y esta obligación rigurosa y urgente no era generosidad. Ni yo no sé qué solidaridad idealista. Las naciones africanas descubrían en el Congo el rostro de su destino, del destino del Africa; los países dominados por el neo-colonialismo descifraban la mistificación que los había liberado de todas sus cadenas salvo la sobreexplotación; los otros, los que babían esquivado al milímetro la "congolización" descubrían el mecanismo, el papel representado en esos desmoronamientos por las divisiones internas; pensaban que nada estaba a salvo aún, que era necesario luchar contra los separatismos en escala continental, pues de otro modo el Africa entera no escaparía a la balcanización. En este sentido el fracaso de Lumumba fue el

del panafricanismo. N'Krumah conoció la decepción más amarga: envió en julio tropas de Ghana al Congo, bajo la autoridad de la ONU, y luego, a pesar de sus protestas, fueron empleadas contra Patricio Lumumba; la experiencia le enseñó entonces que la ONU no era una organización imparcial situada con absoluta objetividad ante los conflictos del Tercer Mundo, sino un sistema rigurosamente compuesto para defender el imperialismo en todo Occidente. Africa entera, humillada al no haber podido salvar al hombre de Acera, aprendió también quát era la suerte reservada a los neutratistas. Lumumba, en un momento de exasperación, indignado por la actitud de Hammarskjöld, se dirigió a la URSS y ésta realizó un envío de aviones. En tal ocasión Lunumba aplicó el principio estricto del neutralismo: comerciar con todas las naciones sin tener en cuenta su régimen, aceptar o pedir, en caso de urgencia, cualquier ayuda eficaz toda vez que sea desinteresada. No hizo falta más: las Misiones se apresuraron a bautizarlo de "comunista". Tampoco el imperialismo de jó de hacerlo: lo más duro de tragar fue que cayó en su propia trampa y tuvo a ese "evolucionado", hijo de católico, casado religiosamente, padre de católicos, por un agente del Kremlin. Si se quiere juzgar mejor que se compare este llamado desesperado del jacobino "sin opción económica" con el que pudo hacer Castro en una isla pegada al flanco de Norteamérica. Y no nos engañemos: la victoria de este último proviene precisamente de que se puso a la cabeza de una revolución socialista: el fracaso del congolés, el mote de "comunista" con que se cree deshonrarlo, todo emana simplemente del hecho de que 110 quiso comprometerse a reordenar la infraestructura del país. Africa comprendió: cuando el jefe de un gobierno "independiente" pide auxílio a la Unión Soviética, los occidentales lo deponen. El neutralismo seguirá siendo una vana declaración de principio mientras los diversos Estados del continente negro no se unan para imponerlo.

Cautivo y con vida, Lumumba es la vergüenza y el furor de un continente entero: aparece para todos como una exigencia que no pueden ni satisfacer ni descartar; cada cual descubre en él el poder y la ferocidad

de la combinación neo-colonialista. Por tanto, hay que terminar lo más pronto posible; ol imperialismo conserva las manos límpias; sus dos principales representantes, Kasavubu y el miserable Mobutu, tienen interés, frente a sus poblaciones, en no ser los vertedores de esa sangre; entonces, Chombe matará: de todos modos la Unión Minera y los colonos lo han comprometido tanto y ha puesto tanto celo en venderse que pronto será necesario liquidarlo también a él. Se borra del mapa a un negro al que se había hecho Premier y que se había tomado su misión en serio; se encarga de nuevo a Kasayubu la formación de un gabinete. Esperan, supongo, que el muerto molestará menos que el vivo: un difunto es olvidable; ¿qué puede hacerse por 61, de él? A las africanos demasiado agitados so los despojará de toda razón de invitar a sus hermanos a una cruzada liberadora mediante ese simple bayonetazo que Munongo, según se dice, se encargará de administrar. En todo caso, he aquí el cálculo. Es falso, como se sabc.

Muerto, Lumumba deja de ser una persona y se convierte en el Africa entera, con su voluntad unitaria, la multiplicadad de sus regimenes sociales y políticos, sus rompimientos, sus discordias, su fuerza y su impotencia: no fue ni podía ser el héroe del panafricanismo, fue su mártir. Su historia ha iluminado para todos el vínculo profundo de la independencia, de la unidad y de la lucha contra los trusts. Su muerte -recuerdo a Fanon, en Roma, trastornado por ella- es un grito de alarma; en él, todo el continente muere para resucitar; las naciones africanas han comprendido: lo que se decía en Accra, Addis-Abeha se dispone a realizarlo; esas naciones crearán un dispositivo común que les permitirá ayudar a las luchas revolucionarias de los países que no han adquirido aún la independencia. La unidad es la guerra; bajo la influencia do Argelia, muchos comprenden cada vez más que la unidad significa, también, la revolución socialista.

El Congo sólo ha perdido una batalla. Al abrigo del Ejército Nacional Congolés (ENC), la burguesía, esa clase de traidores y vendidos, completará su obra constituyéndose en clase explotadora. La concentración capitalista triunfará sobre los feudos, los eliminará progresivamente, unificará a los explotados: estarán presentes todas las condiciones propicias para un castrismo. Pero los cubanos honran la memoria de Martí, que murió al fin del siglo pasado sin ver la victoria de Cuba sobre España ni la sujeción de la isla al imperialismo de los Estados Unidos. Y el Castro congolós, dentro de algunos años, si quiere enseñar a los suyos que la unidad se conquista, les recordará su primer mártir, Lumumba.

JEAN PAUL SARTRE Trad. de C. U. G.

Marxismo, Técnica y Alienación

El marxismo se presentó siempre como una concepción científica del mundo que aspiraba a transformarse en acción luminosamente racional. La mayor parte de las veces, sin embargo, ese postulado no fue cumplido: y no es exagerado afirmar que ha sido una de las manifestaciones más interesantes y más tristes del misticismo laico que el siglo pasado nos legó. No obstante, esa religiosidad y esa irrazón se hacen en nombre de la ciencia. ¿No estamos acostumbrados a oír una cantidad de afirmaciones categóricas y dogmáticas como si resultasen del examen cauteloso de los hechos? Escapa a nuestro propósito investigar las razones históricas de esa inversión que se da entre la aspiración científica y sus resultados irracionales: el estudio de los movimientos míticos y mesiánicos del mundo moderno no corresponde obviamente al ámbito de nuestro trabajo. Si hemos tocado la cuestión fue con el propósito de dejar bien claro que al examinar las posiciones del marxismo ante la ciencia y la técnica, no tomaremos en cuenta su degradación como movimiento ideológico. Nos importa solamente establecer el sentido de esa pretensión de ciencia y sus consecuencias para una definición y exacta evaluación de la técnica, en una tentativa de ir a las fuentes, de revivir la doctrina originaria, por cuanto ese nos parece el único camino que nos lleva a una correcta interpretación marxista de los problemas propuestos. Por otra parte, conviene restringir la amplitud de nuestro tema. Los problemas atinentes a la ciencia moderna son tan diversos, múltiples y variados, que dificilmente cabrian en un solo tópico. La alienación particularmente, vislumbrada en esta o en aquella disciplina, no se da siempre con los mismos rasgos, si bien no está excluida la posibilidad de que provengan todas del mismo desacierto. Considerando que el marxismo se mueve principalmente en el universo de las ciencias del hombre. a ellas restringiremos nuestras observaciones. Aunque choque con los escrúpulos de algunos que deslumbrados por los éxitos de las ciencias físicas temen conceder a los nuevos conocimientos positivos sobre el hombre el muy honroso fuero de ciencia, creemos que el estupendo esfuerzo de nuestro tiempo para alcanzar un saber objetivo en ese dominio justifica ese título. Si los esquemas clásicos no están adecuados a la nueva realidad, que se modifiquen por completo: no es fatal que las nuevas ciencias deban conformarse necesariamente a los esquemas de la ciencia tradicional.

Ante todo, conviene recordar que Marx entendía por ciencia una cosa muy diferente de lo que hoy en general se entiende por ella. Afiliándose a la tradición de Wissenschaftslehre, donde se identifican ciencia y teoría del conocimiento, exige del saber científico la intención de penetrar la escneia de las cosas, de iluminarlas hasta sus más íntimos aspectos. De este modo carece de sentido la investigación positivista que se contenta con la exploración de las apariencias sin indagar la necesidad intrinseca del fenómeno. El marxismo no se presenta como una forma más penetrante y más crítica de traer a la luz una realidad ya hecha, sino que está siempre preguntando por la razón de ser del fenómeno, de suerte que, desde ese punto de vista, su método se vincula immediatamente a una ontología constitutiva, a una manera de concebir lo real en formación, pese a la paradoja aparente de no admitir una teoría del ser en cuanto ser como fundamento de las ontologías regionales de que se ocupa la economía política. O mejor, el conocimiento, para Marx, consiste en una revelación de la esencia a través de sus modos de constitución fundamentalmente históricos. No se trata pues, solamente, de registrar las invariantes de los fenómenos para correlacionarlas de acuerdo con la intención previa de manipular las cosas en esta o en aquella dirección. Ante todo, se trata de acompañar los pasos de la constitución de lo real, de analizar minuciosamente cómo en vista de las condiciones estipuladas por el modo de producción precedente, en vista de ese a priori constitutdo por la historia, se configura una nueva realidad social en una sedimentación de existencias tanto más concretas cuanto aumenta el número de sus determinaciones.

Todo esto quedará más claro si examinamos algunas consecuencias de esa perspectiva epistemológica. En primer lugar, el movimiento de posición de la teoría que, como sabemos, va de lo abstracto a lo concreto, de las categorías primitivas hasta la apariencia constituida, corre paralelo al desenvolvimiento de las condiciones de posibilidades reales del fenómeno, de manera que explícita y estipula los requisitos mínimos a ser llenados por la realidad que paso a paso se concretiza. Siendo así, el estudio de ese desenvolvimiento de las condiciones reales, resulta tanto de la comprensión de la necesidad con que deriva de las condiciones iniciales y llega a poseer tal apariencia y tal modo de determinación y concreción, como en su crítica más radical, pues aprehendemos en vivo su razón do ser y la forma por la cual será negado. Un ejemplo tal vez esclarezea aún más lo que queremos decir. En el capítulo X del libro III de El Capital, Marx se demora en analizar los efectos de la concurrencia en la fijación del precio de mercado. No hay duda: hasta la ley de la oferta y la demanda, para la explicación del mecanismo de los precios, ya que de la compensación de ambas partes ha de resultar un punto de equilibrio. El empirista se contenta en postular ese punto con fines de análisis o en fijarlo por intermedio de una medición empírica. Se le presenta así, como un dato primitivo e incuestionable, como una necesidad de hecho, enyo origen sería absurdo preguntar. En suma, cada existencia trae en si misma su propio valor y su propia legitimidad. Marx, al contrario, procura explicar: 19) porqué el equilibrio se hace en ese punto y no en cualquier otro, pues la ley de la oferta

y la demanda postula un equilibrio pero no nos emeña a prever en qué altura se realizará; 29) cuál es la legitimidad y la necesidad de la existencia de un precio diferente del valor. Una de las funciones de la discutida ley del valor del trabajo consistirá precisamente en justificar la existencia de un punto racional en torno del cual gravitan los precios. De esa manera, la ley cientifica no se satisface con traducir una constante relación entre los fenómenos formulables en términos matemáticos. Su preocupación mayor consiste en constituir el fenómeno por intermedio de la trabazón de sus posibilidades reales, en deducirlo de las categorías abstractas de suerte que sean comprendidas su necesidad histórica y las condiciones de su realización y superación.

Esta última consideración ya corresponde a Li segunda consecuencia que debemos hacer , resaltar. Para el marxismo no es suficiente el criterio positivista de la verificabilidad, pues le cabe descubrir la necesidad del hecho dada por el empirista como incuestionable. Pero la ponderación de la necesidad redunda en su crítica revolucionaria, en la comprensión de su temporalidad, de sus contradicciones internas y de las formas de existencia que ya esbozan el modo de ser futuro; lo que constituye la tercera consecuencia a poner de relieve. Llegamos por fin al problema crucial de la historicidad del objeto y, por consigniente, del propio conocimiento. Creemos que Marx, después de abandonar el camino ensayado en los escritos de juventud, pasa a concebir la realidad social como si cada modo de producción instaurase una región propia de sociabilidad que encuentra en sí misma su propio fundamento. Importa precisamente comprender el sentido de esa autonomía y de esa independencia de cada sistema de producción. Dada la independencia, desaparece desde luego la posibilidad de fundar cada modo particular en una teoría más general del hombre, en una antropología sistemática que mantenga con los sistemas particulares de producción, un vínculo semejante al que por ejemplo la teoría de los conjuntos establece con el álgebra y el análisis En oposición radical a las modernas tentativas de antropología filosófica, el marxismo acepta una determinación universal del hombre como resumen de nuestros conocimientos pero que de ninguna manera traduce una condición genérica del mismo donde se fundarian

las formas particulares de la humanidad. En suma: no se confiere ningún papel constitutivo a la determinación formal que traspasa las fronteras materiales de cada modo de producción No hay duda que es posible apuntar características comunes a sistemas productivos diferentes. Tanto hoy como en la antigüedad clásica, se utilizó dinero; pero determinar las propiedades abstractas del dinero en cuanto dinero, sólo nos sirve para marcar las diferencias adquiridas por la categoría al insertarse en una sociedad comercial poco desenvuelta o en otra en que el sistema de cambio penetró a tal punto que las relaciones hemanas en vez de tener en el dinero un instrumento de comunicación, pasan a ser medidas por él.

Observar los limites impuestos por cada modo de producción al empleo de cualquier categoría científica, surge pues como el primer precepto de la epistemología marxista. En una vuelta significativa a la problemática aristotélica de las categorías, Marx podría entonces acusar de sofista a todo aquel que descarta la adecuación histórica de sus conceptos. En ese sentido, ¿no seria sofista el ideólogo que habla de "sociedad industrial"? Veamos con más cuidado su procedimiento: preocúpase ante todo en caracterizar la sociedad moderna como aquella enteramente volcada a la industria, esto es, toma arbitrariamente un segmento de innegable importancia de la vida contemporánea y con él construye un modelo o un tipo para ser aplicado indistintamente a sociedades que se rigen por modos de producción diferentes. Poco importa que esta industria esté instalada en Estados Unidos o la Unión Soviética, dirigida hacia una economía de mercado o hacia otra donde los precios son determinados por un comité central que no siempre actúa teniendo en cuenta motivos estrictamente económicos. Le interesa solamente construir un modelo de aplicabilidad universal, de cuya consideración resulta una serie de consecuencias para ser adecuadas a las situaciones particulares.

Para los marxistas ese tipo de análisis padece de la misma abstracción y del mismo economismo en que incurrían los economistas clásicos, por cuanto considera a la industria como un proceso productivo fundamentalmente ajeno a las transformaciones sociales. Aunque invoca permanentemente la temporalidad de los modelos y de los tipos, cree posible separar un segmento de la vida social sin tener en cuenta cómo ese segmento se inscribe en la totalidad más amplia determinada por la particularidad del modo de producción. Esto equivale obviamente a atribuir al fenómeno industrial una autonomía de principio en relación al resto de la organización social, como si fuera posible conferir a la esfera de la vida económica de todas las sociedades, la misma nitidez, autonomía y homogeneidad que se atribuye al hecho económico en la sociedad capitalista. O mejor, todos los fenómenos económicos de las más variadas sociedades son pensados con el mismo estatuto ontológico de suerte que entre ellos solamente es legítimo establecer una comparación en términos de mayor o menor proximidad a la perfección del modelo. Por eso, en la medida en que no otorga al comportamiento económico función propiamente formadora de una realidad social que sea distinta de la suma de los comportamientos individuales; en la medida en que relega a segundo plano las relaciones sociales de hombre a hombre, no le queda otro recurso sino concebir la vida económica como resultante del comportamiento estratégico de los individuos en la manipulación y en la administración de bienes escasos. Esta es la razón por la cual las más diversas teorías que descartan la historicidad originaria de los procesos productivos y de la estructura del trabajo, tienden siempre a caer en el psicologismo que transforma la relación hombre-naturaleza, en la matriz de las relaciones sociales. Para ellas, en el fondo, la relación de hombre a hombre está constituida por la relación del hombre con las cosas en un proceso inverso del marxista, donde la relación fundamental entre los hombres amolda y define el modo por el cual la sociedad se apropia de la naturaleza. No es de extrañar pues que mutatis mutandi, la misma naturaleza primitiva aparezca en las especulaciones a largo plazo de Keynes, en el periodismo de Arón y en la dialéctica generosa de la mitología de Sartre. Y cuando ese tipo de investigación hasta deja de preocuparse por el conocimiento de la naturaleza de las cosas para definirse como forma de manipulación de lo real o como aprehensión de meras intenciones, es evidente que se vuelve incapaz de comprender el sentido inscripto en el propio objeto que la mayoría de las veces

permanece invisible para la conciencia de la gente. De esta manera (no percibiendo que el luero es el motor de la producción capitalista y que es imposible para una empresa subsistir sin lucrar) pretende refutar ese sentido objetivo, conformado con la empresa, citando ejemplos de empresarios que buscan sólo el prestigio, la realización personal o crear simplemente, como se producen las obras de arte, en una mistificación que transfiere la explicación válida tal vez para el comportamiento del individuo, a la sociedad global.

Este rápido esbozo de las pretensiones de la epistemología marxista, ya nos permite delinear su posición frente a la ciencia moderna. Fueron cuatro los requisitos esenciales apuntados:

- se trata de un conocimiento de la escucia constituido por la praxis;
- este conocimiento explica tanto el comportamiento como la necesidad del objeto;
- el conocimiento de la necesidad redunda en la crítica del fenómeno, en la exposición de sus contradicciones más íntimas y de las condiciones reales de su superación;
- 4) no hay una antropologia "fundante" y por esa razón la historia se fracciona en una sucesión de modos de producción que nada tienen que ver con el desarrollo de una esencia genérica del hombre.

El primer ítem nos aproxima a la crítica de la ciencia elaborada por Husserl en sus últimos trabajos. Es preciso que el conocimiento aprehenda la propia cosa, de manera que relegue a segundo plano la técnica de manipulación de los conceptos o la construcción de modelos cuya aplicación no respeta las fronteras regionales. Pero la determinación de esas fronteras es totalmente diferente: mientras Husserl apela a la intuición de las esencias materiales y a la conciencia trascendental, Marx se refiere al papel formador de la praxis, modulada en un sistema productivo dado. De este modo varía fundamentalmente el sentido de la constitución. Sin embargo en las dos filosofías antagónicas, encontramos el mismo trazo común que se opone al formalismo predominante en las ciencias de hoy. En el mismo sentido, el cuarto ítem corrobora nuestra aproximación con Husserl, pues explícitamente re-plantea el problema de las categorías y de las fronteras regionales; en cambio Marx otorga a lo formal el sentido muy particular de ser todo aquello que traspasa las determinaciones vigentes en un modo dado de producción. Finalmente contra la fenomenología y contra el positivismo en general, los dos items restantes imprimen al marxismo una dirección crítica y revolucionaria que las filosolías y las ciencias modernas, en particular las del hombre, desconocen por completo. No le basta, en efecto, una ciencia que se proponga revelar las estructuras de lo real por cuanto ellas solamento pueden ser desnudadas si se asume frente a la realidad una actitud crítica, cuando el conocimiento especular es sustituido por el saber efectivo de las contradicciones de una realidad creada por el propio hombre y que, por lo tanto, puede ser transformada por él. En resumen, contra una ciencia que toma decididamente por los caminos trazados por el positivismo, Marx, sin duda, objetaría: 19) haber sustituido el conocimiento del objeto por una técnica teorética y de manipulación de lo dado sín tener en cuenta su necesidad y su historicidad objetiva; 29) lindar la mistificación, pues está siempre propensa a extrapolar fácilmente para otras épocas estructuras cuya validez se circunscribe en el tiempo y en el espacio. En pocas palabras, la ciencia contemporánea tiende resueltamente hacia la técnica de manipulación de los conceptos formales y por lo tanto, al formalismo.

Sín embargo, una observación restringirá sobremanera el ámbito de la crítica que acabamos de exponer. En virtud del absoluto primado del objeto, la crítica marxista no se sitúa en el nivel de la discusión de las doctrinas sino que parte ante todo del conocimiento efectivo de la cosa. Primero descubre la estructura del objeto y sólo después puede percibir los errores y la parcialidad de las otras teorías corrompidas en general por transponer para el todo la parte que supieron apreliender correctamente. Desde este punto de vista, el procedimiento de Marx es muy característico. Solamente después de haber resuelto concretamente los problemas propuestos por la economía política de su tiempo se permite pasar a la crítica de las doctrinas económicas, a denunciar sus alcances y particularidades provenientes de las limitaciones impuestas por la situación de clase de cada una. De esta manera, cualquier objeción a los procesos modernos de la ciencia, hecha de afuera y sin sustituir la tesis criticada por su equivalente verdadero, está irremediablemente destinada al formalismo ínocuo. Por más que desconfiemos de la alienación de la ciencia de hoy, la evalución de sus errores y de sus debilidades sólo podrá ser hecha por completo cuando la ciencia plena del objeto se pruebe superior en eficacia y en amplitud al conocimiento parcelado y disperso que hoy lleva el nombre de ciencia. En ese sentido, la tarea no es demorarnos en las díscusiones metodológicas sino, de modo firme y decidido, marchar hacia el conocimiento de lo real en su absoluta totalidad. Nuestras observaciones sirven apenas para llamar la atención de los obstáculos que deben ser evitados, no teniendo por lo tanto ningún sentido positivo.

Las consideraciones que acabamos de hacer colocan el problema de la relación entre la ciencia y la técnica en términos inusitados aún para el propio marxismo. Se acostumbró poner de relieve la unión indisoluble de ambos procesos sin tener mucho en cuenta la posibilidad, en virtud del propio carácter de esc vínculo, de que la misma alienación viciase el conocimiento teórico y el aplicado. Vimos que por haber abandonado la preocupación de conocer la intimidad de la naturaleza de las cosas, legitimar su duración y explicar su necesidad histórica, la ciencia del hombre tendió a una técnica de mistificación y a una paralela mistificación de la técnica. Nos compete pues, discutir la naturaleza de ese objeto a fin de llegar a la conciencia crítica del sentido de sus deformaciones.

A toda hora estamos oyendo prédicas contra los efectos brutalizantes de la técnica moderna, contra ese dios salvaje creado por el hombre y que ahora tiende a devorarlo. ¿Cuál es en general el fundamento de esas críticas? La mayor parte de ellas se inspiran en concepciones morales y religiosas desligadas directamente del análisis de los vicios criticados, anteponiendo a la situación real una serie de descos muy respetables, cuya viabilidad, sin embargo, ni en sueños es discutida en concreto. Que las conciencias bien formadas se indignen contra el empequeñecimiento físico y psíquico del operario provocado por el empleo sistemático de la maquinaria; que se levanten contra la brutalización de la infancia y la bestialización de la juventud: ninguna indignación de esa especie redundará en una práctica efectiva de erradicación si no se penetra en el determinismo del objeto maldito en sus caprichos y en sus "fintas", pues el exacto conocimiento del fenómeno humano es condición sine qua non del accionar que llegue a extirparlo de raíz.

Sin duda, se han resuelto cuestiones sociales con el mismo desconocimiento y la misma violencia con que el martillo tritura cristales sin el mínimo respeto por sus bellas estructuras íntimas. Sin embargo, por más que se reconozca la eficacia cínica de ese proceso en esferas particulares de la vida moderna, es necesario convenir en el caso de la ciencia y de la técnica que el mismo llevaría al completo aniquilamiento de la civilización, del ser más profundo de nosotros mismos.

Nuestra primera tarea es por lo tanto encontrar una definición correcta de la técnica, conocer su naturaleza y por consiguiente las posibilidades concretas de superar los vicios presentes. ¿Qué caminos debemos seguir? Todo parece indicar que no hay mejor comienzo que la fenomenología del objeto técnico y de las prácticas necesarias a su funcionamiento. Esto equivale a despreciar el elemento histórico esencial para el marxismo. La máquina, sin duda, ocupa y llena un espacio de la vida cotidiana de forma precisa y determinada que legitima la descripción minuciosa de su sentido. Pero, ¿con qué derecho haremos un privilegio de esa emersión de la máquina en la conciencia, si estamos obligados a admitir que su aparición oculta la manera por la cual nace del mundo de la producción? En las condiciones actuales de existencia, antes de haber surgido la máquina como medio de facilitar el trabajo y de transformarlo en el siervo de su automatismo, se produce como mercancía a ser vendida. Su carácter de mercancía. rasgo que la distingue de la herramienta del artesano medieval y del mero objeto de disfrute, no se presenta para la conciencia ingenua y desprevenida; al contrario, sólo se revela cuando consideramos la producción capitalista como un todo. De ahí la ineficacia de la descripción fenomenológica: si bien es capaz de explicar la emersión de la cosa en la conciencia y ver en la técnica un proceso de producción para traer lo oculto a su presencia, carece de sentido ante el problema crucial de la fabricación concreta del objeto que se realiza exclusivamente dentro de un proceso productivo históricamente determinado.

En calidad de mercancia, la máquina su destina al consumo y a la producción de otras mercaderías, transformándose en capital fijo (cf: Grundrisse der Kritik der Politischen Oekonomie, pág. 589 y sig.). Acompañemos este último destino. Aunque a primera vista parezea venir en auxilio del operario como medio de ahorrar su esfuerzo, se verifica que en el contexto de la producción capitalista la máquina es empleada aponas para sustituir fuerza de trabajo. Los empresarios afirman, y las estadísticas demuestran, que la máquina sólo sustituye trabajo vivo cuando el costo de ella al fin de cuentas es inferior al salario de los operarios sustituídos. Este es apenas un aspecto del problema más general del uso de la maquinaria en el capitalismo. Se trata, como mostró Marx, de aumentar la productividad del trabajo, de disminuir el costo de los productos y la parte de la fornada dedicada por el trabajador a la producción de lo necesario para si, a fin de aumentar la parte durante la cual trabaja para el capitalista. No es sino un modo de producir plusvalía relativa. Definido ese rasgo histórico, el usu de la máquina en nuestro sistema productivo se transforma en el motor que mueve sus caracteres esenciales y que completa la separación de la máquina de las otras formas de instrumentos. En El Capital, el capítulo sobre la maquinarla y la gran industria esboza la evolución de la tecnología capitalista proveyendo los elementos básicos para la definición histórica de la técnica. Marx recuerda que las dos fases del capitalismo vínculadas a la revolución tecnológica tienen puntos de partida diferentes: la manufactura organiza de nuevo modo las fuerzas del trabajo, la industria transforma por completo los instrumentos de éste. Solamente nos interesa la última fase. La revolución industrial se inicia por el empleo de lo que Marx llama "el instrumento máquina": aparato intermediario donde aún se encuentran reunidas las herramientas del artesano, modificadas a fin de ser accionadas por una única fuerza propulsora y obtener así máximo rendimiento. Constituye el elemento simple de la producción mecánica que liberándose de la fuerza muscular también acaba por emancipar el trabajo de los limites naturales. De esa manera la transformación técnica comienza a alterar el propio sentido del trabajo. El operario no se enfrenta másal objeto del trabajo provisto de su instrumento individual, sólo le queda la función de vigilancia y de proveer a la máquina su alimento. Esto, porque el instrumento-máquina otorgó a la fuerza motriz carácter accidental y abstracto, incompatible con el trabajo artesanal que siempre se amolda a los imprevistos de la creación. De suerte que poco a poco, el viento, el agua, y en la época de Marx principalmente el vapor, acaban por tomar el lugar de la fuerza de los músculos. Además se transforma el principto de la organización del trabajo. En un comienzo, se transfiere simplemente para la industria la división del trabajo vigente en la manufactura; la operación manual del individuo, trabajando aislado o en grupo, cede lugar a un proceso parcial mecánico. Paulatinamente el proceso subjetivo de organizar el sistema de la producción es sustituido por otro objetivo emancipado de las facultades individuales. El proceso global es considerado en si mismo, analizado en sus principios constituyentes, distribuido en diversas fases conforme la necesidad del objeto y del instrumental que con él se enfrenta. Todo se resume entonces en determinar y ejecutar eada proceso parcial y por fin ligarlo en un todo y gracias al uso exclusivo de la ciencia. Finalmente la propia forma de la máquina deja de recordar la antigua estructura del proceso productivo para determinarse únicamente por su principio mecánico. Con la revolución do las formas se obtiene mayor continuidad en la producción pasando el sistema a funcionar como un gran antómata.

Con la intención de aumentar la productividad del trabajo y de ahorrar salario, el capital se lanza en gran escala a la producción mecániea, transformando con ello tanto la estructura del trabajo como la de su objeto. No existe más la apropiación de la cosa, presente en el artesanado y la exteriorización del sujeto que se forma en el contacto con la naturaleza. Liberado de la necesidad de resolver a cada instante los problemas propuestos por los imprevistos de la creación, el operario no ve en el producto de su trabajo el objeto donde pueda reconocerse, ya que en el nuevo sistema productivo no hay continuidad entre la intención de la acción individual y su resultado final. En el artesanado el proceso desaparece delante de la forma siempre presente que se encarna finalmente en una materia; en la gran industria el operario sólo tiene en vista el buen funcionamiento de la máquina que trabaja por si sola, de suerte que la producción se hace independiente de él y que fructifica para el empresario en un proceso que no tiene mucho que ver con los objetivos inmediatos de la acción del trabajador. De esa manera, el instrumento adquiere una objetividad propia, dejando de ser la prolongación inconsciente del cuerpo que se inclina sobre la cosa, mero complemento natural de su mano, para convertirse en el proceso au tomático de resolución de problemas cuidadosamente previstos en el programa. Para esto se vuelve necesario conocer lo que ocurre en la intimidad de la materia. Aliora no basta el conocimiento práctico siempre pronto a mtervenir cuando el gesto no encuentra la reacción normal prevista; urge descubrir la fórmula general de lo que pasa, como dice Si mondon, en la conjunción entre la materia y la forma, conocer los procesos desencadenados en el interior de un molde dado, a fin de que el instrumento sea conformado en función de cllos.

Dado todo esto, se comprende cómo puede la ciencia transformarse en técnica y cómo se invierten las relaciones normales entre los dos modos de saber. Preocupada ante todo en volverse maestra de la naturaleza, la ciencia descuida el conocimiento de la esencia que no se traduce de inmediato en aplicaciones técnicas, asume en presencia del objeto una posición estratégica, se concentra en los procesos particulares convertibles en modelos mecánicos a tal punto que pasa a ser definida por la tecnicidad. En lugar de resultar de la aplicación de la ciencia, como aún inadvertidamente se cree, la técnica define en última instancia el objeto científico sin el minimo respeto por las cuestiones relativas a la esencia y a la legitimidad de lo real. No cs de extrañar que, privada del conocimiento efectivo de la cosa, la nueva técnica teórica separe radicalmente la reconstrucción del hecho por modelos de la programación del futuro. La primera depende de juicios de realidad objetivos, exentos de pasión o (por lo menos de derecho) de cualquier vinculación ideológica; la segunda queda dependiente de un proyecto del espíritu que se asienta en los

valores universales que cada persona o cada grupo tiene la pretensión de encarnor. Esta posición redunda, particularmento en las ciencias del hombre, en la defensa intransigente de una pretendida objetividad de la ciencia frente a todo lo que diga respecto a la praxis, como si esta orientación ya no estuviese marcada profundamente por un sentido práctíco. Esa ideología, en última instancia, busca su fundamento en la creencia injustificada de que no hay nada en la objetividad del hombre que imprima una dirección al futuro y que requiera una intervención orientada. Pero si en el objeto estuviesen inscriptas las posibilidades de su transformación y el sentido de su superación, la ciencia, además de prever, ¿no pasaría a proponernos el programa de acción futura y a fundar entonces una politica cientifica?

Retomemos nuestra discusión de la técnica. Vimos que después de establecido el programa, la máquina pasa a operar de por sí, a resolver dentro de lo previsto las cuestiones propuestas en un movimiento que por ser cada vez más automático, por corresponder cada vez más a nuestras espectativas, imita el comportamiento habitual del ser humano. Pero no es suficiente la autonomía de desarrollo para dar a la máquina las facciones de un monstruo alimentándose de las fuerzas y de la personalidad del trabajador. Lo fundamental nos parece ser el hecho de llevar al límite máximo la división del trabajo inaugurada por la manufactura de suerte que cada operario pasa a cuidar un aspecto muy particular de su funcionamiento, sin tener acceso al sentido global del proceso en sus dimensiones técnicas y sociales. Ninguna persona al servicio de la máquina observa la totalidad del complejo técnico y lo empuña como un enorme instrumental para producir los objetos deseados. Ni aún los ingenieros encerrados cada día más en los límites de sus especialidades. Bajo el aspecto técnico, solamente el empresario toma la distancia suficiente para ver en la máquina un instrumento do uso productivo y si no fuese la imposibilidad en que se encuentra de aprehender la dimensión social de su empresa, sería legítimo apuntarlo como el único hombre moderno inmunizado contra esa especie de alienación. Todos los otros trabajan para la máquina en vez de obligarla a trabajar para ellos. Todos los otros,

al transformar un proceso mecánico parcial en el motivo absoluto de su cuidado, fraccionan la continuidad del autómata en varios objetos de trabajo independientes y atslados, aún cuando cada uno prevea un horizonte desconocido para sí pero necesariamente conocido para otros.

El fraccionamiento del proceso objetivo global en múltiples objetos de trabajo parcelados no contradice la homogeneización del trabajo industrial, como parece a primera vista. Cuanto más se progresa en el automatismo, cuanto más el trabajo pierde su característica artesanal, éste se vuelve de hecho más abstracto y homogéneo, de manera que cualquier persona con aprendizaje mínimo podrá ejecutarlo. Esto no significa que el trabajador habilitado para desempeñar varias tarcas, al ser puesto delante de un panel de comando, no se entregue de cuerpo y alma a la observación de sus reacciones transformando ese objeto en el télos de su actividad, dejando de lado todo el resto del proceso productivo del que se ocuparán indiferentemente personas o máquinas.

Creemos de suma importancia esa fragmentación temática del objeto del trabajo, pues consideramos que en ella se encuentra la raíz de la alienación capitalista. Antes que nada explica la religiosidad que sentimos al operar con la gran máquina industrial. Delante de ella, perdemos el control de la situación global para afirmarnos en una parte mínima. El producto emerge como por un milagro de nuestros actos cuya habilidad y potencia nos sorprende, sin que tengamos conciencia de la ¿ ligazón oculta que se establece entre el hecho de controlar el panel y la producción final. No existe adecuación alguna entre el objeto mentado y el producto acabado, ni proporción entre el acierto y la corrección del acto y la persección de lo resultante. No es extraño pues, que el aparato aparezea como un demonio subvirtiendo el sentido de nuestra acción. Sin embargo, somos conscientes de que ningún proceso misterioso ocurre en el intermedio. El secreto está alli a mano, a disposición de quien quiera sorprenderlo, como si la verdad estuviese en la sala de al lado, a la espera de que alguien abra la puerta para brillar con todo esplendor. Como en general nunca abrimos esa puerta, como no es posible abrir todas las puertas, el misterio se revela a alguien que nunca nos contará sus secretos.

El carácter reconfortante y tranquilizante do ese misterio demuestra que la alienación de la técnica no proviene de la falta de conocimiento de lo que ocurre en el interior de la máquina. La consideración de los objetos técnicos de consumo llega al mismo resultado. Desde el punto de vista técnico esos aparatos no se distinguen de las máquinas de la gran industria, empero se mueven diferentemente en el espacio cotidiano. No trabajamos para ellos, ellos trabajan para nosotros. Postulan el mismo horizonte desconocido de la máquina industrial, pero tal desconocimiento no nos intranquiliza, de modo que no nos preocupamos en conocer sus estructuras técnicas. Se inscriben en la funcionalidad del medio ambiente y sólo notamos su existencia técnica cuando dejan de funcionar. En ese momento, después de una rápida ojcada a sus piezas, después de constatar nuestra incapacidad, no nos lanzamos en procura de un manual de mecánica, como les gustaría a los mitólogos de la cultura tecnológica: simplemente solicitamos con urgencia la presencia del técnico competente. No vemos en eso alienación alguna, del mismo modo que no nos sentíamos disminuidos por desconocer la otra cara de la luna. Sin embargo es imposible no percibir que el objeto técnico de consumo, al contrario de la máquina industrial se nos da al uso como ufia totalidad que desaparece delante de la importancia del objetivo propuesto. No segmentamos una de sus partes para de ella bacer el proyecto absoluto de nuestra atención, nos lanzamos a la ejecución de nuestros propósitos y transformamos el aparato en un instrumento que, al funcionar perfectamente, es tan poco considerado como la herramienta del artesano. El objeto se nos adhiere como complemento de la acción y del trabajo. ¿No es eso lo que acontece con el automóvil, con el teléfono y tantos otros aparatos de la vida cotidiana?

Siendo así, se hace evidente que la alienación de la máquina industrial no tiene origen en la tecnicidad del objeto, sino que simplemente proviene del modo de usarla, del modo por el cual el operario se apropia de ella. Nuestra cuestión se reduce a indagar la posibilidad de una apropiación diferente de la máquina en las condiciones actuales de des-

envolvimiento técnico. La unidad temática, hemos visto, es el factor que transforma el aparato de consumo en un instrumento traspasado por la intencionalidad humana. ¿Cómo es posible obtener la misma unidad en el trabajo industrial? Las exigencias técnicas del trabajo moderno imponen el parcelamiento de las tareas. Este es un dato inevitable, pero no impide que el operario tenga acceso a la totalidad del proceso industrial como un fenómeno no-técnico. Heidegger, en un espléndido artículo recordó a los intelectuales del mundo entero que la esencia de la técnica no es técnica; Marx se propone demostrar a la clase obrera el carácter social de la producción técnica indicándoles los caminos reales de la revolución que, en virtud de reorganizar el sistema productivo en base a la propiedad colectiva, permitirá una nueva forma de apropiación del equipo industrial desarrollado por el capitalismo. Socializados los medios de producción y puesta en práctica la gestión obrera, cada trabajador tomará conciencia del significado global del acto parcelado que ejecuta, de modo que se ilumine la acción individual por el sentido social. En suma, solamente la revolución hará de la máquina industrial el mismo uso que nosotros hacemos naturalmente de la radio y de la televisión. Tal vez el trabajo no se convierta en el disfrute de la vida; tal vez nunca se consiga extirpar el cansancio del trabajo; tal vez sea siempre un límite a los placeres vitales. Esta es una cuestión a ser resuelta por las generaciones futuras. No se trata por ahora de idealizar el mundo de mañana. En las condiciones actuales de existencia nos cabe solamente reconocer que la tarea que el trabajador cumpla libremente considerando su significación social, perderá su alienación presente.

La desvirtuación del enorme sistema de información desarrollado por la técnica moderna tiene el mismo origen social. Nadie osará responsabilizar a la máquina por los resultados desastrosos que la radio, la televisión y la prensa provocan en la educación y en la formación de las masas. ¿No es evidente la responsabilidad de la empresa privada al convertir los instrumentos de cultura en medios de lucrar, o la responsabilidad del estado totalitario que transforma la homogeneidad de opiniones en una de las bases donde asienta su frágil poder?, y al final de cuentas, reto-

mando nuestros primeros análisis, ¿no es el capital el que orienta el desarrollo de la ciencia en la dirección que le conviene? En los últimos tiempos hemos asistido a un fenómeno de suma importancia para el progreso científico. Debido al enorme encarecimiento de las experiencias, la investigación científica se vinculó a la inversión económica. Nada más natural, por lo tanto que éste la organice en los moldes de la gran empresa. Hasta hoy, la investigación se ha mostrado como un campo extraordinariamente remunerador para la inversión de capitales y con ello enormes pasos fueron dados en el avance de la ciencia. Por otra parte, en la medida en que el gran capital lleva adelante la investigación científica, es obvio que la orienta en el rumbo de sus intereses. Considerando la dirección particular que la ciencia toma en el mundo capitalista, se comprende por fin el significado de la inversión, de las relaciones entre la ciencia y la técnica ya mencionada y por consiguiente, el sentido último de la alienación de la ciencia. Trátase evidentemente de poner el saber v' la acción al servicio de la sociedad burguesa. Felizmente no se dio la completa subordinación deseada. En el mundo moderno los conflictos son suficientemente agudos para impedir la dominación pacífica y absoluta de una sola clase en el plano de lo real y de la conciencia. Pero si hay una clase dominante, ¿no habrá también una orientación ideológica dominante?

Llegamos al final de nuestra interrogación. En la base de la ciencia y de la técnica moderna entrevimos el mismo vicio, momento de la alienación mayor del sistema de producción de nuestras vidas. En una increíble subversión de los términos naturales, ese sistema se erige en fin de sí mismo, la producción se vuelve la finalidad del hombre y la mera riqueza abstracta el fin último de la producción. Siendo así, el perfeccionamiento de la interioridad humana sólo se puede dar en una exteriorización ciega, en un total sacrificio de los intereses subjetivos a la producción de la riqueza por la riqueza, que ni el mismo capitalista disfruta con plena intensidad. No es de extrañar en esas condiciones que el ideal humanista contrapuesto a la realidad brutal de hoy, elija como paradigma épocas pasadas donde, en virtud del débil índice de desarrollo de las fuerzas productivas y de la exclusión de la convivencia social de aquellos que realmente trabajaban, la producción parecía sujetarse a los propósitos y al control de todos. Es necesario comprender de una vez por todas que el humanismo clásico presuponía el esclavo y, por consiguiente, la exclusión de gran parte del pueblo de la ciudad de hombres libres. Bajo ese aspecto, por más dilacerado que sea el hombre moderno, debemos convenir, al menos, que el proceso de alienación capitalista incorporó a todos los hombres a la historia, lo que representa un gran progreso hacia el reconocimiento del hombre en su integridad. Así, no existe ya humanismo posible que no haga de la producción de riqueza un acto social de perfeccionamiento y de disfrute del cual todos participen en la medida de sus fuerzas. No hay humanismo posible que no se proponga reorganizar la sociedad sobre una nueva base técnica, pues ésta es la condición para que todo sea producido para todos.

Las profundas alteraciones en el panorama de la vida cotidiana nos indican cómo el hombre del futuro será muy diferente del de hoy. Durante milenios poco cambió el horizonte de la vida, pero de pronto sufrió tales transformaciones que el hombre de 50 años atrás difícilmente se reconocería en la trepidación de la ciudad moderna. La máquina dio a la vida una dimensión técnica imprevista y por primera vez se construyen ciudades adaptadas a nuestro grado de desarrollo técnico, en una completa revolución del antiguo urbanismo. El hombre de las nuevas ciudades tal vez no entenderá nuestro lenguaje ni comprenderá nuestros problemas, serán otros sus horizontes. Sin embargo está inscripto en sus condiciones para devenir hombre, en el sentido pleno que aún atribuimos a esta palabra, la necesidad de que su modo de realización ilumine por entero los productos de su labor.

ARTHUR GIANNOTTI

FAUSTO Y HAMLET,

Prototipos de la conciencia moderna

Es cierto que los dioses dejan de existir no bien los hombres dejan de creer en ellos, pero no es menos cierto -y para evidenciarlo ahí está toda la historia moderna de Occidente- que la pérdida de sus dioses puede acarrearles gravísimos perjuicios a los hombres. A menos que se tengan fe. A menos que con sus acciones reiteren constantemente a Prometeo. Pues los dioses son para la mente humana algo así como un cemento que mantiene bien trabados los elementos del inconsciente social, esa zona de nuestra vida que nos da una especie de segunda naturaleza -la naturaleza que nos hace falta para movernos con espontaneidad en nuestro horizonte cultural- y facilita por tanto nuestro desenvolvimiento.

Ahora bien, a partir del Renacimiento el dios cristiano deja de intervenir tanto en los asuntos históricos como en los estrictamente morales y en los de la naturaleza. En adelante solo se le tolerará si se queda en su cielo. El hombre quiere, ante todo, ser el principal actor de la historia; pero comienza su empresa casi siempre sin el debido rigor, puesto que no procede en primer lugar a suprimir del inconsciente social los escombros -los mismos que, unidos por la argamasa divina, eran elementos útiles-. Y así se inicia, hace unos cinco siglos, esta tragedia de la conciencia moderna; esta tragedia cuyo rasgo principal es la oposición cortante entre lo que los hombres creen que deben ser para ser fieles al inconsciente social y lo que los hombres realmente son, realmente hacen o deben hacer, como habitantes de un mundo en que se ha declarado caduco el principio de la acción divina.

Intentemos ahora explicarnos, sobre la base de las consideraciones anteriores, cómo del Renacimiento para acá las figuras literarias de Fausto y Hamlet aumentan sin cesar de proporciones; y, sobre todo, intentemos explicarnos por qué esas dos figuras ejercen sobre el espíritu occidental una fascinación siempre creciente.

El Renacimiento entró del todo en Inglaterra sólo después de la Reforma. La reina Elizabeth I ascendió al trono en 1558 y seis años después nacieron sus súbditos Christopher Marlowe y William Shakespeare. Han pasado desde entonces cuatro siglos y, sin embargo, dos de las creaciones de estos dramaturgos, respectivamente, el Fausto, de Marlowe, y Hamlet, de Shakespeare, no sólo conservan toda su inicial fuerza sugestiva sino que dan la impresión de ser hoy poseedoras de una sugestión aún más enérgica. Con cierto simplismo se diría incluso que todas las grandes divisiones, cada vez más patentes, que aquejan al espíritu occidental pueden tomar como puntos fundamentales de referencia, en oposición, que lo más a menudo se tiene por insuperable, a estas dos "formas existenciales".1 Así, por una parte la investigación del átomo y por la otra la doctrina psicoanalítica, o por una parte las epistemologias positivistas y por la otra el existencialismo heideggeriano pueden referirse, con algo de tosquedad pero también con no poco de verdad, a estas figuras de Fausto y Hamlet. Aunque parezca demasiado fácil y rotundo, no deja, de algún modo, de ser lícito afirmar que por el camino de Fausto se ha llegado a la bomba de hidrógeno

1 La expresión -- "Gestalten des Seins" -- es del mitólogo Walter F. Otto.

así como por el de Hamlet se va a parar en estas grandes neurosis individuales y colectivas que son tan características de nuestra época (sobre todo en aquellos países de Occidente que son más típicos de nuestra época). El conflicto entre las "dos culturas" que Sir Charles Snow ha replanteado hace bastante poco, a su vez no sin tosquedad, puede ser remontado hasta estas dos figuras que adquieren, de tal modo, un simbolismo propiamente mitológico, puesto que se trata de figuras arquetípicas o "supraindividuales". La ejemplaridad tanto de Fausto como de Hamlet -y por cierto no me refiero aquí a las formas embrionarias que ambas figuras tienen en el folklore europeo antes del Renacimiento- quedará más en claro si se medita el hecho de que el hombre moderno, para ser original, esto es, para sentirse moderno, sólo opta -casi sin excepción- por una u otra línea de conducta, por la fáustica o la hamletiana. Queda, claro está, una tercera línea de conducta, a la que más conviene calificar de supramoderna -o de ahistórica, en el sentido que se refiere a la misma esencia de lo humano y puede ser de ella un reflejo conciente-, la cual ya se encontraría expuesta simbólicamente en el mito antiquísimo de Prometeo; y que en Occidente recupera brío desde los días de un tercer súbdito de Elizabeth I: Sir Francis Bacon. Pero este mito no parece haber necesitado una remodelación particular para el hombre moderno, tal vez por lo mismo que atañe a la propia esencia de lo humano. Se ha ido convirtiendo, en cambio, en una noción, filosóficamente cada vez más clara, según la cual el hombre es creación de sí mismo. En tanto, las otras figuras mitológicas que recientemente se han visto propuestas como representaciones ejemplares de "lo occidental", expresión que por cierto empleo aquí como sinónimo de "lo moderno", carecen, pese a su capacidad sugestiva que no es poca, del rigor de actualidad que distingue a las de Fausto y Hamlet.² Pues lo mismo un Edipo que un Don Quijote o un Don Juan no cumplen la exigencia de modernidad, ya por exceso, ya

2 Cfr. Hans Egon Holthusen: ¿Qué es lo occidental?, en Eco, Bogotá, núm. 41, setiembre de 1963.

por defecto. El erotismo donjuanesco no se concibe sin una religión gobernada por tabúes sexuales; y los tabúes sexuales, como es archisabido, van batiéndose en retirada, al menos en los grandes centros de la modernidad, desde el siglo xviji. En cuanto al quijotismo, o es un rasgo perenne de la naturaleza humana -y como tal aparece si sólo se tiene en cuenta su dinámica más general- o bien ha desaparecido para siempre como conducta ejemplar bajo los embates de la burguesía y todas las políticas "realistas" generadas por ella (fascismo, nazismo). Y por lo que hace a Edipo, la tercera figura discutible que se quiere añadir a nuestros dos mitos, sin dudar de la profunda razón que asiste a Freud y sus discípulos cuando nos aseguran que cada uno de nosotros ensaya (o ha ensayado) su tragedia en las cavernas de la mente, sin dudar de ello es conveniente recordar . que -como la investigación etnográfica lo ha corroborado- Edipo constituye una figura que está implícita en cualquier sociedad de corte patriarcal, no sólo en Occidente ni mucho menos en los tiempos modernos solamente. Por otra parte, a un diestro psicoanalista, el doctor Ernest Jones,3 le debemos una muy convincente demostración en virtud de la cual el Hamlet shakesperiano viene a aparecer como un Edipo "con atuendo moderno", debiéndose entender por esto último el fenómeno sin precedentes de que estamos ante un héroe que ya no se ve en lucha contra un destino impuesto desde arriba sino en lucha contra sí mismo, contra su propia individualidad (una individualidad que le es preciosa, además). Vemos, pues, como señalaba hace un momento, que, por exceso o por defecto estas otras grandes figuras de la creación literaria no corresponden legítimamente a una mitología representativa de la conciencia moderna. Con igual derecho podrían agregárseles a ellas también las de Ulises o Robinson Crusoe, pongo por caso; sobre todo la de Robinson Crusoe, si no fuera porque su ejemplaridad pierde vigencia desde que empieza a mermar la energía espiritual de la burguesía.

Quedamos, pues, en presencia del doctor Fausto y el príncipe de Dinamarca. En quienes por momentos tendremos que ver equi-

⁸ Ernest Jones: Hamlet and Oedipus (1949).

valentes de sus creadores literarios, siendo dente que todo nuevo modo de pensar tiende -sin duda- prolongaciones decisivas de sus espíritus. Pero, para comenzar, tratemos de acercarnos más a estos dos prototipos de la conciencia moderna. Tanto Fausto como Hamlet son asociales, aunque en diferentes direcciones. Ambos se sienten aislados en el mundo, pero en tanto que el primero ambiciona el mando ("el poder por el poder"), el segundo, asqueado de lo que ve en torno suyo, sólo parece querer poner la mayor distancia posible -esa de la locura- entre su preciosa individualidad y el zarzal nauseabundo que se le antoja ver en su contorno. Así, tanto Fausto como Hamlet, puestos en la frontera entre medioevo y modernidad, vuelven la vista atrás, hacia el ilusionismo teocrático, cuando se sienten a punto de sucumbir bajo el peso de sus respectivas desventuras. Por su ambición de saber, Fausto podría dar la impresión de ser el más moderno, puesto que no le confiere la fortaleza necesaria para distanciarse definitivamente de las explicaciones teológicas: al final de su carrera Fausto clamará por esas mismas antiguallas que desdeñó en los días de su apogeo intelectual. En Hamlet, la dosis de modernidad es más o menos la misma que en Fausto. Su meditación sobre el sentido de la vida haciendo siempre pie en la muerte es, también, un tema medieval y cristiano, sólo que sacado del contexto ideológico apropiado. De modo que puede decirse que ambos héroes marchan como el cangrejo: hacia atrás se aleja Fausto de la ciencia adquirida mediante su pacto con Lucifer, no superándola; y también marchando hacia atrás se aleja Hamlet de la vida, no viviéndola, no resolviendo sus conflictos entre lo que hoy llamamos el "Id" y el "Superyó". Ambas son, pues, conciencias que optan por el arcaísmo -como toda conciencia moderna que no se esfuerza por imprimirse el sentido del progreso.

A esta altura se hace necesario abrir un pequeño paréntesis. Entre los siglos xvi y xvii surge una serie de grandes actitudes intelectuales nuevas y es necesario caracterizarlas si queremos entender bien porqué un Fausto y un Hamlet, si bien se encuentran evidentemente bajo la influencia de una o varias de ellas, se amedrentan sin embargo ante ellas y corren a refugiarse en el medioevo. Es evi-

a provocar desorientación entre los más, entre todos aquellos que se dan por satisfechos si consiguen apuntalar sus vidas con los viejos sistemas de ideas y creencias. Y piénsese en las escalofriantes novedades intelectuales que se lanzan como otros tantos proyectiles diridos a la conciencia en los siglos xvi y xvii. Con Copérnico y Galileo se propone y consolida un puro conocimiento de la naturaleza y sus leyes, exento de toda tara de prejuicios. Con Giordano Bruno y Montaigne, se postula que la tierra sólo es una partícula del universo y que el hombre es un animal más. Con Montaigne se procede a analizar la concreta naturaleza humana individual y, como consecuencia de ello, se presenta una primera denuncia formal de las "mentiras convencionales de la civilización". Maquiavelo implica, como Montaigne, el análisis de la naturaleza humana, pero en su caso a un enfoque tan sólo escéptico lo reemplaza otro, que es o aparenta ser netamente pesimista, según el cual fuerza y astucia deben imponerse a debilidad y estupidez (o candor). Como el Fausto de Marlowe es un poco -pero sólo un poco- la realización dramática de la idea del hombre propuesta por Maquiavelo y tal como la entendían los isabelinos, conviene que nos detengamos en esto un momento. Un destacado especialista shakesperiano, el francés Henri Fluchère, ha escrito 4 que si bien maquiavelismo e hipocresía pasarían en el uso común a ser usados como términos equivalentes, la tentativa del gran teórico florentino era justamente la opuesta: eximir las relaciones humanas de hipocresía. En este sentido, su tentativa puede ser comparada -por lo menos en términos generales- con la de Freud, ya que si éste, unos cuatro siglos después, persigue ante todo el reconocimiento de la "animalidad" del individuo psicológico, ya en el siglo xvi Maquiavelo expone la "animalidad" en las relaciones políticas de los hombres. Sabemos hoy perfectamente bien que la doctrina maquiavélica sólo se aprecia como es debido en el contexto histórico que dio mar-

⁴ Henri Fluchère: Shakespeare: dramaturge élisabéthain (Cahiers du Sud, 1948); hay traducción al inglés, prologada por T. S. Eliot: Shakespeare & the Elizabethans.

gen a ella. En realidad, Maquiavelo dejaba intacta la "espiritualidad" del hombre en su relación con Dios. "Maquiavelo -explica Marcel de Corte 5- se lanza con avidez al mundo de aquí, presto a reservarse en el mundo de arriba una salida de emergencia". Y se entrega de lleno a este mundo porque le preocupa fundamentalmente un objetivo muy de este mundo, a saber, la unificación de su patria. Pero los isabelinos, y en particular Marlowe, dejando de lado el contexto específico de El príncipe, convierten el maquiavelismo, concepción de la praxis en una sociedad dada y en un momento determinado, en nada menos que toda una concepción del mundo, la cual presagia ya el darwinismo social. Descartado el objetivo patriótico que Maquiavelo persigue, claro está su doctrina fundamenta cualquier despotismo y todo envilecimiento de los seres sojuzgados. Marlowe presentará su versión del despotismo maquiavélico en Tamerlán el grande. Agigantado el maquiavelismo en concepción del mundo, desaparecen las salidas de emergencia -cosa que comprueba a su debido tiempo el doctor Fausto.

La revista que acabamos de pasar a las principales tendencias intelectuales del siglo xvi no sería completa si dejáramos de mencionar una quinta tendencia, sobre la que hemos de volver luego: el humanismo tecnológico de Sir Francis Bacon, que ya implica una concepción progresiva del hombre y se vincula con el espíritu utópico de More, inspirado -como se sabe- por los descubrimientos geográficos; un espíritu del que Shakespeare, dicho sea aquí de paso, se hará eco en La tempestad. Esta tendencia es la única que en la época isabelina merece ser calificada de resueltamente optimista y es, por esto mismo, la que menos eco encuentra entre los dramaturgos; pues a los artistas suele, sobre todo en las etapas de brusca transición, resultarles una actitud mental más cómoda el pesimismo que el optimismo. Y los dramaturgos isabelinos, con la sola excepción de Shakespeare

5 Marcel de Corte: La revolución maquiavélica, en Diógenes, núm. 35, setiembre de 1961. al final de su carrera,6 parecen embargados por el estado de ánimo que el poeta Donne expone así en unas líneas muy famosas de An Anatomie of the World: "Todo está hecho añicos, ha desaparecido / toda coherencia." Por supuesto, se refleja así sobre el universo lo que el hombre isabelino siente que le ocurre en su interior; y que es lo mismo que a menudo el hombre siente desde sus días. Fausto de Marlowe resulta un ejemplo perdurable del fenómeno apuntado. Pues no sólo la veleidad de los críticos explica la discrepancia entre dos juicios sobre este personaje como los que transcribo a continuación: "Marlowe cambió el punto de vista: Fausto ya no es un mago ininteligible considerado desde el exterior sino un ser humano vivo, sediento de infinito; el pecador se convierte en un héroe" (Havelock Ellis); "Fausto es Cada Cual y su pecado es una reedición del pecado de Adán: el orgullo" (J. C. Maxwell). Ocurre que la lectura correcta de la gran tragedia exige un punto de vista dual porque la obra misma encierra una dualidad. Marlowe recoge un mito en estado incipiente, fruto caído en el vendaval con que las grandes renovaciones de la época azotan el cuerpo social isabelino; y como él mismo está muy al alcance de esa conmoción no alcanza a considerar la figura de Fausto con todo el desapego que hubiera sido necesario para remodelar en ella los rasgos de Prometeo. De modo que con su Fausto le sale un Prometeo que al mismo tiempo es Adán. Y precisamente por esto el atormentado teólogo de Wittemberg, en la figura tan contradictoria que sobre su leyenda elabora Marlowe, parece constituir una buena autobiografía espiritual del propio dramaturgo. Como dice Havelock Ellis, Marlowe convierte en héroe al pecador de la leyenda original, tal como está recogida en el Volksbuch (1587) de Spiess; pero a esto es imprescindible añadir que su héroe, el individuo prometeico, el civilizador, termina por conver-

6 "Shakespeare —escribe Fluchère— había sido el más sombrio de los pesimistas, tan satánico como Marston, tan escindido como Chapman, tan sediento de sangre como Webster, siniestro como Tourneur, corrosivo como Ben Jonson. Pero había evitado la condenación por el vigor de su don lírico y, sin duda, por el equilibrio superior de su genio".

tírsele de nuevo en pecador. Y así: Fausto es también Cada Cual.

Cuando se considera la significación intelectual de esta tragedia de Marlowe -y otro tanto es lícito afirmar en cuanto al teatro isabelino en general- no debe perderse nunca de vista la estructura del público a que iba destinada. Ya que si por una parte es cierto que después de importantes y pacientes trabajos de investigación como los de L. C. Knights y Harbage 7 se hace demasiado difícil seguir rebajando el público isabelino a un nivel de tosquedad analfabeta, también es preciso, por otra parte, tener presente que sin lugar a dudas ese auditorio albergaba aún una enorme mayoría de bastante sólidos creyentes en la cosmovisión medieval. Marlowe no podía dejar de tener muy clara conciencia de ello; y, por lo tanto, aparte de sus motivaciones puramente interiores para hacer dar media vuelta a su personaje, debió esforzarse bien deliberadamente por adaptar su héroe a las nociones predominantes en su público (esto, sin entrar a considerar las deformaciones subsiguientes del Fausto marloviano, a cargo de los diversos autorzuelos que metieron mano en la tragedia, la cual -como bien se sabe- ha llegado a nuestros días en un texto casi catastróficamente adulterado). Pero, como ha ocurrido siempre en casos de esta índole, la mutación del personaje concebido inicialmente por el dramaturgo fue más allá de todas sus intenciones. Y por esto en el protagonista de la tragedia conviven muy obviamente, para estupor del crítico actual, el héroe renacentista, de una audacia inflexible y un maquiavélico afán de poder, con un doctor en teología bien medieval y timorato. Así, en el propio dramaturgo su experiencia intelectual de lector de El príncipe y discípulo de Giordano Bruno terminó contrarrestada por su afán de complacer al público. Esta experiencia propiamente social de Marlowe, al darle plena conciencia de su posición dependiente en relación con sectores que todavía no habían sobrepasado (ni sobrepasarían, en el mejor de los casos, en muchísimo tiempo) los valores fundamentales del medioevo, con toda su

7 L. C. Knights: Education and the Drama in the Age of Shakespeare, en Criterion, 1931-1932; Alfred Harbage: Shakespeare's Audience (1941).

secuela de prejuicios y supersticiones, hizo ceder del todo el ímpetu de renovación intelectual que debió moverle en un principio. "¡Oh! Qué mundo de provecho y deleite, / De poder, honor y omnipotencia / Le es prometido al laborioso artesano. / Todas las cosas que se mueven entre los quietos polos / Estarán a mis órdenes. Emperadores y reyes / Sólo son obedecidos en sus diversas provincias / Y no pueden levantar el viento ni hender las nubes; / Pero quien sobresale en esto / Tiene un dominio que se extiende cuanto el espíritu humano. / Un mago cabal es un poderoso dios: / ¡Vamos, Fausto, pon a prueba tus sesos para ganar la deidad!" He aquí, expresado en su plenitud, el espíritu que anima a Fausto en la escena primera de la tragedia. Pero, ¿qué queda al final de este sabio que parece tan resuelto a conquistar su propia divinidad, que se prevé convertido en "poderoso dios"? Al final ya no le interesa en absoluto ejercer un dominio que llegue tan lejos como el espíritu del hombre. El Fausto que se desprende de la última escena de la tragedia es una especie de plañidero aprendiz de brujo, un hombrecillo tan pusilánime que su cobardía le mueve a maldecirse: "¡Malditos sean los padres que me engendraron! / No, Fausto, maldícete a tí mismo, maldice a Lucifer / Que te ha privado de los goces celestiales". Esta transformación de Fausto es tan desmesurada que hace pensar que en un momento dado del desarrollo de su historia, Marlowe se quedó perplejo. El genio poético –debió advertir– sólo permite transformar el mundo y dominarlo sobre el papel. En tanto que en el mundo real el genio sigue prisionero; el genio que hasta es incapaz de comunicar sin peligro su mensaje renovador y liberador. Este mundo de abajo ya no es el lugar de tránsito para el alma, según afirmaba la concepción cristiana, ni es un trampolín para la conquista del universo, según esa concepción renacentista que se prolonga y perfecciona hasta nuestros propios días. Cuando Marlowe ha cotejado sus altos ideales con la precariedad del orden social que sólo le admite y paga para que lo entretenga, viene a resultar -como Mefistófeles se lo puntualiza a Fausto- que "El infierno no tiene límites ni está circunscrito / A un mismo lugar, pues donde estamos es el infierno / Y donde el infierno está, allí siempre debemos estar".

The Tragedy of Doctor Faustus comunica, y creo haber insistido ya lo suficiente en ello, un mensaje ambiguo; que es, también, un mensaje importante puesto que la conciencia moderna lo ha repetido -y aún sigue repitiéndolo- insistentemente. En un sentido, esta ambigüedad depende de que, como ha demostrado J. C. Maxwell 8, la curiosidad es el rasgo psicológico predominante en Fausto; la curiosidad, que es un vicio desde el punto de vista medieval, en tanto que constituye un resorte imprescindible de la ciencia moderna. En otro sentido, la incoherencia de la tragedia se debe a la evidente desproporción existente en el propio Marlowe, entre el poeta estupendo y el intelectual dudoso. Pero como esta segunda característica es más notoria todavía en Giordano Bruno, en cuyo pensamiento podemos ver una de las principales influencias que orientaron a Marlowe, conviene que nos detengamos a considerar el caso del filósofo; el cual nos servirá, además, para precisar el papel de la magia y la poesía en la formación del pensamiento moderno.

Al comienzo de Science and the Modern World, Whitehead señala que en realidad Bruno no fue un mártir de la ciencia propiamente dicha sino de "la libre especulación imaginativa". Se entenderá mejor el sentido de esta afirmación con lo que dice Arthur O. Lovejoy sobre la importancia histórica del filósofo italiano: "En suma (Giordano Bruno), representa casi todos los aspectos del complejo de preconceptos corrientes en la filosofía medieval. Pero él hace que el significado de cada uno de estos preconceptos, así como la incongruencia de toda la mezcla, sea mucho más clara que antes, al desarrollar cada una de ellas con lógica atrevida y rigurosa dentro de su propia esfera y con una admirable indiferencia hacia la falta de armonía que hubiera entre ella y cualquiera de las demás. Y el resultado, entre otras cosas, fue una supuesta prueba, a partir de premisas estrictamente tradicionales y medievales, de una conclusión que significaba la destrucción de la imagen medieval del universo físico; y con esto de

8 J. C. Maxwell: The Sin of Faustus, on The Wind and the Rain, 1947.

mucho más que estaba inseparablemente asociado con ella" 9 Conclusiones bastante análogas admite la obra de Marlowe. Pues, como ya indiqué, en la fase inicial del Fausto marloviano hay una calidad heroica, prometeica, que si bien al final queda tapada por los escombros medievales, subsiste con todo. Y si el Fausto de Marlowe no hubiera sido representado, como consta, ya en 1588, sería cómodo pensar que el dramaturgo relataba la trágica historia del filósofo, muerto en la hoguera en 1600. Aquí, como en algunos otros raros casos que presenta la historia de la literatura (así, en tiempos más recientes, en el de Flaubert y en el de Dostoyevsky, y aún en el de Kafka) viene a planteársenos el inquietante asunto de la capacidad de presentimiento en cierta índole de artistas.

"Quel ch'altri lungi vede, lascio al tergo" (Lo que otros ven a lo lejos, dejo atrás) escribe Giordano Bruno en uno de sus poemas. Ahora bien, su afirmación sólo nos resulta válida en un sentido, pues consta que para él no hay cabida en la gran línea de la ciencia moderna que inicia Copérnico y prolongan Kepler y Galileo, sobre todo este último. Sin embargo, recordando que "el efecto inmediato de la revolución copernicana fue difundir el escepticismo y el azoramiento" 10, se pone en evidencia que, en otro sentido, es válida la afirmación del poeta-filósofo. Pues Giordano Bruno intentó el primero una superación de la nueva imagen árida y quebrada del universo propuesta por los matemáticos, mediante una visión orgánica del cosmos y del hombre, en la que inevitablemente se le coló mucho de espíritu medieval. A pesar de esto, con pleno derecho cabe decir que él fue el hombre que hizo infinito el universo: "en tanto que Nicolás de Cusa se limita a enunciar la imposibilidad de asignar límites al mundo, Giordano Bruno afirma su infinitud y se complace en ella" -escribe Alexandre Koyré 11. Y el mismo autor añade: "con un entusiasmo ardiente -el de un prisionero que ve caer los

⁹ Arthur O. Lovejoy: The Great Chain of Being (ed. Harper Torchbooks, New York, 1960).

¹⁰ Cfr. Alexandre Koyré: From the Closed World to the Infinite Universe (ed. Harper Torchbooks, New York, 1958).

¹¹ Koyré: op. cit., pág. 41.

cios abiertos e inexaustibles tesoros del universo siempre cambiante, eterno e infinito". Cierto es que el pensador italiano recae en una cosmovisión de bien definidos rasgos prelógicos, pues termina proponiendo un universo vitalista y mágico; pero su entusiasmo ante lo infinito es, de cualquier modo, una nota de modernidad en sú actitud intelectual cuya importancia difícilmente podría exagerarse en relación con el curso ulterior de la indagación de la naturaleza. En realidad, para justipreciar el papel que Bruno desempeña en sus tiempos es necesario tener en cuenta estos dos factores ideológicos característicos del Renacimiento que Giorgio de Santillana describe como sigue: 19) en la época no existe en absoluto "la ulterior división, conciente de sí misma y algo culpable, entre verdad conceptual y verdad imaginativa o no científica"; y 29) "el universo responde aún a la imaginación científica, para la cual los descubrimientos de la ciencia constituyen un estimulante y no un estorbo". El ejemplo más espectacular de esta ciencia-mágica o ciencia-poesía se lo tiene en el caso egregio de Kepler, en quien coinciden el riguroso matemático y el portentoso astrólogo; pero en todo el Renacimiento hace eco aquel consejo de Coluccio Salutati al filósofo escolástico: "Vuélvete por sobre todo hacia la poesía, cuyo timbre es más elevado que el del conocimiento lógico". La poesía, pues, con que Marlowe expresa la historia de su mago es el vehículo mismo del espíritu renacentista; y el espíritu de este mago forma parte de la esencia misma del fenómeno histórico que conocemos con el nombre de Renacimiento, en especial cuando se considera que entonces el "tema mágico", como muestra Eugenio Garin en uno de sus estudios decisivos, "pasa del subsuelo cultural a la luz y, asumiendo un aspecto nuevo, se torna común a todos los grandes pensadores y hombres de ciencia" 12. Giordano Bruno afirmará así que "magus significat hominem sapientem cum virtute agendi"; y he aquí una definición que se adapta perfectamente al

12 Eugenio Garin: Magia ed Astrologia nella cultura del Rinascimento, en su volumen de ensayos Medioevo e Rinascimento (Laterza, Bari, 1954).

muros de su celda— anuncia el estallido de las Fausto de Marlowe, ya que es la ausencia de esferas que nos separaban de los vastos espa- la "virtude agendi" en las disciplinas que anos abiertos e inexaustibles tesoros del unites estudió lo que hace volverse este sabio erso siempre cambiante, eterno e infinito". hacia la magia, único saber que puede permiterto es que el pensador italiano recae en tirle obrar, llegando al fin a ser "a mighty la cosmovisión de bien definidos rasgos pregod".

Las conclusiones de Garin, opuestas a la corriente historiográfica que pretende agotar el sentido del Renacimiento en una oposición implacable del espíritu racionalista que culminará en el cartesianismo al mágico vitalismo medieval, son axiales para una inteligencia cabal de la obra de Marlowe. "En realidad -escribe Garin 13- se lucha (en el Renacimiento) contra aquel divorcio y aquel contraste por una convergencia nueva. Se destruye la seguridad de un cosmos a-histórico de estructuras fijas... Se destruye la idea del hombre puro contemplador que debe extenuar su carne y sus pasiones, y hacerse ciego a toda seducción de la vida para reunir la propia razón impersonal con la razón universal. Frente a un esqueleto de hombre que se mueve en un mundo de esqueletos geometrizables se alza la exaltación del ideal hermético en que la voluntad, la obra, el acto produce y disuelve las formas, crea y se crea, se mueve libremente tendido en el futuro en un infinito de posibilidad, en una apertura sin confines."

El nuevo espíritu científico recién se consolida con Sir Francis Bacon, nacido en 1561 y por lo tanto sólo tres años mayor que Marlowe y Shakespeare. Este nuevo espíritu es el que paulatinamente impregna el pensamiento filosófico hasta que con Hegel y sobre todo con Marx se enuncia, a través de ella, una concepción del hombre conforme a la cual el hombre se crea a sí mismo. Las principales novedades del pensamiento baconiano son éstas 14: hay que confinar la religión en los cielos y decidir que aquí sobre la tierra el único señor es el hombre, no estándole vedado ningún conocimiento y siéndole conveniente todo aquello que mejore sus condiciones de vida. De esto se sigue,

¹³ Garin, op. cit., págs. 167-168.

¹⁴ En lo tocante a la significación del pensamiento de Sir Francis Bacon, resumo aquí la admirable exposición de Basil Willey en el capítulo segundo de su obra The Seventeenth-Century Backgroud.

naturalmente, que la función del verdadero sabio consiste en llegar al dominio de la physis, para ponerla al servicio de la sociedad. En tanto, la Edad Media había visto en la curiosidad por los secretos de la naturaleza una actividad ilícita e identificó con la magia el dominio ejercido sobre ellos. "La tarea de Bacon, puede decirse, consistió en probar que la ciencia natural era prometeica y no mefistofélica".15 Pero esta actividad "prometeica" no es en absoluto presuntuosa: sólo es genuinamente sabio en las cosas de la naturaleza quien con plena humildad observa sus fenómenos y deja que ella le dé sus lecciones. Así, la actitud científica que postuló Sir Francis Bacon puede ser identificada, según destaca Willey, con la actitud poética a la que John Keats, unos dos siglos después y pensando sobre todo en Shakespeare, denomina "capacidad negativa", a saber, "cuando un hombre es capaz de estar entre incertidumbres, misterios y dudas sin esforzarse nerviosamente por alcanzar hechos y razones".16 Con Bacon la ciencia abandona, entonces, las magnas vacuidades en que se complacen todavía tantos sabios ilustres del Renacimiento; y por esto en Bacon es lícito ver al "vidente, casi al poeta del movimiento científico en Inglaterra". 17 No obstante, su solidísima prudencia será puesta, una y otra vez, en tela de juicio hasta nuestros propios días, por los Blake, los Yeats y los D. H. Lawrence, es decir, por todos aquellos poetas, que demasiado impacientes para atenerse a la "capacidad negativa", no pueden quedarse demorados entre incertidumbre y exigen vastos sistemas en apariencia más elocuentes aunque en realidad sólo sean grandilocuentes. Y evidentemente Christopher Marlowe era más del linaje de estos poetas excesivamente ambiciosos -a quienes también se podría calificar, como él lo fue, de "overreachers"que del representado en el orden filosófico por Bacon y en el de la creación poética por el último Shakespeare.

Pues esta "capacidad negativa" es, como actitud orgánica, sólo un punto de llegada

para Shakespeare, por así decirlo su punto final. A diferencia de lo que ocurre con Marlowe, cuya cosmovisión puede sintetizarse, como se ha visto, en los términos "maquiavelismo" y "magismo renacentista", a través de las obras de Shakespeare se comprueba todo un desarrollo -realmente un progresointelectual. En términos muy generales, puede decirse que Shakespeare, quien como se sabe era poeta de cultura académica muy inferior a la de un Marlowe o un Ben Jonson, parte de un conglomerado de ideas y creencias que en sus días no tenía, en conjunto, nada de novedoso, siendo el normal en un público isabelino, según lo ponen en evidencia las investigaciones de, por ejemplo, E. M. W. Tillyard y Theodore Spencer 18. En otras palabras, inicialmente Shakespeare comparte los puntos de vista sobre la naturaleza, el orden social y el significado del individuo humano que son corrientes, como "idées reçues", en la época isabelina; puntos de vista, por otra parte, que son vestigios de la concepción medieval del mundo 19. De modo que al comienzo de su carrera no hay ninguna diferencia ideológica importante que separe al gran poeta del hombre isabelino común y, por lo tanto, si se quiere caracterizar a aquel en oposición a éste resulta imprescindible referirse al genio poético; entendiendo aquí por genio de Shakespeare lo que S. T. Coleridge formuló definitivamente, ya a principios del siglo XIX, en estos términos: "la Naturaleza, el principal artista de genio, inexaustible en diversos poderes, es igualmente inexaustible en formas; -cada exterior es la fisonomía del ser adentro-, su verdadera imagen reflejada y devuelta del espejo cóncavo: -y también esta es la excelencia apropiada de su poeta preferido, de nuestro Shakespeare-, él mismo una naturaleza humanizada, un entendimiento genial que dirige con conciencia de sí mismo un poder y una sabiduría implícita que

18 E. M. W. Tillyard: The Elizabethan World Picture (Londres, 1943); Theodore Spencer: Shakespeare and the Nature of Man (Cambridge, 1943) (Hay trad.: Shakespeare y la naturaleza del hombre, Bs. As., 1950).

19 Por ejemplo, Tillyard (op. cit., pág. 17) escribe: "La grandeza de la época isabelina era la de contener tantas cosas nuevas sin hacer reventar la noble forma del antiguo orden".

¹⁵ Willey, op. cit., pág. 37.

¹⁶ Keats expone su concepción de la "capacidad negativa" en carta del 21 de diciembre de 1817 a George y Thomas Keats.

¹⁷ Willey, op. cit., pág. 41.

es más profunda aún que nuestra conciencia" 20. Tal vez puede objetarse que al ver a Shakespeare como "una naturaleza humanizada" desde el comienzo mismo de su carrera, le atribuimos ya para entonces la "capacidad negativa". En un sentido, parece válida esta objeción; y, sin embargo, en el que ahora nos interesa no lo es. Evidentemente el poeta que a través de Hamlet expresa su actitud ante el mundo en estos términos: "Cuán tediosos, rancios, chatos e improductivos / Me parecen todos los usos de este mundo. / ¡Uf! ¡Qué asco! Es un jardin des-_ euidado...;" el mismo que le hará decir a Macbeth: "La vida sólo es una sombra ambulante, un mal actor / Que se contonea y molesta con su turno en la escena / Y del que luego ya no se oye más; es una historia / Contada por un idiota, llena de ruido y furia / Y que no significa nada", éste evidentemente es un Shakespeare que aún no ha madurado del todo. Desde un comienzo posee, por cierto, la suficiente "capacidad negativa" para ser ecuánime con todas las criaturas de su imaginación, para comprenderlas en sí mismas; y esta cualidad en buena medida le viene de un don para la observación esmerada de las cosas de la naturaleza en que -su imaginería nos lleva a suponerlo- descolló desde niño. Le falta, en cambio, todavía una personal cosmovisión que extienda la "capacidad negativa" al conjunto social, que se totalice y sea así del todo el equivalente poético de la "humildad" impuesta por Sir Francis Bacon a la verdadera ciencia. Aún al año siguiente de la composición de Hamlet, en 1602, Shakespeare está imbuido del sentido corriente en su época en cuanto a las jerarquías, como lo demuestra, en Troilus and Cressida, la famosa exposición sobre "el grado" que hace Ulises 21: "Los mismos cielos, los planetas y este centro / Respetan el grado, la prioridad y el puesto ...; / ¡Oh! cuando se conmueve la jerarquía, / Que es la escala de todos los grandes proyectos. / La empresa pierde fuer-

20 S. T. Coleridge: Shakespeare's Judgement Equal to His Genius, en las Lectures, 1818.

21 A cuyo respecto conviene recordar lo que Tillyard, op. cit., pág. 18, escribe: "la concepción del orden es tan aceptada, a punto tal forma parte del espíritu colectivo del pueblo que (en la época isabelina) apenas si se la menciona, excepto en pasajes explícitamente didácticos".

zas. Cómo podrían las comunidades, / Los maestros en las escuelas y las fraternidades en las ciudades, / El pacífico comercio entre playas divididas, / La primogenitura y los derechos de cuna, / La prerrogativa de la edad, de las coronas, de los cetros y laureles / Existir sin grados, estar en su legítimo lugar? / Basta quitar el grado, desconcertar esa cuerda, / Para escuchar en seguida la disonacia."

Este Shakespeare que hace una apología tan entusiasta de la estabilidad jerárquica vive en una sociedad que casi podría describirse como en equilibrio inestable. No sólo que la peste la somete vuelta a vuelta. La ambición de los poderosos, por una parte, y por la otra la obtusa dureza de los puritanos, tienden reiteradamente, sobre todo en los últimos años del reinado de Elizabeth I, a transformarla en caos. La anarquía acecha en la corte tanto como en la taberna, y caen en el patíbulo las cabezas de los favoritos. Realmente, "the time is out of joint"; y es evidente, por lo tanto, que el poeta debe esforzarse por conservar su fe en el orden consagrado y en este sistema del mundo que establece una elegante equivalencia entre las armoniosas esferas cósmicas y las jerarquías terrenales. Pero es un esfuerzo puramente conciente, destinado a reforzar lo que casi podríamos llamar un superyó intelectualizado, un superyó que se agrieta. Que empieza a ceder a la evidencia de los hechos.

Es el momento hamletiano de Shakespeare. Así como Hamlet abandona su nihilismo y se dispone a la acción fortaleciéndose con un sentido medieval del honor, así el propio poeta, movido a la desesperación por sus vivencias, se aferra todavía, cuando compone Troilus and Cressida, a una concepción medieval de las relaciones humanas. Esto hace que Hamlet pueda parecernos la obra más enigmática de Shakespeare, ya que su cabal comprensión sólo puede lograrse en relación con todo lo que está antes y viene después en su producción. Es un nudo de signficaciones. Antes, Shakespeare se conformaba con el orden establecido y criticaba las violaciones del mismo desde el punto de vista de los valores vigentes. Después, Shakespeare podrá establecer su propio orden, absolutamente novedoso, en el que el principio de la venganza quedará excluido. Pero, como Troilus and Cressida lo muestra muy claramente, la toma de conciencia del poeta no siguió inmediatamente a la creación de Hamlet. Nunca el genio poético se desarrolla con puntualidad, conforme a un canon rígido.

En realidad, Shakespeare demuestra una fidelidad empecinada a la visión isabelina del mundo y aún en Hamlet y después de Hamlet trata de dar realce a todo aquello que, según sus vivencias le indican, está condenado a muerte. He aquí, a mi juicio, lo que explica, en primer lugar, la aparente imperfección dramática de Hamlet: su autor no logra -tampoco lo quiere, al menos concientemente- amoldar la experiencia de la vida que procura trasmitir a cánones que ya apenas si tienen alguna vigencia en la corte 22. Ahora bien, no por afán de resultar paradójico cabe afirmar que la misma aparente imperfección estética de Hamlet constituye lo que podemos llamar su perfección característica. En toda tragedia anterior es el héroe quien quebranta un orden. En Hamlet, en cambio, es un orden o, mejor dicho, un desorden -el orden de la realidad-, lo que quebranta al héroe. Pero, ¿cómo podría exponerse este proceso dentro de una pulcritud, de una exactitud unívoca? Tal vez lo más que pueda decirse como crítica propiamente estética de Hamlet es que a su argumento le habría convenido mejor la forma de la novela, con sus amplitudes fluviales y mean-

Este conflicto entre las vivencias del poeta y la ideología que quiere conservar (porque todavía cree que es así cómo va a salvarse) es lo que explica, en segundo lugar, la atracción magnética que la figura de Hamlet ha ejercido y todavía parece seguir ejerciendo

22 En lo tocante a las costumbres cortesanas a finales del reinado de Elizabeth I y durante el de su sucesor, piénsese, por ejemplo, en que la "mascarada" ("masque") se implantó en las representaciones teatrales para subrayar la "significación moral" de la obra, pero que la creciente corrupción de la "élite" isabelina la convierte en una oportunidad más para la francachela y el libertinaje. El alcoholismo impera en la corte de un modo alarmante y un testigo contemporáneo, Sir John Harrington, puede escribir: "las damas abandonan la sobriedad y se las ve rodar ebrias".

sobre la conciencia moderna; pues desde el Renacimiento vivimos en un desgarrador conflicto de conciencia entre lo que las estructuras culturas se empeñan en enseñarnos de los dientes para afuera y lo que las realidades sociales nos muestran con una implacable persistencia. Asimismo, esto explica que una mera historia de venganza (una de esas historias que abundan en el teatro isabelino) sirviera de trampolín para la modelación de un carácter al que el hombre moderno puede recurrir muchas veces para verse como en un espejo. La modesta materia prima que recogió Saxo Grammaticus en su Historia Danica. luego modificada -muy a la francesa- por Belleforest en sus Histoires Tragiques de 1564, esa modesta materia prima, sumada a la circunstancia de que en 1601 -; buen negociante siempre!- Shakespeare estaba dispuesto a satisfacer su público con una "historia de venganza", sumada asimismo a la coincidencia entre el nombre del héroe legendario que modelaría dramáticamente y el de su propio hijo Hamlet, desaparecido en 1596 a los once años de edad, una pérdida que, sin duda, conmovió todo el ordenamiento psicosocial del poeta 23; y lo precedente sumado al hecho de que muy posiblemente en el propio año de la composición de Hamlet el poeta acaba de vivir la agonía de verse coronado ...y no de laureles precisamente 24, semejante conjunto de vivencias sombrías o as-

23 F. E. Halliday (The Life of Shakespeare, Pelican Books, 1963) apunta: "Él (Shakespeare) habría estado presente en la melancólica ceremonia en el cementerio de Stratford cuando el pequeño cuerpo fue levantado y bajado a la tumba... Debe haberle parecido una burla a Shakespeare encontrarse en ese preciso momento en correspondencia con el Colegio de Heraldos para el otorgamiento de un escudo de armas; él había restablecido la fortuna de su familia e instigado por su padre había renovado su solicitud de un escudo de armas... Pero ahora ya no había un hijo que prolongara el linaje".

24 A este respecto, Ernest Jones, op. cit., observa: "todo indica que la creación de Hamlet fue de algún modo una expresión de esa gran experiencia personal o —para decirlo más cautelosamente— un modo de responder a ella". Por su parte, Figgis, citado por el doctor Jones, escribe: "A través del gran período trágico de labor de Shakespeare, una de las notas predominantes con respecto de la cuestión sexual en conjunto es de absoluta náusea y execración".

queantes-abrió una amplia brecha en la conciencia del poeta, quien ideó un personaje esencialmente ambiguo porque este vive hasta el fondo, sin atreverse a confesárselo, sin posibilidad de hacerlo tal vez, el revulsivo fenómeno antropológico de la "impureza del nido" 25, al que Donne, en su Anatomie of the World, se refería al escribir: "... Padre e hijo son cosas olvidadas", lo cual, por cierto, ya había sido dicho por Shakespeare, al referirse a las consecuencias de la ruptura del orden tradicional: "Y el hijo brutal dará muerte a su padre." Así, el complejo de Edipo, que el doctor Ernest Jones muestra en forma tan convincente en el Hamlet shakesperiano (y en el propio poeta, por supuesto), llega a ser apreciado a través de este Hamlet como una de las más posibles reacciones espontáneas del individuo en quien se ha resquebrajado la película de cultura depositada por las costumbres establecidas. Esta reacción sería particularmente viable cuando a la razón misma se le vuelve evidente el abismo abierto entre los postulados culturales y las realidades sociales. Cuando se ve palmariamente que "hay algo podrido en Dinamarca" y, sin embargo, no se actúa; de modo que entonces en cualquier individuo inteligente el sentido crítico puede hipertrofiarse. En los tiempos de crisis -y Occidente vive en una casi constante crisis desde el Renacimiento-, cuando -con las palabras de John Donne- "todo se pone en duda", el hombre "natural" (ese perverso polimorfo de Freud) halla facilitado el camino para su resurgimiento. Y desde los días de Shakespeare y aún desde antes todo tiende a evidenciar la profundísima razón que asiste a Diderot en su diálogo con el sobrino de Rameau: "Si le petit sauvage était abandonné a lui-meme, qu'il conservait toute son imbécillité et qu'il réunit au peu de raison de l'enfant au berceau la violence des passions de l'homme de trente ans, il tordrait le col a son père et coucherait avec sa mère" 26. Pues vivimos desamparados entre estructuras culturales que nos permiten conservar "toda la imbecilidad"... y para superarla suele no hallarse

otra salida que una amargura y una inacción bien hamletianas.

Por todo lo cual Hamlet puede representar ejemplarmente la condición de cada hombre que en estos últimos cuatro siglos no encuentra satisfactorios los regimenes políticos y las tablas morales vigentes y que, aún así, no se atreve a asumir esta empresa que aquí llamaremos de sanear a Dinamarca. "Le plus aspre et difficile mestier du monde, a mon grè, c'est faire dignement le Roy" 27, había escrito Montaigne en sus Essais, de cuya lectura Shakespeare parece haber estado embebido en la época de la composición de su Hamlet. Sin duda ya el propio Montaigne tiene bastante de hamletiano, por ejemplo cuando nos afirma -¡y cómo podríamos dudar de su jactancia!- que "jamais homme ne se défia tant de sa vie, jamais homme ne feit moins d'estat de sa durée" 28; y lo mismo cuando ve en la muerte una liberación. Es el mal que viene de ver la propia individualidad como algo singularísimo, de considerar la propia experiencia -y sobre todo si se trata de experiencias infortunadas- como algo sin parangón. Esta actitud, que en el fondo es la de un razonamiento superficial, la de quitado sus viejos dioses y reyes y todavía un modo de pensar resentido porque le han espera que le traigan de afuera algo para reemplazarlos, es la que culmina en la exclamación de Hamlet: "Oh Dios, podría estar encerrado en una cáscara de nuez y considerarme rey del infinito espacio, si no fuera porque tengo malos sueños." Naturalmente, no hay diferencia alguna entre una cáscara de nuez y el mundo entero como imperio cuando se sigue punto por punto a Montaigne en su invectiva contra el género humano: "Est-il possible de rien imaginer si, ridicule que cette miserable et chetive creature, qui n'est pas seulement maîstresse de soi, exposée aux offenses de toutes choses, se die maîstresse et empèriere de l'univers, duquel il n'est pas en sa puissance de connoîstre la moindre partie, tant s'en faut de la commander?" 29. Pero, al expresarse así el mismo pensador bordelés no tiene en cuenta

²⁵ La expresión —"L'impureté du nid"— es del eminente crítico francés Georges Blin.

²⁶ Diderot: Le neveu de Rameau, en Oeuvres romanesques (ed. Garnier, Paris, 1951, pág. 479).

²⁷ Montaigne: Essais. Cito según la edición de la Bibliotheque de la Pléiade, París, 1950, cuyo texto fue establecido y anotado por Albert Thibaudet.

²⁸ Montaigne, op. cit., pág. 111.

²⁹ fd. ant., pag. 495.

lo que en el sentido de su obra entera se halla implícito y que es lo que Groethuysen ha resumido admirablemente en los términos siguientes: "En este mundo hay lo positivo; hay lo que es nuestro. En esta vivencia autónoma de la vida estriba lo formidable del pensamiento de Montaigne. Es como si sólo partiendo de sí mismo hubiera de comprender el espíritu humano por vez primera la vida" 30.

No es posible dejar de coincidir con una afirmación de este tipo: "El problema fundamental que Shakespeare se propuso resolver en Hamlet :.. es el problema del modo en que los hombres aceptan el dolor cuando les toca" 31. Pero también es preciso convenir que, en sí misma, tal afirmación nos dice poquísimo; por lo cual corresponde añadir seguidamente que en Hamlet, Shakespeare no resolvió -no se resolvió- el problema señalado. Pues Hamlet se reduce al mismo nivel de Fausto, siendo, por así decirlo, el anti-Fausto perfecto. El doctor de Wittenberg lo quiere "todo" -y este "todo" nos resulta que es en el fondo un mero prejuicio, originado en una concepción religiosa del mundo- y termina recayendo en una verdadera "fe de carbonero". El príncipe de Dinamarca no quiere nada... nada más que el modelo medieval de vida, que él identifica con la vida. Y la realidad se le escapa constantemente, incluso su propia realidad psíquica, que nunca se atreve a confesarse 32.

Tanto Fausto como Hamlet vienen a resultarnos así genuinos prototipos de la conciencia moderna y, más aún, los verdaderos prototipos. Tal vez se les quisiera presentar como héroes de la inteligencia; pero a esta altura ya no podríamos decir de ellos sino que son víctimas de la inteligencia: el primero, de la inteligencia dominadora; y de la inteli-

30 B. Groethuysen: Antropología filosófica, trad. de J. Rovira Armengol, pág. 363.

31 Lily B. Campbell: Shakespeare's Tragic Heroes (Methuen, Londres, pág. 110). gencia crítica el segundo. Pero el dominio sobre el universo por la inteligencia, así como la crítica de la sociedad a través de la inteligencia no se configuran en defectos que hacen víctimas de quienes ejercen ese dominio y esa crítica a menos que tanto el primero como el segundo se basen en criterios pasatistas, es decir, cuando se tiene la conciencia trabada por una fe ciega en paraísos perdidos.

En la tragedia clásica, y de otro modo en la Edad Media, los héroes de la inteligencia, los Ulises, se imponen a las adversidades porque hay una perfecta adecuación de su destreza mental al contorno objetivo. Todo el paisaje en torno está humanizado e incluso si es hostil se trata de una humana hostilidad, habiendo pues una continua sociabilidad del hombre con la naturaleza. El mundo circundante de Fausto y Hamlet es, en cambio, impenetrable, hostil, con una nueva hostilidad que ya no es la enemistad franca; hostil porque cuando permanece mudo ante la interrogación, espontánea y hostil, asimismo, porque cuando responde sólo lo hace con los más diversos y contradictorios mensajes. Y precisamente por esto desde el Renacimiento los protagonistas de la inteligencia -Fausto, Hamlet y sus tantísimas copias- tienden lo más a menudo a extralimitarse en el ejercicio de sus poderes -en la dominación, en la crítica-, se desorganiza entonces el juego armonioso de sus inteligencias y el universo y la sociedad se les desmoronan. Se les desmoronan porque no están dispuestos a construirlos progresivamente. Puede decirse, por consiguiente, que tanto la tragedia de un Fausto como la de un Hamlet consisten, en esencia, en faltarles un "rigor obstinado", un rigor tal que haga tabla rasa también de los valores heredados por la conciencia y que, así, sólo pueda situar en el porvenir el logro de tantos afanes. Pero situar en el porvenir el término de la empresa equivale, por supuesto, a considerarla una empresa colectiva, no viéndose ya cada uno como héroe favorito sino como uno entre una constelación de actores, como un eslabón en cadena que paulatinamente se prolonga. Lo cual, dicho sea de paso, parece constituir la única concepción atinada del hombre en tanto ser temporal, ser histórico.

³² L. C. Knights (Explorations, Chatts & Windus, Londres, 1946) destaca con acierto que Hamlet rehuye "las complejidades de la vida adulta"; y agrega: "Sus actitudes de odio, repulsión, autocomplacencia y autoreproche... son... formas de eludir el arduo proceso de adaptación compleja que reclama la vida normal y que a Hamlet le resulta superior a sus fuerzea".

A esta altura conviene recordar, sin embargo, que es un exacto contemporáneo de los creadores de Fausto y Hamlet, que es Sir Francis Bacon, a quien se remonta el primer germen inconfundible de esta visión progresiva de la naturaleza humana, por lo menos en la medida que la filosofía de la ciencia va es un atisbo de filosofía de la praxis. Y sólo una filosofía que ponga al esfuerzo, al trabajo, en la base de toda grandeza humana puede tranquilizar al hombre sin ningún dios. En cambio, un Fausto origina necesariamente a un Sade; y Sade -la actitud sádica fundamental, entiéndose bien- está en la base de los totalitarismos modernos. Christopher Marlowe murió prematuramente, sin haber logrado superar el conflicto entre sus temores medievales y sus ambiciones modernista; ese conflicto que en gran parte se debió a su inadecuada apreciación de Maquiavelo. Pero Shakespeare, en cambio, fue más lejos o, mejor dicho, llegó a calar más hondo en sí mismo y con su arte supremo se creó al final una especie de eternidad provisional, al re-crearse, mediante la "capacidad negativa" que renuncia a las certezas supremas, un paraíso de cosas elementales. Después de Hamlet, Shakespeare quedaba ya en condiciones de iniciar ese proceso catártico que le remontó finalmente a una especie de nueva infancia, a una nueva espontaneidad y frescura de percepción 33; esas características que aparecen con tanta nitidez en la obra final del poeta, La tempestad, compuesta en 1611. Para entender mejor qué es lo que se encuentra en juego en esta fase final de Shakespeare, no encuentro medio más claro y expeditivo que recordar ahora lo que el mitólogo Joseph Campbell escribe sobre el significado del tránsito milagroso y el retorno en los héroes mitológicos: "El campo de batalla es simbólico del campo de la vida, donde cada criatura vive de la muerte de otra. La verificación de la culpa inevitable de la vida puede asquear de modo tal el corazón que, como Hamlet o Arjuna, uno se niegue a seguir adelante con ella. Por otra parte, como la mayoría del resto de nosotros, uno puede inventarse una imagen de sí mismo, falsa y finalmente injustificada, como un fenómeno excepcional en el mundo, no culpable como los demás lo son, pero justificado en el inevitable pecar de uno porque uno representa el bien. Esta autojustificación induce a error no sólo en cuanto a sí mismo sino también en cuanto a la naturaleza tanto del hombre como del cosmos. La finalidad del mito es disipar la necesidad de semejante ignorancia de la vida mediante el logro de una reconciliación entre la conciencia individual y la voluntad universal. Y esto se efectúa mediante una toma de conciencia de la auténtica relación entre los pasajeros fenómenos del tiempo y la vida imperecedera que vive y muere en todo" 34.

Pues bien: en los años que corren entre Hamlet y La Tempestad se efectúa sin lugar a dudas esta toma de conciencia en William Shakespeare. Y parece perfectamente lícito

34 Joseph Campbell: The Hero with a Thousand Faces (Meridian Books, New York, 1956, pág. 238. Hay trad.).

35 Como tantos otros, como T. S. Eliot por ejemplo, B. Groethuysen, en quien también se nota claramente la marca del esteticismo finisecular, negó una filosofía a Shakespeare (vide: Introduction à la philosophie de l'art, de un curso dado en 1982 en la Universidad de Berlín, en Revue de Métas physique et de Morale, 58e. année, nums. 3 y 4). Su argumentación no resulta nada convincente porque si bien es obvio que, como él dice, "el mismo artista no podría ver siempre el mundo de la misma manera", semejante afirmación no sólo es válida para los artistas sino para todos los seres humanos; e incluso puede indicarse una neta evolución en el pensamiento de los filósofos más sistemáticos. También es posible aceptar su afirmación (aunque sin duda es algo exagerada), según la cual "cada drama revela un nuevo aspecto del hombre", pero no se ve de qué modo puede oponerse esto a un pensar filosófico del poeta. En cambio, Groethuysen se equivoca notoriamente -lo demuestran las investigaciones de Tillyard y Theodore Spencer, por ejemplo- cuando nos asegura que Shakespeare "no se encuentra ante una imagen del mundo preformada". Y todavía más se equivoca cuando dice: "Los mundos más diversos se extienden paralelamente sin excluirse los unos a los otros, como es el caso cuando se trata de la religión o la filosofía. ¿Cuál será, pues, el verdadero mundo? ¿El de Hamlet o el de El sueño de una noche de verano? Sería absurdo plantearle este problema al poeta". En efecto, es absurdo . . . pero toda la argumentación de Groethuysen tiende justamente a este planteamiento. Estéticamente, es saludable dejar siempre constancia de la autonomía de cada obra de arte pero históricamente es im-

^{33 &}quot;El equilibrio superior de su genio", para retomar la expresión de M. Fluchère, le impone, naturalmente, el proceso de purificación.

sostener que en su obra final Shakespeare expone su propia filosofía de la vida 35. Porque La Tempestad, que como Hamlet es también la historia de un hombre que ha sido víctima de nauseabundas intrigas cortesanas, y que ha logrado penetrar en los secretos de la naturaleza y dominarla tanto o más que Fausto, no culmina en venganzas sangrientas ni arrepentimientos plañideros. Próspero renuncia a hacerse justicia y deja de lado su poderosa magia. Puede proceder así porque deja de interesarle "el aroma" de su yo 36. "At the heart of the Tempest there is an incantation which accepts things as they are" -escribe al respecto, memorablemente, Theodore Spencer-. El Shakespeare último ya está liberado de esa visión sombría de la naturaleza humana que sus vivencias le habían implantado y que su lectura de Montaigne le reforzó intelectualmente. Ahora, para él esta criatura humana no es tan "miserable" ni "chetive". No desarrollará Shakespeare una

prescindible reconocer diferencias de importancia entre las obras. Aunque El sueño de una noche de verano fuera literariamente una pieza más conseguida que Hamlet, nadie puede poner en tela de juicio que ante la segunda de estas obras generaciones y generaciones se han devanado los sesos, precisamente porque han creido -y con razón, por supuesto- descubrir en ella una especie de filosofía, una cosmovisión perturbada. El error de Groethuysen, como de tantos otros críticos, consiste aquí en identificar filosofía con profesión filosófica. En el caso de Shakespeare podemos ver el punto de partida de una filosofía perfectamente coherente recién en La tempestad, su última obra; y el hecho de que no escribiera más después de ella convida a pensar que la nueva visión del mundo allí propuesta le resultó ya perfectamente satisfactoria al poeta para explicarse todas sus vivencias y sistematizar todos sus conocimientos.

36 Escribe Christopher Caudwell: "Lear, Macbeth, Hamlet, Antonio, Troilo, Otelo, Romeo y Coriolano, cada uno a su modo no sabe de otra obligación que la de ser la cosa que es, de realizarse a sí mismo hasta la última gota, de dar en su forma más pura y exquisita el aroma del ya" (Illusion and Reality, Lawrence & Wishart, Londres). Todo esto es muy justo y también parece muy atinada la explicación de esta característica del teatro shakesperiano (e isabelino en general) que Caudwell formula sobre la base del surgimiento del individualismo moderno en la época. Pero, nótese que el crítico marxista no incluye en su lista a Próspero. El último Shakespeare ya habría superado, pues, el individualismo moderno, que todavía nos agobia.

37 Claude Lévi-Strauss: Tristes Tropiques, página 375. filosofía más convincente de la acción humana, lo cual tal vez le habría impuesto sumergirse en la lectura de los escritos severos de Bacon. Pero al menos deja fijada en versos resplandecientes, en la más original y eficaz de todas sus historias, una filosofía de la contemplación humana. Y hasta qué punto guarda hoy actualidad esta contemplación que finalmente nos propone Shakespeare me parece particularmente explícito en las siguientes líneas con que un eminente antropólogo contemporáneo, Claude Lévi-Strauss, cierra su libro Tristes Tropiques: "la contemplación -escribe el sabio- ... ese favor que toda sociedad anhela, cualesquiera sean sus creencias, su regimen político y su nivel de civilización; en que pone su ocio, su placer, su reposo y su libertad; oportunidad, vital para la vida, de desprenderse y que consiste . . . durante los breves intervalos en que nuestra especie soporta interrumpir su quehacer de colmena en aprehender la esencia de lo que fue y sigue siendo, de este lado del pensamiento y más allá de la sociedad: en la contemplación de un mineral más bello que todas nuestras obras; en el perfume, más sabio que nuestros libros, olido en la cavidad de un lirio; o en el guiño de ojo cargado de paciencia, de serenidad y perdón recíproco que un entendimiento involuntario permite a veces intercambiar con un gato" 37.

Este desprendimiento, que es el de Próspero, esta conducta de espontánea serenidad se nos sigue proponiendo como un modelo ejemplar, difícilmente alcanzable y por lo mismo tanto más digno de aspirar a él. Mientras quienes se aferran a sus pequeñas ambiciones y sus grandes prejuicios quedan condenados a remedar tristemente a Fausto o a Hamlet y no consiguen ver al resto de los hombres ni a sí mismos como Miranda, por el desprendimiento de Próspero su padre, aprende a verlos: "¡Qué maravilla! / ¡Cuántas criaturas hermosas hay aquí! / ¡Cuán bella es la humanidad! / ¡Oh excelente nuevo mundo / ¡Que contiene tales seres"

ENRIQUE L. REVOL

MUNDO CONTEMPORANEO

Problemas del Desàrrollo Económico en Cuba

1. — La publicación en la revista teórica del PURS de un articulo de Charles Bettelheim referido a los problemas de la planificación económica en Cuba, vuelve a colocar en el tapete la discusión acerca de los elementos de "originalidad" que caracterizan el "camino cubano" al socialismo. El artículo ofrece el doble interés de provenir de un experto marxista vastamente conocido por sus trabajos sobre planificación; y de constituir un argumentado análisis contra las posiciones mantenidas por el Ministro de Industria, Ernesto Che Guevara. Es este mismo quien se encarga de aclararlo en el articulo aparecido también como el anterior en Cuba Socialista y dedicado a refutar a Bettelheim y a los partidarios cubanos del llamado sistema de Cálculo Económico.

Aun cuando la discusión es colocada inicialmente por Bettelheim en el plano del
análisis teórico, de la teoría económica, las
referencias y la crítica a los criterios actuales
de conducción de la industria cubana es bastante directa. Detrás de la discusión, aparentemente abstracta de la validez del sistema del
cálculo económico se ocultan dos visiones diametralmente opuestas de los caminos de desarrollo de la economía cubana. Estas notas seproponen simplemente explicitarlas pues de
otra manera los artículos que incluimos, separados de un contexto que los explica satisfactoriamente, correrían el peligro de no ser
comprendidos en sus intenciones y alcances.

2. — La polémica Bettelheim-Guevara transcurre en un momento particularmente delicado de la economia cubana, cuando superadas las vacilaciones y errores iniciales —productos del "romanticismo revolucionario" castrista, como lo llamara René Dumont—, Cuba comienza a poner en funcionamiento su propio modelo económico socialista. Es esto lo que confiere a la polémica una importancia excepcional.

Obligada a funcionar en el marco estrecho establecido por el bloqueo norteamericano, pero sostenida a la vez por el apoyo poderoso que le presta el socialismo, la economia cubana está tratando de encontrar un camino propio de desarrollo, que aprovechándose de la rica experiencia acumulada por el resto de los países que forman el campo socialista, sea capaz de elaborar simultáneamente un modelo económico acorde con las originalidades del proceso cubano. Pero esta autonomía no es un objetivo que se plantea a partir de consideraciones simplistas. Es la conclusión de un balance crítico de la experiencia realizada en los primeros años de la revolución, cuando se colocaban las bases del futuro socialista, pero cuando al mismo tiempo se "copiaban mecánicamente las experiencias de países fraternos" 1. Hoy los cubanos han aprendido que la construcción del socialismo no sólo puede sino debe regular su propio desarrollo orgánico a partir de las condiciones concretas en las que opera.

1 Conferencia sobre planificación económica pronunciada por Guevara en Argelia en julio de 1963, publicada en Revolution, vol. 1, Nº 7. Nosotros la hemos extraído del interesante artículo de Huberman y Sweezy El futuro de la economía cubana. Monthly Review, año 1, Nº 9, mayo de 1964. Hoy saben que el modelo económico debe formarse con la práctica, que ninguna concepción teórica, que ningún modelo ni fórmula general puede determinar en detalle este modelo económico que únicamente puede formarse con la práctica y a partir de las condiciones existentes.

Durante los primeros años de la revolución hasta 1962, el grupo dirigente creia poder industrializar Cuba en un proceso relativamente corto y desarrollar una industria completa, incluyendo los medios de producción. La realidad los obligó a considerar desde una perspectiva más amplia su objetivo de transformar la economía de eminentemente agricola en agricola-industrial. El nuevo "Plan perspectivo" (1962-1695) tiene como objetivo fundamental reestructurar la agricultura para tornarla capaz de hacer frente a las exigencias del consumo interno y del comercio exterior. Es claro que esto no significa, de manera alguna, que la prioridad dada en el desarrollo económico a la agricultura, implique la postergación sine die de los planes de industrialización, puesto que es imposible estimular el aumento de la productividad agrícola sin desarrollar al mismo tiempo la producción de aquellos articulos industriales que puedan satisfacer las crecientes demandas del campo.

Como bien aclara Ernesto Guevara en un trabajo destinado precisamente a fijar las tareas industriales de la Revolución, "todo este proceso de aprendizaje está caracterizado por una serie de errores y aproximaciones sucesivas hasta alcanzar el concepto global de desarrollo, caracterizado por el énfasis en la agricultura que constituye el eslabón central del plan, por sentar las bases de la industrialización y la delimitación de una serie de grandes líneas de especialización industrial"².

Sin embargo, el reconocimiento general de las prioridades a otorgar en los planes de desarrollo a la agricultura, es lo bastante amplio como para que la polémica que se desarrolla desde hace un tiempo en el interior del movimiento revolucionario entre el sector "industrial", encabezado por el Che Guevara, y el sector "agrícola", representado por Carlos Ra-

fael Rodríguez, presidente del INRA, siga manteniendo su vigencia inicial. Más aún si tenemos en cuanto que esta polémica aparte de girar alrededor de dos modelos diferentes de desarrollo económico, se entrecruza con otros problemas de política nacional e internacional.

¿Se debe planificar según los criterios del Cálculo Económico —lo cual significa otorgar a las empresas una cierta autonomía financiera e introducir los incentivos materiales—o debe considerarse al plan como un rigido criterio de balance centralizado, que regula como ley absoluta las relaciones socialistas de producción?

Para Carlos Rafael Rodriguez "ya a comienzos de 1962 aparecia con plena evidencia que las ventajas de una administración centralizada de la agricultura no existian más y que por el contrario los inconvenientes de la centralización eran cada vez más graves. La centralización permite, en determinado momento establecer cierta disciplina, planificar la producción a nivel nacional y no simplemente local, asegurar, o por lo menos tender a asegurar, el equipamiento técnico indispensable para la producción, popularizar una política de aprovisionamiento que obligase a las granjas a suministrar al Estado lo esencial de su producción. Pero al mismo tiempo, la centralización engendra defectos y peligros muy serios. El centralismo burocrático es lo peor de todo ... "3. De allí que en su opinión, sea necesario asegurar la descentralización y la regionalización de la agricultura por cuanto permite "la utilización del cálculo económico y del autofinanciamiento como método de dirección económica y financiera de las unidades de producción". Este sistema es por ello -a estar con ese criterio- el más acorde con el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas cubanas y el más apto para asegurar el rápido aumento de la productividad en cuanto permite y se basa en el atorgamiento de estimulos materiales a los trabajadores.

3 CARLOS RAFAEL RODRIGUEZ. El nuevo camino de la agricultura cubana, publicado en Cuba Socialista, Nº 27, noviembre de 1963. Aquí está tomado de la versión francesa aparecida en Recherches Internationales a la lumière du marxisme, Nº 89-40, 1968.

² ERNESTO CHE GUEVARA: Tareas industriales de la Revolución en los años venideros. Problemas de Economís, Nº 2, 1963.

Además, este tipo de organización significa que los resultados de la gestión económica de la administración se controlan a través de su rentabilidad, vale decir, a través de los beneficios que sea capaz de realizar 4.

Ernesto Guevara, a su vez, considera que en un país tan pequeño y poco desarrollado como Cuba una centralización adecuada es capaz de dominar las contradicciones existentes a nivel de las fuerzas productivas y tiene la conveniencia de permitir la concentración de los recursos financieros sobre determinados objetivos, evitando que se dilapiden en otros sectores, y de disminuir los inconvenientes que presenta la escasez y debilidad de los cuadros técnicos, al permitir la centralización de las decisiones administrativas. El Che Guevara preconiza el mantenimiento del sistema centralizado y el control de la gestión económica mediante índices económicos controlados por el centro, de acuerdo a un presupuesto de

4 Ernesto Guevara sintetiza así el significado del sistema del cálculo económico: "La autogestión financiera reposa, a grandes lineas, sobre el establecimiento de controles globales por intermedio de los balances financieros; ella convierte a los bancos en órganos de control primario de la actividad de las empresas y desarrolla los estímulos materiales de tal manera que ellos puedan, ajustados a las reglas necesarias, mantener una tendencia independiente hacia la utilización máxima de las capacidades de producción. Esto se traduce en beneficios más importantes para el obrero individual o para el conjunto de la empresa. En este sistema, los créditos acordados a las empresas socialistas son reembolsados con intereses, lo que permite acelerar la rotación de los productos". En cuanto al sistema de dirección centralizada por él propugnado, es definido así: "En nuestro sistema, la banca suministra a las empresas la cantidad de dinero fijado por el presupuesto, sin intereses puesto que no existe relación de crédito en estas operaciones. Nuestra concepción, que aún no ha sido realizada, salvo en determinadas ramas económicas, considera al producto como un vasto proceso de flujo interno en el curso de la transferencia que sufre en el interior del sector socialista hasta su transformación en mercancia, lo que se produce solamente cuando hay un cambio de propiedad. El pasaje de un producto de una empresa a otra, de un ministerio a otro, debe ser considerado como una parte del proceso de producción que agrega valor al producto, y la banca se transforma en una simple caja contable que registra los movimientos. La empresa no posee fondos propios y, en consecuencia, sus ingresos son reintegrados al presupuesto nacional".

ERNESTO CHE GUEVARA: Les couts de production comme base de l'analyse économique. Partisans, Nº 15, abril-mayo de 1964, pág. 44. funcionamiento incorporado al plan anual. Es ese índice el que permitirá observar rápidamente el buen o mal funcionamiento de la empresa. Como subraya Guevara, este sistema reposa sobre la idea de utilizar los avances existentes en la contabilidad general de las empresas capitalistas, en un pequeño país, con buenas comunicaciones terrestres, aéreas y telefónicas, lo que ofrece una base firme para un control permanente y sistemático del funcionamiento del sistema.

Adolfo Gilly en un interesante trabajo dedicado a efectuar un balance crítico de cinco años de revolución, sostiene que la manifiesta aversión expresada por el Che al Cálculo Económico, proviene de que dicho sistema, por estar basado en la obtención de los beneficios por empresa, "introduce nuevamente una especie de semiconcurrencia entre las empresas y disgrega el sistema de gestión centralizada de la economía. La concurrencia concluye por imponerse sobre el plan, y el interés material del individuo y de la empresa sobre el interés socialista de la colectividad centralizada alrededor del plan. Según el ministro de Industria, la economia socialista se desarrolla en la vía de la centralización de su gestión, que se perfeccionará sin cesar con los métodos de automatización y de programación lineal de la producción. Los beneficios por empresa introducen por otra parte el estímulo en dinero, individual, no socialista como motor esencial de la producción, relegando la conciencia socialista a los días de fiesta y las conmemoraciones revolucionarias. Es el mismo Che Guevara quien ha declarado en una de sus intervenciones que la concurrencia capitalista es "una lucha entre bestias feroces", mientras que el sistema de la autogestión financiera y los beneficios por empresa son "una lucha entre bestias feroces en una jaula" 5.

Las diferenciaciones radicales de criterio existentes entre ambos ministerios económicos, mientras esta discusión se mantenía abierta, se resolvía en una especie de statu quo a la vez que permitía el funcionamiento de ambos sistemas, los impulsaba a pulir sus argumentaciones y a no caer en las exageraciones esque-

5 ADOLFO GILLY. La révolution cubaine a 5 ans. Partisans, Nº 18, diciembre 1968-enero 1964, pág. 110.

máticas. En las empresas dependientes del Ministerio de Industria, el control se ejercía a través del presupuesto; en las empresas dependientes del INRA, funcionaba la autogestión financiera.

Sin embargo, ambos sistemas conducen a políticos globales diferentes, tanto en lo que se refiere a problemas financieros como sala-riales. Son hasta cierto punto excluyentes, y exigen una opción definitoria.

Este es sin duda el problema que subyace en las últimas medidas ministeriales resueltas por el gobierno cubano (Creación del Ministerio de la Industria Azucarera en favor de Orlando Borrego, la sustitución de Mora como Ministro de Comercio Exterior por Marcelo Fernández; traspaso del Ministerio de Economía — que engloba a su vez al Ministerio de Industria y el INRA— y del JUCEPLAN al control personal del presidente de la República Osvaldo Dorticós y renuncia de Regino Boti).

El artículo de Bettelheim, a pesar de la aclaración que inserta la dirección de Cuba Socialista en el sentido de que expresa las opiniones del autor, significa en los hechos un decisivo paso adelante en la lucha contra esta "coexistencia" de modelos, y en la teorización de un sistema opuesto al otro. De acuerdo a las teorizaciones de Bettelheim, el modelo de desarrollo elaborado por el Che Guevara parecen bastante eficaces y convincentes. El problema reside en analizar si es correcto el punto de partida de Bettelheim, vale decir, "la reflexión teórica sobre los problemas de la economía cubana" haciendo "abstracción de las condiciones históricas especificas propias de Cuba y de la URSS y también de los problemas que, no siendo económicos, deben ser tomados en consideración en el momento de la formulación de una solución concreta". ¿Puede ser legitima esta actitud? ¿Puede analizarse el modelo teórico de la economia cubana, absteniéndose de ubicarlo en un contexto histórico-social determinado, caracterizado por la cruda especificidad que le aporta la relación con las EE. UU.? Si es verdad como afirma Guevara que "nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases", el punto de partida de Bettelheim es indeterminado, y no puede dejar de concluir en lo que concluye:

en un intento de destruir un modelo de desarrollo que en la práctica ha demostrado funcionar con cierta corrección, partiendo de la consideración de que dicho modelo es contradictorio con otro modelo conceptuado a priori como el único verdaderamente marxista.

Veamos un ejemplo. El punto de partida elevadamente teórico que adopta Bettelheim le impide insertar en sus elaboraciones, como un elemento de indudable importancia, la especificidad que le aporta a la revolución cubana la "pequeña guerra" que diariamente debe sostener contra EE. UU. Y en ese sentido atribuye a la planificación centralizada defectos y errores que tienen esa raíz, u otra similar. Pero el bloqueo económico tiene efectos contradictorios. Perjudica económicamente pero a la vez galvaniza a las masas cubanas, mantiene y estimula la mística revolucionaria que tiene tanta vigencia ahora como en un principio del proceso revolucionario. ¿Quién puede dudar de que es a partir de esa mística, del extraordinario espíritu combativo del pueblo cubano, como se edifica el socialismo en Cuba? De alli que aun cuando sea una verdad teórica general que "la palanca decisiva para unificar el comportamiento de los hombres está constituida por los cambios aportados a la producción y a su organización", y de que en teoría "es indispensable analizar el comportamiento de los hombres no como si fuera determinado en última instancia por la representación que se hacen tanto de las relaciones entre ellos como de sus papeles respectivos", como dice Bettelheim, sea también una verdad concreta, práctica, de que en un régimen como el cubano, caracterizado por un elevado elan revolucionario esta relación se invierta; y el desarrollo de la conciencia revierta en un acelerado desarrollo de las fuerzas productivas. Sobre esta particular configuración del "factor subjetivo", vale decir, de las Juerzas que hicieron la revolución y la conducen adelante, se basa la confianza depositada por la tendencia "industrialista" en el entusiasmo revolucionario como fundamental incentivo espiritual de los trabajadores, y su resistencia al uso de los incentivos materiales porque ofrecen el peligro de corromper las bases del desarrollo socialista en cuanto son proclives a crear una mentalidad estrecha y filistea en los trabajadores.

En la oposición de Ernesto Guevara al sistema del Cálculo Económico y de los estimulos materiales hay mucho más una visión ética que una cerrada negativa a considerar su racionalidad económica. Ello aparece con plena evidencia en el reportaje que le hiciera "L'Express" en Argelia "... puedo darle mi opinión personal sobre la experiencia cubana. Para mi es un problema de doctrina. El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo contra la enajenación. Uno de los objetivos fundamentales del marxismo es hacer desaparecer el interés, el factor 'interés individual' y el lucro de las motivaciones psicológicas. Marx se preocupa tanto de los hechos económicos como de su repercusión en el espíritu. Llamaba a esto hecho de conciencia'. Si el comunismo se despreocupa de los hechos de conciencia, puede ser un método de reparto, pero nunca una moral revolucionaria" 6.

4. - Pero si el Cálculo Económico tiene vigencia además de Cuba, parcialmente en las empresas dependientes del INRA, en un conjunto de paises socialistas que lo adoptaron como sistema, y si en dichos lugares ha mostrado su racionalidad económica ¿puede ser descartado sin más ni más? ¿Cuáles son sus verdaderas virtudes y defectos? ¿Hasta qué punto es valedera la afirmación de que este sistema permite superar el desperdicio de recursos y el aparato burocrático antieconómico que genera el método centralista de dirección de la economía? Desde un punto de vista teórico ¿es real que dicho modelo explica con absoluta coherencia científica cómo se sostiene el concepto de mercancía en el sector estatal socialista y cómo funciona la ley del valor?

Todos estos son problemas muy complejos y absolutamente abiertos para el marxismo. Las soluciones que pretende aportar Bettelheim no tienen más validez teórica que las que aporta Guevara. Ambas son discutibles y ambas tienen apoyaduras legítimas. A partir de ambas se construyen modelos que tienen eficacia práctica. Las diferencia profundamente, sin embargo, las visiones distintas de la nueva sociedad que se quiere construir. Lo cual nos

6 La profecía del Che. Edit. Escorpio, 1964, página 96. plantea a su vez la cuestión de que más allá de las técnicas planificadoras que se quieran utilizar subyace siempre en todo modelo de desarrollo un hálito moral, una visión del hombre, una "antropología" que las fundamenta y les sirve de sostén. La cuestión reside entonces en la elección del modelo que mejor se adecúe a las condiciones objetivas de la formación económico-social dada y al tipo de sociedad que se desea construir.

Este aparente pragmatismo no es sin embargo tal, ni se olvida del carácter objetivo de las leyes económicas, como afirma Bettelheim respecto a las concepciones de Guevara. Expresa simplemente las dificultades no sólo prácticas sino teóricas que crea la inserción en una realidad tan contradictoria e "irracional" como la de los países subdesarrollados, el orden "racional" de la planificación económica. Bien dice Oskar Lange: "el socialismo es un sistema nuevo, un sistema que recién se está estructurando. En consecuencia, su teoría económico se halla en sus comienzos... Así pues no debe sorprendernos el hecho de que la teoría económica del sistema socialista sea nueva y su tratamiento cientifico todavía provisorio y experimental" 7.

La polémica Bettelheim-Guevara es parte, por ello, de un debate más general existente en amplios sectores del movimiento obrero mundial y más específicamente en los países que se enfrentan en estos momentos con la difícil tarea de construir los cimientos de una sociedad más racional.

JOSE ARICO

7 OSKAR LANGE. La economia política del socialismo. Cuestiones de filosofía, año I, Nº 2-3, 1962, pág. 102. Es muy interesante también el otro artículo dedicado al Papel de la planificación en la economía socialista, por las conclusiones a las que arriba y que tenderían a confirmar la visión del Che: "...el primer período de planificación y gestión de una economía socialista, al menos de acuerdo con nuestra experiencia actual, se ha caracterizado siempre por la gestión y asignación administrativa de los recursos sobre la base de prioridades establecidas en forma centralizada. Los incentivos económicos se reemplazan en esta etapa por llamados morales y políticos a los trabajadores, por invocaciones a su patriotismo y conciencia socialista. Por decirlo así, es una economía muy politizada, tanto con respecto a los medios de planificación y gestión, como a los incentivos que utiliza". Obra cit., página 155.

Formas y Métodos de la Planificación Socialista y Nivel de Desarrollo de las Fuerzas Productivas

El texto siguiente tiene su origen en una reflexión teórica sobre algunos de los problemas que confronta actualmente la economía cubana. Siendo estos problemas de los que surgen necesariamente en todos los países que toman la vía de la construcción del socialismo, me ha parecido que podía tener interés el publicarlo en su forma original (con algunos pequeños cambios). Claro está que en las exposiciones que siguen no se han abordado importantes cuestiones que interesen a la construcción del socialismo, puesto que no era necesario hacerlo de inmediato en relación con la economía cubana. Acaso volveré en artículos sucesivos a tratar de algunas de estas cuestiones.

Como se verá, se ha hecho aquí abstracción de las condiciones históricas específicas propias de Cuba y de la URSS, y también de los problemas que, no siendo económicos, deben, por supuesto, ser tomados en consideración, en el momento dela formulación de una solución concreta.

Este texto se sitúa, pues, en el campo de la teoría económica. Esta constituye un instrumento indispensable para la formulación de una solución correcta de los problemas económicos, aunque evidentemente no basta para dar respuestas completas a todos los problemas que se presentan en la práctica de la planificación y de la organización de la economía socialista.

Para resolver, tan correctamente como sea posible, los problemas que confronta actualmente la economía cubana, es necesario someterlos a un análisis teórico. Es solamente sobre la base de tal análisis que se pueden señalar la estrategia y las tácticas económicas que corresponden a las exigencias de la etapa presente del desarrollo de las fuerzas productivas. Además, es solamente sobre la base de tal análisis que es posible definir las formas de organización y los métodos de trabajo que corresponden a la estrategia y a la táctica económicas adoptadas.

Si un análisis teórico es objetivamente necesario, es necesario también subjetivamente, puesto que él sólo puede brindar el enfoque científico correcto indispensable para guiar la acción de los dirigentes de la Revolución, de los cuadros políticos y de las propias masas trabajadoras. Un enfoque científico es indispensable también para ayudar a poner en práctica las orientaciones generales adoptadas.

Además, debe permitir:

- a) superar las indecisiones legítimas que se pueden presentar antes de sustituir los métodos de trabajo y las formas de organización a los cuales se está acostumbrado, por métodos y formas nuevos;
- b) esquivar la sensación de que se retrocede en la organización económica, cuando no se hace más que renunciar a formas de organización dejadas atrás o prematuras, de todos modos inadaptadas;
- e) no caer en la tentación de imitar métodos o formas de organización que pueden haber dado resultados positivos bajo condiciones objetivas distintas, especialmente cuando había que respetar otras prioridades que no son las de la economía cubana de hoy.

Es sabido que, en lo teórico, el problema fundamental consiste en tratar las fuerzas productivas conforme a su naturaleza. Al no actuar así, es imposible dominar las fuerzas productivas y, por tanto, no se puede dirigir efectivamente su desarrollo.

actual, pero teniendo en cuenta los caracteres concretos específicos de esta etapa y el nivel

Asimismo, en lo teórico, es indispensable analizar el comportamiento de los hombres, no como si fuera determinado en última instancia por la representación que se hacen, tanto de las relaciones entre ellos como de sus papeles respectivos (lo cual implicaría que es suficiente modificar esta representación, especialmente mediante la educación, para modificar también este comportamiento en el sentido deseado, lo que es un enfoque idealista de las cosas), sino como una consecuencia de la inserción concreta de los hombres en la división técnica y en un proceso dado de producción y de reproducción (que reproduce también, modificándolas progresivamente, sus necesidades), siendo el propio proceso fundamentalmente determinado por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. Un análisis de esta especie hace comprender, especialmente, que la palanca decisiva para modificar el comportamiento de los hombres, está constituida por los cambios aportados a la producción y a su organización. La educación tiene esencialmente por misión hacer desaparecer actitudes y comportamientos heredados del pasado y que sobreviven a éste, y asegurar el aprendizaje de nuevas normas de conducta impuestas por el propio desarrollo de las fuerzas productivas.

Es partiendo de estas reglas de análisis general, que son las del materialismo histórico, que se debe tratar de resolver los problemas teóricos planteados por la evolución de las relaciones de producción, en función del progreso de las fuerzas productivas, así como los problemas de delimitación de las diferentes formas de propiedad, de la organización del sector socialista, de la organización de los intercambios, de la distribución de las rentas y de la planificación.

Delimitación del sector socialista y del sector privado bajo la dictadura del proletariado

Es sabido que Marx y Engels han demostrado que el desarrollo de la economía capitalista va acompañado de la aparición de formas de producción cada vez más sociales, y que es el carácter cada vez más social de las fuerzas productivas lo que hace de la socialización de los medios de producción una necesidad objetiva (1). Se sabe también que los fundadores del socialismo científico han demostrado que el carácter social de las fuerzas productivas es más o menos pronunciado, según los tipos de actividad económica y la naturaleza de las técnicas empleadas.

De estos análisis y de los aportes que hizo a los mismos, Lenin sacó conclusiones prácticas concernientes al deslindamiento de los sectores socialista y privado de la economía en la primera fase de la dictadura del proletariado, y concernientes a las condiciones de deterioro del sector privado y de la integración al sector socialista de las actividades que, al principio, dependen del sector privado.

Lenin ha insistido especialmente sobre el hecho de que no se pueden resolver los problemas de la pequeña y mediana explotación campesina más que reorganizando toda la economía, pasando "de la pequeña producción mercantil individual y aislada, a la gran producción colectiva". Y añade: "Proceso, por fuerza, extraordinariamente largo. Y con medidas administrativas y legislativas precipitadas e imprudentes sólo se conseguiría prolongarlo y entorpecerlo. La única manera de acelerarlo es ayudar a los campesinos de modo tal, que se les permita mejorar en gran medida y transformar de modo radical toda la técnica agrícola (2).

Lenin insiste, pues, en este texto escrito en 1919, sobre las bases técnicas de las transformaciones que deben hacerse en la agricultura, sobre el carácter muy prolongado del período de transición y sobre la ayuda que se debe brindar al campesino durante este período de transición.

* Este artículo refleja la opinión personal del autor. (Nota de la Redacción de Cuba Socialista).

1 De una manera general, el lazo que une el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas al carácter de las relaciones de producción y de las relaciones de propiedad que les corresponden, es hoy corrientemente designado con la expresión "ley de correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas". Esta expresión, que fue formulada por primera vez por J. Stalin, es empleada por él, particularmente, en su libro Los problemas económicos del socialismo en la URSS (pág. 9 de la tr. francesa, 1952, Ed. de P. C. F., París).

2 V. I. Lenin, "La economía y la política bajo la dictadura del proletariado", citada según "Obras Completas", Tomo 30, págs. 106-107, Editora Política, La Habana, 1963. En 1921, en su informe bien conocido sobre la substitución de la contingentación por el impuesto en especie, Lenin vuelve a tratar extensamente sobre las ideas anteriores:

"Si algún comunista ha soñado que en tres años se puede transformar la base, las raíces económicas de la pequeña economía agrícola, es naturalmente un visionario..."

"... rehacer al pequeño agricultor..., trastrocar toda su psicología y todos sus hábitos es obra de varias generaciones. Resolver este problema en relación con el pequeño agricultor, sanear, por decirlo así, toda su psicología, únicamente puede hacerlo la base material, la maquinaria, el empleo en gran escala de tractores y otras máquinas en la agricultura, la electrificación en escala masiva". (3)

Lenin saca, como se sabe, todas las conclusiones prácticas de este análisis: puesto que el campesinado individual, pobre y medio, está llamado a subsistir como tal durante un largo período, "debemos esforzarnos por satisfacer las demandas de los campesinos" (4). Y añade: "¿Dónde está la respuesta a la cuestión de cómo darles satisfaectón?... Ahondando en esta cuestión, nos diremos al punto: en puridad, se puede satisfacer al pequeño agricultor con dos cosas. En primer lugar, se precisa cierta libertad de intercambio de mercancías, libertad para el pequeño propietario privado; y, en segundo lugar, es menester suministrar mercancías y productos. ¿Qué sentido puede tener la libertad de intercambio, si no hay mercancías que cambiar, y la libertad de comercio, si no hay con qué comerciar?"(5)

Si Lenin insistió finalmente sobre la necesidad de mantener durante un período de transición una producción agrícola individual(6) (esto es, mientras que la base técnica de una producción agrícola social no haya sido creada a escala de las necesidades del conjunto de la sociedad) y sobre la contrapartida de la existencia de ésta al nivel de la libertad de los

3 V. I. Lenin, "La alianza de la clase obrera y del campesinado", pág. 350, Editora Política, La Habana, 1963.

- 4 Ibíd., p. 350.
- 5 Ibid., p. 351.

intercambios locales, es porque la producción agrícola es la más difícil de transformar técnicamente, tanto desde el punto de vista de las condiciones materiales, como de las costumbres en la producción. Resulta que el campesinado es una clase particularmente importante y cuya alianza con la clase obrera es indispensable para la dictadura del proletariado. Sin embargo, lo que reza para la producción agrícola individual, también es cierto para el artesanado y la pequeña producción industrial, mientras sobre una base técnica que las convierta en producciones plenamente sociales.

La organización del sector socialista

Si lo que debe ser el reparto de las fuerzas productivas entre el sector privado y el sector socialista ha dado lugar, desde hace mucho tiempo, a una reflexión teórica, no ha sido así, al menos en la misma medida y por asombroso que pueda parecer, en el caso de los problemas planteados por la organización interna del sector socialista. Por ello, la elaboración de los principios llamados a regir la organización de este sector en los países que toman la vía del socialismo exige una atención muy particular. La experiencia histórica de otros países socialistas debe ser analizada aquí teóricamente para poder ser plenamente utilizada.

Históricamente, hasta estos últimos años, la organización interna del sector socialista en la Unión Soviética ha sido especialmente concebide con miras a hacer frente a los problemas más urgentes de resolver, bajo la presión de condiciones particularmente difíciles y complejas, a menudo en situaciones de extrema urgencia (comunismo de guerra, reconstrucción después de la guerra civil, elaboración y revisión de los planes quinquenales en las condiciones del ascenso del fascismo en Alemania y de las crecientes amenazas de una nueva guerra mundial, la propia guerra, la nueva reconstrucción). Por lo que no ha sido siempre posible ajustar sistemáticamente esta organización a las exigencias del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, y ha sido preciso adaptarse empíricamente a circunstancias que cambiaban con rapidez.

Esto trajo como consecuencia cambios de organización relativamente frecuentes, tanto

⁶ Como ya se sabe, esta necesidad ha sido reconocida por Lenin no solamente en el caso de la economía atrasada de la Rusia de 1921, sino también en el de los "países capitalistas avanzados". (V. I. Lenin, "Obras Completas", Tomo 81, págs. 152-154, Editora Política, La Habana, 1963).

en lo que concierne a las unidades de producción y a sus poderes jnrídicos, como en lo que respecta a la naturaleza de las jurisdicciones a que estas unidades de producción han sido enlazadas, sus poderes de decisión, etc. Las soluciones dadas a estos problemas ejercen evidentemente gran influencia sobre el buen o mal funcionamiento del sector socialista, sobre la rapidez de su desarrollo, sobre su rentabilidad, su capacidad de adaptación al progreso técnico, etc.

Si, durante un largo período, los cambios habidos en la organización del sector socialista de la economía soviética se han debido sobre todo a consideraciones prácticas inmediatas, no han sido, por el contrario, fruto de un análisis terico profundo. Es sólo desde hace poco que esto ha cambiado y que no se han hecho esfuerzos para tener más en cuenta, al nivel mismo de la organización del sector socialista, las exigencias de la ley de correspondencia necesaria entre las relaciones de producción y el carácter de las fuerzas productivas(7).

Ahora bien, posteriormente, en su obra "Los problemas económicos del socialismo en la URSS", J. Stalin escribió:

"Sería un error tranquilizarse y llegar a creer que no existe ninguna contradicción entre nuestras fuerzas productivas y nuestras relaciones de producción. Hay contradicciones y las habrá ciertamente, puesto que el desarrollo de las relaciones de producción va e irá a la zaga del desarrollo de las fuerzas productivas. Si los organismos dirigentes aplican una política justa, estas contradicciones no pueden degenerar en antagonismos y no pueden abocar en un conflicto entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas de la sociedad. Otra cosa sería si seguimos una política errónea... Un conflicto sería entonces inevitable, y nuestras relaciones de producción correrían el riesgo de convertirse en una traba

7 Conviene señalar aquí la evolución, tocante a esto, del pensamiento de J. Stalin. Este escribía, hablando de la sociedad socialista: "Ls relaciones de producción se hallan en plena consonancia con el estado de las fuerzas productivas, pues el carácter social del proceso de producción es refrendado por la propiedad social sobre los medios de producción" (J. Stalin, Sobre el materialismo dialéctico y materialismo histórico, Editorial Páginas, La Habana, 1945, pág. 34).

muy seria para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas". (Ob. cit., p. 56-57).

Siendo de enorme importancia (para la construcción del socialismo en Cuba o en cualquier otro país que tome la vía del socialismo) una solución correcta de los problemas de organización. y siendo también indispensable referirnos, tanto en este campo como en otros, a la experiencia de los países socialistas más avanzados, es necesario detenerse un instante sobre algunas razones, por lo menos, por las cuales estos problemas no han dado lugar todavía, ni siquiera en la Unión Soviética, más que a una elaboración parcial y no enteramente satisfactoria.

Algunas de estas razones son puramente prácticas. La más decisiva de ellas parece ser la naturaleza principalmente administrativa que la planificación soviética ha tenido que revestir durante un largo período, debido a la muy fuerte prioridad que hubo que dar al desarrollo de la infraestructura económica, especialmente a la industria pesada. La Unión Soviética era, en efecto, un país económicamente atrasado, en el que era necesario edificar rápidamente las bases materiales de la reproducción socialista ampliada, consagrando excepcionales esfuerzos al desarrollo de la Sección I de la economía y, más especialmente, al desarrollo de las industrias básicas. En estas circunstancias, la exigencia de una eficiencia económica máxima, que debe ser la base de los esfuerzos de organización, ha debido, con bastante frecuencia, ser desatendida, si no en lo referente al plan estratégico, donde ha sido generalmente satisfecha, al menos en el nivel táctico, donde se encontraba algunas veces relegada a segundo plano, y esto no tan sólo en materia de organización econó-

Otras razonés, además de esta razón histórica, se relacionan con la elaboración teórica de aspectos doctrinales decisivos, y requieren una atención muy cuidadosa.

1. Leyes económicas y socialismo

Una de estas razones, de las más importantes, parece haber sido una apreciación insuficiente. y algunas veces hasta falsa, por parte de algunos marxistas, del problema de las leyes económicas y de las contradicciones en la economía y la sociedad socialistas. Un caso extremo de falsa apreciación de este tipo es el presentado por Rosa Luxemburgo, quien, en una perspectiva izquierdista, piensa que en la sociedad socialista ya no existen leyes económicas y que la economía política ya no tiene razón de ser(8).

La misma apreciación ha sido formulada por Nicolás Bujarin en su libro sobre la economía política del período de transición, particularmente cuando escribe:

".. desde el momento que nosotros examinamos la economía social organizada, todos los
"problemas" fundamentales de la economía
política desaparecen..., por lo que cabe aquí,
de una parte, un sistema de descripción y, de
otra parte, un sistema de normas. Pero no hay
lugar aquí para una ciencia que estudie las
"leyes ciegas" del mercado, dado que el mercado ya no existe. De esta forma, el fin de
la producción mercantil capitalista significa
igualmente el fin de la economía política"(9).

Como se sabe, esta opinión emitida por N. Bujarin ha sido refutada por Lenin (N. Bujarin defendía entonces posiciones ultraizquierdistas).

En lo que a nosotros concierne, señalaremos dos aspectos esenciales en los errores cometidos entonces por Bujarin, que son:

a) La confusión entre "ley económica" y "ley del mercado" (lo que equivale a reducir la economía política a una "ciencia de los intercambios" y a no reconocer su carácter de "ciencia de la producción social").

8 Así, R. Luxemburgo escribe: "...la economía política, como ciencia, ha cumplido su papel desde el momento en que la economía anárquica del capitalismo cedió su lugar a una economía planificada, conscientemente organizada y dirigida por el conjunto de la sociedad trabajadora. La victoria de la clase obrera contemporánea, así como la realización del socialismo, significan, pues, el fin de la economía política en tanto que ciencia". (Einführung in die National Oekonomie, Ausgewählte Reden und Schriften, Berlín, 1951, t. i, pág. 491).

9 N. Bujarin, citado según la traducción alemana Oekonomik der Transformationsperiode, Hamburgo, 1922, pág. 2.

10 En una nota escrita al margen del libro de N. Bujarin, Lenin señala que la definición dada por éste de la economía política ("Ciencia de la economía social apoyándose sobre la producción de mercancías, esto es, ciencia de una economía social no organizada...") nos hace "retroceder un paso en relación con Engels", quien, como se sabe, la definido la economía política en un sentido amplio, como la "ciencia de las condiciones de las formas

 b) La confusión entre el libre juego de las leyes y su carácter objetivo.

Es evidente que los errores de este tipo hacen también imposible la comprensión de las condiciones de funcionamiento de la ley del valor en las diferentes fases de desarrollo de la sociedad socialista. Es, por otra parte, en el terreno del funcionamiento de la ley del valor en la sociedad socialista, donde las posiciones teóricas falsas, anteriormente indicadas, han sido combatidas más pronto y más viva y sistemáticamente. Por el contrario, en el terreno práctico de la organización interna del sector socialista, sólo se han combatido progresivamente las consecuencias de tales o parecidos errores.

Es en "Los problemas económicos del socialismo en la URSS", donde J. Stalin ha insistido con más fuerza sobre la existencia de leyes económicas objetivas en la economía socialista(11) y donde él ha mostrado, en especial, pero sin haber sacado aún todas las consecuencias, que estas leyes atañen también a la organización de la sociedad socialista, es decir, a las formas que deben darse a las relaciones de producción y a la organización social y técnica de la producción. Estas formas deben ser modificadas progresivamente, a fin de adaptarse al propio desenvolvimiento de las fuerzas productivas, sin lo cual, en vez de ayudar al progreso de estas fuerzas, constituyen una traba.

bajo las cuales las diversas sociedades humanas han producido, intercambiado y, sobre esta base, han distribuido sus productos".

Para lo que aquí se trata, este aspecto de la discusión a la que el libro de N. Bujarin ha dado lugar es evidentemente muy importante. Las apreciaciones aportadas por Lenin sobre este libro no han sido todas tan negativas como han afirmado algunos años más tarde diversos comentaristas. Se encontrarán estos comentarios en "Zamechaniyo na knigu N. Bujarin" "Ekonomika Perekhodnova Perioda", 2da. edición, Moscú 1932. (También en el tomo XI de las obras de Lenin, edición 1928).

Se encontrará igualmente un comentario de esta discusión y de sus ampliaciones (y por tanto con numerosas referencias adicionales) en A. Kaufman "The origin of the Political Economy of Socialism", en Soviet Studies, enero 1953, pág. 243; y Ronald L. Meek, "Studies in the Labour Theory of Value", Londres, 1956, especialmente págs. 256-267.

11 "...Las leyes de la economía política bajo el socialismo son leyes objetivas" (J. Stalin, obra citada, p. 10). Así queda puesta en evidencia la noción de una "contradicción posible entre las fuerzas productivas y las formas de organización del sector socialista, al mismo tiempo que se destaca el carácter no antagónico de esta contradiccin, puesto que en la sociedad socialista no existe grupo social alguno que disponga de medios suficientes para oponerse a las transformaciones necesarias(12).

También Mao Tse-tung ha insistido sobre las contradicciones que pueden presentarse en la sociedad socialista y sobre la necesidad de resolverlas correctamente.

Son numerosos los que, dice él, rehusan admitir que en la sociedad socialista continúan existiendo las contradicciones... No comprenden que la sociedad socialista se vuelve cada vez unida y consolidada, precisamente mediante este incesante proceso que consiste en tomar una actitud justa ante estas contradicciones, resolviéndolas... Las contradicciones fundamentales en la sociedad socialista siguen siendo las que existen entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, así como entre la superestructura y la base...(13).

El hecho de que haya sido necesario refutar, hace sólo diez años, la tesis de la ausencia de leyes económicas objetivas bajo el socialismo, y que ha sido necesario recordar insistentemente la existencia, en la sociedad socialista, de contradicciones entre las relacione de producción y las fuerzas productivas, muestra el retraso que había tenido el pensamiento teórico en este campo y explica que el problema de la organización del sector socialista sólo se haya planteado tarde y parcialmente en términos científicos.

2. Propiedad y relaciones de producción

Otra raíz teórica de la situación anteriormente descrita, raíz todavía más profunda y aún poco aclarada, está constituida por el carácter insuficiente, y a veces falso, de los análisis sobre las naciones de "relaciones de producción" y de "propiedad".

12 Esto no significa que ciertas capas sociales (como una capa burocrática, por ejemplo) no puedan tener interés en oponerse a transformaciones sin embargo necesarias.

13 Mao Tse-tung, Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo, págs. 18 y 19, Editora Política, La Habana, 1963. Como se sabe, Marx entienda que las relaciones de producción están constituidas por las relaciones que los hombres establecen entre sí en el proceso de la producción social y que estas relaciones se modifican con el desarrollo de las fuerzas productivas materiales(14).

La naturaleza de las relaciones de producción es, pues, determinada por las propias fuerzas productivas y por su grado de desarrollo. La propiedad de los medios de produccin es la expresión jurídica y abstracta de algunas relaciones de producción, expresión que está llamada a modificarse cuando se modifiquen las fuerzas productivas y las relaciones de producción que les corresponden(15).

La relación entre fuerzas productivas, relaciones de producción y formas de propiedad, está lejos de haber sido siempre comprendida de manera exacta. Es así cómo, especialmente en su Tratado de Economía Política, el profesor Oscar Lange, al igual que numerosos economistas, considera la propiedad de los medios de producción como la "base" de las relaciones de producción(16).

En realidad, es el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas el que determina la naturaleza de las relaciones que pueden encontrar su expresión jurídica más o menos adecuada en una forma dada de propiedad de medios de proucción. Marx ha insistido en numerosas ocasiones sobre este aspecto del enlace entre

14 Es así como Marx escribió: "En la producción social de su existencia los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad; estas relaciones de producción corresponden a un grado de desarrollo dado de sus fuerzas productivas materiales" (Carlos Marx-Federico Engels, "Obras Escogidas", Tomo 1, pág. 373, Editora Política, La Habana, 1963).

15 Así, inmediatamente después del texto citado arriba, Marx escribe: "El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que correspondan determinadas formas de conciencia social... Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propledad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí" (Obra citada, pág. 373).

16 Oskar Lange, Economie Politique, Tomo I, Problemes Généraux, París 1962, pág. 18. las relaciones de producción y las formas de propiedad(17).

Si se considera como "base" de las relaciones de producción lo que es solamente su expresión y su forma jurídica más o menos adecuadas, ello lleva fácilmente a conclusiones erróneas. Tal concepto, en efecto, impide discernir el contenido real de la propiedad socialista y de sus formas. Se opone igualmente a un análisis claro y concreto de la apropiación socialista y de las raíces del mantenimiento del intercambio mercantil y de la ley del valor durante el primer período histórico de la sociedad socialista. Es indispensable detenerse un instante en estos diferentes puntos.

El error que consiste en confundir la forma jurídica de la propiedad con la apropiación efectiva es un error frecuentemente cometido y contra el cual Lenin ya tuvo que oponerse.

En el texto bien conocido "Contra el infantilismo de izquierda y el espíritu pequeño burgués", Lenin opone el acto jurídico de la nacionalización a la socialización, que implica, particularmente, la capacidad efectiva de la sociedad de contabilizar y de repartir(18), capacidad a su vez ligada a un cierto desarrollo de las fuerzas productivas (fuerzas que engloban tanto a los hombres como al nivel de sus conocimientos).

Lenin opone aquí la forma jurídica a las relaciones de producción concretas. Señala que esta forma jurídica queda vacía cuando las relaciones son tales que no permiten llenarla adecuadamente (porque la capacidad de disponer efectivamente de los medios de prouccin y los productos no coincide con la propiedad formal).

Esto nos retrotrae, después de un rodeo aparente, al problema de la organización interna del sector socialista.

Esta organización, en efecto, sólo es eficaz si el poder jurídico para disponer de ciertos medios de producción o de ciertos productos,

17 Ver especialmente Introducción a une critique de l'economie politique, pp. 326 a 330 de la traducción antes citada de Laura Lafargue. Ver también el borrador de una carta de Marx a Vera Tasulich, en que Marx señala que es la necesidad del trabajo colectivo en la comunidad primitiva la que constituye la base de la propiedad común de la tierra y no a la inversa (Tomo XXVII de las obras de C. Marx y F. Engels en ruso, p. 681).

18 V. I. Lenin "Obras Completas", Tomo 27, págs. 327-328, Editora Política, La Habana, 1963. coincide con la capacidad de emplear estos medios de producción y productos de manera eficiente. El nivel social en el que esta capacidad se sitúa en un momento dado, no depende evidentemente de la "buena voluntad" de los hombres, sino del desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

Cuando el poder jurídico y la capacidad efectiva no coinciden, cuando el sujeto jurídico no es un verdadero sujeto económico, hay divorcio entre, por una parte el proceso real de producción y de distribución y, por la otra, el proceso que ha sido buscado por los que ostentan el poder jurídico sin disponer de la capacidad efectiva. Este divorcio entraña una ausencia más o menos grande de la dirección real del proceso económico por los que se supone encargados de dirigirlo, y engendra, en general, la multiplicación de las medidas reglamentarias y la ampliación del aparato burc crático. Estos fenómenos nocivos están ligados al vano esfuerzo desplegado para tratar de cerrar la brecha que separa el marco jurídico formal de las relaciones de producción reales, relaciones que llenan entonces este marco de manera inadecuada.

Así analizado, el problema de la organización interna del sector socialista y de las diversas formas de la propiedad socialista, se destaca en toda su significación.

Por ejemplo, en la Unión Soviética, la forma keljosiana de propiedad socialista está mejor adaptada que la forma estatal al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de que disponen los koljoses. Esto significa que, a nivel actual de desarrollo de estas fuerzas, la socialización del proceso de producción es má: real en el cuadro koljosiano de lo que podrís ser si la propiedad formal de estas fuerza: productivas fuese transferida al Estado. Er efecto, éste estaría entonces obligado a trata: de dirigir más o menos centralmente un proceso de producción que, en el estado actua de las cosas, sólo puede ser efectivamente di rigido y controlado localmente, o bien, a dele gar los poderes de decisión a un Director de pendiente del Estado, que asumiría así las fun ciones que son hoy las de la colectividad kol josiana y de sus órganos. De hecho, tal trans ferencia terminaría en un retroceso de la so cialización (es decir, del control de la colecti vidad sobre el proceso de producción) y no el un progreso de la misma. Cuando se habla de

formas "superiores" de la propiedad socialista, designando con ello la propiedad del Estado, esto tiene(para los procesos de producción que no están todavía maduros para esta forma de propiedad) un sentido estrictamente histórico como perspectiva provisional; pero no lo tiene de inmediato al nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas. Es precisamente por eso que es necesario conservar las formas llamadas "inferiores". La existencia de éstas no está, pues, justificada, como a veces se piensa, por "el espíritu conservador" de los campesinos, sino por la realidad de las relaciones concretas de producción.

La venta a los koljoses de máquinas agrícolas que estaban en poder de las Estaciones de Máquinas y Tractores en la Unión Soviética, nos proporciona un ejemplo del paso de la propiedad del Estado a la propiedad koljosiana, paso que formalmente corresponde a un "retroceso" en el nivel de socialización de estos medios de producción. Sin embargo, este "retroceso" puede corresponder, en realidad,

19 Por supuesto que de las observaciones anteriores no debe sacarse la conclusión de que las modalidades del reparto de los medios de producción y las formas de propiedad correspondientes deberán ser determinadas exclusivamente durante el período de construcción del socialismo, por consideraciones relativas a la eficiencia en la utilización de los diversos medios de producción.

Para asegurar la construcción del socialismo, la eficiencia económica inmediata no es, evidentemente, lo único que se debe de tener en consideración: lejos de eso, pues "la política no puede dejar de tener la primacía sobre la economía. Razonar de otra manera, es olvidar el a, b, c, del marxismo". (V. I. Lenin, A nouveau sur le sindicats, la situation actuelle et les erreurs de Trotsky et de Boukharine, "Obras Completas", en ruso, 3ra. edición, Moscú, 1987, Tomo 32, pág. 126).

Es porque, bajo la dictadura del proletariado, la nacionalización significa el fin del control ejercido por los capitalistas sobre los medios de producción nacionalizados que, en condiciones dadas, una utilización imperfecta de ciertos medios de producción por el poder proletario (falta de adecuación suficiente entre el poder jurídico y la capacidad real del Estado obrero) puede ser preferible (o hasta indispensable), desde el punto de vista de la construcción del socialismo, a una utilización momentáneamente más eficaz de estos medios de producción por otra clase social.

Asimismo, una utilización relativamente poco eficiente (desde un punto de vista inmediato de los medios de producción de que disponían las Estaciones de Máquinas y Tractores pudo ser preferible

a un progreso de la socialización efectiva, si trae consigo, en la práctica, un progreso en la eficiencia económica con que la sociedad utiliza los medios de producción así transferidos(19).

Es necesario (desde el punto de vista del progreso mismo de la socialización del proceso de producción y de su dirección) una adecuación lo más estricta posible entre los sujetos jurídicos que tienen derecho a disponer de ciertos medios de producción y de ciertos productos y los sujetos económicos que disponen de la capacidad efectiva de emplearlos eficazmente, porque pueden contarlos (prácticamente). Esta necesidad explica también que el traspaso hecho a las comunas populares por el Estado Chino de un gran número de empresas industriales, otrora administradas centralmente, o a nivel de las provincias o de las regiones, haya podido constituir un progreso en la socialización de la producción, y no un retroceso.

Se trata siempre, con vistas a asegurar la mejor adecuación del poder jurídico y de la capacidad de disposición, de determinar y decidir qué tipo de colectividad tiene el derecho de controlar y dirigir ciertos procesos de producción, lo que no puede ser hecho correctamente más que teniendo en cuenta la naturaleza de las fuerzas productivas que estos procesos de producción ponen en marcha.

Es evidentemente de la misma manera que debe ser deteminado el reparto de los pode-

a la concesión de estos medios a los koljoses en los primeros años de la colectivización.

De una manera general, puede ser que el grado de desarrollo social de las fuerzas productivas de tal o cual industria, o de tal o cual empresa industrial, no "justifique", desde el punto de vista de la eficacia econmica inmediata, su nacionalizacin, pero que esté perfectamente justificada desde el punto de vista del reforzamiento de la dictadura del proletariado, cuando ésta exige que sea destrozada la base económica del poder de las clases hostiles.

Inversamente, cuando la dictadura del proletariado es suficientemente sólida como para no exigir
la nacionalización de las fuerzas productivas todavía débilmente socializadas, puede no tener ninguna
justificación proceder a una tal nacionalización,
particularmente cuando el poder proletario dispone
de palancas suficientes para hacer servir estos medios de producción a los objetivos de la construcción
del socialismo, manteniendo lo que aún constituye,
momentáneamente, las condiciones de utilización
más eficientes de estos medios de producción.

res jurídicos sobre ciertos medios de producción y sobre ciertos productos, de los diferentes organismos del poder del Estado socialista o de las diferentes jurisdicciones económicas de este poder. (Así, en la Unión Soviética, los Sovnarjoz son jurisdicciones regionales del poder del Estado, en tanto que la empresa soviética es una jurisdicción económica de este mismo poder).

La atribución a ciertos sectores sociales de poderes jurídicos puede encontrar su expresión en la existencia de diferentes formas y niveles de la propiedad socialista del Estado.

Así, en tanto que el Estado soviético es propietario de ciertas empresas, ellas mismas pueden ser propietarias de sus medios de producción y de sus productos, en la medida en que disfruten simultáneamente de ciertos poderes jurídicos y de las correspondientes capacidades efectivas paar disponer.

La unicidad del derecho de propiedad, característica del derecho burgués, es así destruida. Comprender que puede y debe ser así durante toda una fase de desarrollo de la sociedad socialista, es importante no sólo desde el punto de vista de la organización del sector socialista, sino también desde el punto de vista de la comprensión de lo que es el comercio socialista y el papel de la ley del valor. Pero volveremos sobre esto.

De lo dicho anteriormente se desprende que, si el poder jurídico de disposición es atribuido a una jurisdicción que no cuenta, al nivel dado del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, con una capacidad efectiva de disposición, esta atribución entrañará un débil control social sobre las fuerzas productivas. Esto es lo que ha pasado en Cuba en aquellas ramas industriales en que lo esencial del poder jurídico de disposición ha sido confiado a los Consolidados, cuando sólo las unidades de producción constituyen verdaderos sujetos económicos, aptas para gozar de una capacidad efectiva de disposición. Lo que puede, pues, llamarse "unidad de producción" (y que constituye un verdadero sujeto económico) varía evidentemente según el nivel de desarrollo de las fuerzas proluctivas. En ciertas ramas de la producción, donde la integración de las actividades es suficientemente impulsada, la propia rama puede constituir una "unidad de producción". Puede ser así, por ejemplo, en la industria eléctrica, sobre la base de la interconexión, porque esto permite una dirección centralizada única de toda la rama.

Conviene señalar, además, que, según el tipo de uso que se haga de ciertos medios de producción, la capacidad efectiva para disponer de estos medios puede corresponder a jurisdicciones diferentes, de lo que deriva la posibilidad de una superposición de poderes jurídicos sobre los propios medios de producción.

Estas son las diversas consideraciones que deben ser tenidas en cuenta para definir el lugar de las diferentes formas de propiedad socialista, el estatuto de las empresas, sus ligazones con los organismos económicos centrales, las modalidades de la gestión económica corriente, las formas y las reglas de la planificación económica, etc.

La organización de los intercambios

La organización de los intercambios y, por consiguiente, también la distribución de productos, puede parecer dominada por la organización técnica de la producción. En realidad, la organización de los intercambios es parte integrante de la organización del proceso de la reproducción social, proceso que es, a la vez, producción, consumo, circulación e intercambio de productos y de actividades.

En una economía socialista que abarca, a la vez, una pequeña producción individual y una producción social, la organización de los intercambios debe revestir necesariamente una forma diferente, según el tipo de producción. Aquí también resulta necesaria una reflexión teórica sobre la organización de los intercambios que mejor se adapte a las relaciones fijadas entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la satisfacción de las necesidades sociales reconocidas.

a) Producción individual e intercambios

Que la existencia, bajo la dictadura del proletariado, de una producción individual entraña necesariamente el mantenimiento de las categorías "mercancía" y "moneda" es hoy universalmente admitido. Que la existencia de estas categorías haga necesaria también la existencia de un mercado y de alguna libertad de intercambios, es algunas veces puesto en duda. Es el caso actualmente en Cuba, y también fue el caso en la Unión Soviética al final del comunismo de guerra, período durante el cual las circunstancias obligaron al poder soviético a suprimir la libertad de los intercambios y a reducir al mínimo las funciones de la moneda. En aquella época, en la Unión Soviética eran numerosos los comunistas que creían que la supresión de la libertad de los intercambios era conciliable con el mantenimento, entonces inevitable, de la producción individual, y que no obstaculizaría el desarrollo de las fuerzas productivas y, por ende, la consolidación de la dictadura del proletariado.

Ya se sabe cómo Lenin respondió a los que pensaban así, y cómo afirmó la necesidad de cierta libertad de los intercambios como contrapartida de la existencia de una producción individual, de una libertad controlada y limitada, a fin de que sirviera los intereses de la dictadura del proletariado y no se volviese contra ella.

Lenin también declaró que, sobre la base de la "producción individual", no es posible arreglárselas sin la libertad en los intercambios locales (20); y añade en consecuencia: Podemos aceptar, en gran medida, los intercambios locales libres, sin destruir la dictadura del proletariado, sino por el contrario consolidándola (21).

Que una cierta libertad en los intercambios locales sea necesaria, no solamente como una medida del todo temporal, sino durante todo un período histórico, lo prueba el mantenimiento aún hoy en día, en la Unión Soviética, del mercado koljosiano. Este mantenimiento confirma la necesidad de un mercado agrícola local, como corolario de la existencia de una producción agrícola privada, producción que, para ciertos productos alimenticios importantes, abarca actualmente todavía en la Unión Soviética una parte no despreciable del consumo.

Asimismo, la experiencia reciente de la China Popular ha demostrado que el restablecimiento de una cierta producción agrícola individual ha debido ir acompañada por el restablecimiento de los mercados locales, y que esto ha servido grandemente a una notable mejora en el abastecimiento de las ciudades y a un nuevo auge de la producción industrial (22). Así, la teoría y la práctica confirman la necesidad de cierta libertad de intercambios como corolario de la existencia de una producción individual.

Los problemas concretos, que es de la mayor importancia resolver correctamente, son aquéllos que fijen los límites de estos intercambios, así como las condiciones de su subordinación a los intereses del desarrollo de la sociedad socialista. Estos problemas no pueden ser resueltos más que por el estudio de la experiencia internacional de los países socialistas y por la experiencia corriente (23), analizada según los métodos de la teoría del materialismo dialéctico.

Las observaciones y referencias que preceden establecen, en todo caso, que el problema del restablecimiento en Cuba de un mercado local de productos agrícolas, deriva, para un período histórico, de la naturaleza de las fuerzas productivas actuales de la agricultura cubana.

Es también con esta perspectiva que debe ser concebida la transición de la agricultura privada hacia formas socialistas de producción, principalmente a través de la organización cooperativa del campo.

Si la organización de los intercambios que abarcan los productos provenientes de la producción individual plantea principalmente problemas concretos, no ocurre igual con la organización de los intercambios de productos provenientes del sector socialista o que circulan dentro de este sector, pues se plantean importantes problemas teóricos en este campo.

b) Producción socialista e intercambio

Aquí. en efecto, la propia naturaleza de los problemas, a menudo ha sido obscurecida por una visión errónea de las cosas, visión que ha situado en el centro del análisis no las relaciones de producción reales, sino categorías jurídicas abstractas, como la noción de "propiedad estatal única" o la noción general de "propiedad social".

23 Lenin, en su informe al X Congreso, rehusó definir dónde deben situarse los límites de la libertad de intercambios. Afirmó la necesidad de plantear el principio. Por lo demás, declaró: "Haced experimentos diversos, estudiad prácticamente sobre la base de la experiencia, comunicadnos después vuestras impresiones, y decidnos qué cosas os han salido bien..." "La alianza de la clase obrera y del campesinado", uág. 356, Editora Política, La Habana, 1963.

²⁰ V. I. Lenin, "La Alianza de la clase obrera y del campesinado", pág. 352, Editora Política, La Habana, 1963.

²¹ Obra citada, pág. 352.

^{22 &}quot;Pekín Informations", 2/9/1968, p. 16-17.

Si a tales categorías abstractas correspondiesen ya relaciones de producción concretas, de tal índole que una jurisdicción social última y única, es decir, un solo y único sujeto jurídico sea efectivamente capaz de disponer de un modo eficaz de todos los medios de producción y de decidir su utillización y el destino de los productos, estos últimos habrían dejado completamente de tener el carácter de mercancía, el conjunto de las categorías mercantiles (moneda, precio, etc.) habría desaparecido, y no habría habido inconveniente en utilizar la noción de propiedad social para dar cuenta de la dominación integral de la sociedad sobre sus productos, y de la desaparición correlativa de las categorías mercantiles.

De hecho, tal desaparición de las categorías mercantiles supondría una socialización mucho más adelantada que la de hoy, del proceso de la reproducción social. Es solamente sobre la base de esta socialización más avanzada del proceso de la reproducción, que las diferentes formas de propiedad social que existen hoy en todos los países socialistas, podrán ceder su lugar a una propiedad plena y completa de toda la sociedad, que es lo único que permitirá el debilitamiento de las categorías mercantiles.

Como se sabe, en lo que concierne a la producción koljosiana actual, J. Stalin analizó este debilitamiento de las categorías mercantiles en términos de la elevación de la propiedad koljosiana al nivel de la propiedad nacional, y de la sustitución gradual de la circulación de mercancías por un "sistema de intercambio de los productos", a fin de que el poder central, u otro centro social económico cualquiera, pueda disponer de todos los productos de la producción social en interés de la sociedad (24). La noción de capacidad de disposición de todos los productos en interés de la sociedad por un centro social económico, aparece aquí como decisiva. No obstante, la evolución de la sociedad hacia el comunismo excluve radicalmente para el futuro que este centro social económico sea constituido por el Estado y, con mayor razón, por un sujeto económico como el trust estatal único de Bujarin. Este centro será la propia sociedad, por intermedio de su organismo económico dirigente central,

24 J. Stalin. Les problemes économiques du secialisme en URSS, obra citada, pág. 56. lo que no excluye evidentemente que este centro disponga de "relevos" para tomar un gran número de decisiones. En tal situación, es decir, en una situación de integración del proceso de la reproducción social y de la coordinación orgánica de sus diversas fases, las categorías mercantiles habrán desaparecido, lo cual no significará, por otra parte, la desaparición de las leyes económicas objetivas, sino tan sólo la desaparición de las leyes de la economía mercantil.

En todo caso, por ahora, aún en los países socialistas más avanzados, el proceso de la producción social y de la reproducción ampliada no es todavía un proceso enteramente integrado y orgánicamente coordinado, cuyas diferentes partes dependen unas de otras y que podrían, pues, ser integralmente dominadas por la sociedad.

El desarrollo de las fuerzas productivas ha acarreado efectivamente una interdependencia creciente entre las diversas actividades económicas, entre los diferentes procesos elementales de producción. Es precisamente esta interdependencia, este inicio de integración, lo que ha hecho necesaria la planificación económica socialista, la única planificación real, la que da su verdadero contenido a la propiedad social de los medios de producción (sin la cual ninguna planificación económica efectiva sería posible).

Pero el proceso de integración de los diferentes procesos elementales de producción solo está empezando. Cada uno de estos procesos debe aún desarrollarse de una manera relativamente autónoma. La apropiación de la naturaleza por los hombres se efectúa, en consecuencia, en centros (unidades de producción) distintos, separados, y entre los cuales se establecen relaciones complejas, múltiples y más o menos regulares. Cada una de las unidades de producción constituye, por tanto, un centro de apropiación de la naturaleza, con su propia especificidad, su propia realidad.

En tanto que la interdependencia de estos centros corresponde al carácter social de la producción y da, como se ha dicho anteriormente su contenido real a la propiedad social de los medios de producción, el carácter separado, distinto, de estos centros determina la forma jurídica de la propiedad de los medios de producción atribuidos a cada uno de ellos.

En estas condiciones, el razonamiento que parte exclusivamente de la noción general de "propiedad estatal" para designar las diferentes formas superiores de la propiedad socialista, pretendiendo reducir ésta a una realidad única, tropieza con insuperables dificultades, sobre todo cuando se trata de analizar la circulación de las mercancías en el interior del sector socialista del Estado, el comercio socialista, el papel de la moneda, etc.

Un ejemplo de estas dificultades es aportado por ciertos análisis de Stalin en su citada obra sobre Los problemas económicos del socialismo en la URSS.

En esta obra, Stalin trata, como se sabe, de explicar la existencia de relaciones mercantiles en el seno de la sociedad socialista soviética, partiendo de la existencia de dos formas de propiedad socialista: la propiedad del pueblo (es decir, la del Estado) y la propiedad de grupos sociales más limitados (esencialmente la propiedad koliosiana) (25).

Este punto de partida jurídico y los análisis que del mismo derivan, conducen a negar el carácter necesariamente mercantil, a la hora actual. de los cambios entre empresas socialistas del Estado, y a hacer incomprensible, en el plano teórico, la naturaleza de las compras y ventas efectuadas entre empresas estatales, la naturaleza de la moneda, de los precios, de la contabilidad económica, de la autonomía finaciera, etc. Estas categorías se encuentran así privadas de todo contenido social real. Aparecen como formas abstractas o procedimientos técnicos más o menos arbitrarios y no como la expresión de estas leyes econó-

25 Esta explicación es desenvuelta largamente en el punto 2do. de las "Observaciones sobre las cuestiones económicas relativas a la discusión de noviembre de 1951", punto titulado: "De la producción mercantil en el régimen socialista". La tentativa de explicación que aquí se presenta se refiere esencialmente a la actitud de los koljoses. Así, J. Stalin escribió? "Los koljoses no quieren enajenar sus productos de otra forma sino bajo la forma de mercancías, a cambio de las cuales quieren obtener otras que ellos necesitan. Los koljosianos no aceptan hoy otras relaciones económicas con la ciudad que las que intervienen en los intercambios por compra y venta de mercancías. Por tanto, la producción mercantil y la circulación de mercancías son hoy, entre nosotros, una necesidad parecida a la de hace treinta años, por ejemplo, en la época en que Lenin proclamó la necesidad de desarrollar al máximo la circulación de mercancias" (op. cit., p. 16).

micos objetivas, cuya necesidad destacaba, por otra parte, el propio Stalin (26).

Vemos aquí, de nuevo, a qué atolladero teórico puede llegarse cuando en el análisis de un proceso social se parte, no de las relaciones de producción concretas, sino de una noción jurídica tratada abstractamente, y, con más razón, cuando se hace de esta noción la "base" de las relaciones de producción.

En realidad, el método del materialismo dialéctico exige que se parta de las relaciones sociales que constituyen el reverso del proceso de apropiación de la naturaleza por los hombres (es decir, de las relaciones de producción y de los modos efectivos de apropiación). Si se sigue este sendero, y se constata que al nivel actual del desenvolvimiento de las fuerzas productivas, aún en la sociedad socialista más avanzada, este proceso de apropiación no es todavía un proceso único, enteramente dominado por la sociedad, sino que es todavía un proceso multiforme, fragmentado, dividido en cierto número de centros de actividades, en cierto número de procesos elementales de apropiación, que comienzan solamente a poder ser coordinados en escala social (por la planificación socialista), se comprende al mismo tiempo la necesidad de los intercambios entre estos centros de actividad y el contenido social y económico real de las dife-

26 Las dificultades a las cuales conduce esta manera de abordar el problema, aparecen muy claramente en la parte de los Problemes économiques du socialisme en URSS intitulada: "Contestación al camarada Alexandre Ilitch Notkin". En este texto, J. Stalin se pregunta especialmente: "¿Por qué . . . hablan del valor de los medios de producción, de su precio de costo, de su precio de venta, etc.?". Y contesta: "Por dos razones: primera, ello es necesario para los cálculos, para las liquidaciones de cuentas, para establecer el carácter rentable o deficitario de las empresas, para verificar y controlar estas últimas; pero éste no es más que el lado formal de la cuestión. Segunda: Esto es necesario para poder, en interés del comercio exterior, vender medios de producción a los Estados extranjeros. Aquí, en el campo del comercio exterior, pero solamente en este campo, nuestros medios de producción son efectivamente mercancias y se venden efectivamente" (op. cit. p. 44-45). Está claro que la segunda parte de la respuesta no explica de ninguna manera por qué se habla del valor de los medios de producción en el interior de la Unión Soviética, en tanto que la primera parte de esta respuesta no facilita ninguna explicación, puesto que se trata precisamente de saber por qué "ello es necesario para los cálculos".

rentes formas de la propiedad socialista, así como el intercambio mercantil socialista, el papel de la moneda en el interior del sector socialista, etc.

A partir de tal análisis, las diferentes formas de la propiedad socialista ya no aparecen como la razón capaz de "explicar" la existencia de relaciones mercantiles en el sector socialista (lo que equivaldría a explicar las categorías económicas por una cierta superestructura jurídica). Es, al contrario, la existencia de ciertas relaciones de producción la que explica las relaciones mercantiles y la forma jurídica que ellas deben revestir (27).

Por tanto, se comprende también que, a medida que el desarrollo de las fuerzas productivas conduce a una integración efectiva de los procesos de producción, a una coordinación orgánica de estos procesos, se convierten más y más en proceso único, el campo de las relaciones mercantiles se reduce y la esfera de actividad de las categorías mercantiles languidece. Cuando esta evolución llega a su término, la planificación y la gestión de la economía pueden depender de una sola jurisdicción social (lo que no quiere decir, necesariamente, de un sujeto jurídico único).

Mientras no sea así, la planificación socialista asume la dirección consciente del conjunto de los procesos de reproducción social, más y más numerosos, que comienzan a ser coordinados (puesto que dependen objetivamente unos de otros), en tanto que la gestión económica socialista asume la dirección consciente de los diversos procesos que dependen de los diferentes sujetos económicos. Estos están, pues. ligados entre sí, a la vez por el plan, en la medida en que dependen objetivamente unos de otros, y por las relaciones mercantiles, en la medida en que son aún relativamente independientes.

En el curso de estos últimos años, el carácter más y más complejo de la economía soviética, así como de las demás economías socialistas, ha puesto en evidencia que la idea de un debilitamiento rápido de las categorías mercantiles y del intercambio mercantil socialista era prematura, por lo que hubo que dar mayor cabida a estas categorías, a la autono-

27 Este análisis se acerca en parte al de O. Sik en su libro Economie. Interéts. Politique. Praga, 1962 (en checo). mía relativa de la empresa socialista, etc. Al mismo tiempo, la integración creciente de los procesos de producción en las ramas técnicamente más desarrolladas, ha hecho surgir nuevas posibilidades de gestión de estas ramas, asumida por la intervención de medios electrónicos. Esto permite comprender mejor por qué senderos podrá desarrollarse a priori, llevando así a la desaparición definitiva de las categorías mercantiles (28).

Las consecuencias o las implicaciones del análisis precedente son múltiples. Sólo nos ocuparemos de las que lucen más importantes desde el punto de vista de la planificación y de la organización de la economía socialista.

a) En relación con lo que precede, se comprende que al nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas y de integración de los procesos elementales de producción, el trabajo gastado en la producción no pueda ser aún, enteramente, un trabajo directamente social.

En otras palabras, aunque el plan fija las cantidades de trabajo que deban ser gastadas en las diferentes ramas de la producción, sólo lo puede hacer aproximadamente; sólo se pueda saber ex post, en qué medida el trabajo gastado por las diferentes producciones es efectiva y enteramente un trabajo socialmente necesario.

La existencia de las categorías mercantiles y de la moneda en el seno del sector socialista significa, en efecto, que es aún parcialmente mediante el mercado que se realiza la socialización del trabajo.

El mercado socialista, que sirve de mediador y de medio a la socialización del trabajo, ya está, por otra parte, muy profundamente mo-

28 Los economistas soviéticos, cada vez en mayor número, piensan que el paso a una planificación más detallada y basada en la utilización de máquinas electrónicas será posible por la integración progresiva de las actividades en el seno de las diferentes ramas. Esta integración da la posibilidad de utilizar los métodos matemática de gestión y las máquinas electrónicas, primero al nivel de las unidades de producción y de las ramas y, solamente después, al nivel de toda la economía nacional. Bien entendido, esto no excluye de ninguna manera la utilización de métodos matemáticos y electrónicos desde ahora, al nivel de la planificación de la economía nacional; pero esta utilización no puede ser, por el momento, más que muy parcial y debe desembocar en procesos repetidos en cadena y no puede ser la base única y ni siquiera principal de la planificación actual.

dificado en su funcionamiento, por el desarrollo de las relaciones socialistas de producción. Gracias a estas relaciones socialistas, los productores ya no están relacionados entre sí solamente a través de sus productos (esto, en la pura sociedad mercantil tenía por consecuencia la dominación de los productos sobre los productores, el fetichismo de la mercancía, etc.), sino que mantienen también relaciones directas de productores asociados. Como tales, se esfuerzan en coordinar a priori sus esfuerzos y pueden (parcialmente) conseguir esta coordinación a través del plan económico. Este es el que fija los objetivos fundamentales del desarrollo económico y social y sólo deja al mercado un papel subordinado. Puede ser así, porque más allá de los procesos elementales de apropiación de la naturaleza (procesos todavía separados y que continúan como tales a oponerse parcialmente a los productores) se afirma ya un inicio de integración del proceso de la producción social; y porque con la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción y la puesta en marcha de la planificación, este proceso social en vías de integración ya no es destrozado, ni fragmentado, como lo es bajo las condiciones del capitalismo, el cual mantiene relaciones de producción y de propiedad sobrepasadas por el desarrollo de las fuerzas productivas.

b) Lo que precede significa también que en el estado actual de desarrollo de las fuerzas productivas, hasta en los países socialistas más avanzados la sociedad aún no puede conocer plenamente el estado de las necesidades sociales (incluyendo las necesidades que nacen en la propia esfera de la producción material), ni puede determinar políticamente, de manera bastante precisa, las que serán reconocidas en el futuro.

De esto dimana la imposibilidad de proceder de manera satisfactoria, es decir, eficaz, en un reparto integral, a priori, de los medios de producción, y de los productos en general, y la necesidad del comercio socialista y de los organismos comerciales del Estado. De donde se origina también el papel de la moneda al interior mismo del sector socialista, el papel de la ley del valor y un sistema de precios que debe reflejar no solamente el costo social de los diferentes productos, sino también expresar las relaciones entre la oferta y la demanda de estos productos y asegurar, eventualmente, el

equilibrio entre esta oferta y esta demanda cuando el plan no ha podido asegurarlo a priori y cuando el empleo de medidas administrativas para realizar este equilibrio comprometería el desarrollo de las fuerzas productivas.

c) Lo que precede significa, igualmente, la necesidad de dotar a cada unidad de produccin (es decir, a cada eslabón social en cuyo seno se desarrolla un proceso elemental de producción) con una cierta libertad de acción. Esta debe permitir a cada unidad de producción enfrentarse a todo lo que no pudo ser previsto, a sacar el máximo partido en beneficio de la sociedad y de los recursos de que ella dispone, puesto que éstos no pueden ser bien utilizados más que en función de sus necesidades reales, y éstas no son necesariamente las que el plan se ha esforzado en prever. Esta libertad de acción debe, en el estado actual de desarrollo de las fuerzas productivas, actuar a la vez sobre ciertos elementos del programa de actividad de cada unidad de producción y sobre algunos de los medios que deben utilizarse para la realización de este programa.

El problema práctico consiste en fijar a esta libertad de acción límites tales, que sirvan a los objetivos reales del plan (la construcción del socialismo, el desarrollo armonioso de las fuerzas productivas y la satisfacción de las crecientes necesidades de la sociedad). Este problema práctico sólo puede ser resuelto correctamente mediante la experiencia interpretada con ayuda de la teoría.

Importa señalar aquí que si una libertad de acción suficiente no es concedida a cada unidad de producción y que si se pretende determinar de antemano de manera detallada lo que habrá de ser la actividad de cada una de ellas y las condiciones en que esta actividad habrá de desarrollarse, resultaría, en el estado actual de las cosas, un inmenso derroche de fuerzas de trabajo y de productos.

Muy a menudo, de hecho, en las economías planificadas, en que no se ha sabido acordar la libertad de acción necesaria a las unidades de producción, el despilfarro se encuentra en parte reducido por los intercambios a que las unidades de producción proceden entre ellas, en violación formal del plan; pero de hecho, más a menudo, con vistas a lograr los objetivos reales. Es así como la necesidad objetiva de las leyes económicas se abre camino. Lo

grave en este caso es que en vez de utilizar estas leyes conscientemente (lo cual es el principio del plan) se les deja jugar un papel espontáneo.

d) Es la combinación del mantenimiento durante un período histórica de las categorías mercantiles al interior mismo del sector socialista, y de la libertad de acción con que debe ser dotada, hasta ciertos límites, cada unidad de producción, lo que da su sentido a la autonomía contable de cada una de estas unidades, al cálculo económico al nivel de cada unidad y a las posibilidades de autofinanciamiento de que cada una de ellas debe disponer. Estas categorías, estas reglas, o estas posibilidades están ligadas a un estado dado del desarrollo de las fuerzas productivas. Traducen las condiciones y las exigencias objetivas del funcionamiento de la economía socialista en el estado actual de su desarrollo: no respetarlas, sólo puede entorpecer el buen funcionamiento de la economía y poner obstáculos a la propia planificación.

Organización de la distribución

Es un lugar común en el análisis marxista reconocer que las relaciones y los modos de distribución están determinados por la propia organización de la producción (29). De esto se puede sacar particularmente la conclusión de que si las relaciones mercantiles subsisten aún dentro del sector socialista, en el nivel actual de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones deben también seguir penetrando en las relaciones de distribución. Esta es, finalmente, una de las razones por la cual, en el momento actual, en todas las economías socialistas esta distribución tiene lugar, ella también, a través de las categorías mercantiles (moneda y salarios).

* Referente a este asunto, ver los trabajos de J. Kornal y Th. Liptak: "Planificación a dos niveles", estudios de programación preparados en el Centro de Cálculos de la Academia de Ciencias de Hungría, texto en inglés, Budapest, 1963).

29 "La organización de la distribución está enteramente determinada por la organización de la producción. La distribución es, ella misma, un producto de la producción, no solamente en lo que concierne al objeto, puesto que sólo los resultados de la producción pueden ser distribuidos, sino en lo que concierne a la forma particular de la distribución, la forma en que se participa en la distribución." Carlos Marx, Introducción a una crítica de la economía política, (obra citada, pág. 325).

Es éste un fenómeno que Marx no había previsto, como lo demuestran, entre otros, los análisis que hace en la Crítica del programa de Gotha. En este texto, Marx contemplaba el reparto de los productos con la ayuda de "bonos de trabajo", y no por intermedio de una verdadera moneda. Si Marx había contemplado tal solución al problema de la distribución en la primera fase de la sociedad socialista, es, sin duda, porque en la época en que él escribía, la posibilidad de que la sociedad dominara de manera integral el conjunto de los procesos de producción y reproducción sociales, podía parecer más accesible de lo que en realidad era, y de lo que aún sigue siendo por ahora.

Sin embargo, el realismo de Marx aún no ha fallado cuando preveía que, en la primera fase de la sociedad socialista, debía prevalecer un reparto de los productos según el trabajo y no según las necesidades. No obstante, lo que parecía entonces a Marx como una exigencia ligada esencialmente a la "supervivencia" de ciertas normas del derecho burgués, puede ser entendido hoy, a la luz de la experiencia, como la consecuencia del mantenimiento de las categorías mercantiles. Sin embargo, puesto que los productores de la sociedad socialista no tienen entre si relaciones solamente a través de sus productos, sino también directas, humanas, en su calidad de productores asociados que actúan para coordinar a priori sus esfuerzos y que pueden lograrlo cada vez mejor, gracias a la socialización de las fuerzas productivas, las categorías mercantiles ya no dominan ni la sociedad, ni los individuos que la componen, y el contenido de estas categorías se encuentra profundamente modificado. Así, el salario en la sociedad socialista va no es el "precio de la fuerza de trabajo" (puesto que los productores ya no están separados de sus medios de producción, son, por el contrario, propietarios colectivos), sino la forma de distribución de una parte del producto social. Al mismo tiempo, esta distribución continúa efectuándose a través de la categoría del "salario", porque el trabajo facilitado por cada uno no es todavía un trabajo directamente social. Sin embargo, el dominio creciente ejercido por la sociedad sobre sus fuerzas productivas le permite distribuir una parte cada vez mayor del producto social no en función del trabajo, sino en función de las necesidades, ya no a través de las categorías monetarias, sino en mercaderías. De esta manera, ya se ha iniciado la desaparición progresiva de las normas del derecho burgués de la esfera de la distribución, y se acelerará con la dominación creciente de los hombres sobre el proceso de la reproducción social y la extinción de las relaciones y categorías mercantiles.

En tanto que el mantenimiento de las relaciones y de las categorías mercantiles y del conjunto de las superestructuras vinculadas a este mantenmiento, explica la necesidad de ligar la remuneración de cada uno a la cantidad y a la calidad de su trabajo (es esto lo que se llama "sistema de los estímulos materiales"), la

"Cuba Socialista", Año IV, Nº 32, abril de 1964.

transformación de estas relaciones y de estas categorías, su extinción progresiva, ya iniciada —y las modificaciones correlativas en las superestructuras—, explican el lugar creciente que puede ser dado al comportamiento fundado sobre motivaciones no interesadas económicamente.

El lugar respectivo de las diferentes categorías del estímulo no puede, por tanto, estar determinado arbitrariamente, en nombre de tal o cual visión moral, o de tal o cual concepción ideal de la sociedad socialista, sino que debe de ser ligado al nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, de las que forman parte los propios hombres, con sus conocimientos, su educación y, más generalmente, su cultura.

CHARLES BETTELHEIM

La Planificación Socialista

Su significación

En el número 32 de la revista "Cuba Socialista", apareció un artículo del compañero Charles Bettelheim, titulado "Formas y Métodos de la Planificación Socialista y Nivel de Desarrollo de las Fuerzas Productivas". Este artículo toca puntos de indudable interés, pero tiene además, para nosotros, la importancia de estar destinado a la defensa del llamado Cálculo Económico y de las categorías que este sistema supone dentro del sector socialista, tales como el dinero en función de medio de pago, el crédito, la mercancía, etc.

Consideramos que en este artículo se han cometido dos errores fundamentales, cuya precisión trataremos de hacer:

El primero se refiere a la interpretación de la necesaria correlación que debe existir entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. En este punto el compañero Bettelheim toma ejemplo de los clásicos del marxismo.

Fuerzas productivas y relaciones de producción son dos mecanismos que marchan unidos indisolublemente en todos los procesos medios del desarrollo de la sociedad. ¿En qué momentos las relaciones de producción pudieran no ser fiel reflejo del desarrollo de las fuerzas productivas? En los momentos de ascenso de una sociedad que avanza sobre la anterior para romperla y en los momentos de ruptura de la vieja sociedad, cuando la nueva, cuyas relaciones de producción serán implantadas, lucha por consolidarse y destrozar la antigua superestructura. De esta manera, no siempre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, en un momento histórico dado, analizado concretamente, podrán corresponder en una forma totalmente congruente. Tal es, precisamente, la tesis que permitía a Lenin decir que sí era una revolución socialista la de Octubre, y en un momento dado plantear, sin embargo, que debía irse al capitalismo de Estado y preconizar cautela en las relaciones con los campesinos. El por qué del planteamiento de Lenin está expresado precisamente en su gran descubrimiento del desarrollo del sistema mundial del capitalismo.

Dice Bettelheim:

... "la palanca decisiva para modificar el comportamiento de los hombres está constituida por los cambios aportados a la producción y su organización. La educación tiene esencialmente por misión hacer desaparecer actitudes y comportamientos heredados del pasado y que sobreviven a éste, y asegurar el aprendizaje de nuevas normas de conducta impuestas por el propio desarrollo de las fuerzas productivas".

Dice Lenin:

"Rusia no ha alcanzado tal nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo. Todos los héroes de la II Internacional, y entre ellos, naturalmente, Sujánov, van y vienen con esta tesis, como chico con zapatos nuevos. Esta tesis indiscutible la repiten de mil maneras y les parece que es decisiva para valorar nuestra revolución".

"Pero, ¿qué hacer, si una situación peculiar ha llevado a Rusia, primero, a la guerra imperialista mundial, en la que intervinieron todos los países más o menos importantes de Europa Occidental, y ha colocado su desarrollo al borde de las revoluciones del Oriente, que comienzan y que en parte han comenzado ya, en unas condiciones en las cuales hemos podido llevar a la práctica precisamente esa alianza de la "guerra campesina" con el movimiento obrero, de la que, como una de las

probables perspectivas, escribió un "marxista" como Marx en 1856, refiriéndose a Prusia?"

"Y ¿qué debíamos hacer, si una situación absolutamente sin salida, decuplicando las fuerzas de los obreros y campesinos, abría ante nosotros la posibilidad de pasar de una manera diferente que en todos los demás países del Occidente de Europa a la creación de las premisas fundamentales de la civilización? ¿Ha cambiado a causa de eso la línea general del desarrollo de la historia universal? ¿Ha cambiado por eso la correlación esencial de las clases fundamentales en cada país que entra, que ha entrado ya, en el curso general de la historia universal?"

"Si para implantar el socialismo se exige un determinado nivel cultural (aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural", ya que es diferente en cada uno de los países de Europa Occidental), ¿por qué, entonces, no podemos comenzar primero por la conquista, por vía revolucionaria, de las premisas para este determinado nivel, y luego, ya a base del poder obrero y campesino y del régimen soviético, ponernos en marcha para alcanzar a los demás países?" 1

Al expandirse el capitalismo como sistema mundial y desarrollarse las relaciones de explotación, no solamente entre los individuos de un pueblo, sino también entre los pueblos, el sistema mundial del capitalismo que ha pasado a ser imperialismo, entra en choques y se puede romper por su eslabón más débil. Este era la Rusia zarista después de la primera guerra mundial y comienzo de la Revolución, en la cual coexistían los cinco tipos económicos que apuntaba Lenin en aquellos momentos: la forma patriarcal más primitiva de la agricultura, la pequeña producción mercantil -incluida la mayoría de los campesinos que vendían su trigo-, el capitalismo privado, el capitalismo de Estado y el socialismo.

Lenin apuntaba que todos estos tipos aparecían en la Rusia inmediatamente posterior a la Revolución; pero lo que le da la calificación general es la característica socialista del sistema, aun cuando el desarrollo de las fuerzas productivas en determinados puntos no haya alcanzado su plenitud. Evidentemente,

1 V. I. Lenin, Problemas de la edificación del socialismo y del comunismo en la URSS, págs. 51-52, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú. cuando el atraso es muy grande, la correcta acción marxista debe ser atemperar lo más posible el espíritu de la nueva época, tendiente a la supresión de la explotación del hombre por el hombre, con las situaciones concretas de ese país; y así lo hizo Lenin en la Rusia reción liberada del zarismo y se aplicó como norma en la Unión Soviética.

Nosotros soscenemos que toda esta argumentacin, absolutamente válida y extraordinaria por su perspicacia en aquel momento, es aplicable a situaciones concretas en determinados momentos históricos. Después de aquellos hechos, han sucedido cosas de tal trascendencia como el establecimiento de todo el sistema mundial del socialismo, con cerca de mil millones de habitantes, un tercio de la población del mundo. El avance continuo de todo el sistema socialista influye en la conciencia de las gentes a todos los niveles y, por lo tanto, en Cuba, en un momento de su historia, se produce la definición de revolución socialista, definición que no precedió, ni mucho menos, al hecho real de que ya existieran las bases económicas establecidas para esta aseveración.

¿Cómo se puede producir en un país colonizado por el imperialismo, sin ningún desarrollo de sus industrias básicas, en una situación de monoproductor, dependiente de un solo mercado, el tránsito al socialismo?

Pueden caber las siguientes afirmaciones: Como los teóricos de la II Internacional, manifestar que Cuba ha roto todas las leyes de la dialéctica, del materialismo histórico, del marxismo y que, por tanto, no es un país socialista o debe volver a su situación anterior.

Se puede ser más realista y a fuer de ello buscar en las relaciones de producción de Cuba los motores internos que han provocado la revolución actual. Pero, naturalmente, eso llevaría a la demostración de que hay muchos países en América, y en otros lugares del mundo, donde la revolución es mucho más factible de lo que era en Cuba.

Queda la tercera explicación, a nuestro juicio exacta, de que en el gran marco del sistema mundial del capitalismo en lucha contra el socialismo, uno de sus eslabones débiles, en este caso concreto Cuba, puede romperse. Aprovechando circunstancias históricas excepcionales y bajo la acertada dirección de su vanguardia, en un momento dado toman el poder las fuerzas revolucionarias y, basadas en que ya existen las suficientes condiciones objetivas en cuanto a la socialización del trabajo, queman etapas, decretan el carácter socialista de la revolución y emprenden la construcción del socialismo.

Esta es la forma dinámica, dialéctica, en que nosotros vemos y analizamos el problema de la necesaria correlación entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Después de producido el hecho de la Revolución Cubana, que no puede escapar al análisis, ni obviarse cuando se haga la investigación sobre nuestra historia, llegamos a la conclusión de que en Cuba se hizo una revolución socialista y que, por tanto, había condiciones para ello. Porque realizar una revolución sin condiciones, llegar al poder y decretar el socialismo por arte de magia, es algo que no está previsto por ninguna teoría y no creo que el compañero Bettelheim vaya a apoyar.

Si se produce el hecho concreto del nacimiento del socialismo en estas nuevas condiciones, es que el desarrollo de las fuerzas productivas ha chocado con las relaciones de producción antes de lo racionalmente esperado para un país capitalista aislado. ¿Qué sucede? Que la vanguardia de los movimientos revolucionarios, influidos cada vez más por la ideología marxista-leninista, es capaz de prever en su conciencia toda una serie de pasos a realizar y forzar la marcha de los acontecimientos, pero forzarlos dentro de lo que objetivamente es posible. Insistimos mucho sobre este punto, porque es una de las fallas fundamentales del argumento expresado por Bettelheim.

Si partimos del hecho concreto de que no puede realizarse una revolución sino cuando hay contradicciones fundamentales entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, tenemos que admitir que en Cuba se ha producido este hecho y tenemos que admitir, también, que ese hecho da características socialistas a la Revolución Cubana, aún cuando analizadas objetivamente, en su interior, haya toda una serie de fuerzas que todavía están en un estado embrionario y no se hayan desarrollado al máximo. Pero si, en estas condiciones, se produce y triunfa la revolución, ¿cómo utilizar después el argumento de la necesaria y obligatoria concordancia, que se hace mecánica y estrecha, entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, para defender, por ejemplo, el Cálculo Económico y atacar el sistema de empresas consolidadas que nosotros practicamos?

Decir que la empresa consolidada es una aberración equivale, aproximadamente, a decir que la Revolución Cubana es una aberración. Son conceptos del mismo tipo y podrian basarse en el mismo análisis. El compañero Bettelheim nunca ha dicho que la Revolución Socialista Cubana no sea auténtica, pero sí dice que nuestras relaciones de producción actuales no corresponden al desarrollo de las fuerzas productivas y, por tanto, prevé grandes fracasos.

El desglose en la aplicación del pensamiento dialéctico en estas dos categorías de distinta magnitud, pero de la misma tendencia, provoca el error del compañero Bettelheim. Las empresas consolidadas han nacido, se han desarrollado y continúan desarrollándose porque pueden hacerlo; es la verdad de Perogrullo de la práctica. Si el método administrativo es o no el más adecuado, tiene poca importancia, en definitiva, porque las diferencias entre un método y otro son fundamentalmente cuantitativas. Las esperanzas en nuestro sistema van apuntadas hacia el futuro, hacia un desarrollo más acelerado de la conciencia y, a través de la conciencia, de las fuerzas productivas.

El compañero Bettelheim niega esta particular acción de la conciencia, basándose en los argumentos de Marx de que ésta es un producto del medio social y no al revés; y nosotros tomamos el análisis marxista para luchar con él contra Bettelheim, al decirle que eso es absolutamente cierto pero que, en la época actual del imperialismo, también la conciencia adquiere características mundiales. Y que esta conciencia de hoy es el producto del desarrollo de todas las fuerzas productivas en el mundo y el producto de la enseñanza y educación de la Unión Soviética y los demás países socialistas sobre las masas de todo el mundo.

En tal medida debe considerarse que la conciencia de los hombres de vanguardia de un país dado, basada en el desarrollo general de las fuerzas productivas, puede avizorar los caminos adecuados para llevar al triunfo una revolución socialista en un determinado país, aunque, a su nivel, no existan objetivamente las contradicciones entre el desarrollo de las

fuerzas productivas y las relaciones de producción que harían imprescindible o posible una revolución (analizado el país como un todo único y aislado).

Hasta aquí llegaremos en este razonamiento. El segundo grave error cometido por Bettelheim, es la insistencia en darle a la estructura jurídica una posibilidad de existencia propia. En su análisis se refiere insistentemente a la necesidad de tener en cuenta las relaciones de producción para el establecimiento jurídico de la propiedad. Pensar que la propiedad jurídica o, por mejor decir, la superestructura de un Estado dado, en un momento dado, ha sido impuesta contra las realidades de las relaciones de producción, es negar precisamente el determinismo en que él se basaba para expresar que la conciencia es un producto social. Naturalmente, en todos estos procesos, que son históricos, que no son físicoquímicos, realizándose en milésimas de segundo, sino que se producen en el largo decursar de la humanidad, hay toda una serie de aspectos de las relaciones jurídicas que no corresponden a las relaciones de producción que en ese momento caracterizan al país; lo que no quiere decir sino que serán destruidas con el tiempo, cuando las nuevas relaciones se impongan sobre las viejas, pero no al revés, que sea posible cambiar la superestructura sin cambiar previamente las relaciones de producción.

El compañero Bettelheim insiste con reiteración en que la naturaleza de las relaciones de producción es determinada por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas y que la propiedad de los medios de producción es la expresión jurídica y abstracta de algunas relaciones de producción, escapándosele el hecho fundamental de que esto es perfectamente adaptado a una situación general (ya sea sistema mundial o país), pero que no se puede establecer la mecánica microscópica que él pretende, entre el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en cada región o en cada situación y las relaciones jurídicas de propiedad.

Ataca a los economistas que pretenden ver en la propiedad de los medios de producción por parte del pueblo una expresión del socialismo, diciendo que estas relaciones jurídicas no son base de nada. En cierta manera podría tener razón, con respecto a la palabra base, pero lo esencial es que las relaciones de pro-

ducción y el desarrollo de las fuerzas productivas chocan en un momento dado, y ese choque no es mecánicamente determinado por una acumulación de fuerzas económicas, sino que es una suma cuantitativa y cualitativa, acumulación de fuerzas encontradas desde el punto de vista del desarrollo económico, desbordamiento de una clase social por otra, desde el punto de vista político e histórico. Es decir, nunca se puede desligar el análisis económico del hecho histórico de la lucha de clases (hasta llegar a la sociedad perfecta). Por tal motivo, para el hombre, expresión viviente de la lucha de clases, la base jurídica que representa la superestructura de la sociedad en que vive tiene características concretas y expresa una verdad palpable. Las relaciones de producción, el desarrollo de las fuerzas productivas, son fenómenos económico-tecnológicos que van acumulándose en el decursar de la historia. La propiedad social es expresión palpable de estas relaciones, así como la mercancía concreta es la expresión de las relaciones entre los hombres. La mercancía existe porque hay una sociedad mercantil donde se ha producido una división del trabajo sobre la base de la propiedad privada. El socialismo existe porque hay una sociedad de nuevo tipo, en la cual los expropiadores han sido expropiados y la propiedad social reemplaza a la antigua, individual, de los capitalistas.

Esta es la línea general que debe seguir el período de transición. Las relaciones pormenorizadas entre tal o cual capa de la sociedad solamente tienen interés para determinados análisis concretos; pero el análisis teórico debe abarcar el gran marco que encuadra las relaciones nuevas entre los hombres, la sociedad en tránsito hacia el socialismo.

Partiendo de estos dos errores fundamentales de concepto, el compañero Bettelheim defiende la identidad obligatoria, exactamente encajada, entre el desarrollo de las fuerzas productivas en cada momento dado y en cada región dada y las relaciones de producción, y, al mismo tiempo, trasplanta estas mismas relaciones al hecho de la expresión jurídica.

¿Cuál es el fin? Veamos lo que dice Bettelheim:

"En estas condiciones, el razonamiento que parte exclusivamente de la noción general de 'propiedad estatal' para designar las diferentes formas superiores de la

propiedad socialista, pretendiendo reducir ésta a una realidad única, tropieza con insuperables dificultades, sobre todo cuando se trata de analizar la circulación de las mercancías en el interior del sector socialista del Estado, el comercio socialista, el papel de la moneda, etcétera."

Y luego, analizando la división que hace Stalin en dos formas de propiedad, expresa:

"Este punto de partida jurídico y los análisis que del mismo se derivan, conducen a negar el carácter necesariamente mercantil, a la hora actual, de los cambios entre empresas socialistas del Estado, y hacer incomprensible, en el plano teórico, la naturaleza de las compras y ventas efectuadas entre empresas estatales, la naturaleza de la moneda, de los precios, de la contabilidad económica, de la autonomía financiera, etcétera. Estas categorías se encuentran así privadas de todo contenido social real. Aparecen como formas abstractas o procedimientos técnicos más o menos arbitrarios y no como la expresión de estas leyes económicas objetivas, cuya necesidad destacaba, por otra parte, el propio Stalin."

Para nosotros, el artículo del compañero Bettelheim, a pesar de que manifiestamente toma partido contra las ideas que hemos expresado en algunas oportunidades, tiene indudable importancia, al provenir de un economista de profundos conocimientos y un teórico del marxismo. Partiendo de una situación de hecho, para hacer una defensa, en nuestro concepto no bien meditada, del uso de las categorías inherentes al capitalismo en el período de transición y de la necesidad de la propiedad individualizada dentro del sector socialista, él revela que es incompatible el análisis pormenorizado de las relaciones de producción y de la propiedad social siguiendo la línea marxista -que pudiéramos llamar ortodoxa- con el mantenimiento de estas categorías, y señala que ahí hay algo incomprensible.

Nosotros sostenemos exactamente lo mismo, solamente que nuestra conclusión es distinta: creemos que la inconsecuencia de los defensores del Cálculo Económico se basa en que, siguiendo la línea del análisis marxista, al llegar a un punto dado, tienen que dar un salto (dejando "el eslabón perdido" en el medio) para caer en una nueva posición desde la cual continúan su línea de pensamiento. Concreta-

mente, los defensores del Cálculo Económico nunca han explicado correctamente cómo se sostiene en su esencia el concepto de mercancía en el sector estatal, o cómo se hace uso "inteligente" de la Ley del Valor en el sector socialista con mercados distorsionados.

Observando la inconsecuencia, el compañero Bettelheim retoma los términos, inicia el análisis por donde debía acabar -por las actuales relaciones jurídicas existentes en los países socialistas y las categorías que subsisten-, constata el hecho real y cierto de que existen estas categorías jurídicas y estas categorías mercantiles, y de allí concluye, pragmáticamente, que si existen es porque son necesarias y, partiendo de esa base, camina hacia atrás, en forma analítica, para llegar al punto donde chocan la teoría y la práctica. En este punto, da una nueva interpretación de la teoría, somete a análisis a Marx y a Lenin y saca su propia interpretación, con las bases erróneas que nosotros hemos apuntado, lo que le permite formular un proceso consecuente de un extremo a otro del artículo.

Olvida aquí, sin embargo, que el período de transición es históricamente joven. En el momento en que el hombre alcanza la plena comprensión del hecho económico y lo domina, mediante el plan, está sujeto a inevitables errores de apreciación. ¿Por qué pensar que lo que "es" en el período de transición, necesariamente "debe ser"? ¿Por qué justificar que los golpes dados por la realidad a ciertas audacias son producto exclusivo de la audacia y no también, en parte o en todo, de fallas técnicas de administración?

Nos parece que es restarle demasiada importancia a la planificación socialista con todos los defectos de técnica que pudiera tener, el pretender, como lo hace Bettelheim, que:

"De esto dimana la imposibilidad de proceder de manera satisfactoria, es decir, eficaz, en un reparto integral, a priori, de
los medios de producción y de los productos en general, y la necesidad del comercio socialista y de los organismos comerciales del Estado. De donde se origina
también el papel de la moneda al interior
mismo del sector socialista, el papel de la
Ley del Valor y un sistema de precios
que debe reflejar no solamente el costo
social de los diferentes productos, sino
también expresar las relaciones entre la

oferta y la demanda de estos productos y asegurar, eventualmente, el equilibrio entre esta oferta y esta demanda cuando el plan no ha podido asegurarlo a priori y cuando el empleo de medidas administrativas para realizar este equilibrio comprometería el desarrollo de las fuerzas productivas."

Considerando nuestras debilidades (en Cuba), apuntábamos, sin embargo, nuestro intento de definición fundamental:

"Negamos la posibilidad del uso consciente de la Ley del Valor, basados en la no existencia de un mercado libre que exprese automáticamente la contradicción entre productores y consumidores; negamos la existencia de la categoría mercancía en la relación entre empresas estatales, y consideramos todos los establecimientos como parte de la única gran empresa que es el Estado (aunque, en la práctica, no sucede todavía así en nuestro país). La Ley del Valor y el plan son dos términos ligados por una contradicción y su solución; podemos, pues, decir que la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista, su categoría definitoria y el punto en que la conciencia del hombre alcanza, por fin, a sintetizar y dirigir la economía hacia su meta, la plena liberación del ser humano en el marco de la sociedad comunista." 2

Relacionar la unidad de producción (sujeto económico para Bettelheim) con el grado físico de integración, es llevar el mecanismo a sus últimos extremos y negarnos la posibilidad de hacer lo que técnicamente los monopolios norteamericanos habían ya hecho en muchas ramas de la industria cubana. Es desconfiar demasiado de nuestras fuerzas y capacidades.

Lo que puede, pues, llamarse "unidad de producción" (y que constituye un verdadero sujeto económico) varía evidentemente según el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. En ciertas ramas de la producción, donde la integración de las actividades es suficientemente impulsada, la propia rama puede constituir una "unidad de producción". Puede ser así, por ejemplo, en la industria eléctrica sobre la base de la interconexión, porque esto permite

una dirección centralizada única de toda la rama.

Al ir desarrollando pragmáticamente nuestro sistema llegamos a avizorar ciertos problemas ya examinados y tratamos de resolverlos, siendo lo más consecuente -en la medida en que nuestra preparación permitiera- con las grandes ideas expresadas por Marx y Lenin. Eso nos llevó a buscar la solución a la contradicción existente en la economía política marxista del período de transición. Al tratar de superar esas contradicciones, que solamente pueden ser frenos transitorios al desarrollo del socialismo, porque de hecho existe la sociedad socialista, investigamos los métodos organizativos más adecuados a la práctica y la teoría, que nos permitieran impulsar al máximo, mediante el desarrollo de la conciencia y de la producción, la nueva sociedad; y ese es el capítulo en que estamos enfrascados hoy.

Para concluir:

 Opinamos que Bettelheim comete dos errores gruesos en el método de análisis:

- a) Trasladar mecánicamente el concepto de la necesaria correspondencia entre relaciones de producción y desarrollo de las fuerzas productivas, de validez global, al "microcosmos" de las relaciones de producción en aspectos concretos de un país dado durante el período de transición, y extraer así conclusiones apologéticas, teñidas de pragmatismo, sobre el llamado Cálculo Económico.
- b) Hacer el mismo análisis mecánico en cuanto al concepto de propiedad.
- 2) Por tanto, no estamos de acuerdo con su opinión de que la autogestión financiera o la autonomía contable "están ligadas en un estado dado de las fuerzas productivas", consecuencia de su método de análisis.
- 3) Negamos su concepto de dirección centralizada sobre la base de la centralización física de la producción (pone el ejemplo de una red eléctrica interconectada) y lo aplicamos a una centralización de las decisiones económicas principales.
- 4) No encontramos correcta la explicación del por qué de la necesaria vigencia irrestricta de la Ley del Valor y otras categorías mercantiles durante el período de transición, aunque no negamos la posibilidad de usar elementos de esta Ley para fines comparativos (costo, rentabilidad expresada en dinero aritmético).

^{2 &}quot;Nuestra Industria. Revista Económica", Nº 5, pág. 16, febrero de 1964.

- 5) Para nosotros, "la planificación centralizada es el modo de ser de la sociedad socialista", etcétera y, por tanto, le atribuimos mucho mayor poder de decisión consciente que Bettelheim.
- 6) Consideramos de mucha importancia teórica el examen de las inconsecuencias entre el método clásico de análisis marxista y la subsistencia de las categorías mercantiles en el
- sector socialista, aspecto que debe profundizarse más.
- 7) A los defensores del "Cálculo Económico" les cabe, a propósito de este artículo, aquello: "de nuestros amigos me guarde Dios, que de los enemigos me guardo yo".

ERNESTO CHE GUEVARA



"Gaullisme trancais" y Golismo argentino

La visita a diez países latinoamericanos que acaba de realizar el presidente francés De Gaulle parece haber reavivado entre nosotros la controversia acerca de su personalidad y de su política en términos interiores. Del conocimiento y de la valoración de esta personalidad y esta política se pasó luego sin transición a su asimilación y a su reformulación en términos políticos nacionales. Esta discusión trasplantada directamente del terreno europeo es una expresión más, entre otras cosas de nuestra célebre incapacidad de considerar problemas y soluciones sin identificarnos o de separar problemas y soluciones sin por ello incomunicarnos. Y ciertamente cuando nos deslizamos en polémicas ajenas y tomamos partido somos mucho más realistas que el rey y que la corte toda entera, y no vacilamos ni un instante en llevar desarrollo y discusión hasta sus últimas consecuencias; lo que es o pudiera ser un movimiento puramente accidental lo hacemos trascendente y tomamos por sustancia lo que no es sino re-

Valgan estas consideraciones para explicar y justificar este título y estas líneas escritas rápidamente en medio de los aplausos (las balas) y de las reacciones que provocaron en nuestra ciudad y en nuestro país la visita del General De Gaulle. Los aplausos fueron unánimes aunque tuvieron distinto sentido y destinatario: La Nación (Victoria Ocampo, Eduardo Mallea) aplaudían a Francia, Francia, Francia, El gobierno a De Gaulle I (luchador y héroe de la segunda guerra contra el totalitarismo y encarnación de la libertad). La C.G.T. aplaudía a De Gaulle II, líder de

la tercera posición internacional.

Cada uno de los sectores hizo una acumulación de adjetivos que lanzó sin piedad desde días antes de la visita. Todo estuvo perfectamente preparado para que nadie entendiera nada y que la confusión se llevara todo lo que podía tener de positivo la visita de

este "olímpico" contemporáneo.

Pero finalizado el periplo y alejado De Gaulle queda entre nosotros su iconografía, que desprendida de su contexto es aún más peligrosa. Pero la crítica de la iconografía no es sino una precrítica, el descubrimiento de la cuestión, la introducción al "gaullisme", cuyo epicentro es obviamente De Gaulle mis-

mo. "Entre ses armagnacs et ses bourguignons il se fraie una route difficile, ce Charles, plus valois que Bourbon, il me semble: entouré de ses ministres techniciens il me fait penser au sage Charles V et a ses marmousets, a Louis XI, qui s'embrouillait par fois dans ses fice-lles a ces rois qui furent avec Henri IV nos vrais grands rois, eux qui ne travailleront pas pour leur propre grandeur comme Louis XIV, qui maintinrent la France debout et vivant. Et Charles De Gaulle lui aussi..." escribía hace algunos años el académico francés y conocido moralista católico Francois Mauriac 1. Hombre superior, hombre del destino, guía de Francia por su conciencia y por su capacidad, rodeado de técnicos para el mejor cumplimiento de su destino y del destino nacional. De Gaulle es el puente que une la mejor tradición monárquica con la moderna sociedad industrial. O al menos así lo cree Mauriac. Queriéndolo o no Mauriac ha señalado tres elementos importantes para el análisis del "gaullisme", el acendrado nacionalismo, el personalismo y la tecnocracia. Sólo que estos elementos reunidos en un movimiento político no son obra del azar y tienen un significado, un contenido y una razón que van más allá del actor mismo.

Este personalismo (esta palabra tiene en nuestro país todavía no poca resonancia) este personalismo, decimos, es la causa, la consecuencia y la expresión de un fenómeno conocido y estudiado: la despolitización.

La vida política francesa, desde hace dos años se ha reducido a un juego simple y al que no le falta un cierto atractivo: ¿quién es capaz de adivinar o de aproximarse a los pensamientos íntimos del general? Entonces la lógica política se desplaza de los fenómenos económicos o sociales hacia la personalidad del general y se reduce a un análisis de motivaciones, de viejos rencores, antiguas pasiones, designios secretos; es preciso buscar en su pasado, recorrer sus 73 años de vida con una lupa para encontrar el secreto de su política (léase de su éxito). De aquí al mito y del mito a la mistificación hay mucho menos de una pulgada.

1 François Mauriac, le bloc Notes..., en L'Express. 8 de setiembre de 1960. Cuando hace unos meses el General se sometía imprevistamente (para el público) a una operación, el Hospital Cochin desplazaba al palais Bourbon y al Hotel Matignon: el poder y el centro de la vida política francesa se habían desplazado en una ambulancia.

Pero importa señalar en todo caso que no es De Gaulle el que ha inventado esta situación y este clima, es la situación que ha pro-

ducido a De Gaulle.

Serge Mallet lo señalaba muy claramente en un artículo suyo publicado en 1960².

"Se ha dicho todo sobre el carácter cada lado del régimen. No se ha insistido suficienvez más arbitrario, más personalista, más aistemente sobre el hecho de que no se trata, en este caso, de un fenómeno puramente individual, sino de una necesidad imperiosa de la política del capitalismo avanzado condenado por la ambigüedad de sus objetivos a separarse de las fuerzas sociales, que por tradición han constituido el sostén social del régimen sin poder apoyarse en otra fuerza."

Pero si el régimen no puede apoyarse socialmente en las clases que por definición sirve podría acaso asentarse en la nueva clase obrera aparecida con la automatización? No, responde Mallet, por que "los teóricos ocultos del gaullisme saben que no pueden ligar su suerte a categorías cuya naturaleza es precisamente la de cuestionar la autoridad del jefe de la economía y el poder del capitalismo".

Estas necesidades son las consecuencias de la expansión de la economía francesa en la post guerra que se hace regular desde 1950.

Pero la expansión económica y su racionalización a través de los planes cuatrienales no encuentra debida correlación en el sistema político y tampoco en el sistema de los valores sociales (aunque este fenómeno sea menos claramente perceptible que el político). Este decalage se hace cada vez más evidente y ya el lúcido Mendes France trata de ponerle remedio en 1954. La guerra de Argelia, el coletazo final de la guerra, barre con partidos e instituciones, con el sistema, y crea un "vacío de poder" para utilizar la expresión de José Luis Romero, que será llenado por De Gaulle, en 1958.

Este proceso de transformación de la sociedad francesa es de suma importancia para entender la circunstancialidad o la transitoriedad del gaullisme.

Cierto, es difícil predecir sobre la marcha misma de los acontecimientos el grado de transitoriedad que ellos tienen, sólo una perspectiva de tiempo puede en definitiva afirmarlo o negarlo de manera rotunda. Pero no es menos cierto que el mismo fenómeno puede reproducirse o continuar simplemente con un contenido y un significado distinto. (El propio De Gaulle

2 Serge Mallet, Picolli crisis e fondamentali contradizioni del gollismo, en Problemi del socialismo, aprile, 1960. 1964 tiene poco que ver con el De Gaulle 1958.)

Existe sobre la transformación de la sociedad francesa y sobre esta peculiaridad de su transformación un libro reciente, de valor desigual pero útil para la comprensión de este proceso, A la recherche de la France, 3 que a nuestro juicio plantea correctamente (metodológicamente) el problema. Las conclusiones de Francois Goguel son, en todo caso, coincidentes con las de Hofman cuando este afirma:

"la evolución política de Francia después de la segunda guerra mundial no está todavía completamente a la medida de aquella que se ha producido en el orden económico y social" para concluir con un "juicio reservado" sobre la evolución del sistema político francés.

La transformación del propio gaullisme no deja de ser sintomática también de este estado de cosas: en 1958 De Gaulle aparece como un conservador (del orden, de la tradición, de la economía, de los valores) mientras que en 1963 aparece como un renovador prudente cierto, pero renovador.

El cambio de ministerio económico es sugestivo: 1958 Antoine Pinay, 73 años, conservador clásico, liberal, monetarista, libre cambista; en 1963 Giscard d'Estaing, 38 años, "técnico", partidario de la planificación indicativa, y este cambio de ministro de economía se complementa luego con un cambio de primer ministro: la sustitución del "político" Debré demasiado comprometido con el golpe de estado del 58 por el tecnócrata representante del gran capital francés, Pompidou.

De Gaulle y el gaullisme sólo son comprensibles en este proceso de transformación de la sociedad global francesa y de allí que no pueda hablarse de gaullisme como movimiento político, por que no es sino la expresión política de un cambio social. Pero esta afirmación no puede ser la conclusión de un análisis, sino el comienzo de un análisis riguroso, análisis que por otra parte supera las posibilidades de este artículo. Toda simplificación, aun correcta como pensamos que es la nuestra, tiene inexorablemente como consecuencia una limitación de la problemática y es por consiguiente parcialmente verdadera y parcialmente falsa. Es verdadera en la medida en que se acepta su limitación y se precisa la necesidad de reintegrarla en un cuadro más amplio. Falsa si se la considera en sí como valor absoluto.

Pero esta transitoriedad tiene no poca cosa de definitivo: la cuarta república ha desaparecido para siempre junto con la vieja sociedad francesa y nadie podrá desenterrarla. Las formas sociales y políticas viejas no tienen todavía un modelo sustitutivo, pero éste ya comienza a dibujarse. La quinta república parece por ahora como la conciencia de la

3 Hoffman, Kindelberger Wylie, Pitts, Durosselle, Goguel: A la recherche de la France, Seuil, 1963.

muerte de formas perimidas más que como el principio de organización de una nueva sociedad política. El "vacío de poder" que llena en este momento De Gaulle es posible que le sobreviva si desaparece, pero probablemente las condiciones hayan cambiado de tal manera que no sea necesario un general sino un sistema para llenarlo.

EL GOLISMO EN LA ARGENTINA

Si bien es cierto que parecen no caber demasiadas dudas sobre la naturaleza del gaullisme français, las hay en cambio cuando éste salta el atlántico y se radica entre nosotros. En efecto, asistimos entonces a la paradoja de "un líder de la derecha francesa que se transforma en el ídolo de las izquierdas latinoamericanas", como escribiera hace poco tiempo el periodista argentino Rogelio García Lupo. 4

La expresión es abusiva en sus dos términos: el mismo García Lupo se rectificó luego en su libro ¿A qué viene De Gaulle?, mostrando muy justamente que De Gaulle no es el líder de la derecha francesa (de la derecha clásica) sencillamente porque su política no es (ni el contenido ni en el estilo) una política de derecha clásica, ni es tampoco el "ídolo" de las izquierdas latinoamericanas, salvo que se identifique peronismo con izquierda latinoamericana, es decir izquierda como sinónimo de movimiento político de alianza entre la burguesía nacional (donde ésta exista) y clases populares bajo la dirección de aquella, y aun en estas condiciones el término parece exagerado.

Sin embargo no por ello la posibilidad de esta trasmutación marítima desaparece totalmente, pero ella debe. para ser real, plantearse no en términos ideológicos o doctrinarios sino meramente pragmáticos y circunstanciales. Puede un representante del gran capital francés ayudar a la liberación de los países del tercer mundo? Si, claro que sí, siempre que el tercer mundo que trate de librar no le esté sometido.

Y siempre que el país esté políticamente preparado para recibir la ayuda.

Para jugar este rol de "sostén" no es necesario ni la quiebra de las alianzas, ni una competencia por los mercados entre los Estados Unidos y sus aliados ni una política exterior agresiva: sólo es necesario en nuestra época una disminución de la tensión internacional. En estas condiciones Inglaterra puede comerciar con China Comunista, Alemania Occidental con Rusia, Francia y España con Cuba.

Pero planteada en estos términos este tipo de actitudes tiene más un carácter oportu-

4 García Lupo, Rogelio, L'imagerie gaulliste en Amérique Latine en France Observateur, 21 de mayo, 1964, y A qué viene De Gaulle. Jorge Alvarez Editor, 1964. nista, pragmático, circunstancial que político. El hecho de que España comercie con Cuba no puede convertirnos en franquistas. El hecho de que De Gaulle reconozca a China y comercie con Cuba no puede transformarnos en golistas. Aceptar y aprovechar estas contradicciones es un asunto, transformarlos en dectrina parece abusivo.

Pero puede sostenerse que la política exterior francesa va mucho más allá de la mera circunstancia y se integra en una estrategia cuyo objetivo más terminante es la ruptura de la alianza con los EE. UU. y su transformación en potencia "neutral" o "tercerista". En este caso las consideraciones que caben son ciertamente otras.

¿ Pero existe esta voluntad de ruptura (ya que no existe por ahora en los hechos)? ¿ Ella es posible? ¿ Necesaria?

Para el caso la respuesta estaría en un análisis de las relaciones entre Francia y los EE. UU. después de la guerra, las relaciones de los EE. UU. con los países europeos y el nacimiento del Mercado Común, por una parte, y los cambios socio-económicos producidos en Francia en esta misma época, a los que ya aludimos.

Sin ánimo de jugar con las paradojas podríamos decir que son las relaciones con los EE. UU., en cierta medida, las que empujan los cambios socioeconómicos y que son estos los que obligan luego a revisar aquellas.

Pero de la misma manera que nadie negaría hoy la nueva estructura socioeconómico francesa, tampoco nadie negaría la necesidad de revisar aquellas relaciones fundadas sobre todo en la doble necesidad del capitalismo francés de sostén económico y protección militar. Pero hasta dónde alcanza esta revisión? En otros términos phasta dónde va la necesidad de independencia del capitalismo francés? Gilles Martinet sostiene que la burguesía europea no puede prescindir de la protección militar de los Estados Unidos. En todo caso la force de frappe de ninguna manera se sustituve a esta protección.5

Es cierto que Francia comercia con Cuba. Pero no es menos cierto que en momento de la crisis del Caribe, cuando Kennedy ordena el bloqueo a la isla v abre una crisis mundial de alcances imprevisibles, el general De Gaulle telegrafía al presidente americano para manifestar la absoluta solidaridad de Francia con su política, pese a que no había sido consultado.

Es cierto que Francia reconoce a China Comunista, pero permanece en Berlín al lado de los Estados Unidos. En los hechos la política exterior inglesa es o ha sido mucho más "antiamericana" en la medida en que ha seguido comerciando con China pese a mil protestas americanas.

5 Gilles Martinet, L'avenir du gaullisme, in Revue Internationale du socialisme, número 8. Así, pues, la independencia de política exterior francesa puede describirse mucho más como la estrategia de un peón que quiere pasar a ser socio de la firma, que la de un peón

que quiere montar otra empresa.

Este tipo de política, de liberación restringida puede encontrar en América Latina sostenedores y émulos. Las burguesías nacionales o industriales, en los países en que tienen poder (poder 'real o poder de negociación) pueden muy bien aprovechar este cambio de política exterior francesa. Ellas están casi en la misma condición de Francia con respecto a los EE. UU., obligadas a independizarse de ellos para su propio desarrollo (como clase): no pueden permitir que los americanos la abandonen contra dos rivales igualmente poderosos: las oligarquías conservadoras y las clases populares con el apoyo eventual de los países socialistas.

Nuestras burguesías no pueden subsistir sin el apoyo de los Estados Unidos pero no pueden tampoco consolidarse primero ni desarrollarse luego sin una relativa independencia de los Estados Unidos. La política y el mensaje gaulliste le están dirigidas casi con exclusividad.

Más confusa fue la puerta que se abrió al golismo en nuestro país, pues fue Perón mismo, invitando a sus partidarios a recibir al general francés "como si fuese yo mismo", diría, el que sembraría el desconcierto entre partidarios y adversarios. En efecto, Perón le proclamaba el líder del tercer mundo y le otorgaba un certificado de amigo del pueblo. A esto se sumaron los comentarios desfavorables con que los órganos de expresión de la oligarquía argentina recogían las incidencias de la política exterior francesa. Si Perón está a favor de De Gaulle y la oligarquía en contra, la elección para izquierda nacional no parece demasiado complicada.

Y el motor de esta confusión era una incógnita: la gira misma que anunciaba el gobernante francés. En efecto demasiado fresco el reconocimiento de China y el recuerdo de las posiciones francesas en Ginebra, el viaje presidencial podía inscribirse con bastante facilidad en una cruzada antiamericana. Y en cierta medida lo era. Pero la confusión y las ambigüedades fueron desapareciendo a medida que el presidente descendía el continente, absolviendo

posiciones a pesar suyo.

El panorama que la diplomacia francesa imaginó para la gira era el de un continente hirviendo de antimperialismo, deseoso de liberarse pero impotente, al que habría que calmar y ofrecer esta tercera vía en lugar del socorro rojo. Hasta el Perú (inclusive) el general De Gaulle no sólo no recibió esta impresión de opresión sino que muy campantes los presidentes de Venezuela y Colombia le reprocharon su excesiva liberalidad con Cuba. El presidente demócrata cristiano Belaunde Terry se apresuró a señalar que con Francia sólo había vínculos afectivos, dicho en perfecto

francés para que no hubiera dudas. Así pues el general recibía calurosos aplausos pero ningún eco para su política: el mito era demasiado embriagante, y suministrado en dosis execesivas terminó por ser contraproducente. Y naturalmente, crecía la inanidad de las declaraciones gaullistas y se evaporaban las reticencias de la gran prensa argentina y a medida que éstas desaparecían nacían en las fuerzas populares. El panorama comenzaba a aclararse.

En la Argentina los peronistas de acuerdo a la orden recibida se preparaban a acoger al líder de la tercera posición internacional. Cuando De Gaulle se fue, la izquierda peronista advirtió muy justamente el carácter puramente instrumental —para ellos— que había tenido la visita. El semanario "Compañero" del 10 de octubre lo dijo en grandes titulares: la visita del general De Gaulle sirvió para mostrar etc. más abajo "Perón, Perón era el grito de la multitud etc." Y en las páginas centrales explicando el sentido de la visita sostenía que no había que "hacerse ilusiones" aun reconociendo el aporte positivo que a la causa de la liberación nacional podía hacer la política exterior francesa actual.

"El Economista" por su parte recibía al presidente francés con calurosa bienvenida y "La Nación" y "La Prensa" rivalizaron en edicio-

nes enteras de homenaje.

Es demasiado pronto para extrar conclusiones definitivas, pero el tono de los discursos y lo que ha trascendido de las conversaciones privadas nos dejan suponer (con la mayor parte de los países visitados) acuerdos comerciales. Si la lucha de mercados existe, o no es muy aguda o no es por el momento América Latina el terreno donde ella se libra. Si Francia no es mucho lo que dejó en esta ocasión, tampoco es mucho lo que se llevó en este terreno. Pero en cambio desde un punto de vista exclusivamente político la gira fue un éxito rotundo para el general. Cuando se habla de la necesidad de prestigio que tiene el estadista francés se piensa en términos de megalomanía. Puede que sea cierto, puede que no lo sea, pero lo que es cierto que el general necesita objetivamente esta aprobación multitudinaria para proseguir su política nacional. De Gaulle no tiene oficialmente partido y a él le repugna la idea: su reelección depende del grado de popularidad, más que de popularidad de convicción generalizada, de unanimidad, reconocimiento universal de su talento de estadista y de su devoción a Francia. Esta idea abre después de la votación el camino a un pragmatismo sin fronteras ni barreras, dentro del cual puede moverse con absoluta tranquilidad.

Pero si la oligarquía ya no tiene reticencias, si las clases populares no se engañan, si De Gaulle no ha venido a conquistar mercados, si su tercerismo no es más que una opción dentro de occidente, si De Gaulle es el representante del gran capital francés y a la vez

expresión de una sociedad en rápida transformación, si su viaje no es una cruzada antiimperialista, a quien sirve aquí su viaje, es decir quienes son los golistas argentinos? Cabe una doble respuesta: golistas "doctrinarios" partidarios de un gobierno fuerte, militar, y eventualmente desarrollista, nacionalista, paternalista con los sindicatos. Golistas circunstanciales, partidarios de aprovechar la política exterior de De Gaulle: esencialmente la burguesía industrial argentina, la joven burguesía industrial prisionera de la ambigüedad que ya hemos señalado: necesidad de protección y de apoyo de los Estados Unidos. Y naturalmente detrás de la burguesía todos los que creen que ella.

La chance del golismo en la argentina decía García Lupo, "está vinculada con sucesos de contenido revolucionario, porque la única fuerza que podría apoyar el gaullismo es también la única que se encuentra expresamente excluida de la posibilidad de llegar legalmente al poder".

Resulta difícil aceptar esta conclusión que parece una contradicción en sí misma: en efecto identificar peronismo y golismo sólo es posible si se identifica peronismo y burguesía industrial y en este caso ¿para qué la revolución? Y si por el contrario hay revolución, ¿para qué el golismo?

Nosotros más bien pensamos que las chances del golismo en la Argentina están en las manos de los golistas circunstanciales, que de paso están en el poder, de a ratos, porque el poder hoy en la Argentina es como una calesita, y el tío Sam que conduce la misma lo entrega hoy a uno, mañana a otro.

FRANCISCO J. DELICH



Un análisis "marxista" de la realidad argentina

Este libro de Benito Marianetti 1 no trae, sin duda, ningún aporte que medifique (o siquiera enriquezca) la ya divulgada interpretación que el grupo dirigente del Partido Comunista Argentino hace del pasado y del presente de nuestra sociedad.

Argentina, realidad y perspectivas, no es nada más que un servicial marco de referencia en el que pueden encuadrarse las tesis programáticas del PCA, aprobadas en su XII Congreso, como resumen de casi cincuenta años

de actividad política.

El análisis del pasado y del presente se entrecruza con la mera voluntad de justificar esas tesis; no hay en el libro de Marianetti (como no lo hav en el conjunto de la producción teórica de los comunistas argentinos) la más mínima intención de hacer partir el análisis desde un examen concreto del mundo real. La realidad queda desvanecida en un universo formal de esquemas justificadores que racionalizan una conducta política para el presente. Se trata de casi 600 páginas desbordadas por la ideología, donde la dialéctica entre pasado histórico y actualidad política queda destrozada hasta transformarse en una carica-tura, en la cual la "continuidad" de los hechos se ve forzada voluntarísticamente a fin de encuadrarla en las mezquinas necesidades prácticas del momento. Pero si el libro de Marianetti es incapaz de demostrar la existencia de una continuidad real de la voluntad nacional-popular en la Argentina a partir de sus proposiciones, puede, en cambio, revelar una congruente (aunque a veces ecléctica) continuidad de errores en el análisis de la realidad social por parte de los comunistas argentinos, alimentada por la misma deformación metodológica.

En el examen del pasado, la historiografía comunista local no ha avanzado nunca más allá de Mitre o de Ingenieros. Del primero le sedujo el economismo con que planteaba la disyuntiva progreso burgués-reacción feudal; del segundo, la valoración ideológica y moralista de ese mismo conflicto, aparente clave de

1 Argentina, realidad y perspectivas, Editorial Platina, Buenos Aires, 574 páginas, 1964.

nuestra historia. No hay en la bibliografía comunista argentina una crítica de fondo a la versión liberal de la historia argentina; en todo caso, lo que se halla es un reclamo ante la imposibilidad que el liberalismo tiene para comprender los conflictos de hoy: el "marxismo", como en un juego de postas, vendría en su reemplazo, como legítimo continuador de ese pensamiento.

Porque de lo que parecería tratarse es de descubrir el hilo de la "tradición progresista". Una vez encontrado, la inserción de los comunistas en ella (y, por delegación vicaria, también del proletariado) sería una operación relativamente sencilla. "Pero —pregunta Agosti, en un trabajo de 1956, que fue aprobado como base general para el trabajo crítico de los comunistas— ¿qué es la tradición progresista, qué entendemos nosotros, argentinos, por tradición progresista?". Y responde: "Tradición progresista es todo cuanto está enderezado a prolongar la línea de la tradición de Mayo, es decir, la línea de la revolución burguesa, es decir la línea que procuró a su debido tiempo la aceleración del desarrollo capitalista en la Argentina".

A partir de este postulado, es posible ya comenzar a explicarse muchas cosas y no sólo relativas al análisis histórico: también por qué al PCA le resulta tan difícil establecer relaciones dinámicas con la sociedad real y con las clases destinadas a conformar el bloque revolucionario. A partir de ese postulado surge con suficiente nitidez el por qué de la marginalidad orgánica del PCA.

Marx creó un modelo teórico para el estudio de la acumulación capitalista. Ese modelo estaba lógicamente condicionado por el material concreto utilizado: la historia del desarrollo capitalista de Europa y principalmente de Inglaterra. Esto no es un "defecto" de Marx; resulta lógico que para definir ese modo de producción abstrayese sus rasgos de las sociedades en donde ellos se habían dibujado con mayor nitidez.

Pero, como nunca un "modelo" agota el examen de la historia concreta (ni siquiera cuando el mismo se aplica a realidades bási-

camente similares), menos habrá de suceder ello, cuando se trata de realidades disímiles: en ese caso, la particularidad de los rasgos con que se da la transformación social requerirá pautas distintas para el análisis. Del modelo de Marx se deducen una serie de leyes generales que efectivamente describen e interpretan al capitalismo como formación social. Pero la historia concreta nos indica que todo el proceso de desarrollo capitalista en los países centrales se afirmó sobre la base de la explotación - primero comercial, luego financiera- de los países de la periferia. La historia concreta de la sociedad argentina, la historia del crecimiento de las relaciones capitalistas, y si se quiere transportar la oposición a niveles morales o ideológicos, la historia de la lucha entre una "tradición progresista" y una "tradición reaccionaria", debe plantearse, en nombre de las hipótesis marxistas y no del catecismo, a partir de un esquema de desarrollo capitalista para los países dependientes, que no es igual que el esquema de desarrollo capitalista para los países centrales.

La historiografía comunista local ubica a nuestro siglo xix en el marco de las revoluciones burguesas clásicas y de él saca las categorías para el análisis, cuando lo correcto es ubicarlo en el marco de la historia de la expansión colonial de los países centrales y determinar, a partir de ello, cuáles eran las tendencias reales que hubieran posibilitado un desarrollo capitalista autónomo y cuáles las que impulsaban aún más, a pesar de ser "burguesas", la marginalidad argentina como apéndice del centro de iniciativa mundial.

Aplicando el modelo de los países centrales a la historia nacional, la historiografía comunista debe utilizar las categorías que hereda del mismo, sin recabar antes su real operatividad. Estereotipa, en primer lugar, un feudalismo agrario y encuentra que su superación histórica sólo puede hallarse en la burguesía mercantil. A partir de allí, todo lo que representa los intereses de esa burguesía mercantil (aún cuando desde un principio ella sea "burguesía compradora", porque crece con la expansión del mercado exterior y no del mercado interior) es "progresista" y todo lo que se opone a ellos, "reaccionario". Utilizan a Engels ("La luchas campesinas en Alemania", por ejemplo, es un título reiterado en el trasplante) a fin de resaltar el papel progresivo de las ciudades, sin determinar cuáles eran los ragos de estas ciudades americanas que pudieran emparentarlas con las ciudades europeas, o mejor, transalpinas.

Al aplicar el modelo de los países centrales se olvidan de toda la peculiaridad del proceso en los países periféricos, descartando por ejemplo el menudo hecho que en la Argentina el impulso "burgués" o el desarrollo de la "tradición progresista" (para usar las palabras rituales) no era producto —en ese momento de consolidación del mercado europeo, de

acrecentamiento de la división mundial del trabajo y, por lo tanto, de desarrollo de la expansión colonialista— del crecimiento de fuerzas endógenas, sino la impostación coercitiva de formas de producción que no contribuían a robustecer en la sociedad local un mercado interior capitalista integrado, sino que, por el contrario, tendían a estructurarlo en su conjunto, aún permitiendo el crecimiento residual de capas burguesas locales, como "campaña" de la "ciudad" que era la metrópoli europea.

La oposición mecánica y libresca de las categorías "burguesía" y "feudalismo" tal como se leyeron en las vulgarizaciones de Marx, preside la historiografía comunista local, aislándola de la interpretación científica de los conflictos en la sociedad nacional y fijando las lineas de una estructura de pensamiento cosmopolita, no nacional-popular, que se expresa también en el enfoque de la historia presente.

La Argentina es, a fines del siglo xix, un ejemplo apodíctico, según Lenin, de aquellos países, producto de la expansión colonialista, que se hallaban en "una situación tal de dependencia financiera con respecto a Londres que se la puede calificar de colonia comercial inglesa". Todos los intentos por procurar "la aceleración del desarrollo capitalista en la Argentina", que, según la historiografía comunista local, conforman nuestra "tradición progresista", se sostuvieron, precisamente, sobre la base de abrir de manera indiscriminada las puertas de la Nación al capital comercial extranjero. Esa clase dominante que, en el maniqueísmo burgués-feudal de la historiografía comunista, representó el "progreso" fue, pues, la principal responsable de nuestra integración al mercado mundial como potencia periférica, a través de un proceso de colonización "persuasivo" que Lenin definiera tan rotundamente.

Es que para poder establecer cual es la "tradición progresista" en un país periférico, resulta imprescindible determinar previamente si para fomentar el desarrollo capitalista autónomo tiene más importancia la defensa de la autodeterminación nacional, aún en los marcos de una sociedad todavía no integrada en el capitalismo de manera definitiva, o la inducción de desarrollo "moderno" a través del capital extranjero. Marianetti, siguiendo la línea historiográfica de los comunistas locales, opina que lo segundo es lo decisivo.

Es interesante, de todos modos, rastrear a través de las páginas de Argentina... de qué modo la endeblez de la teoría permite que se manifiesten gruesas contradicciones.

En el cuadro de la inexistencia de una política comunista integradora de lo nacional, Marianetti se ha visto siempre tentado (y se le ha reprochado ello muchas veces por sus camaradas) por un larvado regionalismo que, a veces, lo exalta: "Nosotros, es decir los provincianos, vivimos ahora a expensas de lo que

quiere darnos el poder central" (pág. 503). Ese provincialismo explica por qué Marianetti, sin salirse en lo esencial del iluminismo que nutre a la teoría histórica y política de los "marxistas" del PCA (es decir, exagerando en primer lugar el papel de las élites burguesas y disminuyendo el de las masas) suele vacilar en la defensa incondicional del papel "burgués progresista" de Buenos Aires y, por ejemplo, intenta una tímida explicación de los caudillos del Interior, porque "se ubicaron a pie firme en el proceso histórico argentino" (51), aún cuando el "interior había sucumbido no por culpa de Buenos Aires" (50), sino porque representaba al precapitalismo, "y en ese sentido, Buenos Aires representaba el progreso burgués" (50).

Los caudillos, pues, "no eran extraños a la realidad nacional" (51), pero "históricamente tenían perdida la batalla" (50). ¿Por qué, entonces, si "el interior había sucumbido no por culpa de Buenos Aires", "la culpable de la situación es la oligarquía terrateniente y ganadera de Buenos Aires"? "Han sido y son—agrega— los grandes intereses económicos y mercantiles, ayer de los comerciantes criollos y extranjeros, hoy de los monopolios, de la oligarquía, los que han deformado la realidad nacional y los que han creado situaciones de diferenciación entre las provincias del interior y Buenos Aires" (48).

Tan grande es el rigor catequístico del comunismo local, que estas audacias de Marianetti han merecido severa condenación por parte de un comentarista ortodoxo de su libro, en una de las últimas ediciones del semanario "El Popular". Las contradicciones de Marianetti pueden seguirse permanentemente. En una misma página (55) Rivadavia es "visionario y realista", si bien "demostraba ignorar al país real". Con diferencia de dos páginas, Dorrego se transforma de representante "de los intereses conservadores, de los grandes hacendados y terratenientes de Buenos Aires" (55) en alguien con cuyo gobierno "pudo haberse abierto una etapa de tranquilidad y de progreso" (57).

En un momento determinado parece entender la clave de ese período histórico y dice: "Esta etapa de la historia argentina es la de la penetración abierta y prepotente del imperialismo británico en el Río de la Plata y en nuestros asuntos en particular" (57). La utilización de la lógica más elemental haría que cualquier juicio histórico debiera pronunciarse en relación con esa premisa, pero como la liturgia es más prepotente que la lógica, Marianetti prefiere valorar a Rivadavia con calificativos éticos: "era un argentino progresista y de buena fe", aunque el autor considera que "cometió el error (sic) de creer que los ingleses podrían ser nuestros aliados en la lucha por el desarrollo nacional" (57). Menudo error, sobre todo después de haber definido la época como época de "la penetración abierta y prepotente", etc.

Sigamos. Sobre la Constitución del 53, opina que "es una carta para la época del desarrollo burgués, al que abre posibilidades" (63), aun cuando "al final de cuentas los que habían derrotado a Rosas eran terratenientes y ganaderos como él. Si bien había diferencias en lo político y no muy pronunciadas, en cam-bio en el terreno económico y social esas diferencias eran imperceptibles o, sencillamente, no existían" (136). Con respecto a la presidencia de Mitre opina, candorosamente: "Se levantan colegios y escuelas, se inauguran va-rias líneas férreas, se fomenta la inmigración europea y la manufactura inglesa abastece el mercado nacional. El país en su conjunto entra en un nuevo ritmo y en un nuevo quehacer. Sobre todo —concluye triunfalmente— hay confianza en el futuro" (64). Todo lo cual no le impide que dos renglones más abajo censure la participación argentina en la guerra del Paraguay, pues con ella "se quería abrir el Paraguay a la penetración inglesa", es decir, obtener por medio de la fuerza armada lo mismo que Gran Bretaña había ya obtenido de la Argentina gracias a la complicidad política de su clase dirigente.

Todas estas contradicciones no tienen otro origen que el deficiente examen que la historiografía comunista ha realizado del pasado argentino, destinado a inventar una inexistente "tradición progresista" a través de rastrear en las élites políticas las equivalencias de la oposición burguesía- feudalismo que requiere la aplicación mecánica del modelo clásico. Y las contradicciones se agravan cuando Marianetti, con más buena voluntad que rigor científico, trata subrepticiamente de evadirse del cánon.

No habrá posibilidad ninguna de estudiar científicamente la lucha de clases en el pasado argentino, sino se comienza por englobar el conjunto de esa investigación en el marco del desarrollo capitalista en los países explotados, en el siglo xix, por la expansión colo-Todo lo otro será mera ideologización. pues la historia de una "tradición" nacional, debe ser historia del desarrollo autónomo de una comunidad (y de sus orientaciones ideales), no de la ideología burguesa europea "moderna" trasplantada a esa realidad. La "modernidad" y el "progreso" sólo pueden medirse en términos de un tiempo histórico concreto, nacional-popular, no en términos de un tiempo universal, abstracto, que desdeña la división del mundo en países explotados y en países explotadores. En manos de la burguesía compradora toda la "tradición progresista" de nuestro crecimiento capitalista fue sólo una manifestación de las leyes del desarrollo combinado. Así entramos al mercado mundial: con una superestructura institucional e ideológica "liberal", aparentemente moderna, pero en realidad cosmopolita, que no encontraba justificación real en nuestro objetivo económico, sino en otras estructuras: las del capitalismo internacional, a las que había contribui-

do a expander.

Todas estas consideraciones generales, sólo apuntan a fundamentar la necesidad de desarrollar una serie de investigaciones metodológicas y también monográficas, tendientes a crear un modelo para el estudio del proceso histórico argentino que supere la inanidad de la teoría clásica, sea ella liberal o "marxista", de la que el libro de Marianetti es apenas un testimonio, al nivel de un manual de vulgarización.

Pero para redondear el sentido de esta nota interesa ver algo más: ver cómo el enfoque histórico no es, en los comunistas argentinos, sino una suerte de prólogo necesario, justificador, de su teoría política. Hay siempre una relación de interpendencia entre la deforma-ción del pasado y la imposibilidad de comprender científicamente el presente, porque en el fondo se trata de la misma incapacidad para utilizar al marxismo como teoría experimental que ayude a conocer y a transformar el mundo real.

La imposibilidad de establecer esta confrontación entre teoría y realidad social determina que el moralismo y la ideología de los conflictos reales, aparezca en las formulaciones políticas del PCA ante cada nudo histórico.

Esto se ve con claridad en lo que fue el fracaso más estrepitoso de la historia del grupo dirigente del PCA: el que se expresa en el momento de la Unión Democrático, cuyas repercusiones se siguen viviendo. El período 1941-1945 fue una prueba de fuego: virtualmente se consolidaba recién el grupo dirigente, tras un período (1918-1930) de enconadas luchas internas y tras otro (1930-1940) en que los muchos errores cometidos se atribuyen a la ausencia del país de sus líderes más conspicuos, especialmente Victorio Codovilla.

Marinetti dedica muchas páginas de su libro —un capítulo entero y algo más— a jus-tificar la corrección de la línea política que llevó a los comunistas a integrar, tras ser sus promotores más entusiastas, las filas de la Unión Democrática.

Ellas están construidas con el mismo método con que construye la indagación del pasado histórico. En ningún momento el peronismo queda explicado por razones concretas del desarrollo económico, social y político argentino; de lo que se trata es, meramente, de un capítulo más de la lucha entre el dualismo "civilización" y "barbarie", transfigurado en "democracia" y "naziperonismo". Todo el conflicto real que para la sociedad argentina suponía el crecimiento industrial con la aparición de nuevas clases; la necesidad inevitable que esas clases tenían de participar en la conducción del Estado; la caducidad, en fin, de una estructura de poder que se sostenía residualmente, frente a la emergencia de nuevas fuerzas sociales, no halla lugar en el análisis. Ese nudo de contradicciones que se desata a comienzos de la década del 40 es formalizado,

cristalizado, a través de la utilización de una sola oposición: fascismo o democracia. Toda la riqueza del proceso (¡entre otras cosas encerrando, nada menos, que la aparición de un nuevo proletariado!) queda, para Marianetti, aparentemente atrapada en esa disyuntiva.

No importa, de ninguna manera, que el grueso de la coalición "antifascista" agrupara a los sectores sociales más retrógrados del país y contara con el apoyo entusiasta del imperialismo yanqui, que culminaba por entonces su proceso de hegemonización de la economía argentina: no importa todo eso, "en la Unión Democrática... estaban, en una palabra, aquellos que habían estado por la causa de la

civilización y la democracia" (440).

Como para el pasado histórico, ni el más remoto análisis clasista participa del método con que Marianetti y sus camaradas afrontan la realidad argentina. Su nominalismo, que les hace ver "tradición progresista" en los ideólogos de un desarrollo burgués cuya base real de sustentación se hallaba en el capitalismo internacional, los lleva a sacrificar las posibilidades de análisis de una situación concreta a favor de la utilización de un rótulo.

Si para la historia, todos los problemas se resolvían a través de la aplicación mecánica de la opción burguesía-feudalismo, como en los términos contradictorios del modelo europeo, forzando los hechos e inventando categorías, para la política surgirá nitidamente, como mero desarrollo de esa aberración metodológica, la necesidad de colocar los términos reales de la lucha de clases en la Argentina dentro de los moldes formales de una oposición principal entre "fascismo y democracia" que, como los hechos lo revelaron rápidamente, no los contenía.

Marianetti revela con tanta claridad en su libro la clave de este pensamiento a espaldas de la realidad nacional, que en un momento determinado ilumina en tres renglones, con mayor precisión que la que pueden dar muchos tomos, las raíces de una estrategia que llevó al fracaso, que determinó, al cabo, ese "descuento entre el ascenso democrático de las masas y la carencia de un fuerte Partido comunista"" (349) por el que, fugazmente, se lamenta. Dice, en efecto, resumiendo la necesidad histórica y la posibilidad política de la UD: "si se habían unido en una acción coincidente países que tenían distintas organizaciones sociales, políticas y económicas, como la URSS y Gran Bretaña, para vencer a un enemigo común, una situación semejante se planteaba en el orden interno de cada país" (452).

El tema de la UD ha de ser por mucho tiempo algo esencial para el debate político e histórico que se centre en el análisis de las dificultades, aparentemente inexplicables, de la inserción de las izquierdas (en especial del PC, a quien obviamente le cabe la responsabilidad mayor) en la realidad. Resulta necesario insistir en que la política comunista entre

1941-1945 (con sus derivaciones posteriores) es la "obra maestra" de un elenco dirigente, el primer producto de su maduración orgánica, la revelación más clara, por lo tanto, de lo que un equipo de cuadros políticos siente como aplicación de una estrategia de la Revolución Argentina.

Con otros condicionamientos, que promueven particularidades distintas, se trata de la misma línea general puesta en acción alrededor de la candidatura de Frondizi (1958) y la candidatura de Illia (1962). Y es la misma estructura analítica acerca de la realidad nacional, resumida por el programa aprobado por el XII Congreso del PCA, reunido en

Se podría seguir insistiendo sobre las maneras concretas con que esa deformación iluminista impregna todas las concepciones del PCA, a través de lo que informe el servicial libro de Marianetti. Toda la teoría del equipo dirigente sobre la "revolución democrática burguesa" en la Argentina se funda en esos puntos de partida; la continuidad con el pasado se establece a través de una tradición de "progreso" encarnada en el siglo xix por la burguesía compradora y sus ideólogos y prolongada en el siglo veinte por un proletariado que se transforma en heredero de ella y que debe cumplir, antes que nada, esas metas burguesas que quedaron en proyecto.

Si lo predominante en el campo sigue siendo el "feudalismo" (aunque ahora la expresión sea retocada, del mismo modo que ya no se habla en los documentos oficiales, de "revolución democrática burguesa"), resulta lógico que el objetivo fundamental sea el procurar allí el fortalecimiento de estructuras capitalistas. Así, en el programa del PCA, que recuerda y glosa Marianetti, se postula entregar la tierra en parcelas a los obreros rurales y a los peones "que quieran formar su hogar con chacra propia" (181). Marianetti, exagerando algo las cifras, dice que hay en el país un millón y medio de obreros rurales; es decir un millón y medio de proletarios a quienes, en nombre de la lucha contra el "feudalismo", el PCA les propone que se transformen en . . . propietarios capitalistas.

Del mismo modo, si el imperialismo es un pulpo que desde el exterior absorbe nuestras riquezas, condenándonos a reforzar esa estruc-

tura "feudal" para sostener una economía agropecuaria, parece una conclusión lógica opinar que al imperialismo le interesa que la industria no se desarrolle (207) y que "muy pocas inversiones (yanquis) se destinan a la manufactura" (206), estableciendo una relación directa entre desarrollo industrial e independencia nacional. Pero resulta que el fenómeno imperialista en los países de desarrollo combinado como la Argentina, no se ajusta a esa lógica tan simplista: las propias cifras que páginas después da Marianetti (págs. 216 a 220) demuestran que aquello de que "muy pocas inversiones yanquis se destinan a la manufactura" es un postulado deficientemente probado. Planteada en los términos en que lo hace el grupo dirigente del PCA, la crítica al imperialismo (como enemigo del desarrollo industrial) es contradictoria e ineficaz; con esos argumentos, por ejemplo, se hace imposible destruir ideológica y políticamente al "desarrollismo" frigeriano.

Y de ahí se salta a lo político: si la meta es la "revolución democrática burguesa", Frondizi puede ser "presionado" e Illia también, en nombre de alguna "brecha democrática" que "si bien no propone substanciales reformas estructurales del país (...) puede abrir una perspectiva" (363), culminando así un pensamiento transformista que coincide con los sueños de las capas medias. El radicalismo, por lo tanto, pese a las pasadas (y eventualmente a las futuras) "traiciones", "tiene mucho que andar en nuestro país", hasta el punto que "ningún movimiento de envergadura y mucho menos el Frente Democrático Nacional podrá prescindir de esa fuerza histórica" (364).

Hasta aquí el libro de Marianetti, cuyo único valor es testimonial. Testimonio de una esclerosis de pensamiento; de una incapacidad inaudita de plantear y resolver originalmente los problemas de la realidad argentina en su pasado y en su presente; pero testimonio también de la grosera fatuidad de un grupo dirigente que es capaz de pensar y decir, como lo hace el autor en la página 348: "en Cuba, por ejemplo, sin la presencia de los comunistas la Revolución no hubiera avanzado mucho". Y no queda nada por agregar.

JUAN CARLOS PORTANTIERO

Valorización de la Fenomenología del Espíritu

El siglo xx es el siglo de la renovación del hegelianismo. El pensamiento contemporáneo en sus tres vertientes, la derecha, el centro y la izquierda, scan éstas cuales fueren, va llegando lenta pero firmemente a la toma de conciencia de sus raíces históricas en la gran época del Romanticismo Alemán y, con él, en Hegel. A partir de 1905, fecha en que Dilthey da a conocer por vez primera el pensamiento del joven Hegel, a lo cual se-guirá la publicación de los "escritos juveniles" por Nohl, el estudio de Hegel se va ahondando, va calando en la conciencia filosófica del presente y actúa como la fuerza secreta que vivifica las manifestaciones más heterogéneas del pensamiento. Y decimos fuerza secreta porque se da el hecho paradójico de que ni la fenomenología, ni el existencialismo, ni el marxismo, ni el pragmatismo, ni el positivismo lógico, ni el neoagustinismo, han reconocido el verdadero significado de su filiación hegeliana. Es como si este reconocimiento implicara un cambio profundo de la perspectiva filosófica al cual estas filosofías se resisten tenazmente. Porque, en verdad, reconocer en su pleno significado la raíz hegeliana del presente trae consigo, entre otras cosas, la valoración de toda la posteridad hegeliana, del positivismo y el historicismo del siglo xix y, con ello, la necesidad de escribir de nuevo la historia del pensamiento contemporáneo, necesidad que no dejan ver los prejuicios de las facciones en lucha. Esto que decimos se confirma, como excepción a la regla, en Merleau-Ponty, el filósofo francés en cuya obra el movimiento fenomenológico fundado por Husserl llega a la plena conciencia de sí mismo. En su notable ensayo sobre el Hegel de la Fenomenología del Espíritu titulado El existencialismo y el marxismo de Hegel nos dice: "Hegel es el punto de partida de todo lo grande que se ha hecho en filosofía desde hace un siglo: del marxismo ,de Nietzsche, de la fenomenología y el existencialismo alemanes, del psicoanálisis. Inaugura la tentativa de explorar lo irracional e integrarlo en una razón más amplia; y esa sigue siendo la tarea de nuestro siglo. Es el inventor de una Razón más abarcadora que el clásico entendimiento, de una Razón capaz de respetar la variedad y singuralidad de los psiquismos, de las civili-

zaciones, de los métodos de pensamiento, de la contingencia de la historia, pero que no por ello renuncia a dominar todos estos elementos, para conducirlos a la propia verdad de unos y otros.

Pero ocurre que los sucesores de Hegel han insistido no tanto sobre lo que le deben como sobre lo que rechazan de su herencia. Nosotros, si no renunciamos a la esperanza de una verdad, más allá de los puntos de vista divergentes; y si, además de una vivacisima nocion de la subjetividad, conservamos la ambición de un nuevo clasicismo y de una civilización orgánica, no tenemos, en el orden de la cultura, tarea más urgente que restablecer el origen hegellano de las doctrinas ingratas que tratan de olvidarlo. Es alli donde podremos encontrar para ellas un lenguaje común y someterlas a una confrontación decisiva.

No se trata de que Hegel sea en sí mismo la verdad que buscamos (nay varios Hegel, y el historiador más objetivo se ve torzado a preguntar cuál ha llegado más lejos), pero sólo en su obra, hallamos todos los conflictos, todas las oposiciones de nuestro propio pensamiento. Podríamos decir sin paradoja que interpretar a Hegel es tomar posición ante todos los problemas filosóficos, políticos y religiosos de nuestro siglo", (Cfr. Merleau-Ponty: Sens et non sens, París, 1948, 2º parte).

Este texto notable de Merleau-Ponty es el signo de que la conciencia contemporánea ha llegado, sin duda, a la madurez que le permite replantearse nuevamente los grandes problemas que la agitan. En la medida en que, como dijo Comte, una doctrina que explique suficientemente el pasado obtendrá por eso mismo la presidencia mental del provenir, esto es, en la medida en que la tarea transformadora de nuestro siglo requiere esencial claridad respecto de su propio pasado, le es urgente comprender la razón histórica profunda de esta presencia de Hegel entre nosotros. Sólo así se verá por qué la crisis actual comienza en realidad con la Revolución Francesa, cómo esta Revolución es en verdad un fenómeno histórico-universal que inicia la era de la liberación humana en la que nos hallamos empeñados hoy, cómo Hegel, en quien esta nueva conciencia logra formularse filosóficamente, crea una forma de pensanito que es la síntesis de racionalismo y romanticismo, de razón y vida, en la cual se resuelven todos los dualismos de la tradición filosófica, qué sentido profundo, en fin, tiene para nosotros la famosa idea hegeliana del Saber Absoluto que tantas veces se ha interpretado con una huera literalidad. Y, en tanto en Hegel se da por vez primera la autoconciencia histórica del Cristianismo, podrá llegar a comprenderse plenamente hasta qué punto la lucha de nuestro presente con el pasado es una lucha del espíritu contra la letra del Cristianismo.

Vista desde el ángulo del pensamiento marxista, esta presencia de Hegel se ve confirmada por hechos objetivos: la publicación en 1932 de los Manuscritos económico-filosóficos del joven Marx, y la publicación relativamente reciente de los Cuadernos de Lenin sobre Hegel, sifnifican para el marxismo un nuevo "descubrimiento" de sus raíces hegelianas que contribuye decisivamente, desde el plano teórico, al proceso de "descongelamiento" del marxismo que se está operando en nuestros días.

Ahora bien, la imagen de Hegel predominante en el siglo pasado se formó sobre la obra del "viejo" Hegel, del autor de la Enciclopedia. La emergencia de este supuesto "panlogismo" a partir de la vida misma permaneció oculta para el siglo xix. Sólo después de la publicación por Dilthey y Nohl de los trabajos de juventud de Hegel se hace posible el conocimiento de los orígenes de la filosofía hegeliana y, en base a él, de la Fenomenología del Espíritu como la obra clave de todo su sistema. Para nosotros Hegel es, ante todo, el creador de la Fenomenología del Espíritu. Las obras que jalonan la interpretación de Hegel en nuestra época, las de Jean Wahl, Jean Hyppolite, Alexandre Kojèeve, Georg Luckas, se basan esencialmente en la Fenomenologia para conseguir la intelección del hegelianismo.

"Hegel —nos dice Carlos Astrada en el pórtico de este libro 1— es el pensador destinado a renacer permanentemente. Su filosofía posee tal fuerza expansiva que cada generación siente la necesidad de aproximarse a ella y volver a vivir de alguna manera esa

1 Valoración de la Fenomenología del Espíritu por: Carlos Astrada, Andrés Mercado Vera, Pedro Von Haselberg, Francisco González Ríos, Miguel Angel Virasoro y Alfredo Llanos. Editorial Devenir, Bs. As., 1964. experiencia intelectual adaptándola a las nuevas circunstancias históricas. La vitalidad del pensamiento hegeliano desafía al tiempo y, por sobre todas las interpretaciones que las escuelas o las sectas filosóficas, interesadas en utilizarlo en apoyo de menguadas concepciones, pretenden erigir, se levanta siempre el vigoroso empuje de su dialéctica que destroza y deglute las estructuras cristalizadas. De todas sus obras, tal vez ninguna resume con mayor energía y espíritu comprensivo la gran aventura del logos y su configuración a través de la historia que la Fenomenología del Espíritu. Es el gran libro de la filosofía occidental, que madura lenta y profundamente desde los es-critos juveniles, hasta adquirir esa dimensión de inmenso tablado de la experiencia humana en que el hombre se instaura a sí mismo como tal'

Este libro que ahora publica Editorial Devenir tiene su origen en el fascículo II de los Cuadernos de Filosofía que condujera Carlos Astrada, como director del Instituto de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A raíz de esa publicación Benedetto Croce se refería al "moderno renacimiento existencialista de Hegel" (Vid. L'odierno rinascimento esistenzia-listico di Hegel, en Quaderni della Critica, Nº 15, Nov. 1949) y hablaba del "trasplante" del interés por Hegel a la Argentina, sin advertir que esta nueva valoración de la Fenomenología hegeliana receptaba los aportes europeos (Hyppolite, Kojève, Niel, Luckas) desde el propio nivel alcanzado por el pensamiento argentino. En su forma actual el libro contiene: Un proemio titulado Valoración de la Fenomenología del Espíritu; un primer estudio de Carlos Astrada sobre La dialectización de las figuras en la Fenomenología del Espiritu; un estudio crítico de Andrés MercadoVera sobre la Introduction a la lecture de Hegel de Alexandre Kojève; un estudio critico de Pedro Von Haselberg sobre El Joven Hegel de Georg Luckas; un amplio estudio de Francisco González Ríos sobre La mediación y su desenlace en la Fenomenología; un estudio de Alfredo Llanos sobre Le Jeune Hegel de Adrien B. Peperzak. Constituye, en su conjunto, un aporte relevante a la comprensión de Hegel en nuestro idioma, y a la discusión que habrá de plantearse necesariamente en torno a las grandes cuestiones del pensamiento de hoy.

EMILIO TERZAGA

Hacia una nueva estética

¿Es el arte un hecho inefable? ¿O estamos ante la perspectiva de estudiarlo con rigor científico, es decir, de fundar una estética crítica? Tal parece la alternativa que nos sugiere el actual interés y desarrollo de los problemas estéticos en el mundo, a pesar de que en la Argentina el atraso es manifiesto. La Estética operativa en sus tres direcciones de Luis Juan Guerrero, por ejemplo, aún espera la aparición del tercer tomo, a siete años de haberse editado el segundo (1957). Y si el hecho es grave, de alguna manera no hace sino señalar la poca trascendencia que se le dio entre nosotros a una obra que no tiene parangón en el país y que es valorada con entusiasmo en el extranjero. Sin embargo la biblografía traducida no es despreciable. Entre los últimos libros aparecidos, merecen destacarse la excelente versión de El devenir de las artes del conocido Gillo Dorfles (Fondo de Cultura Económica, 1963) y la lamentable edición del importantísimo trabajo de Galvano della Volpe, profesor de la Universidad de Messina, Crisis de la estética romántica (Jorge Alvarez, edición, 1964).

El libro de della Volpe es traducción de la segunda edición italiana de 1963 y reproduce a la primera de 1941 más algunos artículos publicados entre 1955 y 1957: Para una lectura critica de la dramaturgia de Lessing, De Zola a Brecht, y Discurso poético y discurso científico. Estos artículos agregados permiten conocer algunos aspectos de las últimas formulaciones que hiciera el autor sobre los problemas estéticos. Se añade a la edición argentina un extenso prólogo de Raúl Sciarreta que consiste fundamentalmente en darnos su versión extractada del libro más importante que sobre la materia escribiera Galvano della Volpe: Crítica del gusto, aparecido en 1960, con una reciente segunda edición y aún no traducido al castellano.

Es lamentable que la primera versión al castellano de un libro de della Volpe adolezca de tantos defectos como la presente. Si en cualquier publicación el cuidado estricto de la impresión es condición primordial, tratándose de una obra como la que comentamos, tan precisa en sus afirmaciones, tan densa en el empleo de una terminología técnica abundante y a veces oscura por el afán demostrativo de della Volpe que lo lleva a introducir numero-

sas aclaraciones interiores en el párrafo, ese cuidado se vuelve condición básica de su inteligibilidad. Son incontables los errores gráficos. Vuelan comillas y paréntesis sin cerrar y sin abrir con lo cual es fácil confundir el uso que se ha querido dar a las palabras. Subrayados que dejan al lector en la incertidumbre y que truncan sin piedad títulos de libros, se unen a líneas que aparecen en páginas que no corresponden y que por supuesto han desaparecido de las adecuadas. Ya que no queremos poner en tela de juicio al traductor, es lamentable el descuido con que se ha impreso un libro que evidentemente reclama otra atención que un simple ensayo político.

Pero todo comienza con el prólogo.

Lo menos que se puede exigir a un prólogo es ubicar la obra a que se refiere en el contexto de la producción total del autor o de la disciplina donde se inserta el trabajo. Salvo que se prefiera formular alguna interpretación valorativa del mismo. En nuestro caso, por la amplitud y diversidad del tema, un prólogo exegético hubiera sido de inestimable valor. Sin embargo se ha preferido comentar extensamente los sustanciales aportes que Galvano della Volpe hace al estudio de la estética en su Crítica del Gusto. Y ocurre que en la letra de su interpretación, pero sobre todo en el método polémico que utiliza Sciarreta, pueden hacerse numerosos reparos. Sciarreta no ha olvidado el método utilizado hace ya tiempo en Cuadernos de Cultura cuando polemizaba con Oscar del Barco *. Allí enunciaba un decálogo del buen marxista donde dejaba sentado una especie de "dogma" desde cuya indiscutible autoridad distribuía bendiciones y condenas a quienes se ajustaran o no a la "tabla de la ley". Aquí procede de manera se-mejante. Y allá él si cree en verdades reveladas e inmutables: tiene todo derecho a hacerlo. Lo lamentable es utilizar método semejante al prologar un libro cuyo contenido y cuyo autor es la antítesis de todo ello. Un autor que no tolera "autoridad" alguna y que se critica en la segunda edición de su libro "el desborde polémico y el carácter sumario"

* Cf. Crítica a una crítica revisionista, en Cuadernos de Cultura Nº 63, mayo-junio de 1963. Sciarreta firma este artículo con el seudónimo de Raúl Sierra y está escrito en colaboración con Raúl Oliva, seudónimo a su vez de Oliveri.

del mismo. Frente al esfuerzo de comprensión interna (única manera de discutirlo) que hace della Volpe, Sciarreta lanza andanadas de afirmaciones apodícticas con las que pretende destruir "al enemigo" sin advertir que el calibre de los proyectiles utilizados por della Volpe son de otra naturaleza. Al arma crítica del italiano, Sciarreta opone la afirmación adjetiva. Vuelta al maniqueísmo de que diera prueba anteriormente. Bien y mal tiñe a uno y otro bando. Mágica destrucción de los "malos" por el solo hecho de nombrarlos.

Veamos algunos ejemplos. Dice Sciarreta en el primer párrafo de su prólogo: "El romanticismo estético que propugna el carácter irracional del arte, el poder de la intuición "pura", la potencia "energética" de la inspiración, el misterio de la creación y el hermetismo mágico de la obra; el romanticismo que exalta los sentimientos en contra de la razón desprecia la técnica, acepta la improvisación junto al neutralismo ideológico para situarse por encima de la realidad histórica, es un idealismo envejecido, un neo-platonismo redivivo que, bajo disfraces "realistas" y "revolucionarios" aún pervive en nuestra cultura". El rayo condenatorio hace estremecer al anacrónico cielo romántico; el romanticismo conserva aún algunas de sus siete cabezas, pero ya el vengador ha dicho las palabras mágicas. Mas, ¿qué quiere decir todo esto? Trataremos de analizarlo detalladamente. ¿"Romanticismo estético" o estética romántica? Porque, ¿ qué se quiere decir con romanticismo estético? ¿ Un romanticismo que es estético á diferencia de otros que no lo son y por lo tanto pueden ser otra cosa: filosófico, histórico, etc.? Sería separar inadecuadamente diversos enfoques del romanticismo cuya validez debería demostrarse, pero que al menos para della Volpe no existe pues su crítica a la estética se confunde con la que hace a la filosofía romántica. Claro que todo puede ser cuestión de formas de expresarse...

Luego: "...el romanticismo... que pro-pugna el poder de la intuición "pura"..." ¿Porqué las comillas en "pura"? ¿Para dis-tinguirla de alguna otra que fuera "impura", esto es comprometida, complicada con la historia, con lo humano? Otra cosa quiere expresarse con "intuición". Se refiere al concepto kantiano sostenido en la Estética (Crítica de la razón pura) donde se sostiene la doctrina de las formas puras o condiciones "a priori" del conocimiento sensible. Estas formas, para Kant, son el espacio y el tiempo, las cuales unifican lo múltiple que nos es dado por la sensibilidad bajo formas de sensaciones. Esas sensaciones se ordenan en las formas de espacio y tiempo las cuales, si bien son subjetivas, son de subjetividad universal, propias de la mente humana o de cuantos seres pensantes haya como el hombre. Estas formas son llamadas por Kant intuiciones puras, porque hacen posible la intuición empírica, o sea el conocimiento o percepción de lo particular sensible.

Podríamos pensar entonces que cuando Sciarreta pone comillas a "pura" está repitiendo algo afirmado por della Volpe. Pero hete aquí que justamente el insigne profesor de Messina reinvindica en el libro que continúa al prólogo el valor de la "intuición pura" kantiana oponiéndola a la "pura intuición" como base de la obra artística. Dice della Volpe (pág. 91): "Y haber mantenido (Aristóteles) el carácter de valor de lo estético, (...) significa, en fin, junto al cumplimiento de una concepción verdaderamente unitaria, o sea filosófica, de lo estético, la afirmación de una instancia que supera al heraclitismo y al platonismo de todos los tiempos (...) contribuyendo al planteo del pro-blema de una sensibilidad "específicamente" distinta de la logicidad y que participa, sin embargo, de la forma: el problema de la intuición pura, formal, es decir de la "síntesis a priori" como intuición formal, como inteligir estético, empírico. Intuición pura y no "pura intuición" (Croce, Bergson): puede decirse que aquí está toda la diferencia entre un intuicionismo crítico y un intuicionismo romántico o de tipo heracliteo platonizante". Pero lo verdaderamente notable es que poco más adelante (pág. 17) Sciarreta hace mención al problema de la intuición según Kant. Efectivamente allí dice: "El resultado de esta in-vestigación (Crítica de la estética romántica) (sic) muestra la validez de la coherencia del discurso que define el carácter de verdad (Aristóteles) y el carácter contemplativo y adialéctico del desinterés (Kant). Problema de la posibilidad crítica de una unidad originaria sintética que concilie su trascendencia con la inmanencia como unidad intuitiva (Kant) ... "Y dice bien Sciarreta interpretando el pensamiento de della Volpe pues, palabra más, palabra menos, lo afirma el autor en la página 95: "...el problema de la validez trascendental del principio de contradicción (Kant), en relación a aquella coherencia, esencial al discurso o inteligibilidad que es el carácter de "verdad" o valor de la inmutabilidad de lo estético en general (Aristóteles) o sea la dimensión contemplativa adialéctica, sinónimo de lo estético, o su "desinterés" (Kant); b) el problema de la posi-bilidad crítica (...) de una originaria "unidad sintética" que, (...) pueda conciliar su trascendencia con la inmanencia como "unidad intuitiva" (Kant) ... " Además de la contradicción anotada en el discurso de Sciarreta entre su primer párrafo y el transcrito de la pág. 17, llama la atención la referencia al título del libro: Crítica de la estética romántica en lugar de Crisis de la..., sobre todo cuando 10 renglones antes lo había citado correctamente, aunque sin subrayado: "La concepción romántica --afirma della Volpe--(Crisis de la estética romántica) está ... " Pero sacar conclusiones nos llevaría a terrenos alejados del análisis puramente crítico que

pretendemos . . .

Sigamos con el párrafo primero que comen-tamos. Dice Sciarreta: "...el romanticismo que exalta los sentimientos en contra de la razón, . . ." Creemos que bien hubiera venido una coma después de "romanticismo" pues, como en la anécdota de Sarmiento, todo puede cambiar de sentido por un signo de puntuación. En efecto: ¿qué se pretende decir? ¿qué el romanticismo (y aquí vienen algunas características del mismo: que exalta los sentimientos, que desprecia la técnica, etc.) "es un idealismo..." o que el "romanticismo que exalta los sentimientos"... "es un idealismo"...? En este caso cabría la pregunta ¿es que existe otro romanticismo fuera de aquel que exalta los sentimientos? Releemos la expresión y pensamos que la interpretamos mal. Lo que se ha querido decir es: "El romanticismo que exalta los sentimientos contra la razón", esto es, que propugna una voluntad antirracional. Pero el conflicto persiste, porque además de seguir faltando la coma, no se vincula este significado con el contexto. Volvamos a la interpretación anterior. Aceptemos que se haya querido decir "que exalta" el valor de los sentimientos en oposición a los razonamientos, es decir, sentidos versus razón. Esto sería volver de alguna manera a la crítica positivista a la cual opone della Volpe y a la que aludía en el título original de la obra que comentamos cuya primera edición se llamaba Crisis crítica de la estética romántica para indicar —dice della Volpe— que la crisis en cuestión era una crisis distinta de la positivista -provocada por Taine-, y si criticista en cuanto se formulaba según la lección más profunda sobre los conceptos de gusto y de genio propios del Kant crítico. Della Volpe, en cam-bio, otorga a los "sentimientos" un valor ajeno a toda irracionalidad. En el capítulo IX dedicado a estudiar las concepciones estéticas de Nietzche compara sus juicios con los de Kant para mostrar sus coincidencias en cuanto al desinterés del arte (pág. 85) y homologa la "apasionada indiferencia del artista" (Nietzche) con el principio kantiano del arte como "finalidad sin fin" que "nos revela -dice della Volpe- que el objeto estético no posee conceptos en general. Es decir, que está dotado de ese carácter de singularidad ('subjetividad') o aconceptualidad que recuerda a la nietz-cheana "sensualidad", o carácter 'pasional' del arte". Más adelante della Volpe señala justamente el error de Kant de desdoblar (como lo insinúa Sciarreta) los dos elementos del arte: el sensible y el formal, el lógico. Antes, en el capítulo dedicado a Baratono, della Volpe había dejado formulado "el problema del concepto como concepto estético, o sea el problema de la intuición como intuición pura, es decir verdaderamente formal. El problema, en otros términos, de la simultaneidad del

estetizarse de lo lógico y del hacerse lógico de lo estético" (p. 59). Se trata pues no de negar u oponer el sentimiento a la razón sino de valorar la carga intelectual que comporta el sentimiento, la presencia inteligente del mismo. En tal sentido della Volpe criticará la concepción romántica cuyo error "consiste en haber transformado la concepción critica de un sentimiento a la vez desinteresado (...) y formal, universal, en una concepción dogmática, místico-racionalista (...); concepción de un sentimiento entendido como intuición intelectual, o sea como 'sólo un signo, un medio, para la intuición del Todo', según Federico Schlegel. O sólo como un 'signo de la Idea', para decirlo con Hegel..." y más adelante "El error consiste, justamente, en haber invertido aquella concepción estética que tendía a destacar la positividad del sentimiento en general, o singular, transformándola en una concepción negativa de lo estético, del sentimiento en general: una concepción que anula a lo estético, singular o múltiple, bajo la categoría metafísica de la unidad..." E insiste en relación a Hegel: "Sucede que, desfigurando y extraviando el concepto crítico kantiano del desinterés estético -con el que se ponía el acento sobre el carácter de 'subjetividad', igual a singularidad de lo bello—, Hegel se coloca en una situación que lo lleva a extraviar la naturaleza misma de la Belleza, que permanece así en el carácter romántico de la infinitud ('subjetividad infinita'), es decir de la unidad". Lo notable es que Sciarreta algo había tenido en cuenta de todo esto cuando afirmaba (pág. 17): "La concepción romántica --afirma della Volpe-- está especulando cuando interpreta lo sensible como pura unidad o infinitud". Kant en su propósito de salvar la función del intelecto en el arte recurrió al desdoblamiento del concepto de belleza . . . " Claro que es tan incomprensible lo que se quiere significar con el "está especulando" de la concepción romántica que no importa la contradicción con el párrafo inicial de su prólogo.

Los interrogantes y la desazón surgen a cada palabra; ¿qué se quiere significar cuando se dice: "(el romanticismo) ...acepta la improvisación junto al neutralismo ideológico para situarse por encima de la realidad histórica"? ¿ Por qué empequeñecer de esta manera los términos de la discusión? ¿Por qué empobrecer tan sin miramientos el lenguaje? ¿Por qué (y ésto ya es grave) hacer creer al lector que el materialismo histórico necesita cristalizar tanto, rebajar a tanta chatura los términos de los problemas para poder salir airoso de su comparación? Planteada así la cuestión parece que hilos invisibles mueven oscuros fantasmas que eligen: improvisación sí, planeamiento no; y a su lado el neutralismo ideológico contra el compromiso en las ideas que lógicamente lleva a ubicarse por "encima de la realidad histórica" en vez de incorporarse a ella. Y luego las condenas apocalípticas: "es un idealismo envejecido" ¿ Qué quiere decir esto de envejecido? ¿ qué significa en la discusión filosófica decir es un "idealismo envejecido"? ¿ Una condena por ser idealismo? ¿ O por ser viejo? ¿ O por demasiado conocido? ¿ Y qué se quiere decir con todo esto? ¿ Qué tiene que ver este orden de valoraciones con el pensamiento crítico de della Volpe? Más aún, parece decir nuestro prologuista, también es "un neo-platonismo redivivo" (¡ oprobio!, ¡ a la hoguera con él!) que como buen lobo se disfraza con pieles engañosas: "realistas" y "revolucionarias" y que de esa manera han conseguido seguir viviendo hasta nuestra época.

Idéntico tono utiliza Sciarreta cuando habla de Henri Lefebvre. Abandona cierto matiz comprensivo utilizado cuando cita a della Volpe (claro que a della Volpe no puede transformarlo en cazador de brujas) y se propone destruir al "revisionista" hoy abomina-ble. Estamos de acuerdo con Sciarreta en cuanto a las limitaciones críticas de Lefebvre. Pero afirmar que "bajo una terminología marxista la estética de Lefebvre supo encubrir los principios viciados de romanticismo-hegeliano (¿por qué el guión?) y muchos cayeron en la y agregar "Por eso no es casual la evolución ideológica de este pensador que actualmente acepta y defiende las tesis del revisionismo", es estar dotado de una estructura mental que raya en el más increible mecanicismo cuando no en la mala fe. Porque no se trataba de "encubrir bajo una terminología marxista" un contrabando para pescar incautos. Semejantes limitaciones son atribuibles, según el propio Sciarreta, a Lukacs, Rosental, Cornu y en ningún momento afirma que ellos sigan el camino hacia el "revisionismo" son que acusa a Lefebvre. Esto como método de ataque deja flancos demasiado anchos al descubierto. Tan amplios como los que deja la reiteración en el uso de palabras mágicas como "revisionismo", indefinible categoría que se utiliza con tanta liberalidad, con tantos sentidos, que ya nada informa.

Luego de sostener que: "la estética de della Volpe pone en guardia contra las reducciones de un género artístico a otro y refuta el concepto dogmático del carácter pasivamente estructural del arte", cita un pasaje de la Crítica del gusto: "...en consecuencia no es más admisible una inscripción uniforme, y por tanto unilateral, del arte en la superestructura como ha sido concebido hasta ahora por el marxismo, que pretende no ver y por ende descuida la diversidad de las técnicas expresivas (condicionadas por la diversidad estructural de los signos) y trata indiscriminadamente ideas literarias sociales e ideas musicales "sociales" también, reduciendo indebidamente las ideas musicales al tipo de módulo expresivo de las primeras; cuando lo que importa es articular claramente la diversa ubicación superestruc-

tural del arte según los distintos géneros y las respectivas técnicas semánticas". A falta de palabras que expresen la riqueza conceptual de lo sostenido por della Volpe, se utiliza un lenguaje bélico que de alguna manera disimula (por un proceso de autocensura) la verdadera riqueza filosófica (estética) y profun-damente antidogmática de lo citado más abajo. No sólo eso, sino que se comete un grueso error al hablar del "carácter pasivamente estructural" del arte que ni el más trasnochado marxista haya jamás imaginado. Pero todo puede ser otro error de imprenta (debe decir supraestructural") y comprendemos que una fe de erratas en el libro presente hubiera requerido un volumen anexo de no menor grosor que el texto en sí. Queda en pie la simplificación esquemática de que tanto gusta (o necesita) Sciarreta. El aporte dellavolpeano a la diferenciación semántica de las distintas artes es mucho más rico y de importancia capital para desechar la crítica "so-ciológica" que parte justamente de la posibilidad de reducir las distintas expresiones artísticas a formas literarias, es decir, a signos verbales portadores de ideas verbales. Esto no significa que las otras artes (no literarias) no se vinculan con ideas, pero estas ideas son de otro orden a las expresadas verbalmente. En la tercera parte de la Critica del Gusto, bajo el título de Laocoonte 1960, en recuerdo del Laocoonte de Lessing (pero al 1960), afirma la peculiaridad de los medios expresivos como sistemas de signos o lenguajes particulares que poseen una característica común: ser instrumento (y en ese sentido vacios) en relación al "fin-pensa-miento". El valor gnoseológico de estos instrumentos, sugeridos pero no resueltos por della Volpe, exige, como él mismo lo solicita, una intensa búsqueda de las diferencias estructurales de esos sistemas y de sus características específicas. Así, dice en Cr. del G. (pág. 208): "De modo que el condicionamiento histórico, social, de una obra literaria, por ejemplo del Fausto, se manifestará en aquellos valores supraestructurales que son las ideas (verbales) burguesas del protago-nista; mientras el condicionamiento histórico de una obra musical, por ejemplo la Tercera o Heroica beethoveniana en cuanto indisociable en su expresión de la gramática musical romántica que es la gramática de Rameau, o sea del acuerdo perfecto, o tonal, integrada si se quiere con la poesía del escuchar conmovedor, patético, subjetivista-idealista, romántico: y este condicionamiento no se revelará supraestructuralmente con el "na-poleonismo" beethoveniano que forma un todo con las ideas verbales, no musicales; y así sucesivamente según las diversas técnicas semánticas, según que éstas expresen o no ideas-representaciones . . . "

Con el parágrafo h), dedicado al "Realismo socialista", concluye Sciarreta este tambaleante prólogo. Como en las 23 páginas

precedentes sus afirmaciones tienen el poder de llamar al rechazo de pensamientos que de alguna manera coinciden con lo que dice della Volpe. Pero aqui, aunque no se trate de una obra literaria, el estilo también es significativo. El estilo ya anunciado del esquematismo y las verdades apodícticas, el de los términos prestigiosos y las afirmaciones indiscutibles y enaltecedoras. Veamos: "La estética materialista -dice Sciarretasistematizada por della Volpe, como ciencia filosófica queda integrada dentro del marxismo, y de acuerdo con los principios generales de éste, convalidados históricamente. define en la unidad de la teoría y de la práctica sus tesis fundamentales". Y luego, para ratificar esa "unidad entre teoría y práctica" señala en della Volpe su vínculo con la estética (sería la teoría) y las obras artísticas en sí, como así también con los manifiestos y programas que los artistas han elaborado

en distintas épocas (la práctica). "¡Dios me libre de tales amigos!" podría decir el marxismo, leyendo a Sciarreta. La estética preconizada por della Volpe es marxismo, no se "integra dentro del marxismo", como si el marxismo fuera un cuerpo doctrinario terminado con extendidos brazos que pudiera abarcar algunos descubrimientos aislados. (Volvemos al decálogo que mencionamos en un comienzo.) Para hacer las ejemplificaciones prácticas, de donde saca también conclusiones, della Volpe no necesita guiarse de algo tan importante como es la concepción formadora de la praxis, que es base del pensamiento marxista. Pero no insistamos en detalles de matices, que lo grave está más adelante. Sigue Sciarreta en el parágrafo h), después de señalar la unión de teoría y práctica: "Della Volpe ha estudiado atentamente la poética de Zola, la poética del expresionismo y del surrealismo, la poética de Bertolt Brecht, la poética de Eisenstein, la poética de Schönberg, la poética de Picasso, etc.". Y a renglón seguido: "por tanto la estética materialista sirve de fundamento al realismo (histórico) así como el realismo de nuestra época tiene por fundamento la poética del realismo socialista". Leemos repetidamente el párrafo, el anterior y el posterior. Lo cierto es que no sabemos cuál es el antecedente del que se infiere esta consecuencia. ¿"Por tanto" de qué cosa? ¿De dónde se deduce lo que sigue (aunque puede ser cierto)? Y de esta consecuencia montada en el aire sigue otra tan flotante como la anterior: "así como el realismo de nuestra época tiene por fundamento la poética del realismo socialista". Además de incomprensible y alógico, lo cierto es que poco tiene que ver con lo que afirma della Volpe. Podríamos seguir transcribiendo, pero toda exégesis sería inútil. Tras un punto y aparte se afirma: "El problema del realismo socialista tan discutido dentro y fuera del marxismo tiene en el pensamiento de della Volpe un giro concientemente científico". ¿A qué viene lo de "concientemente"? ¿Y lo de "giro"? Lo cierto es que della Volpe intenta una valoración científica del realismo como característico de toda obra poética verdadera y en ese sentido establece la validez del realismo socialista, como trataremos de verlo en seguida.

Pero la cosa culmina una página después, y dos antes de concluir el prólogo. Para sostener la vigencia de las ideas socialistas en la obra de arte, della Volpe señala la "necesaria presencia en la obra poética de ideas en general, sin adjetivos que las delimiten, o NO mejor de ideas "no-falsas" o sea noreaccionarias y por lo tanto progresistas", lo cual "no excluye - aun cuando parezca paradojal- una Poética (no una Estética) del Realismo socialista: la implica más bien y por el principio que sin ideas en general (por lo tanto también las nuestras) no hay poesía y por el principio de la tendenciosidad o sea inevitable determinación histórica de toda idea..." Sciarreta también traduce la cita que hemos mencionado. Pero se olvida del NO que hemos colocado con mayúscula. Y la cosa se vuelve absolutamente incomprensible. Claro que más cómodo: si della Volpe afirma que el realismo en Tolstoi y Balzac (comentados por Lenin y Engels, respectivamente) existe porque en ellos puede rastrearse "según este enfoque (el de della Volpe) -dice Sciarreta- la presencia en la obra de "ideas en general, sin adjetivos que las delimiten, o más bien ideas "no-falsas" o sea no-reaccionarias y por ende progresistas", el asunto es claro y bello. Las ideas progresistas hacen al realismo. Balzac y Tolstoi tienen ideas progresistas. Todos somos buenos y progresistas hermanos. Sean revolucionarios, legistimistas o condes.

Metido en el atolladero Sciarreta no mira atrás y continúa afirmando que en efecto las ideas de Balzac son legitimistas y que las ideas de Tolstoi poco tenían que ver con el proletariado. Sin embargo el "resultado"... "(la verdad artística), ayuda a conocer mejor por ese medio no-científico, es decir artístico".

La confusión a esta altura es infinita. Pareciera que el método artístico es mejor que el científico cuando de lo que se trata es que es distinto y conoce cosas diferentes, aunque referidos a realidades semejantes que son las del mundo humano. Si hubiera traducido el no la cosa no sería tan simple, pero sería más científica y llevaría a una demostración no puramente declamatoria.

Sciarreta abre un nuevo cajón de su sistemático ordenamiento y coloca en él términos que se mezclan sin orden: lo importante para el prologuista parece ser el orden aparente del cajón. "Concluye della Volpe —nos dice Sciarreta— expresando que lo que cuenta en la obra de artes es la verdad o las ideas que en ella se muestran, ideas o ideología sin adjetivos. Lo cual coincide con el carácter de tendencia y de tipicidad de la obra de arte. Tendencia que expresa el inevitable carácter determinado de toda idea." Según hemos visto más arriba, lo que afirma della Volpe es la "necesaria presencia de ideas en la obra de arte" (de allí que toda verdadera obra de arte sea realista, ya que toda idea se vincula con la realidad y en ese aspecto siempre expresa una verdad histórica) no que "lo que cuentan son las ideas" o la verdad que contiene. Della Volpe dice que todas las ideas tienen "tendencia" por la inevitable determinación histórica de las mismas; Sciarreta dice otra cosa.

La incomprensión precedente de la problemática dellavolpeana lo lleva a Sciarreta a afirmaciones sobre Balzac, que poco tienen que ver con la concepción del autor de la Crítica del Gusto. Pero el análisis detallado puede llegar a aburrir. Permítaseme una nueva y última cita. Vale la pena porque muestra hasta dónde puede llegar el (creemos inconciente) afán de mostrar un marxismo degradado: "La ideología y la concepción del mundo valen artísticamente en cuanto se plasman en el trabajo artístico arrancando desde el equívoco literal-material omnitextual avanzando hasta la contextualidad orgánica de la obra. Así como la conciencia revolucionaria madura en la lucha (económica-sindical-polímaterial-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polímetrical-polím

tica, Lenin) así también el arte realista nace de la concretez de la lucha". "Todo lo cual demuestra que el marxismo no es una ideología esclerosada sino una concepción cientifica del mundo". El universal "todo lo cual" de Sciarreta parece un manto absolutorio bajo el que él quiere desesperadamente entrar. Todo el libro de della Volpe efectivamente demuestra la riqueza viva del marxismo. El amplio campo que aún debe cubrir y los múltiples disciplinas a investigar en su carácter de "cultura de nuestra época". Como otras veces en este prólogo, Sciarreta concluye en verdades que no aparecen como consecuencias lógicas del discurso anterior.

Un libro como Crisis de la estética romântica que tiene la extraordinaria virtud de busear en las más importantes corrientes estéticas los elementos que fundamenten una concepción crítica histórica de la estética actual y que para ello se demora en una minuciosa demostración analítica de los equívocos románticos, merecían otra edición argentina y sobre todo un prólogo que no desanimara al lector desprevenido. Pues si della Volpe muestra que "el marxismo no es una ideología esclerosada", Sciarreta, su ocasional prologuista argentino, lo confirma mostrando la otra cara de la medalla.

HECTOR H. SCHMUCLER

Adam Schaff o la filosofía del hombre diez años después

Algún día se escribirá la historia de esta primera década posterior a la muerte de Stalin. Por el momento nos limitamos a un mero registro de hechos de mayor o menor significación; a una crónica intermitente, donde los plenos y los vacíos se equilibran. Nada muy sólido todavía.

¿Diremos entonces que la historia de la desestalinización se hace también sin conocerse? Sí y no. No, porque oscuramente percibimos un heterogéneo conjunto de pequeñas y grandes rupturas conspirando en un mismo sentido. Sí, porque, sin embargo, la imagen que forjamos del proceso en su totalidad es aún demasiado precaria para llamarla un Saber.

En efecto, lo difícil no es comprender que, por eiemplo, el XX y XXII Congresos del PCURSS, el retiro de las armas nucleares de Cuba, el acercamiento soviético-yugoslavo, la línea telefónica directa Washington-Moscú, el comienzo del libro de R. Garaudy, "Preguntas a Jean Paul Sartre" 1 y el tratado de proscripción de las armas atómicas constituyen, en algún sentido, hechos de la misma clase. Lo difícil es aceptar y valorar estos hechos del mismo modo que aceptamos y valoramos la totalidad que configuran.

Apoyamos, es cierto, la desestalinización, pero no todos los hechos que la significan. Hoy en día las condiciones de la militancia de izquierda nos han cerrado las puertas a juicios homogéneos. Aquí, como en otros casos resolvemos la aporía introduciendo una perspectiva analítica y antidialéctica sobre esa totalidad de sentido: seccionamos, sopesamos y elegimos.

Seccionar, sopesar y elegir, esto es, corroer la totalidad en beneficio del acontecimiento individual. Es que nuestro juicio acerca de cada uno de estos hechos es una función de

1 "Querido amigo: Permitame darle ese nombre en el momento mismo en que intento definir lo que nos opone. Pues, a través de mis críticas, no quiere olvidar lo esencial: por profundas que sean nuestras divergencias, lo que debe unirnos es más fuerte que cuanto nos divide". Pág. 7 (trad. castellana, Ed. Lautaro, 1964). la situación —de latinoamericanos, de argentinos, por ejemplo— que vivimos, y del proyecto histórico a partir del cual intentamos negarla y materializar un futuro que la supere. Y no es seguro, por lo menos, no lo es a priori, que todas las consecuencias de la desestalinización nos sean favorables.

Es innecesario aclarar que estas consideraciones no constituyen una confesión de pesimismo. Es cierto, hoy nadie puede ignorar que existen contradicciones y autoalineaciones inmanentes a la praxis de la izquierda mundial. El movimiento proletario no debe ya luchar solamente contra sus enemigos exteriores; es preciso que combata también a sus enemigos interiores, mejor dicho, que se combata a sí mismo en tanto enemigo, que controle las fuerzas que él mismo desata contra sí y que socavan su unidad y sus perspectivas. Esas contradicciones -entre distintos proletariados nacionales, en el plano internacional; entre distintos grupos regionales, en el nacional- son parte también de las "condiciones anteriores" sobre y contra las cuales el movimiento proletario debe hacer valer su irreductible capacidad de recuperación práctica.

El objeto de estos comentarios previos no es, pues, ofrecer una imagen resignada de nosotros mismos, sino meramente recordar lo que todos sabemos, con el fin de dirigir una mirada lo más lúcida posible a un nuevo testimonio de estos años sin Stalin; nos referimos al libro de Adam Schaff "La Filosofía del Hombre". Se trata de un "hecho" intelectual pero, por lo menos en ese plano parcial, suficientemente significativo. En primer lugar, porque nos ilustra acerca de la efectividad de la desestalinización al nivel de las investigaciones teóricas en un país socialista. En segundo lugar, por el dominio temático que aborda: los conflictos, las angustias, las responsabilidades de la condición humana.

En efecto, sabemos hoy que el stalinismo definía en acto una concepción negativa y cruel del hombre. Esta, que en algún momento pudo ser llamada "realista" concluyó por hipostasiarse y devenir idealista. Ese idealismo ha sacrificado en sus altares millares de proyectos humanos; destruirlo, atreverse a forjar

una nueva y positiva imagen del hombre constituye una de las tareas impostergables del presente. El éxito o el fracaso de esta tarea dirán de la eficacia o la inepcia de la desestalinización. Por cierto que ésta no se juega precisamente en la cabeza de los filósofos. Pero también los productos del trabajo intelectual pueden ser idóneos para proporcionarnos la medida exacta de la reconstrucción

emprendida. Uno de los méritos de este libro es su decisión de afrontar una temática obstinadamente ignorada por la investigación marxista de las últimas décadas. Lo es, también, el reconocimiento —y el intento de explicación histórica— de esta carencia. Existe, dice Schaff, una laguna en el interior del marxismo. A problemas que acucian intimamente al hombre actual: el sentido de la vida, la responsabilidad moral, la libertad - para citar solo algunos—; en una palabra, a todas aquellas cuestiones que afectan a la persona humana y a su situación en la sociedad y en el mundo, hemos respondido, por años, con un largo silencio. Ello no se ha debido a deficiencias teóricas inmanentes al pensamiento marxista; han sido, más bien, las exigencias prácticas de la lucha política y de la construcción del socialismo quienes prescribieron un cierto orden de prioridades tanto a la praxis como a la teoría del proletariado, orden dentro del cual aquellos tópicos estaban necesariamente postergados.

Ellos quedaron, en consecuencia, a merced de perspectivas no marxistas que hicieron de ese patrimonio una fuente de provecho político. Las respuestas que ofrecieron, a falta de otras mejores, hallaron un rápido eco entre intelectuales y profanos. En Polonia, por ejemplo, el existencialismo —sobre todo en su versión sartreana— debió su éxito al hecho de que sus análisis parecían llenar a satisfacción el hueco que el marxismo había dejado abierto. No es casual que el apogeo de esta filosofía fuese coetáneo con los acontecimientos de los años 1955 al 57, fuentes de tantos conflictos políticos y morales de carácter individual para los cuales se carecía de respuestas

apropiadas.

Hoy, sin embargo, eliminadas las causas de esa carencia, se impone recuperar el terreno perdido, esto es, hacerse cargo de esos problemas desde una perspectiva marxista. Lo cual obviamente supone un viraje en los temas tradicionales del marxismo. El primer atisbo de ese viraje asumirá la forma de una confrontación crítica. En el caso de Schaff, el principal interlocutor y adversario será, lógicamente, el existencialismo sartreano. Hemos de referirnos más adelante a esa discusión, no bien completemos un breve panorama del libro en su conjunto.

La primera parte de la obra incluye, además de la polémica con Sartre, una suerte de complemento metodológico de esta última, centrado en la determinación de las condiciones que debe satisfacer una crítica ortodoxamente marxista de ideas no marxistas. Schaff enumera de este modo los requisitos básicos de esa crítica:

"1) debe basarse en un buen conocimiento y en una fiel exposición de las ideas del adversario, a las que opondrá argumentos concretos;

 debe enfocar, en las concepciones criticadas, el problema real de investigación...
 que seguirá siendo válido aunque todos coincidamos en considerar errada su solución;

3) debe proponer otras soluciones positivas

de ese problema."2

La simplicidad de estos enunciados no debe ocultarnos lo que innegablemente implican de positivo. Ellos prescriben, en efecto, reemplazar la obstinación dogmática por el diálogo; sin abandonar la actitud polémica, estar dispuesto a abrirse a las ideas del adversario e, incluso, a incorporar aquellos elementos válidos del pensamiento ajeno a la propia teoría. En suma, asumir coherentemente esa actitud supone acabar con un marxismo cristalizado y proponer a la vez otro: el instrumento dúctil y eficaz que necesita tanto nuestra acción como nuestra teoría. En estos sencillos párrafos debemos reconocer, pues, un progreso evidente.

No obstante, para no quedarnos con una imagen equivocada de los alcances reales de esa renovación, no nos queda otro camino, sin salir de los límites de esta nota, que detenernos en los análisis del libro mismo.

Ahora bien, el resultado es algo decepcionante. En efecto, la segunda parte de la obra comprende el examen de un conjunto de temas que, según el autor, han sido hasta el presente privativos de la filosofía existencialista: el destino del hombre, los problemas de la libertad y de la necesidad histórica, del sentido de la vida, de la responsabilidad moral. El propósito es acceder al cabo de estos estudios parciales a los puntos de partida teóricos de lo que podría llamarse la "filosofía marxista de la persona humana": el humanismo socialista. Estos esbozos, escritos en una prosa sencilla y apoyados en ejemplos cotidianos, se despliegan todos en tres pasos muy simples: 1) Reconocimiento de la autenticidad de la problemática; 2) Crítica a las soluciones tradicionales aportadas a ella; 3) Formulación de respuestas elementales desde una perspectiva marxista.

El mecanismo de análisis consiste siempre en situar el problema en cuestión dentro del contexto histórico-social en el cual ha emergido; en denunciar, luego, en las doctrinas no marxistas, la ignorancia de dicho contexto; en afirmar, por último, a la teoría marxista como el único cuerpo de hipótesis capaz de dar una respuesta integral a la problemática sin apelar a afirmaciones metafísicas al mar-

² La Filosofía del Hombre". Ed. Lautaro, pág. 40.

gen de la experiencia (social e histórica) de la humanidad.

Ahora bien, todo ello nos ofrece una imagen demasiado pobre del marxismo. Parece, en efecto, desprenderse de los análisis de Schaff que toda la fecundidad heurística de esa teoría se agota en la puesta al descubierto de las raíces histórico-sociales de los

problemas humanos:

"La tesis del humanismo socialista y sus directivas de comportamiento tienen origen en determinadas concepciones teóricas. En primer lugar, el individuo es entendido como producto social, como "conjunto de relaciones sociales" ... hecho que permite aclarar la cuestión de las actividades humanas y de su formación. En segundo lugar, la relación entre individuo y sociedad se basa en la concepción del desarrollo social representada por el materialismo histórico. En tercer lugar, al materialismo histórico le es inherente la convicción de que los ideales pueden ser traducidos en actos sólo cuando existen condicio nes sociales adecuadas, porque en el cast contrario están sujetos a deformaciones uto pistas."3

Este párrafo es una precisa síntesis del punto de llegada de casi todos los capítulos del libro. Como es fácil ver, nada fundamental parecería separar a la concepción marxista de un simple sociologismo de corte durkheim-

niano.

Los desarrollos de la tercera parte, "El conlicto de los humanismos", se conducen se-gún los mismos moldes que las anteriores. Según Schaff la historia contemporánea asiste a un combate ideológico en el cual distintas concepciones de lo humano se disputan la hegemonía. Un humanismo cristiano, un humanismo existencialista coexistirían conflictivamente junto al humanismo socialista. La superioridad de éste último radicaría en que, a diferencia de los otros, no se agota en un mero discurso sobre la idea del hombre sino que a la vez se propone, a través de la acción, crear las condiciones prácticas concretas para la efectuación real de esa idea. Unicamente el socialismo, pues, operaría la síntesis de los dos términos que, tanto en el cristianismo como en el existencialismo, permanecerían disociados: la teoría y la praxis. De esta síntesis se derivan, a la vez, la potencialidad teórica y la vigencia real del marxismo en el mundo contemporáneo. El libro desemboca, entonces, en estas conclusiones optimistas:

"Vivimos la maravillosa época en que el problema de la felicidad del ser humano y de las condiciones indispensables para su realización, ha pasado, de las palabras altisonantes y de las disertaciones filosóficas, a la lucha concreta por su solución práctica. Este hecho regocija al humanista verdadero, a quien lucha sinceramente por la felicidad del hombre. En este campo se hace cada vez más difícil mantener una posición agnóstica o declararse platónicamente en favor de una o de

otra solución sin comprometerse a luchar. La vida nos obliga a elegir, a tomar decisiones concretas. Es indispensable llegar a decisiones. Cada una de ellas tiene un peso determinado dentro de las batallas entre las distintas concepciones del humanismo y para el resultado de su apelación a las masas. Los pueblos, independientemente de su educación política y social, y siguiendo el espontáneo impulso que deriva de las necesidades de la vida y de la aspiración a la felicidad repiten, con diversidad de maneras y de idiomas, lo que dijera Heine: "... Wir wollen hier auf Erden schon Das Himmelreich errichten..." ("... Sobre esta tierra queremos construir ya el reino de los cielos...").

Esta es una enseñanza del humanismo socialista. He allí en qué consiste su fuerza, su dimensión histórica."

En rigor, aquí deberíamos poner punto final a esta nota. Lamentablemente el libro de Schaff no da para mucho más. En vano hemos tratado de rescatar, al margen de lo ya indicado, alguna otra respuesta renovadora o simplemente, a falta de nada mejor, hipótesis apresuradas pero audaces. "La Filosofía del Hombre" es una obra breve; los temas que aborda interesan inmediatamente; carece, por otra parte, de erudición y, sin embargo, cumple la hazaña de aburrirnos.

No obstante, una circunstancia nos ha llamado la atención. De su consideración quizás podamos abrir una nueva perspectiva, una nueva forma de percibir este trabajo. Nos referimos a la distancia -a la frecuente oposición— que hallamos en cada capítulo entre la actitud que dice asumir el autor frente a los temas y a las doctrinas adversas a la suya y los resultados concretos de sus análisis. El comentario de uno de ellos nos permitirá ilustrar esta situación paradojal, por la cual a una inalterable estrechez teórica se yuxtapone algo que podríamos llamar un "voluntarismo hacia la comprensión", cuyo resultado visible es por lo común una ruptura en la coherencia de la argumentación crítica. El capítulo a que habremos de referirnos es el titulado "El marxismo existencializado", correspondiente a la primera parte de la obra.

No cabe duda de que todo estudio, análisis crítico o comentario bibliográfico de la última gran obra de Sartre "Crítica de la Razón Dialéctica" es hoy en día recibido con especial interés. Sucede que a cuatro años de la aparición del primer volumen los trabajos dedicados a ella no son muchos ni muy abundantes. Se trata, como dice bien Schaff, de un libro de costosa lectura, inusual extensión y dificultosa comprensión: eso explica que los comentarios no proliferen. Por ello mismo, la opinión de un intelectual de un país de cultura marxista, como Adam Schaff, suscita una particular y comprensible expectativa. Expectativa que, desgraciadamente, el capítulo que

comentamos está lejos de colmar.

Según Schaff, la obra de Sartre se reduce a un abortado intento de conciliación entre el existencialismo y el marxismo, intento que, condenado a priori al fracaso, sólo conduce a una reformulación de las tesis existencialistas a las que se yuxtapondrían contradictoriamente algunas conclusiones tomadas del marxismo. Puesto que, si bien Sartre postula al marxismo como la filosofía insuperable de nuestro tiempo, tal afirmación supondría, en aras de la coherencia, el abandono total de los puntos de vista "idealistas" y "subjetivistas" del existen-cialismo, cosa que aquél omitiría precisamente efectuar. No se accedería por este camino a un "marxismo existencializado" sino, en el mejor de los casos, a un existencialismo coloreado de marxismo, producto no sólo híbrido sino intrinsecamente contradictorio.

La empresa sartreana tendría como inevitable corolario una profunda deformación de las tesis fundamentales de la teoría marxista. Prisionero de su doctrina que afirmaría el carácter absoluto e incondicionado de la libertad individual, Sartre concluiría por negar uno de los puntos de partida elementales del marxismo: el "carácter normativo del desarrollo histórico"; brevemente, el "determinismo". Tal sería pues una nueva demostración de la inconsistencia de una teoría que tratara de recuperar el marxismo a partir de premisas existencialistas.

Por otra parte, otra de las deficiencias de la "Crítica..." residiría en el hecho que esta obra centraría en la escasez de los medios económicos "todo el mecanismo del desarrollo social, identificando también en él la lucha de clases". Ahora bien, esto equivaldría a retroceder a concepciones darwinistas y malthusianas acerca de los procesos sociales, doctrinas ambas por completo ajenas al marxismo. El problema social -señala Schaff- no consiste en la insuficiencia de los medios materiales sino en los principios de distribución de esos bienes. Apelar a ideas extraídas del darwinismo o del malthusianismo conduciría a sustituir los fundamentos básicos del materialismo histórico por una "equivocada ideología burguesa".

Tales son, en lo esencial, las opiniones de Schaff sobre esta obra de Sartre. No hemos de examinarlas en detalles; sólo nos detendremos para señalar los errores más visibles del capítulo que estamos comentando.

En primer lugar, Schaff no considera en ningún momento los objetivos explícitos de la "Crítica...", a saber, establecer las condiciones de posibilidad y la validez de la dialéctica como legalidad inmanente a la historia humana y como método para tornar inteligible esa legalidad. Según Sartre, una fundamentación de tal índole debe partir necesariamente de un suelo de experiencia, que no es otro que la praxis humana, como lugar en el cual cada uno de los momentos dialécticos se constituye —adquiere sentido— como tal. Puesto que, en opinión de ese autor, la dia-

léctica no puede ser un condicionamiento en exterioridad proyectado sobre los hombres sino que debe ser inmanente y translúcida a la praxis humana. Pero, repetimos, Schaff parece carecer de la menor noticia sobre estas cuestiones.

La objeción que a lo largo del capítulo —y del libro— se reitera constantemente se refiere al punto de partida metodológico de Sartre: el individuo "aislado".

Marx dice que "el ser humano no es una abstracción inmanente al individuo singular. Es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales". Comprendiendo esto se llega al meollo de la cuestión. El hombre como "individuo humano", es "el conjunto de las relaciones sociales", en el sentido de que su origen y desarrollo sólo pueden ser comprendidos en un marco social e histórico, que es un producto de la vida social. Este modo social (e histórico) de plantear la investigación de la vida espiritual del hombre y de sus productos es una concepción teórica irrefutable y valiosísima que distingue al marxismo tanto de las limitaciones del naturalismo, como del subjetivismo existencia en la indagación de los problemas humanos." 4

Este párrafo, profundamente ambiguo, nos obliga a deslindar dos aspectos que en él aparecen arbitrariamente fusionados. Uno concierne a la metodología y otro a los principios de la antropología marxista. Aspectos que, por lo demás, Sartre se preocupa cuidadosamente de distinguir:

"El principio metodológico que hace comenzar la certidumbre con la reflexión no contradice en modo alguno el principio antropológico que define la persona concreta por su materialidad." ⁵

Schaff no percibe, en efecto, que precisamente porque el ser humano no es otra cosa que el conjunto de las relaciones sociales, es posible partir reflexivamente de la praxis individual "para reencontrar, a través de los condicionamientos cada vez más profundos, la totalidad de sus lazos prácticos con los otros y, por ese mismo camino, las estructuras de las diversas multiplicidades prácticas y, a través de las contradicciones y las 'luchas de estas últimas, lo concreto absoluto: el hombre histórico". 6

En tal sentido, Sartre no vacila en afirmar que el punto de partida de la experiencia crítica es el individuo en su praxis abstracta. Pero, señala inmediatamente, "abstracto" debe entenderse en el sentido de "incompleto":

"...Desde el punto de vista de su realidad singular el individuo no es abstracto (se puede decir que es lo concreto mismo) pero a con-

³ Ibid., pág. 78.

⁴ Ibid., pág. 28.

^{5 &}quot;Critique de la raison dialectique" (précédé de Question de méthode), Gallimard, 1960, pág. 30.

⁶ Ibid., pág. 148.

dición de que se hayan reencontrado las determinaciones cada vez más profundas que lo constituyen en su existencia misma como agente histórico y, al mismo tiempo, como producto de la historia." 7

Estas aclaraciones -que se limitan a lo esencial- bastan para poner de manifiesto la inconsistencia de las formulaciones críticas de Schaff. 8 Pero esta circunstancia no nos desalienta tanto como el percibir en esos análisis la misma pobreza de contenidos y falta de comprensión que Schaff se proponía y nos pro-

ponía precisamente abandonar.

Sorprende, sin embargo, que a diferencia de los estudios tradicionales, el autor de "La Filosofía del Hombre" procure deslindar a toda costa, por una parte, las "graves desviaciones teóricas" y, por otra, la "indiscutible honestidad intelectual" de Sartre. Por mucho que juzgue desencaminado el intento sartreano no duda de la "buena voluntad" y de las encomiables intenciones de su adversario. Esta separación no nos parece en modo alguno casual.

En efecto, el caso de Schaff no es evidentemente único. Si situación es análoga a la de muchos intelectuales socialistas de su generación. Filósofos y pensadores que han hecho sus primeras armas en el apogeo del stalinis-

mo, su obra escrita no ha podido dejar de traducir los límites —que al nivel de la tarea intelectual eran particularmente estrechos— de su formación. No son culpables: sus opciones oscilaban entre el dogmatismo acrítico y la traición; el stalinismo como su insuperable horizonte, no permitía otras alternativas.

Hoy, muerto Stalin, cuando comienzan a replantearse las condiciones de la tarea intelectual, esa obra escrita se levanta, como conjunto inerte de significaciones, contra sus mismos autores. La desestalinización tiene como contrapartida inevitable la reactualización y la puesta en cuestión de esos productos ideológicos cristalizados en el pasado, pero sus autores permanecen necesariamente al margen de ese proceso.

Hay, en efecto, un "interés ideológico" que no se confunde con el económico--- constituido en esa exteriorización de sí mismo que es la obra de un escritor. 9 Negarlo equival-

dría,para ese escritor, a autonegarse.

Trabajosamente empeñados en una difícil renovación teórica, esos intelectuales, víctimas del stalinismo, no tienen otro recurso que su propia voluntad de autorrenovación: el esfuerzo impotente, a medio camino, para no sentirse desplazados de la historia.

Esa condición "trágica" explica la actitud ambivalente de Schaff. Explica también el que proyecte en los otros la misma separación -"errores teóricos, honestidad de intencio-

nes"— que ha operado en sí mismo.

EMILIO DE IPOLA

⁸ Entiéndase bien: esto no significa sostener que la tesis de Sartre escapan a toda crítica. Sólo queremos demostrar, en todo caso, que ellas son inactacables desde posiciones como las de Schaff.

⁹ Sobre la noción de "interés ideológico", cfr. "Critique de la raison dialectique", págs. 266 y ss.

La reflexología vuelve a Pavlov

La reflexología es la parte de la fisiología que se ocupa del estudio de la actividad nerviosa superior de los animales y del hombre, entendiéndose por actividad nerviosa superior aquella desempeñada por los centros nerviosos ubicados en la extremidad cefálica.

La "finalidad" de ésta actividad nerviosa superior es la integración del individuo a su ambiente. Esta integración puede ser cumplida debido a que en las porciones superiores del sistema nervioso central están representados, señalizados, todos los estímulos que pueden incidir sobre el individuo, tanto desde dentro como desde fuera de él. Es decir que existe una integración de las aferencias que llegan al ser viviente y que esa integración adquiere sentido porque existen mecanismos capaces de asegurar la síntesis de ese conjunto de aferencias y la estructuración de respuestas que se mantendrán si cumplen con su finalidad adaptativa. Los sistemas capaces de asegurar la producción de respuestas adecuadas a los estímulos que en cantidad impresionante llegan constantemente a los centros nerviosos de los animales superiores y del hombre son sistemas reflejos.

El acto reflejo es la ley del sistema nervioso. Este es un hecho que nadie discute cuando se trata de los centros inferiores (médula espinal, bulbo raquídeo, etc.). El audaz aporte de la reflexología consiste en haber extendido este concepto a las estructuras nerviosas ubicadas por encima de las anteriores e inclusive a la corteza cerebral. Esto implica que para entender a la actividad nerviosa superior, nombre que Pavlov 1 propone en reemplazo de la expresión "actividad psíquica", es necesario comprender al complejo sistema de mecanismos reflejos que, sobre la base material de las regiones de la corteza y subcorteza del cerebro, constituyen su fundamento. Como dice Rubinstein 2: "Afirmar que la actividad psíquica es una actividad cerebral en función del mundo exterior, en respuesta a la acción que éste ejerce sobre el cerebro, significa, en última instancia, afirmar que es una actividad refleja". Y éste es, justamente, el objetivo a la vez que el gran problema de la reflexología. Determinar las leyes que gobiernan a la actividad nerviosa superior, a la vez que delimitar corectamente cuáles son las relaciones y cuáles los límites que existen entre el nivel fisiológico y el psicológico. De ahí entonces los riesgos: no pueden tolerarse las confusiones entre ambos niveles a pesar de su difícil demarcación. Lo contrario sería caer en el reduccionismo, es decir, en la identificación mecánica de lo que sucede a nivel fisiológico con lo que sucede a nivel psicológico, y viceversa. Desdichadamente son muchas las veces en que la frontera fue violada en ambos sentidos.

"Reflexología" es un término creado por Béjterev, pero el desarrollo de la doctrina reflexológica es el mérito indiscutible de I. P. Pávlov, quien desde su descubrimiento de la "secreción salival psíquica" en 1903 hasta su muerte en 1936, creó un cuerpo de doctrina basado en la acumulación y la lúcida interpretación de una enorme cantidad de material experimental. Esta tarca significó el enfrentamiento con difíciles problemas y no siempre fue posible la respuesta categórica a las dudas que surgían en la mente del investigador. En esos casos Pávlov enunciaba las varias hipótesis posibles y explicaba, de acuerdo con las experiencias realizadas, con las técnicas puestas en práctica y con el nivel de conocimiento ya alcanzado, cuál era la más factible de esas suposiciones y en base a todo ello, extraía las conclusiones de sus resultados experimentales. Esto fue posible en la medida en que no se perdieran de vista cuáles eran los aspectos no definitivamente aclarados de la cuestión. Pávlov comprendía además el valor relativo de sus afirmaciones y nunca pretendió transformar en dogma su doctrina de los reflejos condicionados: "Todas nuestras clasificaciones -dijotodas nuestras leyes son siempre un tanto condicionales, tienen valor durante un período determinado para cierto método y sobre la base empírica que disponemos". 3

Después de su muerte la doctrina reflexológica fue difundida y divulgada en todo el mun-

¹ Pávlov, I. P.: Obras escogidas. Ed. Quetzal. Buenos Aires, 1960, p. 261.

² Rubinstein, S. L.: El ser y la conciencia. Ed. Grijalbo. México, 1963, p. 3.

³ Anojin, P. K.: La inhibición interna como problema de la fisiologia. Ed. Nuestro Tiempo. Buenos Aires, 1963, p. 496.

do. El conocimiento de las leyes de la actividad nerviosa superior pasó a ser un deber de toda persona interesada en la fisiología, en la psiquiatría, la psicología, la medicina, la pedagogía, etc. Para asegurar este conocimiento es que sus obras fueron explicadas por exégetas interesados en dar una idea clara de los fundamentales aportes que la reflexología hacía para la elucidación de múltiples dificultades en las disciplinas citadas. Esa necesidad de "dar una idea clara" hizo que en repetidas oportunidades se soslayaran los aspectos que Pávlov no llegó a resolver. Se presentó así una fachada de solidez que no estaba amparada por una base experimental igualmente sólida. Se tomó aquella explicación que Pávlov consideraba como más factible y se la transformó en LA explicación y, de esa manera, gradual e insensiblemente fue operándose un alejamiento de las posiciones iniciales. Se tenía una doctrina que introducía términos antitéticos (excitación e inhibición, irradiación y concentración, inducción positiva e inducción negativa), y en base al juego verbal de las relaciones entre ambos opuestos, se pasaba a explicar toda incógnita que quisiera dejar de serlo. Y todo éso en base a una muy prego-nada pero nunca bien comprendida "dialéctica"

Y se continuó investigando. Se investigó mucho, se investigó febrilmente. Se publicaron millares de artículos. La bibliografía sobre los experimentos reflexológicos postpavlovianos es impresionante. Pero fueron muy pocos los que mantuvieron la visión de los problemas que no habían resultado esclarecidos por el trabajo previo. Se entró en un período de multiplicación y sofisticación de las experiencias. Se partía con una escala de referencias no siempre bien afirmada y se realizaban experiencias que sólo permitían confirmar más aún al investigador en sus posiciones iniciales. Como dice Anojin 4: "En casos semejantes . . . poco a poco se crea una atmósfera favorable y tranquilizadora. Se adoptan posiciones "cómodas" desde las que es posible resbalar por la superficie de los problemas y aparecen fórmulas y puntos de vista estandarizados de los que se echa mano en todo momento. Entonces desaparecen por completo las dudas que atormentan al investigador acerca de los "problemas espinosos" a los que Pávlov consideraba uno de los móviles más poderosos de la investigación científica". Además, para agravar la situación, las conclusiones obtenidas por los fisiólogos en base al olvido de ciertas cuestiones básicas fueron mecánicamente trasladadas a otras disciplinas en las cuales se introdujo un factor de confusión al orientarse inadecuadamente las investigaciones.

Debe aclararse que no nos estamos oponiendo al hecho indiscutible de la necesidad de la hipótesis como elemento orientador de la in-

vestigación. Al contrario. Pero consideramos inaceptable la utilización de la hipótesis como justificación única, concluyente y excluyente ante una situación determinada. Generalmente ésto ha sucedido y al asentarse las pretendidas explicaciones se ha dejado de lado la obligada mención del carácter provisional y carente de comprobación experimental de lo afirmado. Más claramente: no vemos la diferencia cualitativa entre las afirmaciones "En un caso de neurosis obsesiva, la excesiva limpieza se revela como una reacción defensiva contra el placer infantil primario experimenta-do en el inodoro" 5, y "La aparición de un foco de excitación inerte patológica en la corteza se encuentra en la base de los síntomas obsesivos" 6. Para que ésto sea aceptable debiera demostrarse al menos en un solo caso de neurosis obsesiva la existencia de un foco de excitación inerte en la corteza. Luego, recién, habria que pasar al estudio estadístico que permita afirmar que la frecuencia de los focos de excitación inerte es significativamente mayor entre los obsesivos que entre los no obsesivos. Que nosotros sepamos, hasta el momento nadie ha evidenciado la existencia de focos de excitación inerte en la corteza cerebral del hombre. No se niega, repetimos, el derecho a la vida de la hipótesis en cuestión; lo que se niega es el derecho a formular dogmáticamente esas aseveraciones porque confunden al psiquiatra y no ayudan en la tarea terapéutica.

Ahora bien, el libro del que se extrajo esta concluyente afirmación pretende ser el desarrollo lógico de la teoría reflexológica en el campo de las neurosis. En consecuencia, el nombre de Pávlov aflora constantemente en sus páginas, pero nunca se hace referencia a las dudas que Pávlov tenía. De este modo se desvirtúa lo fundamental del pensamiento pavloviano en cuanto éste significó una lucha contra el dogmatismo y una constante confrontación de las explicaciones teóricas con la práctica experimental y clínica. Como este libro de Sviadosch, la mayoría de los textos con encuadre reflexológico adolecen del mismo defecto, y en todos ellos existe la mención de Pávlov como el creador de las posiciones dogmáticas que se sustentan. Por eso es que puede parecer una osadía el título del presente artículo. Podría afirmarse que la reflexología nunca se apartó de Pávlov y en apoyo de esa tesis citar libros, muchos libros, y revistas, más revistas, donde el nombre de Pávlov figura en todas las páginas. Y más aún, podría discutirse la procedencia de insinuar que la reflexología vuelve a Pávlov a través del libro de Anojin "La inhibición interna como pro-

⁵ Schilder, P.: Psiquiatría y psicoanálisis de hoy. Ed. Paidós. Buenos Aires, 1958, p. 19.

⁶ Sviadosch, A.: Las neurosis y su tratamiento. Ed. Chagre. Buenos Aires, 1961, p. 63.

blema de la fisiología" 7. Esa aseveración es capaz de desatar encendidas polémicas porque se trata precisamente, de la primera aparición en castellano de un libro en que el pavlovismo es puesto en discusión desde sus bases mismas por un investigador que trabaja con el método de los reflejos condicionados y que es discípulo de Pávlov. 8

¿Cuáles son los puntos de los que Anojia parte para intentar reelaborar todos nuestros conocimientos en materia de reflexología? Resulta difícil contestar a esta pregunta en una publicación no especializada en problemas de fisiología y psicología y con respecto de algunos aspectos renunciamos siquiera a intentarlo. Pero hay algunas cuestiones básicas sobre las

que intentaremos dar un panorama.

El descubrimiento a partir del cual se elaboró la reflexología es el de la existencia de los reflejos condicionados. Estos consisten en reacciones adquiridas y temporarias de los animales y del hombre que surgen como consecuencia de la experiencia vital cuando la respuesta a un estímulo, originalmente indiferente (estímulo condicionado) provoca en el organismo una respuesta específica que éste en forma hereditaria (reflejo incondicionado) debiera manifestar sólo ante determinado estímulo preciso e inmutable (estímulo incondicionado).

En la experiencia clásica, el timbre (estímulo condicionado) provoca salivación (respues-ta condicionada) que, por la constitución hereditaria del individuo, debiera producirse sólo ante el alimento (estímulo incondicionado). La respuesta condicionada sólo se mantiene cuando es adaptativa, es decir, cuando la reacción provocada por el estímulo condicionado cumple con las necesidad biológica de preparar al animal para enfrentar al estímulo incondicionado que, en su experiencia, está asociado con esa señal condicionada. Es decir, que para que se mantenga un reflejo condicionado es necesario que la respuesta elaborada por el organismo ante el estímulo indiferente sea complementada por la aparición subsiguiente del estímulo incondicionado que actúa como "refuerzo" de la reacción.

Dos son los problemas principales en éste punto de la exposición: 1) cómo se formaba, según Pávlov, esta capacidad adquirida de reaccionar específicamente ante un estímulo previamente indiferente?

Para él la secuencia era ésta: el estímulo condicionado (timbre) llegaba a la corteza cerebral y creaba en ésta un foco de excitación que se irradiaba desde ese punto en todas di-

7 Anojin, P. K.: Ob. cit.

recciones; pero, al aparecer el estímulo incondicionado (alimento), se producía una facilitación de la irradación en el sentido del centro cortical de ese estímulo incondicionado 9. La repetición de la asociación entre ambos estímulos crearía, al cabo de cierto número de veces, la aparición de una unión funcional, en el seno de la corteza cerebral, que es la vía del reflejo condicionado puesto que el centro del estímulo incondicionado está vinculado con la respuesta efectora caracterís-

tica (salivación).

Esta es la conclusión a la que arribó Pávlov y ésta es la posición que repiten los exégetas de la teoría. Sin embargo hoy los hechos son explicados mucho más satisfactoriamente debido a la aparición de nuevas técnicas de exploración de la actividad nerviosa superior (como la electroencefalografía) y al uso adecuado del clásico concepto de dominancia. La dominancia es un hecho bien estudiado en la actividad cerebral que consiste en lo siguiente: el contacto del animal o del hombre con una situación dada pone en juego una serie de reflejos condicionados que no llegan a producir respuesta pero que crean, sí, un estado de alerta en el sistema nervioso, donde una actividad del organismo (y cuál de las posibles actividades es algo que está determinado por la experiencia previa) está en un estado oculto o subliminal de excitación. La aparición, en ese momento de excitación oculta, de cualquier estímulo excitador, es "capturada" por la actividad dominante y se produce la respuesta propia de la actividad dominante. Veamos un ejemplo tomado de Anojin 10. Si a un perro se le introduce, con cierta técnica, una solución de sulfato de cobre en el estómago, aparece en él un reflejo de vómito. Si se le introduce la solución de sulfato de cobre por vía rectal, se produce un reflejo de defecación. Si se cambian las condiciones de la experiencia y se introduce la solución de sulfato de cobre en el estómago de modo que no provoque el reflejo de vómito, se ve que al inocular poco después la solución con la técnica habitual por vía rectal se produce, no el reflejo de defecación sino el de vómito. Esto se explica porque la solución de sulfato de cobre en el estómago no había alcanzado a provocar el reflejo de vómito pero sí produjo en el sistema nervioso central un estado de excitación subliminal de los centros correspondientes que "atrapó", por así decir, la subsiguiente estimulación rectal y desencadenó la respuesta correspondiente al estado dominante.

Esto tiene una aplicación directa al problema de la formación del reflejo condicionado. Cuando el animal ha estado una vez en contacto con la sucesión de estímulos clásica: timbre-alimento, y es puesto nuevamente en la misma situación experimental, en el mismo

⁸ Esto significa restar importancia a un libro de otro discípulo de Pávlov: Cerebro y conducta, de N. E. Ischlondsky (Ed. Paidós. Buenos Aires, 1953), donde se enfocan, con discutible acierto, aspectos muy parciales de la teoría de la actividad nerviosa superior.

⁹ Pávlov, I. P.: Ob. cit., p. 238. 10 Anojin, P. K.: Ob. cit., p. 375 y sigs.

ambiente, etc., está ya, antes de que actúe ninguno de los dos estímulos en una situación de dominancia alimentacia. Si en ese momento se hace actuar el estímulo auditivo, éste resulta "atrapado" por la dominante específica preexistencia y se produce la respuesta salival

específica de ésta.

La comprobación adicional de la correción de ésta interpretación del mecanismo de formación del reflejo condicionado surge de experiencias realizadas asociando las técnicas de reflejos condicionados y de electroencefalografía. Como lo expresa Magoun 11: "El progreso reciente más revolucionario en la biología de la actividad nerviosa superior es el análisis electrofisiológico del mecanismo de la conducta aprendida". Efectivamente, ha podido demostrarse en experiencias que no podemos entrar a detallar pero que figuran en el citado artículo de Magoun, que el estímulo condicionado actúa provocando la respuesta condicionada a nivel del centro nervioso correspondiente a la estimulación incondicionada. Es decir, que se ha demostrado experimentalmente en ese hecho la "captación" del estímulo condicionado por la actividad dominante oculta.

2) ¿Cuál es la estructura del reflejo condicionado? Pávlov 12, en 1932, la concebía así: "He aquí un esquema general y fundamental del reflejo: el aparato receptor, el nervio aferente, la estación central (o centros) y el nervio eferente con su tejido efector' reconocía a continuación la gran complejidad estructural de los centros en los segmentos superiores del neuroeje. Esta concepción no puede sostenerse hoy en día, sino que debe dar lugar a una mucho más compleja. Para comenzar, debe agregarse toda la concepción sobre las aferencias de retorno, concepción debida a Anojin. Para la fisiología moderna el reflejo condicionado no termina con la producción de la respuesta, sino que en sitio donde ésta se produce se captan también los estímulos correspondientes al estímulo incondicionado que son enviadas a los centros nerviosos (el "refuerzo" cuya importancia ya había sido comprendida por Pávlov). Además la producción de la respuesta es origen a su vez de nuevas excitaciones que también cubren a la subcorteza y corteza cerebral, indicando la calidad de la respuesta y su adecuación al estímulo que la desencadenó. Toda esta infor-mación es estructurada en la corteza donde puede modificarse para originar una reacción cada vez más adaptativa. La respuesta puede ser, gracias a esta integración de las aferencias de retorno, aumentada, disminuida, modificada, frenada, transformada en otra, etc. Es decir, que no debe entenderse al reflejo condicionado como una estructura lineal, sino más bien como un complejo circular con capacidad de autorregulación.

Además, de acuerdo a la concepción clásica, lo que ponía en marcha el reflejo condicionado era el estímulo condicionado. Pero sucede que cuando el estímulo condicionado actúa no lo hace sobre una corteza en blanco sino sobre una donde ya existe, por todas las características de la situación, una estructuración de múltiples estímulos aferentes que crean un cierto estado de dominancia. El estímulo condicionado se integra entonces con todo ese conjunto de aferencias y por un proceso de síntesis es que surge la respuesta condicionada.

La sintesis aferente se hace en dos niveles: en un primer momento (y en menor escala) tiene lugar en las formaciones subcorticales del cerebro y esa primera síntesis es complementada posteriormente por una mucho más compleja que tiene lugar en la corteza. A partir de esa síntesis de aferencias se elabora la respuesta. Tampoco ésta consiste en una secreción de saliva, simplemente. La parte eferente del reflejo condicionado es tan complicada como lo es la aferente: La respuesta tiene para el fisiólogo un indicador más o menos cómodo para la observación que es la secreción digestiva. Pero no es ése el reflejo condicionado. Simultáneamente y aún antes que se produzca la respuesta salival tienen lugar en el animal múltiples cambios provocados también por la aplicación de un estimulo condicionado en una situación de dominancia alimenticia. Se modifican el tono muscular, la presión arterial, las trecuencias cardiaca y res-Todo ésto constituye la respiratoria, etc. puesta condicionada y puede ser bien estudiada mediante técnicas apropiadas. Esto no es el resultado de procesos que se producen aisladamente en centros aislados. Es la consecuencia de la puesta en marcha de una actividad integral del organismo. Existe también una estructuración, una auténtica síntesis de las eferencias que se produce a nivel de la corteza cercbral, pero también y fundamentalmente a nivel de las formaciones subcorticales. Es precisamente a nivel de esas estructuras subcorticales que se determina, según se conoce desde hace 15 años a partir de los trabajos de Magoun y Moruzzi, el estado de activación de la corteza del cerebro. Esa actuación se creyó durante varios años que era difusa, global e inespecífica 13 pero Jasper en 1954 y 1958, Purpura en 1959 y Anojin 14, en un magnífico artículo en 1961, pudieron aportar datos experimentales en el sentido de que existe una cierta especificidad en las influencias activadoras de la subcorteza sobre la corteza y que

¹¹ Magoun, H. W.: Recent contributions to the electrophysiology of learning, Ann. N. Y. Acad. Sci.: 92:818, 1961.

¹² Pávlov, I. P.: Ob. cit., p. 398.

¹³ Pávlov mismo gustaba usar la expresión "fuerza ciega de la subcorteza".

¹⁴ Anokhin, P. K.: EEG analysis of corticosubcortical relations in positive and negative conditioned reactions. Ann. N.Y. Acad. Sci.: 92:S99, 1961.

"la subcorteza imparte una cualidad biológica a la conducta del animal". Es decir que la actividad subcortical crea las condiciones de dominancia de una actividad integral del organismo. Salvo en condiciones excepcionales, los seres vivientes sólo pueden desarrollar una actividad integral en cada momento y para pasar a desempeñar otra es menester que se produzca la supresión de la que venía cumpliéndose con anterioridad. Así, por ejemplo, la actividad integral defensiva, que incluye una gran cantidad de respuestas de todos los sistemas orgánicos, no puede tener lugar simultáneamente con otra actividad integral como sería la alimenticia o la sexual. Esto en virtud de la ley de la exclusividad a la que se considera "ley universal del trabajo del cerebro" 15. La exclusividad de una actividad integral es asegurada por las formaciones subcorticăles que poseen capacidad para excitar selectivamente ciertas estructuras de la corteza cerebral.

Como es bien sabido existen dos procesos fundamentales en el sistema nervioso: el de excitación y el de inhibición. El proceso de excitación está perfectamente caracterizado por la fisiología y sus propiedades son bien conocidas en todos los niveles: tanto en lo que se refiere a la observación de la conducta, como en lo que sucede a nivel celular. En cambio no pasa lo mismo con el proceso de inhibición. Sus características son objeto de grandes discusiones y el acuerdo está lejos de haberse logrado. Sin embargo, a partir de Pávlov se aceptó que "toda actividad exteriorizada del organismo es el resultado de una lucha entre los dos estados de la cédula cortical" (la excitación y la inhibición). Pero como no estaban bien caracterizadas las condiciones de surgimiento y las propiedades del proceso de inhibición la formulación "lucha de la excitación y la inhibición" apareció como carente de sentido. La situación se hizo más grave cuando se difundieron las tesis de que la neurosis es el resultado de una lucha entre la excitación y la inhibición. Se planteó al clínico la necesidad de identificar los estímulos excitadores e inhibidores que habían provocado la ruptura neurótica de la actividad nerviosa superior. Pero éste, por más que se esforzaba, sólo podía encontrar estímulos excitadores.

Otra disciplina donde la falta de conceptos claros sobre la inhibición provocaba dificultades era la pedagogía: se le decía al pedagogo que los procesos de inhibición eran la máxima adquisición del proceso evolutivo y que por lo tanto debía "educar la inhibición" de sus educandos. Pero, ¿cómo educar la inhibición? Era menester pasar a estudiar bien las características de éste proceso nervioso al que Pávlov había considerado como una actividad independiente de la excitación, distinta a ella en el nivel celular, opuesta a ella en el plano

de la conducta del organismo y en estrecha relación con ella ("lucha de la excitación y la inhibición").

Se estudió la forma más sencilla de inhibición: la inhibición externa. Es la que surge cuando, inmediatamente después de hacer actuar el estímulo condicionado, aparece un estímulo nuevo, intenso. Se ve que el animal de experimentación, en lugar de la respuesta condicionada que debía tener, presenta una reacción de orientación-investigación, es decir que entra en tensión toda su musculatura y se modifican todas las funciones vegetativas, al tiempo que dirige sus órganos sensoriales hacia el sitio donde surgió la estimulación novedosa. Simultáneamente con esta reacción se inhibe (deja de producirse) la respuesta específica que correspondía al estímulo condicionado que actuó con anterioridad. ¿Cómo se interpreta lo sucedido?: El estímulo insólito, por su carácter novedoso, puso en marcha toda una serie de reacciones que corresponden a una actividad integral del organismo: la de orientación-investigación. Este complejo de excitaciones, por su mayor intensidad, ha inhibido a la actividad reflejo condicionada (formada también por un complejo de excitaciones) que venía desarrollándose. Se ve con claridad que la inhibición surge aquí como la consecuencia del choque de dos sistemas de excitación. Anojin propone los términos de excitación inhibitoria para la nueva excitación y de excitación inhibida para la que desaparece.

Pávlov había hablado de la identidad fundamental de la inhibición externa con la otra forma de inhibición: la inhibición interna. Esta consiste en lo siguiente: cuando al animal con un reflejo condicionado sólidamente establecido se lo pone en contacto con el estímulo condicionado (timbre), pero su aplicación no va seguida del estímulo incondicionado (alimento), se produce la secreción salival. Pero después al repetirse la experiencia de aplicar el timbre sin el refuerzo correspondiente, se va desarrolando un proceso que conduce rápidamente a la inhibición de la secreción condicionada. Se plantea aquí el problema de averiguar cuál es el mecanismo que lleva a la anulación del reflejo condicionado. Si, como decía Pávlov, la inhibición externa es idéntica a la inhibición interna, es lógico pretender conocer cuáles son las condiciones que permiten al investigador advertir esa identidad. Y si finalmente se llega a la conclusión de que el proceso de inhibición interna es, como el de inhibición externa, el resultado del choque de dos sistemas de excitación, habrá que explicar entonces cómo, siendo la inhibición secundaria a la excitación puede hablarse de lucha entre ambos. Y si no puede hablarse de "lucha excitación y la inhibición" entonces deben edificarse nuevas hipótesis que den cuenta del material experimental acumulado sobre las neurosis experimentales. Además, si la inhibición es el estado de máxima actividad de

la corteza cerebral y el proceso energéticamente más caro y difícil para las células, ¿cómo decir que el sueño, proceso de reparación del sistema nervioso central, es un estado de inhibición interna difundido a toda la corteza cerebral? 16 Ese es el ambicioso programa que se propuso desarrollar P. K. Anojin en su libro La inhibición interna como problema de la fisiología. Se trata de un trabajo de 500 páginas donde el autor desarrolla brillantemente todas las cuestiones fundamentales de la actividad nerviosa superior y llega en muchas ocasiones a conclusiones que entran en franca contradicción con algunos conceptos clásicos de la teoría pavloviana. Para Anojin el problema principal de la reflexología es que tras la muerte de Pávlov, sobrevino una etapa de acumulación mecánica de material experimental que condujo al olvido de los problemas básicos. Para su estudio, él parte del replanteamiento de las incógnitas que Pávlov dejó en pie y especialmente centra su atención en lo que él denominara "problema maldito" de las relaciones entre la inhibición y la excitación: "A pesar de la multitud de relaciones particulares, estudiadas por nosotros, entre los procesos de excitación y de inhibición, la ley general de conexión entre estos procesos escapa hasta el presente a fórmulas exactas" 17. Al encarar el tema de la inhibición interna enfrenta de inmediato la cuestión fundamental: ¿por qué la falta de refuerzo con alimento, desencadena en el animal el proceso de inhibición? Si la inhibición es el resultado del encuentro de dos excitaciones, la inhibitoria y la inhibida, ¿cuál es la excitación inhibitoria que se manifiesta a través de la supresión de la secreción condicionada, que es a su vez la excitación inhibida?

La respuesta surge de la confrontación del experimento clásico con su concepto de las aferencias de retorno. La acción del estímulo condicionado pone en marcha a la reacción alimenticia pero, simultánamente, prepara a los receptores corticales específicos de las aferencias de retorno propias del estímulo incondicionado (el aparato cortical aceptor de acción, según su teminología). La falta de aferencias de retorno determina que ese aceptor de acción no sea satisfecho y entonces el reflejo condicionado, acto cíclico de conducta, queda destruido como tal. Esta ausencia de las aferencias de retorno provoca la aparición de una excitación en el animal que se mani-

16 Esta es la tesis pavloviana que mucho antes ya había entrado en conflicto con los datos obtenidos por la electroencefalografía y también con algunas simples observaciones empíricas. Por ejemplo: si la inhibición interna es el proceso filo y ontogenéticamente más nuevo y si sólo aparece en el niño después de algunos meses de vida; ¿cómo se explica que el sueño sea el estado normal del niño recién nacido?

17 Pávlov, I. P.: Ob. cit., p. 266.

fiesta a través de la reacción orientación-investigación. Desde el punto de vista del observador de la conducta del animal tampoco resulta difícil explicarse lo sucedido. Hemos visto ya que la reacción orientación-investigación surge toda vez que se hace intervenir un estímulo novedoso en una situación experimental. Pues bien, la falta de refuerzo tiene lugar en el curso de una situación que anteriormente se había repetido siempre con las mismas características. Es, realmente, un hecho insólito que tiene lugar en el curso de una sucesión de acontecimientos que ya se había hecho habitual. Por ese motivo provoca una reacción de orientación-investigación y esa reacción de orientación-investigación, como en el caso de la inhibición externa, conduce a la extinción de la respuesta salival condicionada. Pero hay algo que no concuerda con lo que cabría esperar al aplicar sucesivamente el estímulo condicionado sin el correspondiente refuerzo y es éste: ¿por qué las sucesivas aplicaciones del estímulo condicionado acentúan el estado de inhibición de la secreción salival y provocan lo que Pávlov llamó el "estado de dificultad" en el animal? 18 La explicación que da Anojin es la siguiente: después del primer no refuerzo surge una falta de correspondencia entre la excitación preparada y las aferencias de retorno. Esa falta de correspondencia hace aparecer por una parte la reacción de orientacióninvestigación y por otra parte crea un estado de dominancia negativa. Esto está dado porque la falta de refuerzo "le resulta penosa al animal" (Pávlov).

El estímulo condicionado provoca distintas respuestas en los distintos momentos de la experiencia, a saber:

- En un primer momento es estímulo indiferente;
- Por su asociación con el estímulo incondicionado llega a desencadenar la respuesta propia de éste (reflejo condicionado);
- Ante el primer no refuerzo con alimento, la variación brusca que ello significa en la experiencia es la causa de la reacción de orientación-investigación y de un estado biológicamente negativo del animal;
- 4) Posteriormente el estímulo tiene dos valores como señal: por un lado es señal de la reacción alimenticia en extinción y por otra parte es la señal de la reac-

18 El estado de dificultad es una reacción consistente en la disminución o pérdida de todos los reflejos condicionados preexistentes, la imposibilidad de la adquisición de nuevos reflejos condicionados, la puesta en marcha de una actividad motriz desorganizada, acompañada de aullidos y una intensificación de la actividad de todos los componentes vegetativos. Es prácticamente idéntico a las manifestaciones de dominancia defensiva y tiene muchos puntos de contacto con las neurosis experimentales.

ción biológicamente negativa que surge por la falta de aferencias de retorno satisfactorias para esa dominante alimenticia. Este es el estado auténticamente conflictual, en el que existe lucha de dos sistemas de excitaciones y que transcurre con gran gasto de energía para el animal: es el verdadero período de inhibición interna. Existen dos actividades integrales, dos dominancias, la alimenticia y la negativa, en lucha. La más intensa, según la ley de exclusividad, es la que habrá de inhibir a la restante. En éste momento resulta clara la identidad que ya Pávlov previó entre los dos tipos de inhibición.

5) Finalmente se llega a un período que Anojin denomina de "inhibición económica". En este período final la inhibición es un proceso ya consolidado y transcurre prácticamente sin consumo de energía. El estímulo condicionado vuelve a ser indiferente para el animal y ya no evoca en él ninguna de las dos reacciones que antes desencadenaba. Acá no

hay conflicto alguno.

De todo lo antedicho surge que la inhibición aparece después del choque de dos sistemas de excitaciones. Estas excitaciones se propagan en el seno del sistema nervioso. Pero la inhibición surge en el sitio de encuentro de estos dos sistemas de excitaciones y, contrariamente a lo afirmado por Pávlov, carece de la propiedad de propagarse. No puede hablarse entonces de irradiación y concentración de la inhibición.

Un problema mucho más importante es el siguiente: ¿Cuál es el estímulo que pone en marcha al proceso inhibitorio? Debemos responder que, en el primer momento, la aparición de la reacción de orientación-investigación es debida a la falta de refuerzo alimenticio. Pero a partir de la segunda aplicación del estímulo condicionado no seguida por refuerzo la inhibición es consecutiva al valor como señal evocadora de la reacción biológicamente negativa que tiene el propio estímulo condicionado. Es decir que la inhibición es evocada por el mismo estímulo que la excitación. Y esa excitación inhibitoria para ejercer su efecto debe actuar sobre una excitación previa, la excitación inhibida. O sea que la inhibición es siempre inhibición de algo. Esto puede parecer una perogrullada pero tiene importantes consecuencias. Significa que la inhibición no es un proceso independiente de la excitación y opuesto a ella, sino que por el contrario surge después y como consecuencia de la excitación. De ahí la pregunta: ¿Cómo puede la inhibición luchar con la excitación si es su consecuencia? Una de las formulaciones más frecuentemente repetidas en cuanto texto de reflexología se encuentra circulando pierde con ésta concepción de la inhibición como secundaria a la lucha de dos sistemas de excitaciones toda su fundamentación. La inhibición no puede luchar con la excitación porque es desencadenada por ella. ¿Cómo podemos explicar entonces a las neurosis experimentales que tradicionalmente fueron consideradas secundarias a esa lucha? Según Anojin ellas suceden por el mantenimiento en un alto nivel de excitabilidad del conflicto entre dos sistemas de excitaciones que no se resuelve por la inhibición de uno de ellos.

Anojin aporta también múltiples pruebas que hablan de la necesidad de llegar a una concepción sobre el fenómeno del sueño distinta de la que sustentó Pávlov. Si lo que caracteriza a la inhibición interna es el encuentro de dos sistemas de excitaciones y la presencia del conflicto se expresa a través de la reacción biológicamente negativa, ¿cuál es el encuentro de exitaciones que se produce en el sueño y qué clase de reacción biológicamente negativa es la que surge en ese momento? Si la inhibición no puede extenderse ¿cómo es que se habla de la inhibición propagada a toda la corteza durante el sueño? 19.

En su libro, Anojin no se contenta con tratar los problemas teóricos de la fisiología con respecto de la inhibición interna sino que aborda también las consecuencias que estos hallazgos acarrean en el campo de la psicología, la psiquiatría, la pedagogía y la medicina interna, a la vez que subraya los trastornos suscitados por las incorrectas aplicaciones de las hipótesis anteriores en estos campos de la ciencia. No deja tampoco de remarcar que las nuevas ideas plantean nuevos problemas.

- Por ejemplo, Pávlov había elaborado una clasificación de los tipos nerviosos en base a las propiedades de "los dos procesos nerviosos fundamentales". Las nuevas ideas representan forzosamente un cambio en el status de la inhibición y por lo tanto toda la cuestión de la tipología debe ser planteada sobre nuevas bases.
- 2 Las neurosis experimentales han recibido una explicación que es la más posible para éste nivel de conocimiento, pero que difícilmente sea definitiva.
- El estadio final de la inhibición, "inhibición económica", carece por el momento de una satisfactoria justificación fisiológica.
- 4) Anojin coincide con Pávlov en que, por las condiciones de su surgimiento, debe mantenerse una división entre formas distintas de inhibición interna (por extinción, por diferenciación, etc.). Creemos que ésta es una opinión que necesita ser revisada.

Y, finalmente, quedan algunos problemas que hacen a la esencia misma de la reflexo-

19 "No hay duda alguna de que la inhibición, propagándose en amplitud y en profundidad, provoca diversos grados de hipnosis; cuando su irradiación de la corteza hacia las partes inferiores del encéfalo alcanza su máximo, suscita el sueño normal" (I. P. Pávlov: Ob. cit., p. 264).

logia. Son problemas teóricos que exigen una discusión a fondo. Por ahora nos contentahemos con mencionarlos:

1) ¿Es la inhibición, a nivel celular, un proceso cualitativamente distinto de la excitación? Anojin 20 dice de Pávlov "como naturalista que basa su actividad creadora en la ley de la causalidad (determinismo) no podía admitir que dos procesos del sistema nervioso central que conducen a formas de conducta opuestas, fueran de naturaleza idéntica". Nos atrevemos a afirmar, y dejamos la discusión para otra oportunidad, que Pávlov y Anojin no pueden afirmar eso como deterministas mecanicistas, pero que en condición de deterministas dialécticos podrían sostener exitosamente esa tesis y, por ese camino (que es un camino de investigación), podrían llegar a la solución de los más "espinosos problemas" que tiene la reflexología en la actualidad.

20 Anojin, P. K.: Ob. cit., ps. 113-114.

2) ¿Cuáles son las ventajas, cuáles los riesgos y cuáles los inconvenientes de inferir, a partir de la observación de conductas exteriorizadas de los seres vivientes, lo que sucede a nivel del sistema nervioso central? Estamos en este momento en el punto de partida y de llegada de toda discusión sobre reflexología: ¿cuáles son las relaciones entre el nivel psicológico y el fisiológico? ¿Hasta qué punto la observación de lo que pasa en un nivel puede ser transferida a la explicación de procesos que transcurren en el otro?

Tal vez pase mucho tiempo antes de la aparición de una contestación categórica a estas preguntas. Pero entre tanto, el camino es el indicado por Anojin: investigar teniendo siempre en cuenta las cuestiones fundamentales no resueltas. Ese fue el sentido de la obra de Pávlov. Por eso, al alejarse de la letra de sus formulaciones, la reflexología vuelve a Pávlov.

NESTOR A. BRAUNSTEIN

DOCUMENTOS

La Asociación Internacional de Trabajadores en la Argentina

El año 1886 se publicaba en la ciudad de Buenos Aires un libro, en pequeño pero abultado tomo, en el cual se hacía la historia de las industrias en la Capital de la República; el año 1896 aparecía un segundo tomo, precedido de un artículo de Sarmiento. El autor del libro, que no es más que una crónica biográfica de los iniciadores de nuestras actividades industriales es un señor Manuel C. Chueco y el título del mismo "Los Pioneers de la Industria Nacional".

Aparecen allí los esfuerzos nacionales por formar en el país las primeras empresas industriales. Son inmigrantes, en su mayoría que, desde 1850 en adelante, tientan de sustituir el consumo de las mercaderías manufacturadas en Europa por productos fabricados en el país. Son capitales argentinos que dan estos primeros pasos; mostrando una vez más cómo existían en el país las posibilidades de crear una industria independiente; industria que si cayó en manos extrañas o fue frenada en su desarrollo, se debió a la preponderante influencia de los intereses económicos ajenos.

Y al mismo tiempo que se dan estos primeros pasos en el terreno del desarrollo industrial, aparecen las primeras manifestaciones de la clase obrera comó fuerza independiente. Son esas primeras plantas industriales, junto con el aporte de una inmigración creciente, las que dan la base para que surjan en nuestro país las organizaciones políticas y sindicales de la clase obrera.

Son los cientos de obreros que emplea Adrián Prat en la fabricación de tejidos de lana y en su tintorería; es Berisso, en sus saladeros, Bieckert en la cervecería, Zamboni en talleres mecánicos y fundición, Durán con la fábrica de cigarrillos, Cerrano en la fábrica de cal, que abren paso al progreso industrial dando las condiciones para el surgimiento del proletariado.

La inmigración, el otro factor a que nos hemos referido, influye de doble manera en el nacimiento de las primeras organizaciones obreras. Por un lado la afluencia de brazos suscita los primeros problemas alrededor de las condiciones de trabajo; por otro, muchos de los recién llegados traían de sus países de orígen ideas sobre organización; habían participado en las luchas desatadas en Europa; al-

gunos de ellos habían debido abandonar si patria exilados como consecuencia de las per secuciones políticas. La vida en común de lo inmigrantes de una misma nacionalidad, la existencia de sociedades idiomáticas facilita ban la formación de grupos y es indudable que en las reuniones y conversaciones a que los obligaba como único pasatiempo una so ciedad que se movía a un ritmo mucho má lento que aquella de que procedían, debíar ocupar un lugar preferente las preocupacio nes políticas y sociales que habían conmovido sus vidas.

El crecimiento de la inmigración en el período de 1860 a 1880 había seguido el siguiente ritmo:

1860	6.656
1865	11.767
1870	39.967
1875	42.036
1880	42.651
1881	47.484
1885	108.722
1887	120.842
1889	260.909

En menos de 30 años el avance era inmenso, cierto que parte de esa población inmigratoria regresaba a sus países de orígen, pues
venía solamente en las épocas de cosecha, pero
de cualquier manera la ciudad medio-aldes
se transformó de una manera total. A los
ojos asombrados de los viejos porteños que
vivían de las luchas entre mitristas y alsinistas, que sólo comprendían las tareas del campo, los conmovía la aparición de un nuevo
espíritu y un nuevo ritmo; con este nuevo
espíritu y con este nuevo ritmo, tratando de
acomodarse a la sociedad de nuevo tipo que
nacía, es que un grupo de hombres funda, por
el año 1870, la Sección Argentina de la Asociación Internacional de Trabajadores.

La primera referencia sobre la existencia de la Asociación Internacional de Trabajadores en Buenos Aires, nos la suministra un artículo publicado en el Nº 12, año III, del 31 de Julio de 1875, de la Revista Masónica Americana, que dirigía un semianarquista, Bartolomé Victory y Suarez; se trata de un documento sumamente interesante.

El artículo del propio Victory y Suarez tiene su orígen en la detención por la policía de la Capital de un grupo de once personas, a quienes se acusaba de haber participado en el incendio del colegio Salvador, suceso ocu-rrido el día 28 de Febrero de 1875. Esas once personas formaban la dirección de la Asociación Internacional de Trabajadores y sus nombres eran: Pablo Cug, Enrique Broubers, Desiderio Job, José Loumel, Julio Auberne, José Dufour, Francisco Roca, Mateo Millot, Francisco Dufour, Ernesto Deschamps y Julio Duboin. De este artículo resulta que la Asociación había sido fundada hacia el año 1872, titulándose Sección de lengua francesa, aún cuando sus miembros eran de distinta nacionalidad, que había mantenido un periódico durante un corto tiempo con el nombre de "El Trabajador", haciendo una vida perfectamente legal, pues "sus reuniones se anunciaban en los diarios, indicando los asuntos de que se iba a ocupar, y el local, calle y número donde tenían lugar".

A continuación del artículo se transcriben los documentos oficiales del proceso y la sentencia absolutoria dictada por el Juez Hudson, "para tenerlos a mano —dice Victory— el día en que por cualquier otro motivo infundado, se viera amenazado el derecho de asociación en la Masonería, y fuera necesario recordar principios de jurisprudencia aceptados por los tribunales del país, en salvaguardia de aquel derecho, porque cuando las pasiones políticas se exaltan y arrastran, a los agentes de la autoridad a cometer desafueros, lo mismo están expuestas a ser víctimas y a implorar justicia las asociaciones filosóficas y filantrópicas, que las socialistas y revolucionarias, de las cuales no las separa sino una cuestión de forma; la cuestión de si deben realizar el bien social, pacífica o revolucionariamente . . ." Pocas esperanzas podemos abrigar hoy que la jurisprudencia sabia y democrática del Juez Hudson sea aceptada por los tribunales actuales, pero los documentos nos sirven, en cambio para reconstruir las ideas que dirigían y orientaban a estos iniciadores del movimiento obrero en el país.

El dictámen del fiscal de gobierno resume de la siguiente manera las ideas de los fundadores de la Internacional en Buenos Aires, y el carácter de la misma:

"Que se trata de una sociedad llamada internacional, ramificación de la que existe en Europa con ese mismo nombre (fs. 2 y 3).

"Que los principios socialistas de esa organización se descubren en la siguiente declaración:

"Que es necesario combatir la funesta asociación internacional de parásitos, es decir, la clase que vive y goza del fruto de la tierra y de la industria, a expensas de aquellos que trabajan y sudan (fs. 11). Que es deber de los socios rechazar toda clase de gobierno que no sea emanación de los trabajadores; que siendo el trabajador, el productor de todo lo que es útil y necesario para la existencia y bienestar de la humanidad, debe tener el derecho de dictar las leyes que rigan a la sociedad universal (fs. 4, 5 y 6 vuelta).

"Que esta asociación tiene también propósitos políticos, como se comprueba por las citas antecedentes, a las que se puede agregar que es un deber de los miembros de la Internacional, estar prontos a sacrificarse por la emancipación social de un pueblo o de una fracción de pueblo que quiera sacudir el yugo de una tiranía cualquiera, sea mercantil, o religiosa, o real".

La sentencia del Señor Juez completa esta enumeración de propósitos y este programa diciendo:

"Que según el reglamento aprobado por los iniciadores de dicha asociación, se requería para ser asociado, la calidad de obrero o presentar pruebas de sus virtudes cívicas y sociales, excluyendo a los que viven del agiotage, a los que pertenecen a una orden religiosa y a los que explotan casas de juego o prostitución (fs. 1 y 7)".

He buscado cuidadosamente el expediente criminal que contiene las piezas a que se refiere el juez y el fiscal en sus resoluciones y desgraciadamente no me ha sido posible hallarlo. Es seguro que de él podrían extraerse muchos más antecedentes y determinar, seguramente con precisión, cuales eran las ideas completas de estos hombres, la fecha de fundación de la Internacional, el lugar de sus reuniones, los temas de discusión, la obra concreta que realizaban, etc., etc.

Para fijar la fecha, con todo de su fundación, aparte del mencionado, contamos con los siguientes antecedentes: en el congreso de La Haya en 1872 de la Iº Internacional ya se menciona la existencia de una sección en Buenos Aires; José Ingenieros sostiene en "El Almanaque Socialista para el año 1889" que la fundación data del año 1871; según una carta reproducida en "Certamen Internacional de "La Protesta" por el mejicano José C. Valades (pág. 85) y dirigida al secretario de la sección mejicana por el secretario de la sección uruguaya de la A. I. de los T. con fecha 1º de Enero de 1873, hacia 1872 se habría formado en Buenos Aires, por un grupo de ciudadanos franceses "una titulada sección argentina de la Asociación Internacional de Trabajadores, y que representa el espíritu antidemocrático del Consejo General de Londres"; según F. A. Sorge, en su historia de la 1º Internacional, en Buenos Aires, entre los años 1871 y 1872 la internacional contaba con 250 miembros.

Nacida la sección argentina al impulso de las nuevas condiciones sociales que se imponían, pero también por la influencia personal de los inmigrantes que reproducían en América las organizaciones de sus países de origen, era lógico que también aquí se manifestara de entrada la lucha entre los dos sectores en que se encontraba dividido el primer movimiento internacional organizado de los

trabajadores.

Fundada la 1º Internacional en el año 1864, con la participación, el consejo y el apoyo decidido de Carlos Marx, se había adherido a ella en 1868 el anarquista Bakunin y con él los miembros de la Alianza Democrática Socialista. Los choques entre la corriente marxista y la anarquista no tardaron en producirse y expulsados en el congreso de La Haya (1872), terminó la 1º Internacional por des-aparecer en 1876. Las luchas de estas dos tendencias tuvieron una influencia decisiva en el proceso del desarrollo del movimiento obrero argentino. Todo un largo período, se caracteriza por la división permanente del movimiento sindical y por los mutuos ataques de anarquistas y socialistas; a una primera época de polémicas despiadadas, siguió un período en el que se llegó hasta la violencia física para imponer las propias directivas. En sucesivos capítulos podrá establecerse el daño que esas luchas hicieron y las consecuencias que aun hoy sufrimos.

Los primeros documentos relativos al movimiento obrero en la República nos presentan ya el cuadro casi completo de la división existente.

Al comunicar el secretario de la sección uruguaya de la A. I. T. a la sección mejicana la fundación de otra en Buenos Aires, en carta a que me he referido más arriba dice en el párrafo transcripto, que la sección argentina representa el espíritu anti-democrático del consejo de Londres (así denominaban los anarquistas al grupo que seguía a Marx y agrega "como fieles juramentadores de los principios de la Alianza Democrática Socialista, os ponemos al tanto y esperamos que por la vuestra parte haréis igual con otras secciones del continente americano..." Por su parte en otra carta que también transcribe Valades en el Certámen Internacional de 'La Protesta', pág. 84, dirigida a Méjico por un propagandista de la sección uruguaya de nombre A. Juanes, y que lleva fecha del 7 de Abril de 1872 dice, agresivamente: "Desde E. me ha escrito G. (que usted conoce bien) y que hace poco estuvo en Suiza y Paris, haciéndome conocer algunos detalles sobre el maquiavelismo del Consejo General de Londres contra Bakounin. Y sabe usted de qué proviene ese disgusto del Consejo de Londres? De que las naciones latinas jamás aceptaran la sumisión al genio de Marx y de su patan (se refiere seguramente a Engels). En esta República democrática hay quienes se inclinan a los agentes de Londres; casi todos los que han llegado de Europa en estos últimos meses, huyendo. Temor tengo de que no podamos más en este enrarecido ambiente si contamos con tener batalla con los autoritarios... De Buenos Aires, regreso desconsolado: sólo entre los artesanos panaderos he encontrado una atmósfera favorable a la sociedad de socorros y resistencia. ¡Ah, los asnos necesitan una paliza...!"

En 1872, carta de F. Galcerán, secretario de la Sección uruguaya a F. Zalacosta, secretario electo de la sección Mejicana, también publicada por Valades en "Certamen Internacional de 'La Protesta'", pág. 84, se anuncia la aparición de "un periódico que se denominará 'El Obrero Federalista', para combatir a los autoritarios que han sentado reales en Buenos Aires".

Al período de la lucha personal por imponer las propias directivas en el terreno de la organización, sucedía así el de la lucha por

medio del papel impreso.

Y esa lucha por medio del papel impreso había de dar lugar, uno tras otros a la aparición de folletos, volantes, manifiestos y periódicos de vida efímera. El primer periódico de que tengo noticia es el que dirigido por Victory y Suárez, que había publicado en Buenos Aires El Comunismo de Cabet con anotaciones, se llamaba "El Artesano" y apareció antes de que se fundara la sección argentina de la A.I.T. Ignoro que se conserven en alguna parte ejemplares de este periódico, pero conociendo las ideas de Victory y Suá-rez no es difícil imaginar que él reflejaba los pensamientos del socialismo utópico. Victory y Suárez venido al país antes de la fundación de la Internacional en Europa, habría recogido sus ideas sociales, según sostiene Diego Abad de Santillán en su libro "El Movimiento Anarquista en la Argentina", en los libros de Francisco Garrido, influidos por un socialismo humanitario. Puede señalarse a Victory y Suárez como el eslabón que une a las corrientes de los saint-simonianos que estudiara Ingenieros en sus artículos de la "Revista de Filosofía", con las modernas corrientes del socialismo científico.

La primera publicación de un organismo obrero parece así ser "El Trabajador", a cuya aparición se refiere el propio Victory y Suárez en el artículo que hemos citado de la Revista Masónica Americana y del cual sólo "aparecieron cinco o seis números en mes y medio". De la exposición de ideas de los miembros de la sección argentina de la A.I.T. resumidas por el fiscal Pondal y el juez Hudson a que nos hemos referido, así como de las opiniones vertidas por los anarquistas uruguayos en las cartas hechas conocer por Valades, resulta evidente que la sección argentina de la A.I.T. respondía a las ideas marxistas. Esto lo reconoce Abar de Santillán en el libro citado y Max Nettlau en su "Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914", publicado en el "Certamen Internacional de 'La Protesta'", pág. 5. El primer órgano anarquista, destinado a lu-char contra los "autoritarios" partidarios del Consejo de Londres, habría sido de acuerdo a la carta citada "El Obrero Federalista", de cuya real aparición no he visto noticia en

ninguna parte y que bien pudo quedarse en

simple aspiración de sus redactores.

Las actividades de estos primeros militantes del movimiento de la clase obrera eran indudablemente limitadas, ni las condiciones económicas de la República, en su primera fase de desarrollo industrial, ni el clima de una clase obrera compuesta en su mayor parte de inmigrantes que venían con el propósito y la esperanza de hacer fortuna eran propicios para desarrollar una seria actividad política o sindical. Esta circunstancia está reconocida por Victory y Suárez en el artículo de la "Revista Masónica Americana", que nos ha ser-vido ya de referencia; en él al disculpar a los miembros de la sección argentina por no haber pedido autorización para reunirse, lo que dio pretexto a la policía para su detención, dice: "Los miembros de aquella asociación se reunieron sin pedir ese permiso, ya sea porque ignorasen que debían hacerlo, ya sea que no creyesen necesario hacerlo, puesto que no se ocupaban de la política militante, motivo del estado de sitio" (subrayado por mí).

La prensa de esa época debe, sin duda, haber reflejado más que otra cosa las preocupaciones doctrinarias y polémicas. Ese es el carácter también de los manifiestos, de los folletos y de los libros que se editan. De los primeros, he leído alguno publicado en Montevideo, lleno de lugares comunes a la literatura anarquista de la época, pero que no contienen ninguna demanda concreta y por el contrario dedican elogios al gobierno y a las instituciones republicanas que regían el país; el folleto más característico es el publicado con el nombre de "Una Idea", por un centro de bakuninistas que se habría formado en 1875 para combatir a los "marxistas" de la sección argentina de la A.I.T.

Pueden citarse todavía de esta época "El Descamisado" (1879), anarquista "pero bastante primitivo en sus ideas", según Nettlau; el primer periódico obrero editado en lengua extranjera: "Le Revolutionaire" (1875), y "La Vanguardia", dirigida por el año (1870),

estos dos últimos partidarios de Marx y el Consejo de Londres.

La primera internacional en Buenos Aires, subsiste con una vida intermitente hasta el año 1881 en que es disuelta. Fue el período de los pioneros, el período de los tanteos en un medio poco apto y desconocido. El interior del país permanecía impenetrable, a pesar de algún esfuerzo hecho en Córdoba por el año 1874 ó 1875 (ref. de José Ingenieros en "El Almanaque Socialista para 1899"). La Capital despertaba; pero todavía debían transcurrir unos cuantos años antes de que surgieran las primeras organizaciones sindicales y se fundara el Partido Socialista, primer partido político de la clase trabajadora argentina. Es una historia obscura, de sacrificios y luchas individuales más que otra cosa. Movimiento que nacía influenciado, en gran parte, por causas externas, reflejaba a veces arbitrariamente problemas ajenos a nuestro desarrollo económico; eso retardaba su consolidación como movimiento de masas, en las cuales no encontraba eco una propaganda predominantemente artificial, que no se ceñía a las verdaderas condiciones de la clase obrera y de la población laboriosa de la nación.

A partir de 1885, débilmente, comienza a modificarse esta situación. Los elementos de la situación local son tenidos más en cuenta, a la par que se pasa a nuevas formas, más avanzadas, del estado industrial. A este período de polémicas, de aislamiento de las masas que tendía a hacer del movimiento un refugio de elegidos, ha de suceder uno nuevo que le permite afirmar a un escritor burgués, Juan Balestra, en su historia de la revolución del 90, que el hecho más característico e importante de ese acontecimiento fue el haber marcado la entrada del proletariado en las luchas políticas argentinas.

FAUSTINO JORGE

(Extraído de la revista Argumentos dirigida por Rodolfo Puiggrós, Nº 2, diciembre 1938, págs. 170-174.)

Memorandum sobre los problemas del movimiento obrero internacional y su unidad

Este memorándum sobre los problemas del movimiento obrero y comunista internacional y de su unidad ha sido completado por el camarada Togliatti algunas horas antes de la enfermedad fatal de la que ha fallecido.

El texto debía ser pasado a máquina durante la visita de Togliatti al campo internacional de los pioneros, en Artek. A su retorno, lo revisaría. Togliatti redactaba sus notas en un lenguaje muy preciso y con una escritura claramente legible, casi sin tachaduras, y a veces agregaba frases en los márgenes. Su último texto es tan notable como los otros desde este punto de vista y prueba que, hasta su último instante, se hallaba comprometido de un modo vigoroso y lúcido en su trabajo. Nada hace sospechar la proximidad del atroz mal que impidió a Togliatti revisar el memorándum.

Pero pensamos que, a pesar de la ausencia de esta revisión definitiva, podemos considerar este texto como la expresión precisa de su pensamiento sobre los problemas en cuestión. La dirección del partido llegó a conocer con profunda emoción el documento preparado por Togliatti y, reconociendo que "este documento reafirma de la manera más clara la posición de nuestro partido sobre la situación actual del movimiento comunista internacional", lo ha suscrito plenamente.

Publicamos pues este memorándum del camarada Togliatti como la expresión precisa de la posición del P.C. I. sobre los problemas del movimiento obrero y comunista internacional y de su unidad.

LUIGI LONGO

La carta de Partido Comunista Soviético con la invitación a la reunión preparatoria para la conferencia internacional llegó a Roma pocos días antes de mi partida. Por ello y además, debido a la ausencia de muchos compañeros, no hemos tenido oportunidad de examinarla en una reunión conjunta de la dirección.

Sólo pudimos tener un rápido intercambio de ideas entre algunos compañeros de la secretaría. La carta se presentará al Comité Central del partido que habrá de reunirse a mediados de setiembre. Sin embargo, queda claro que participaremos y participamos activamente de la reunión preparatoria.

Sin embargo, mantenemos nuestras dudas y reservas sobre la oportunidad de la conferencia internacional, sobre todo porque es ya claro que además del partido chino, un número no despreciable de partidos no asistirá.

En esta reunión preparatoria es indudable que se nos ofrecerá la posibilidad de exponer y justificar nuestras opiniones puesto que afectan a toda una serie de problemas del movimiento obrero y comunista internacional.

Haré una breve referencia a estos problemas en este memorándum con el propósito de facilitar además ulteriores intercambios de ideas con ustedes cuando llegue el momento.

El plan que habíamos propuesto para una efectiva lucha contra las erróneas líneas políticas y contra la actividad divisionista de los comunistas chinos era diferente del que realmente se llevó a la práctica. Sustancialmente, nuestro plan estaba basado sobre estos puntos:

—No interrumpir nunca la polémica contra las posiciones de principio y las concepciones políticas de los chinos.

—Conducir esta polémica de modo diferente que los chinos, sin exasperaciones verbales y sin condenaciones genéricas, sino con argumentos concretos, de manera objetiva y, siempre, con respeto por el adversario.

-Proceder paralelamente, por grupos de Partidos, a una serie de encuentros para un examen detallado y para una mejor definición de los objetivos actuales de nuestro movimiento en los sectores más diferentes (Occidente europeo, América Latina, Países del tercer mundo y sus contactos con el movimiento comunista de los países capitalistas, países de democracia popular, etc.). Este trabajo habría debido hacerse teniendo en cuenta el hecho de que a partir de 1957 y de 1960 la situación en todos esos sectores ha cambiado seriamente, y que, sin una elaboración colectiva profunda, no es posible definir correctamente los objetivos comunes del movimiento.

-Sólo después de esta preparación, que hubiera exigido un año de trabajo o más, el problema de una conferencia habría podido ser examinado, si realmente se quería que esta conferencia fuese una etapa nueva del movimiento y lo reforzase verdaderamente sobre la base de posiciones nuevas y correctas. Habríamos podido así aislar mejor a los comunistas chinos, y oponerles un frente más sólido, no sólo unido por una definición general común acerca de las posiciones chinas, sino también por un conocimiento más hondo de los objetivos comunes del movimiento entero y de los objetivos que se plantean claramente en cada uno de sus sectores. Por otra parte, si los objetivos y la línea política del movimiento en cada sector hubieran sido correctamente precisados, habríamos podido renunciar a la conferencia internacional, si tal cosa hubiese sido necesaria para evitar una escisión formal.

Fue seguida una línea diferente, y juzgo que las consecuencias no han sido completamente positivas. Ciertos partidos (e incluso quizá muchos partidos) esperaban una conferencia a muy corto plazo con el fin de pronunciar una condena abierta y solemne, válida para el movimiento entero. La espera, por cierto, ha debido desorientarlos.

Durante ese tiempo, la ofensiva de los chinos fue llevada adelante con fuerza, así como su acción para constituir pequeños grupos escisionistas y para ganarse algunos Partidos. En general, se ha replicado a la ofensiva china con una polémica ideológica y con temas de propaganda y no con un enriquecimiento de nuestra política en el terreno mismo de la lucha contra las posiciones chinas.

Ciertos actos han sido cumplidos en esta dirección por la Unión Soviética (firma del Tratado de Moscú contra los ensayos nucleares, viaje de Kruschev a Egipto, etc.), y eso fue una verdadera, importante victoria contra los chinos. El movimiento comunista de los otros países no ha logrado sin embargo hacer nada semejante.

Para explicarme mejor, pienso por ejemplo en la importancia que habría tenido un encuentro internacional, convocado por algunos Partidos occidentales, con un amplio grupo de representantes de los países democráticos del Tercer Mundo y de sus movimientos progresistas, a fin de elaborar una plataforma concreta de cooperación y ayuda a esos movimientos. Era una manera de combatir a los chinos con hechos y no simplemente con frases.

Acerca de esto, juzgo que la experiencia de nuestro Partido (el italiano) es interesante. Tenemos en el Partido y en sus márgenes al-gunos grupos pequeños de camaradas y simpatizantes favorables a las posiciones chinas y que defienden esas posiciones. Algunos miembros de nuestro Partido debieron ser expulsados, pues fueron responsables de actividad fraccionista y de falta de disciplina. Pero, en general, nosotros discutimos sobre todos los aspectos de la polémica con los chinos en las asambleas de célula y las secciones y en las reuniones de nuestros militantes a nivel municipal. Obtenemos los mejores éxitos cuando la discusión pasa del terreno general (carácter del imperialismo y del Estado, fuerzas motrices de la revolución, etc.), al terreno concreto de los problemas de nuestra política corriente (lucha contra el gobierno, crítica del Partido Socialista, unidad sindical, huelgas, etcétera). En este terreno, la polémica china queda por completo desarmada e impotente.

La consecuencia que hay que extraer de estas observaciones es, en mi opinión, que (incluso si se trabaja ya para la conferencia internacional) no se debe renunciar a las iniciativas políticas capaces de batir las posiciones chinas, y que el terreno en que es más fácil batirlas es la evaluación de la situación concreta a la que debemos hacer frente y de la acción para resolver los problemas que se plantean, en cada sector del movimiento, a cada Partido y al movimiento en general.

LAS PERSPECTIVAS DE LA SITUACION ACTUAL

Con un cierto pesimismo evaluamos las perspectivas de la situación actual en el plano internacional y en nuestro país. La situación es peor que hace dos o tres años.

De los Estados Unidos de América pro-viene hoy el peligro más serio. Este país atraviesa una crisis social profunda. Los conflictos raciales entre blancos y negros sólo son uno de los elementos de esta crisis. El asesinato de Kennedy ha demostrado hasta dónde puede llegar el ataque de los grupos reaccionarios. No se puede excluir de un modo absoluto el triunfo del candidato republicano (Goldwater), que incluye la guerra en su programa y habla como un fascista. Lo que tiene de peor, es que la ofensiva conducida por este personaje empuja cada vez más y más a la derecha todo el frente político americano, y refuerza la tendencia a encontrar en una mayor agresividad internacional una salida a los contrastes internos, así como la base de un acuerdo con los grupos reaccionarios del oeste europeo. Esto vuelve muy peligrosa la situación internacional.

En el occidente europeo la situación es muy variada, pero la domina un elemento común: el proceso de nueva concentración monopolista, cuyo instrumento y lugar es el Mercado Común. La competencia económica americana, que se vuelve más intensa y agresiva, contribuye a acelerar el proceso de concentración. Así se refuerzan las bases objetivas de una política reaccionaria que tiende a liquidar o a roer las libertades democráticas, a mantener en vigor los regimenes fascistas, a crear regimenes autoritarios, a impedir todo avance de la clase obrera y reducir su standard de vida. En cuanto a la política internacional, las rivalidades y contrastes son profundos. La vieja organización de la OTAN atraviesa una crisis seria y evidente, sobre todo en virtud de las posiciones de De Gaulle. Pero no hay que hacerse ilusiones. Existen por cierto contradicciones que podemos explotar a fondo; pero, hasta este momento, no se ha manifestado en el seno de los grupos dirigentes de los Estados continentales una tendencia a conducir de manera autónoma y coherente una acción para suavizar las relaciones internacio-nales. Todos esos grupos, además, se colocan, de uno u otro modo y más o menos ampliamente, en el terreno del neocolonialismo para obstaculizar el progreso económico y político de los nuevos Estados libres africanos.

Los acontecimientos del Vietnam y de Chipre muestran que —si toda la situación continúa desplazándose hacia la derecha— nosotros
podemos encontrarnos delante de crisis y de
peligros que sobrevendrán de golpe y de
manera aguda, y que conprometerán el movimiento comunista entero y todas las fuerzas
obreras y socialistas europeas e internacionales,

Creemos que es necesario tomar en cuenta esta situación en lo que atañe a nuestra conducta respecto de los comunistas chinos. La unidad de todas las fuerzas socialistas en una acción común, más allá de las divergencias ideológicas, contra los grupos más reaccionarios del imperialismo, es una necesidad absoluta. Imposible pensar que China y los comunistas chinos puedan ser excluidos de esa unidad. Debemos obrar en consecuencia, desde este momento, y evitar la obstaculización de tales objetivos y facilitar, por el contrario, su realización. No interrumpir las polémicas, pero tener siempre como punto de partida, sobre la base de los acontecimientos actuales, la demostración de que la unidad del mundo socialista y del movimiento obrero y comunista es necesaria y posible.

Incluso podría pensarse ya en algunas iniciativas especiales en relación a la reunión de la comisión preparatoria del 15 de diciembre. Por ejemplo, en el envío de una delegación que comprenda a representantes de algunos Partidos, para que explique a los camaradas chinos nuestra intención de permanecer unidos y de colaborar en la lucha contra el enemigo común y para que les plantee el problema de hallar las vías y las formas concretas de esta colaboración. Hay que recordar además que si es necesario, como creemos, que toda nuestra lucha contra las posiciones chinas debe ser conducida como lucha por la unidad, las resoluciones que pudieran ser elaboradas deberían tener en cuenta esta exigencia y omitir por lo tanto todo juicio genérico negativo; al contrario, deberían contener, con fuerza y de modo preeminente, un sentido político positivo y unitario.

EL DESARROLLO DE NUESTRO MOVIMIENTO

Hemos pensado siempre que era un error presentar bajo una luz demasiado optimista el movimiento obrero y comunista de los países occidentales. Salvo algunos Partidos (Francia, Italia, España) no hemos superado una situación en la cual los comunistas no logran llevar a cabo una acción política verdadera y eficaz que una a grandes masas de trabaja-dores, y en la cual se limitan a un trabajo de propaganda sin tener una influencia real sobre la vida política de sus países. Hay que lograr a cualquier precio sobrepasar esta fase, llevando a los comunistas a romper su relativo aislamiento, a insertarse activa y permanentemente en la realidad política y social, a adquirir iniciativa política, a convertirse en un verdadero movimiento de masas.

Es por esta razón que aunque hayamos juzgado erróneas y peligrosas las posiciones de los chinos, hemos tenido y tenemos serias reservas sobre la utilidad de una conferencia internacional consagrada sólo o sobre todo a la denuncia y a la lucha contra esas posiciones, justamente porque tememos y continuaremos te-miendo que, de este modo, los Partidos de los países capitalistas sean orientados en una dirección contraria a la que hay que seguir: esto. es, orientados a encerrarse en los debates internos, puramente ideológicos, alejados de la realidad. El peligro devendría particularmente grave si se llegase a una ruptura abierta del movimiento, con la formación de un centro internacional chino que construiría sus "secciones" en todos los países. Todo los Partidos, sobre todo los más débiles, se verían impelidos a consagrar una gran parte de su actividad a la polémica y a la lucha contra esas "secciones" de una nueva "Internacional". Eso descorazonaría a las masas y plantearía graves obs-táculos al desarrollo del movimiento. Es verdad que ya hoy han tenido lugar, ampliamente y en casi todos los países, tentativas fraccionistas de los chinos. Hay que evitar que la cantidad de esas tentativas se transforme en calidad, es decir en una verdadera escisión, universalmente consolidada.

Existen condiciones objetivas muy favorables a un avance de nuestras fuerzas, tanto en la clase obrera como en el seno de las masas trabajadoras y de la vida social en

general. Pero hay que saber mantener y explotar esas condiciones. Para ello los comunistas deben poseer una gran audacia política, deben liquidar toda forma de dogmatismo, afrontar y resolver de manera nueva los problemas nuevos, emplear métodos de trabajo adaptados a un medio político y social que se transforma continua y rápidamente.

Quiero proponer algunos breves ejemplos.

La crisis del mundo económico burgués es muy profunda. En el seno del sistema del capitalismo monopolista de Estado se plantean problemas completamente nuevos que las clases dirigentes no logran ya resolver por los métodos tradicionales. Hoy, en particular en los países más grandes, se plantea la cuestión de una centralización de la dirección económica, que se quiere realizar por un programa concebido en la cumbre del Estado con arreglo al interés del gran monopolio y a través de la intervención del Estado mismo. Esta cuestión está a la orden del día en todo Occidente y se habla ya de una programación internacional, que están preparando los organismos dirigentes del Mercado Común. Es evidente que el movimiento obrero y democrático no puede desinteresarse de este problema. En este terreno hay que batirse. Ello exige un desarrollo y una coordinación de las reivindicaciones obre-ras inmediatas y de las proposiciones para una reforma de la estructura económica (nacionalización, reforma agraria, etc.), en el cuadro de un plan general de desarrollo económico, para oponerlo a la programación capitalista. No será, ciertamente, todavía, un plan socialista, porque no existen las condiciones para un plan semejante, pero es una forma nueva y un nuevo medio de lucha para avanzar hacia el socialismo. La posibilidad de una vía pacífica para este avance está hoy estrictamente ligada a la comprensión y a la solución de este problema. Una iniciativa política en esta dirección puede permitirnos alcanzar más fácilmente una nueva gran influencia sobre todas las capas de la población que sin estar conquistadas todavía para el socialismo, buscan nuevos caminos.

En este marco, la lucha por la democracia adquiere un sentido diferente del que tenía hasta ahora, un sentido más concreto, más ligado a la realidad de la vida económica y social.

A medida que las tentativas de programación capitalista se vuelven más exageradas, la posición de los sindicatos se torna más difícil. Un elemento sustancial de la programación es, en efecto, lo que se llama la "política de las rentas", que engloba una serie de medidas que apuntan al libre desarrollo de la lucha salarial, por un sistema de controles por parte del Estado del nivel de los salarios, y por la prohi-bición de aumentarlos más allá de un cierto límite. Es una política que llevará a la quiebra (el ejemplo holandés es interesante); pero no puede ser contrarrestada a menos que los sindicatos sepan trabajar con firmeza e inteligencia, ligando sus reivindicaciones inmediatas a la lucha por las reformas económicas y por un plan económico de acuerdo con el interés de los trabajadores y de las capas medias de la sociedad.

Pero la lucha de los sindicatos, en las actuares condiciones de Occidente, ya no puede ser conducida sólo de manera aislada en cada país. Debe desarrollarse a nivel internacional, con reivindicaciones y acciones comunes. Esta es una de las debilidades más graves de nuestro movimiento. Nuestra organización sindical internacional (F. S. M.) sólo realiza una propaganda general. Hasta ahora no ha tomado ninguna iniciativa válida de acción unitaria contra la política de los grandes trust. No ha tenido hasta ahora ninguna iniciativa orientada hacia las otras organizaciones internacionales. Y es un serio error, porque en tales organizaciones ya hay fuerzas que discuten las proposiciones de la política de los grandes trusts y que tratan de oponerse a cllas.

Pero hay todavía muchos otros dominios en los que podemos y debemos trabajar más valientemente, liquidando viejas fórmulas que no corresponden más a la realidad actual.

En el mundo católico organizado y en las masas católicas hubo en los tiempos de Juan XXIII un evidente desplazamiento hacia la izquierda. Ahora hay un reflujo de la cumbre hacia la derecha; pero en la base perduran las condiciones y el impulso del desplazamiento hacia la izquierda, que debemos comprender y ayudar. Para ese objetivo la vieja propaganda atea no nos sirve de nada. El problema de la conciencia religiosa, de su contenido, de sus raíces en el seno de las masas, y de la manera de superarla, debe ser planteado de distinta manera que en el pasado si queremos acceder a las masas religiosas y ser comprendidos por ellas. De lo contrario ocurre que nuestra "mano tendida" a los católicos es interpretada como un expediente y casi como una hipocresía.

Incluso en el mundo de la cultura (literatura, arte, investigación científica, etc.), las puertas están hoy ampliamente abiertas para los comunistas. Ocurre que en el mundo capitalista se crean condiciones que tienden a liquidar la libertad de la vida intelectual. Somos nosotros quienes debemos llegar a ser los campeones de la libertad de la vida intelectual. Somos nosotros quienes debemos llegar a ser los campeones de la libertad de la vida intelectual, de la libre creación artística y del progreso científico. Ello exige que nosotros debamos negarnos a oponer abstractamente nuestras concepciones a las otras tendencias y a las otras corrientes; hay que mantener un diálogo con esas corrientes y tratar de profundi-zar, gracias a ese diálogo, los problemas de la cultura tales como se presentan hoy. Aquellos que hoy están lejos de nosotros en los diversos dominios de la cultura, en la filosofía, en las ciencias históricas y sociales, no son, todos ellos, enemigos nuestros o agentes de nuestros enemigos. Es la comprensión mutua, adquirida a través de un debate permanente, la que nos da autoridad y prestigio, y nos permite al mismo tiempo desenmascarar los verdaderos enemigos, los falsos pensadores, los charlatanes de la expresión artística, y así de seguido. Una ayuda muy grande en este campo hubiera podido llegarnos —pero no siempre nos ha llegado— de los países en que dirigimos ya toda la vida social.

Y dejo de lado, para ser breve, muchos otros argumentos que podríamos afrontar.

En general, nosotros nos basamos (y estamos convencidos de que allí hay que basarse para la elaboración de nuestra política) sobre las posiciones del XXº Congreso. Pero en la actualidad también esas posiciones deben ser profundizadas y desarrolladas. Por ejemplo, una reflexión más profunda sobre la posibilidad de acceder al socialismo por una vía pacífica nos obliga a precisar qué es, para nosotros, la democracia en un Estado burgués. Cómo podemos ampliar las fronteras de la libertad y de las instituciones democráticas, y cuáles son las formas más eficaces de participación de las masas obreras y laboriosas en la vida eco-nómica y política. Y así se plantea la posibilidad, para las clases trabajadoras, de conquistar posiciones de poder en el marco de un Estado que no ha cambiado su naturaleza de Estado burgués, y de la posibilidad de luchar por una transformación progresiva de la naturaleza del Estado burgués desde el interior del mismo. En los países en que el movimiento comunista es tan fuerte como en Italia (o Francia), he ahí la cuestión fundamental que se plantea actualmente en la lucha política. Ello, naturalmente, implica una radicalización de esa lucha, de la cual dependen las perspectivas ulteriores.

Una conferencia internacional puede, sin duda, contribuir a la mejor solución de estos problemas, pero el deber de elaborarlos más profundamente y de resolverlos corresponde esencialmente a los diferentes partidos. Incluso es de temer que la adopción de fórmulas generales rígidas constituyan un obstáculo. En mi opinión, en el marco del desarrollo histórico actual y de sus perspectivas generales (avance y victoria del socialismo en el mundo entero), las formas y las condiciones concretas del avance y de la victoria del socialismo hoy y en el futuro próximo serán muy diferentes de lo que han sido en el pasado. Por otro lado, las diferencias de un país a otro son muy grandes. Cada partido debe, pues, saber marchar de manera autónoma. La autonomía de los partidos, que nosotros afirmamos con fuerza, no sólo es una necesidad interna de nuestro movimiento sino una condición esencial de nuestro desarrollo en las condiciones actuales. Nosotros nos opondremos, pues, a toda idea de crear una nueva organización internacional centralizada. Afirmamos la unidad de nuestro

movimiento y del movimiento obrero internacional, pero esta unidad debe realizarse respetando la diferencia de posiciones políticas concretas que corresponden a la situación y al grado de desarrollo de cada país. Evidentemente, subsiste el peligro de un aislamiento recíproco de los partidos y, por lo tanto, de una cierta confusión. Hay que luchar contra ese peligro, y para ello pensamos que deberían ser utilizados los siguientes medios: contactos bastante frecuentes e intercambios de experiencias entre los partidos con la mayor amplitud posible; reuniones colectivas para estudiar problemas comunes a ciertos grupos de partidos; reuniones internacionales de estudio sobre problemas generales de economía, filosofía, historia, etc.

Además, somos partidarios de los debates, incluso públicos, entre los partidos y sobre problemas de interés común, a fin de interesar a toda la opinión pública: lo que exige, ciertamente, que el debate se desarrolle con formas correctas y no con la vulgaridad y la violencia empleadas por los albaneses y los chinos.

RELACIONES CON LOS MOVIMIENTOS COLONIALES Y EX COLONIALES

En lo que atañe al desarrollo de nuestro movimiento nosotros acordamos una importancia muy grande al establecimiento de amplias relaciones de conocimiento recíproco y de colaboración entre los partidos comunistas de los países capitalistas y los movimientos de liberación de los países coloniales y ex coloniales. Tales relaciones no deben ser establecidas solamente con los partidos comunistas de esos países sino con todas las fuerzas que luchan por la independencia y contra el imperialismo, y también, cuando sea posible, con los propios medios gubernamentales de los países de libertad reciente que posean gobiernos progresistas. El objetivo debe ser lograr la elaboración de una plataforma concreta y común de lucha contra el imperialismo y el colonialismo. Paralelamente, debemos profundizar más el problema de las vías de desarrollo de los países ex coloniales, del sentido del objetivo socialista para esos países y así de seguido. Se trata de nuevos argumentos que hasta ahora no han sido esclarecidos. Es por eso que, como ya lo dije, habríamos saludado con placer una reunión internacional consagrada por entero a estos problemas; en todo caso, será necesario dedicarles una atención cada vez más grande en todo nuestro trabajo.

PROBLEMAS DEL MUNDO SOCIALISTA

Creo que puede sostenerse sin temor a equivocarse que la violenta y vergonzosa campaña china y albanesa contra la Unión Soviética, el PCUS, sus dirigentes y, sobre todo, el camarada Kruschev, no ha tenido consecuencias verdaderamente notables entre las masas aunque dicha campaña sea explotada a fondo por las propagandas burguesas y gubernamentales. La autoridad y el prestigio de la Unión Soviética entre las masas continúan siendo enormes. Las más groseras calumnias chinas (aburguesamiento de la URSS, etc.) no tienen eco alguno. Por el contrario, ha suscitado algunas perplejidades el retorno de los técnicos soviéticos de China.

Lo que preocupa a las masas, así como (al menos en Italia) a muchos comunistas, es el hecho de un contraste tan agudo entre dos países que llegaron a ser socialistas a través de la victoria de dos grandes revoluciones. Este hecho vuelve a poner en discusión los principios mismos del socialismo, y debemos hacer un gran esfuerzo para explicar cuáles son las condiciones históricas, políticas, partidarias y personales que han contribuido a crear el contraste y el conflicto actuales. Hay que añadir que en Italia existen extensas regiones habitadas por campesinos pobres, entre los cuales la revolución china había llegado a ser muy popular como revolución campesina. Esto obliga al partido a discutir, criticar y rechazar las posiciones chinas incluso en los mitines públicos. Nadie, por el contrario, se ocupa de los albaneses, a pesar de que en el Mediodía tenemos algunos grupos étnicos de lengua albanesa.

Además del conflicto con los chinos existen otros problemas del mundo socialista de los cuales, pensamos, es necesario ocuparse.

No es justo hablar de los países socialistas (e incluso de la Unión Soviética) como si todo anduviese muy bien en ellos. Ese es el error, por ejemplo, del capítulo sobre tales países en la Resolución de 1960. En todos los países socialistas surgen continuamente dificultades, contradicciones, problemas nuevos, que deben ser presentados con veracidad. Nada es peor que dar la impresión de que todo va muy bien; después, súbitamente, nos vemos obligados a hablar de situaciones difíciles y a explicarlas. Pero no se trata simplemente de hechos aislados. Es todo el contexto de los problemas de la construcción económica y política del socialismo el que está demasiado sumariamente e incluso demasiado primitivamente conocido en Occidente. Carecemos del conocimiento de las diferencias entre las situaciones de cada país, de los diferentes métodos de planificación y de su transformación progresiva, de los métodos adoptados y de las dificultades que surgen en el campo de la integración económica entre los diferentes países, y así de seguido.

Ciertas situaciones son difícilmente comprensibles. En algunos casos se tiene la impresión de que difieren las opiniones dentro de los grupos dirigentes, pero no se alcanza a comprender si es así realmente y cuáles son esas diferencias. Quizá sea útil, algunas veces, que incluso en los países socialistas tengan lugar debates abiertos, sobre los problemas actuales, con la participación de los dirigentes. Ello contribuiría a acrecentar la autoridad y prestigio del régimen socialista.

Las críticas a Stalin, no hay que ocultarlo, han dejado huellas muy profundas. La más grave es una cierta dosis de escepticismo con la que elementos muy próximos a nosotros acojen las noticias sobre nuevos éxitos económicos y políticos. Además, se piensa que, en general, no se ha resuelto el problema de los orígenes del culto a Stalin y de las razones por las cuales ese culto fue posible. Se busca explorar cuáles han podido ser los errores políticos que contribuyeron a ese culto. Ese debate se desarrolla entre historiadores y cuadros calificados del partido. No queremos desalentar ese debate, pues conduce a un conocimiento más profundo de la historia de la revolución y de sus dificultades. Aconsejamos, sin embargo, la prudencia en las conclusiones, así como el conocimiento de las publicaciones y búsquedas que se realizan en la Unión Soviética.

Pero el problema que más llama la atención actualmente, en cuanto a la URSS y los demás países socialistas, es el de la superación del régimen de limitación y abolición de las libertades democráticas y personales que había instaurado Stalin. No todos los países socialistas ofrecen el mismo cuadro. La impresión general es que hay una lentitud y una resistencia a volver a las reglas leninistas que aseguraban, en el partido y fuera del partido, una amplia libertad de expresión y de debate en los dominios de la cultura y el arte e incluso en el campo de la política. Difícilmente comprendemos esa lentitud y esa resistencia, sobre todo si tenemos en cuenta las condiciones presentes, en las que el cerco capitalista ya no existe mientras que la construcción económica ha obtenido éxitos notables. Nosotros nos basamos siempre en la idea de que el socialismo es el régimen que asegura a los trabajadores la más amplia libertad, y en el cual participan realmente, de manera organizada, en la dirección de toda la vida social. Saludamos, pues, todas las posiciones de principio y todos los hechos que indican que tal es la realidad en todos los países socialistas y no sólo en la Unión Soviética. Pero el movimiento entero está al contrario alcanzado por hechos que algunas veces nos muestran lo inverso.

Un hecho que nos preocupa y que no logramos comprender bien, es que se manifiesta en los países socialistas una tendencia centrífuga. Hay ahí un peligro grave y evidente, y pensamos que los camaradas soviéticos deben ocuparse de él. Existe, sin duda, un nacionalismo renaciente. Pero sabemos que el sentimiento nacional es un dato constante del movimiento obrero y socialista durante una fase muy larga, incluso después de la toma del poder. Los progresos económicos no destruyen ese sentimiento, lo alimentan. Aun en el campo socialista, quizá (subrayo este "quizá" pues ignoramos muchos hechos concretos), hay que desconfiar de la uniformidad exterior y forzada, y pensar que la unidad debe establecerse y conservarse sin sacrificar jamás la diversidad y la plena autonomía de los diferentes países.

En conclusión, pensamos que aun en lo que concierne a los países socialistas hay que tener la valentía de afrontar con espíritu crítico muchas situaciones y muchos problemas, si se

Rinascita, 5 de setiembre de 1964 (Trad. de C. G. de la versión francesa del memorándum, publicada en el Bulletin pour L'Etranger del P.C.I., Nº 23, Roma, 5-9-64.)

quiere crear la base de una comprensión recíproca mayor y de una unidad más estrecha de todo el movimiento.

LA SITUACION ITALIANA

Debería agregar muchas cosas para informar con exactitud acerca de la situación en nuestro país. Pero me excuso, pues estas notas son ya demasiado extensas. Vale más remitir los problemas puramente italianos a informaciones y explicaciones verbales.

PALMIRO TOGLIATTI

PUBLICACIONES RECIBIDAS

REVISTAS Y PUBLICACIONES PERIODICAS

Problemi del socialismo, revista mensual dirigida por Lelio Basso, número 7 al 12, año VI, 1964. Viale Lunigiana 35, Milán, Italia.

Marxism Today, revista teórica del Partido Comunista de Gran Bretaña. Números 5 al 9, año 8, 1964. 16 King Street, W. C. 2, Londres.

Revue Internationale du Socialisme. Publicación bimestral de la izquierda socialista europea. Números 1 al 4, año I, 1964. Viale Lunigiana 35, Milán, Italia.

Il Mulino. Revista mensual de cultura y política. Números 135 a 142, año XIII, 1964. Piazza dei Martiri 7, Bologna, Italia.

Peace, Freedom and Socialism. Edición ingresa de Revista Internacional. Números 4 a 8, año 7, 1964.

Panoramas. Revista de política dirigida por Víctor Alba. México, D. F., Nº 8-10, 1964.

El Escarabajo de Oro. Revista literaria dirigida por Abelardo Castillo. Año V, Nº 22, 23 y 24, 1964.

Trabajo. Revista cultural del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras. Números 3, 4 y 5. Ciudad Universitaria, Pabellón España, Córdoba.

El Obrero. Números 3, 4 y 5. Año II, 1064. Casilla de Correo 3328. Bs. Aires. Qué Hacer, por la nación y el socialismo. Revista bimestral de política dirigida por Juan José Real. Números 2 y 3. Casilla de Correo 5511. Buenos Aires.

Política Obrera. Revista de política. Número 2-3, año I, 1964. Casilla de Correo 80, Suc. 3. Buenos Aires.

Monthly Review. Selecciones en castellano. Revista de investigación política internacional, dirigida por Irene Mizrahi. Números 8 al 12. Año I, 1964. Diagonal Pte. Sáenz Peña 760, 5° piso, of. 531. Buenos Aires.

LIBROS

Manuel Agustín Aguirre. Apuntes para el estudio de la historia del pensamiento económico. 2 tomos. Tomo I, 290 págs.; tomo II, Los Clásicos y Marx, 720 págs. Editorial Universitaria; Quito, Ecuador, 1962.

Manuel Agustín Aguirre. Socialismo científico, 446 págs. Editorial Universitaria; Ouito, Ecuador, 1963.

Daniel Moyano. La lombriz. Nueve 64 editora. Buenos Aires, 1964. 120 págs.

Varios. Once Cuentistas. Nueve 64 editora. Buenos Aires. 1964. 212 págs.

LOS LIBROS QUE SE LEEN

Novela

Leopoldo Torre Nilsson - El derrotado Bernardo Carey - Adiós a la izquierda Juan José Saer - Responso

Ensayo

David Viñas - Literatura argentian y realidad política

Política concentrada

Los escritores contra Sartre Nasserismo y Marxismo Sexo y capitalismo

Epoca

Oscar Tiseyra - Cuba marxista vista por un católico Conrado Eggers Lan - Cristianismo, marxismo y revolución social

Polémica

Marxismo y sociología Pekín y Moscú Argelia socialista

Revista

Cinema Nuovo 2. Revista dirigida por Guido Aristarco

Solicite su cuenta personal

Jorge Alvarez Editor

TALCAHUANO 485 - T. E. 35-6875

NUEVE 64 EDITORA

NOVEDADES

DANIEL MOYANO: La lombriz

BRIANTE, LINCH y OTROS: 11 Cuentistas

HAROLDO CONTI: Los vencedores

EN PRENSA

VARIOS: 10 narradoras rioplatenses. Selección y presentación de A. Roa Bastos

TESTIMONIOS

ERNESTO CHE GUEVARA: Relatos de la guerra revolucionaria (en prensa)

CULTURA POLITICA

El pensamiento vivo de Palmiro Togliatti (en prensa)

ENRICA COLLOTTI PISCHEL: La revolución ininterrumpida

EDICIONES PASADO Y PRESENTE

ALDO ZANARDO: Problemas del marxismo contemporáneo (A propósito del éxito de los escritos "juveniles" de Marx)

LUCIO COLLETTI: El marxismo y Hegel

APARECEN EN DICIEMBRE - ENERO DE 1965

NUEVE 64 EDITORA - Cerrito 1371 - Bs. Aires

MONTHLY REVIEW

Selecciones en Castellano

CUBA
entre la
COEXISTENCIA
y la
REVOLUCION
Adolfo Gilly

Revista Mensual de Investigación Política Internacional

SUSCRIBASE

Anual (12 números) \$ 480.— Semestral (6 números) . . . , 250.— Trimestral (3 números) . . . , 130.— Giros y Correspondencias a: PTE. R. S. PEÑA 760 - 5° p. - of. 531

Editorial Perspectivas S.R.L. (e.f) Buenos Aires - Argentina

LIBRERIA "BOHEMIA"

COMPRA VENTA CANJE

OFERTAS PERMANENTES

Corrientes 1568-70
Buenos Aires

LIBROS DE PERMANENTE ACTUALIDAD		
Iguazú	Nacionalismo y socialismo en América Latina, por Oscar Waiss \$ 150.— Los problemas del socialismo contemporáeo, por Oscar Waiss , 130.— El Guatemalazo (la primera guerra sucia), por Gregorio Selser , 150.— Los bienes terrenales del hombre (historia de la riqueza de las naciones), por Leo Huberman. Enc. en plástico \$ 470.— , 320.— Alianza Para el Progreso: La Mal Nacida	
_	por Análisis descarnado de los móviles, objetivos y resultados de un programa destinado a impedir la eclosión de rebeliones populares en Hispanoamérica. Segunda Edición. 136 págs \$ 100.—	
Alcándara	Poemas Para la Batalla de Guatemala A diez años de la intervención norteamericana ANTOLOGIA Cincuenta y cuatro poetas de todo el mundo, entre ellos Neruda, Guillén, Aragon, Alberti, Asturias, Romero, González Tuñón, Portogalo, en reacción ante un suceso famoso en la historia del continente. 208 páginas	
lestra	Fuerzas populares y oligarquía, por A. M. Hurtado de Mendoza . \$ 80.— Las izquierdas en el proceso político argentino, autores varios . , 250.— Leopoldo Lugones, mito nacional, por Noé Jitrik . , 50.— Orden y progreso (la era del frondizismo), por Ismael Viñas . , 200.— Martínez Estrada, una rebelión inútil, por Juan J. Sebreli . , 80.— Imperialismo y desarrollo económico, por Juan C. Esteban . , 180.— Pampas y Lanzas, por Quebracho (Liborio Justo) . , 250.— La ficha de bronce (la prostitución del periodismo), U. Sinclair , 330.— Una perspectiva de paz, por John D. Bernal . , 60.— ¡Basta de guerras!, por Linus Pauling (Premio Nobel 1954-1962) , 150.— Allen Dulles, espía maestro, por Bob Edwards y K. Dunne . , 80.— La caza de brujas, por Marion L. Starkey . , 180.— Cuba: anatomía de una revolución, por Huberman y Sweezy, 2* Ed. , 330.— MacCarthy y el macartismo, por Ricahrd Rovere . , 160.—	
Editorial Palestra	América Latina, Mundo en Revolución por Panorama de las revoluciones del Continente, desde la mexicana hasta la cubana, analizadas por un famoso escritor norteamericano. Contiene amplia bibliografía. 368 págs	
E	Antikomunismo en América Latina, por Jan José Arévalo\$ 180.— Alcoholismo en América Latina, por Floreal Ferrara	